



LA SAGA DE TANYA LA MALVADA

[HISTORIA POR]

Carlo Zen

ALEA IACTA EST

11

[ILUSTRACIÓN POR]

Shinobu Shinotsuki

La Saga de Tanya la Malvada

Volumen 11

Los dados han sido lanzados

Autor: Carlo Zen

Ilustrador: Shinobu Shinotsuki

Traductor al inglés: Richard Tobin / Yen Press, LLC

Traductor al español: Svartalheimer / Miraik-Novelas

Ligeras y Más

Edición de imágenes: Hiroblez Colors / Miraik-Novelas

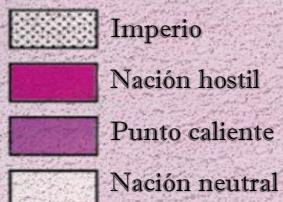
Ligeras y Más



Contenido

[Capítulo] I Creando una grieta	11
[Capítulo] II Memorias	69
[Capítulo] III El incidente	109
[Capítulo] IV Punto de inflexión	172
[Capítulo] V Etapa	220
[Capítulo] VI Impacto	299
Palabras del Autor	355





← Estados
Unificados

Alianza
Entente

Federación

Ostland Imperial

(Territorio potencialmente
en disputa)

Norden Imperial
(Territorio
disputado)

Mancomunidad

Imperio

Dacia
Imperial

Gran Ducado

República

Confederación
de Waldstätte

Ildoa Insurrecta

(Territorio potencialmente
en disputa)

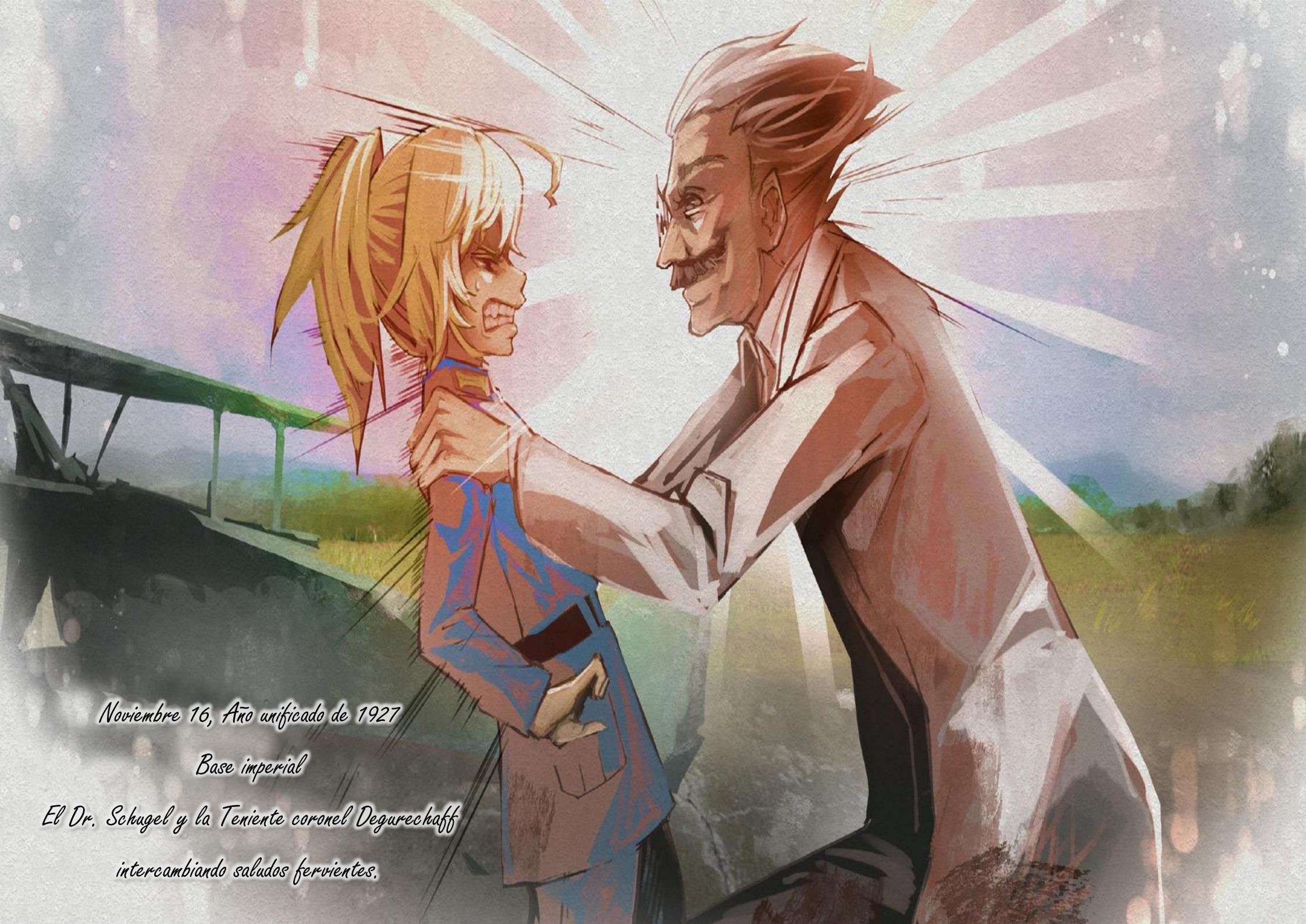
Colonias de la República

ALEA IACTA EST



**LA
SAGA DE TANYA
LA MALVADA**





Noviembre 16, Año unificado de 1927

Base imperial

El Dr. Schugel y la Teniente coronel Degarechaff

intercambiando saludos fervientes.

LA SAGA DE TANYA LA MALVADA

ALEA IACTA EST

(11)

Carlo Zen

Ilustrada por Shinobu Shinotsuki



Federación

Secretario General (Una persona muy estimada)

Loria (Una persona muy estimada)



[Unidad Multinacional]

Coronel Mikel
(Federación, comandante)

Teniente primero Tanechka
(Oficial política)

Teniente coronel Drake
(Mancomunidad, segundo al mando)

Teniente primero
Sue

Reino de Ildoa

General Gassman
(Administración del Ejército)

Coronel Calandro
(Inteligencia)

La República Libre

Comandante De Lugo (Jefe de la República Libre)

Imperio

[Estado Mayor]

General Zettour (Cuerpo de
Servicios, inspector del frente oriental)

General Rudersdorf
(Operaciones)

Teniente coronel Uger
(Cuerpo de Servicios, Ferrocarril)

Coronel Lergen

Kampfgruppe Salamandra (Alias Kampfgruppe
Lergen)

... 203vo Batallón de Magos Aéreos ...

Teniente coronel Tanya von Degurechaff

Mayor Weiss

Teniente primero Serebryakov

Teniente primero Grantz
(Reemplazo)

Teniente primero Wüstemann



Capitan Ahrens (Tanques)

Capitan Meybert (Artillería)

Teniente primero Tospan (Infantería)

[Capítulo]

I

CREANDO UNA GRIETA

Mi humanidad es lo que me limita.

— General Zettour —

[Capítulo] I Creando una grieta



**25 DE SEPTIEMBRE, AÑO UNIFICADO DE 1927, DESPACHO DEL
GENERAL ZETTOUR EN EL CUARTEL GENERAL DEL EJÉRCITO
DEL FRENTE ORIENTAL**

“He leído la versión preliminar del Plan B. Y tengo que preguntar... ¿Estás loco? Parecen estrategias de juego improvisadas que garabateaste en el reverso de una servilleta”.

A pesar del intento de mantener la compostura, en las palabras de Zettour había vacilación. Si su interlocutor hubiera sido el de siempre, se habría dado cuenta.

Rudersdorf, sin embargo, recibió sus palabras con una mirada de puro desconcierto.

Maldito sea todo, maldijo Zettour en los confines de su mente.

“Permíteme ser claro al respecto. ¿Qué estás tratando de hacer aquí? ¿Por qué siquiera considerar algo como esto?”.

“Para evitar perder esta guerra. No debería tener que deletreártelo”.

El tema de su discusión era el plan sobre el que descansaba el destino del Imperio, un tema digno de un poco más de entusiasmo.

¿Qué le había ocurrido a su amigo, que había hecho la misma promesa de servicio militar y con el que compartía una visión del futuro de su nación? ¿Por qué tuvo que enfrentarse verbalmente con quien consideraba su hermano de sangre?

Zettour se tragó sus dudas iniciales y continuó replicando mecánicamente a su amigo como debería hacerlo cualquier General en su posición.

“Estoy conmocionado. ¿Pretenden poner en marcha el Plan B en cuanto fracasen las gestiones diplomáticas? ¿Dices que debemos derrocar al gobierno y luego invadir Ildoa inmediatamente?”.

El imbécil sentado frente a él asintió profundamente antes de continuar con una pregunta desde el fondo de su corazón.

“¿Qué esperas sacar de esto?”.

Zettour era un soldado de carrera que había observado el desarrollo de la guerra desde las profundidades de la Oficina del Estado Mayor. Sabía que la sangre vital de su nación se estaba agotando.

Tenía fe en que su comprensión era exacta.

Por eso, junto con su amigo de toda la vida, se esforzó por encontrar una salida a este caos con el menor sacrificio.

Zettour le dirigió a su amigo una mirada severa.

Amigo mío, Rudersdorf, maldito tonto... ¿Qué clase de juego te traes entre manos?

“Deseo evitar el inminente colapso de nuestra nación. Ildoa siempre ha sido un punto débil en nuestra defensa, y ya es hora de que lo arreglemos”. Rudersdorf levantó un poco la cabeza mientras hablaba.

Vaya respuesta. Casi hizo que Zettour quisiera tener esperanza.

“¿Y crees que hay algo que podamos hacer para evitar nuestra inminente desaparición?”.

“Creo que debería evitarse”.

No podría, sino debería. No era una cuestión de posibilidad, sino un objeto de deseo de Rudersdorf.

¿Es lo mejor que se le ocurre? Zettour suspiró mientras pensaba esto para sí mismo.

¿Acaso el Plan B no era producto del agotamiento del Imperio, que había llegado a un punto en el que ya no podía contemplar ninguna otra alternativa?

Más, sin embargo, aquí estoy discutiendo esto con mi viejo amigo. Este idiota.

“No esperaba que te preocuparas por lo que deberíamos hacer a estas alturas del partido, Rudersdorf. Tal vez tu previsión es cada vez más difícil de distinguir de tu esperanza en el futuro”.

“Zettour. Decenas de miles de soldados han muerto bajo nuestro mando. Nosotros debemos... aceptar que hemos cometido errores. Pero también tenemos prohibido dejar que estas muertes sean en vano. Debemos considerar todas las posibilidades. No podemos ser los que destruyan el mismo ideal por el que nuestras tropas murieron luchando...”.

Muchos de los que sirvieron bajo las órdenes de Zettour habían renunciado a sus vidas, creyendo en la victoria final. No pasaba un día sin que esas almas perdidas le persiguieran.

Sin embargo, no podía hacer nada para cambiar la situación.

El anciano tendría que vivir con esa angustia el resto de su vida. Parte de su deber como subdirector del Estado Mayor consistía en mantenerse al corriente del estado de su nación. Por eso sabía que era imposible que el Imperio alcanzara a la Diosa de la Victoria ¹.

Ah, sí, esa maldita diosa. Ella finalmente podría haber atraído al Heimat ² al infierno con la dulce ambrosía de la esperanza.

“Escucha, mi letárgico amigo. Esta diosa que deseas no es más que una ilusión. Abstengámonos de cometer adulterio... ¿O has olvidado el amor apasionado que compartes con tu esposa?”.

“Hago una clara distinción entre los asuntos militares y mi vida hogareña. Te haré saber que no le he sido más que fiel tanto a mi cónyuge como a la guerra”.

¹ En la mitología griega, Nike es la diosa de la victoria. Se la representaba a menudo como una pequeña escultura alada en la mano de otro dios más importante, como Zeus o Atenea, su aliada. Presidía las competiciones atléticas y las disputas militares ([Imagen](#)).

² Heimat es una palabra alemana traduciéndose a “hogar” o “patria”.

“Dices esto, pero, sin embargo, aquí te veo perseguir un amor que ambos sabemos que nunca dará frutos”.

“Es mi deber. Es lo que debo hacer”.

Ah, por supuesto.

En el suspiro de Zettour se percibe un tono de decepción, o quizás de desesperación.

Su amigo había jurado servir al Reich³. Probablemente haría cualquier cosa por su nación. Amaba a su patria, pero esto no era más que él gritando y llorando ante la idea de perderlo todo.

¡Tenemos que tomar una decisión ya!

“Voy a decir esto porque soy tu amigo, Rudersdorf”.

“¿Oh? Escuchemos lo que tienes que decir”.

“...No se puede reclamar la quiebra de un préstamo contraído como una apuesta. ¿Has pensado en lo que podemos perder atacando a Ildoa? Por no hablar de los recursos; necesito que todo lo que tenemos sea enviado al este”.

Todo lo necesario para hacer la guerra se estaba agotando. La escasez, tanto de soldados como de suministros, era crónica.

“¿En dónde vas a encontrar los soldados que necesitaríamos para destruir Ildoa, que, necesito recordártelo, es el único canal lógico para las negociaciones de paz que tenemos? Ten en cuenta el estado actual del Imperio antes de hablar”.

El inminente colapso del Imperio no podía ser convenientemente ignorado. A Zettour casi le daba vergüenza tener que abordarlo directamente.

Los dos tenían que valorar seriamente su casi segura derrota; la victoria ya no estaba sobre la mesa. Sin embargo, su derrota no tenía por qué significar el fin. Aunque el país cayera, sus montañas y ríos permanecerían.

³ El Reich alemán fue el nombre oficial del Estado alemán entre los años 1871 y 1945.

Aunque cayera el Reich actual, mientras siguiera existiendo el Heimat, quedaba esperanza para el futuro. El Heimat era una entidad sagrada. Era el objeto del servicio y la lealtad de los militares, y debían protegerlo. Sin duda, Rudersdorf no echaría por la borda el futuro del Heimat por una simple batalla... ¿Verdad?

Tal vez si fuera un criminal, entonces sí, tal vez... Pero como era un patriota, debería haberle sido imposible siquiera planteárselo.

“... ¿Aún no te has dado cuenta, Rudersdorf? ¿Por qué no lo entiendes?”.

El viejo amigo de Zettour respondió a su conflictiva pregunta con una sonrisa.

“Sé sincero conmigo. Sólo estamos tú y yo aquí”.

Eran palabras que ya había compartido muchas veces con su amigo. Zettour sonrió.

“...Las cosas son diferentes ahora. Necesito actuar acorde a mi rango. Entiendo lo voluble que es todo, pero esta es nuestra realidad”.

“Rangos... Sí, por supuesto. ¿Le digo a mi asistente que se ponga en contacto con el tuyo para concertar una reunión? ¿O sería mejor que fuéramos francos al respecto?”.

En circunstancias normales, sería inaudito que un Teniente general y un General bromearan de ese modo. Zettour sólo pudo sonreír y encogerse de hombros ante la broma, en un intento de que su amigo prescindiera de las formalidades.

“Bueno, ambos sabemos que he sido ascendido. Somos esencialmente del mismo rango en este punto”.

“No quiero presumir, pero tienes razón. Seguro que estás al tanto...”.

“Simplemente intenté pensar como un burócrata por una vez. Nuestros ascensos probablemente no sean más que... un ajuste. O un intento de equilibrar la plantilla”.

Aunque Rudersdorf estaba callado, su expresión hablaba por sí sola. Zettour sabía que Rudersdorf compartía su opinión. Era evidente que se avergonzaba de lo que sería un ascenso de facto.

El propio Zettour había recibido un ascenso similar, políticamente alimentado, a Teniente general por el simple cumplimiento de su deber en el mantenimiento del frente oriental.

Y fue el hombre sentado ante él quien hizo los preparativos necesarios.

¡Teniente general Zettour, el cerebro detrás del éxito en el frente oriental! Que absolutamente perverso. Bien podrían llamarme el cabecilla de alguna pandilla.

El anciano se rio de sí mismo. Nunca lo había deseado. Si Zettour hubiera sabido lo que le esperaba en el futuro, nunca habría aspirado a ascender.

Su juventud le hizo creer que, si era capaz de abrir las puertas del Cuartel General del Estado Mayor con sus propias fuerzas, encontraría la gloria y el triunfo en el ejército como un precursor que les allanaría el camino al Reich y al Imperio.

A medida que envejecía y se hastiaba, se aferraba obstinadamente a su esperanza: *Sólo necesito ganar.*

Buscó la victoria cuando era un General de brigada.

Estaba a su alcance como General de división.

Y como Teniente general, la anhelaba continuamente.

Su pasado era tan hermoso.

Lo único que pudo hacer fue suspirar cuando lo comparó con su presente. No había gloria en convertirse en un General de alto rango sólo para supervisar la inevitable desaparición de su nación.

Fue una lección de lo cruel que podía ser el destino.

“Como alguien que pronto recibirá una estrella sin sentido en mi hombro, me produce una gran alegría ver a un viejo amigo recibir por fin la suya”.

Zettour envolvió su cortante broma en un bonito paquete de civismo antes de enviarle su declaración a su viejo amigo. Él, más que nadie, tenía derecho a presentar una o dos quejas.

“Felicidades por convertirte en General, Rudersdorf. Pensé que pasaría a la historia como el General que menos merecía su título, pero parece que eso te lo dejó a ti”.

“Es culpa de la guerra”. La firme negación de cualquier responsabilidad personal era perfectamente propia del viejo amigo de Zettour. Aunque algunas partes de él habían cambiado en el transcurso de esta guerra, eso seguía siendo así. Sólo había una cosa que Zettour tenía que decir en respuesta.

“Sí, por supuesto. No es culpa de nadie, la verdad. Pero gracias a todo lo que ha pasado, por fin es primavera para nosotros, los especialistas en guerra, por muy impopulares que seamos entre la Familia Imperial⁴ o los políticos”.

“¿Primavera?”.

“La primavera de la muerte negra. ¿Qué me dices? ¿Qué tal si te quitas un peso de encima?”.

Era innegable. Los dos hombres estaban sobre una montaña de cadáveres. Habían gastado todo lo que el Imperio tenía. Es más, el Imperio no tenía nada que mostrar. Cualquier oficial en su sano juicio sólo podría fruncir el ceño. No, cualquier *patriota* encontraría toda la debacle absolutamente vergonzosa. Tanto más importante era no olvidar que la leña que alimentaba las llamas de esta guerra total⁵ era la juventud de su nación.

⁴ La Constitución del Imperio Alemán garantizaba al emperador una gran libertad de acción. Las decisiones del monarca jugaron con los diversos órganos asesores, como las funciones civiles imperiales, militares y navales importantes del gabinete.

⁵ La guerra total es un término del Siglo XX que describe a una guerra en la que los países o las naciones movilizan y fuerzan hasta el límite todos sus recursos disponibles, ya sean humanos, militares, industriales, agrícolas, naturales, tecnológicos, científicos, o de cualquier otro tipo, para destruir totalmente la capacidad de otro país o nación de entablar una guerra. La práctica de la guerra total se ha utilizado durante siglos, pero no fue hasta mediados del Siglo XIX que se reconoció como una forma distinta de hacer la guerra.

Continuaron arrojando más y más de este precioso combustible para mantener vivas las llamas de la guerra. Tenían que ser conscientes de lo que hacían mientras cubrían el continente con los cadáveres de sus hijos. ¿Por qué hicieron esos sacrificios? ¿Cuál era su objetivo al continuar? Había que responder a estas preguntas, incluso si eso significaba ser acusado de derrotismo ⁶.

“¿Quieres seguir con esta danza de la muerte, haciendo sonar nuestros huesos como los esqueletos que somos? ¿O crees que ya es hora de que nos preparemos para volver al cementerio?”.

Zettour miró fijamente a los ojos de su viejo amigo desde el otro lado del sencillo escritorio del centro de mando... y se encontró rezando para que su amigo cerrara sus brazos imposiblemente abiertos.

“Ahora eres un General del Ejército Imperial. ¿Y qué si nos llaman egoístas? Nosotros tomamos las decisiones ahora, ¿No es así?”.

A Zettour le resultaba imposible fingir que era una buena persona.

Dicho esto, ser malvado no le impediría hacer lo correcto para su país. Podía luchar por el futuro de la patria, por la estabilidad del Heimat. Era, después de todo, su deber pensar en cómo ponerle un fin a esta guerra. Cómo la terminaría. Cómo terminaría.

Tenía que pensar en cómo hacer que los últimos momentos de su nación fueran lo menos dolorosos posible. Siendo el soldado político que era, Zettour ya estaba considerando esta vía. Observó cómo el hombre que se sentaba frente a él exhalaba en silencio una bocanada de humo de su cigarro.

La expresión que vio fue de cansancio mientras Rudersdorf esperaba pacientemente la réplica de su viejo amigo.

“Zettour ... Sé que estamos en una situación difícil en este momento. Es un dilema para la patria”. El idiota continuó con el cigarro entre los labios y una mirada de firme resolución.

⁶ En una situación de guerra, actitud de quienes no tienen fe en la victoria de su bando.

“Pero los Generales del Reich no pueden ser los que hagan quejas ociosamente. Tú y yo no somos más que engranajes de esta máquina dedicada a la victoria”.

“Ah, sí. Tú y yo somos dos engranajes que exhibimos con orgullo nuestras estrellas ganadas con la muerte de la juventud de nuestra nación”.

“No fingiré que su sangre no está en nuestras manos. Pero esa es la razón exacta por la que no podemos permitirnos perder. Nuestra derrota puede ser inevitable, pero no hay razón para que la aceptemos de brazos cruzados. Somos soldados del Imperio. Tenemos que anular lo inevitable una o dos veces antes de plantearnos tirar la toalla”.

Maldita sea. Él tiene razón.

El anciano mostró una sonrisa irónica antes de sacudir la cabeza para olvidar su desesperación.

“... ¿Confundes a nuestra nación con el Imperio de los muertos, Rudersdorf?”.

Estaba bien luchar por el futuro del Imperio. Lamentablemente, su realidad no era lo bastante amable como para permitirles jugar con teorías. Además, los dos tenían la desgracia de ser los dos Generales de más alto rango del país. No eran más que dos tontos incompetentes que dirigían el desastroso espectáculo desde sus escritorios. Con el estado de la guerra, era imperativo que discutieran con franqueza la cercana caída de su nación, pero se negaban a aceptar la derrota.

Esta fue su última resistencia contra la realidad. Los oficiales del Estado Mayor se saltaban los hechos y la lógica si les convenía. Pero era imposible crear algo de la nada.

Hacerlo sería un milagro más allá incluso de la hechicería del Estado Mayor. Para crear un milagro que no podría ser, la raza de personas conocida como los Oficiales del Estado Mayor necesitaba despertarse a sí misma.

Y, sin embargo...

“A pesar de todo, sigues persiguiendo la victoria. Por eso quieres cortar de raíz a Ildoa mientras puedas”.

Su amigo hizo un rápido gesto con la cabeza, como si quisiera decir *algo preciso*, lo que incitó a Zettour a darle su sincera opinión.

“Rudersdorf, Ildoa permanecerá neutral hasta que estemos al borde de la derrota. Puede que sean un puñado de astutos oportunistas... pero su razón de ser es mucho más sensata que la nuestra en ese sentido. El plan B debería centrarse en ocuparnos de los imbéciles de nuestro propio país”.

“¿Así que crees que debemos dejar a Ildoa desatendida? Los ves demasiado como un socio de negocios. Míralos como la espina en el costado del Imperio que son. No debes ignorar las implicaciones geopolíticas”.

“Tienes razón en eso...”.

Asintió levemente, pero no sin añadir su propia adicción mental.

El colapso que tanto teme es inevitable a estas alturas.

Eso sólo era motivo para preocuparse aún más. Si el idiota de Rudersdorf seguía obsesionado con la victoria, sólo aumentaría el riesgo de llevar a cabo el Plan B.

Deseaba unificar el liderazgo del país y asegurar su frontera sur. Aunque, en teoría, era la mejor forma de actuar, estaba fuera de su alcance.

“Todo esto es un poco absurdo, ¿No?”.

“...Es nuestro deber como oficiales del Estado Mayor hornear un pastel que nos podamos comer”.

Aunque el General Zettour volvió a asentir, al mismo tiempo empezó a sentir una sensación indescriptible en su interior.

Ya había indeterminados indicios de que podía haber una filtración dentro de una pequeña parte del ejército.

Si la fuente de esa filtración era un espía o simplemente un error en sus cifrados... si los instintos de Zettour daban en el clavo, entonces el Imperio tendría que luchar con importantes restricciones.

Si el Estado Mayor impusiera una política de victoria por encima de todo, entonces los métodos más tradicionales podrían no ser tan eficaces para encontrar una vía de supervivencia.

Dios. Oh, Dios.

Eres un cruel bastardo, lo eres.

Devuélveme mis oraciones.

Devuélveme mi esperanza.

Nos has dado un destino completamente carente de misericordia.

Estás jugando con nosotros.

¿Vas a destruir nuestra nación con algún tipo de intervención divina?

...Que así sea.

Si así es como esto debe terminar.

Sonrió.

Aceptaremos nuestro destino.

Ya había dedicado su vida al Heimat. ¿Por qué no convertirse en el bastardo que necesitaba ser?

Perdóname, amigo mío.

“Ahora, nos estamos saliendo del tema. Has venido aquí para discutir el Plan B. Incluso has traído a mi más preciada aprendiz... Vayamos al grano”.

Zettour le lanzó una mirada a Rudersdorf. Parecía aliviado. Él no era mala persona...

“Me gustaría incluirla en la discusión. ¿Te importa?”.

“En lo absoluto”.

“Teniente coronel Degurechaff, ¡Preséntese!”.

La voz atronadora del General Rudersdorf llega hasta la sala de espera. Su voz suena como ninguna otra, pero la cuestión no es cómo suena, sino por qué suena. Siempre que me llama, suele significar problemas.

Supongo que no tiene sentido intentar escapar de la realidad...

El breve destello de fastidio en mi rostro desaparece por puro reflejo.

Las personas somos animales sociales. Estamos acostumbrados a llevar muchas máscaras diferentes. Pongo una expresión seria antes de trotar hacia el despacho del General Rudersdorf como la buena soldado pequeña que soy.

Después de todo, uno debe responder a la llamada de un oficial superior con gran rapidez. No se gana nada haciendo esperar a un superior, e incluso podría costarte caro. Con un golpe rápido pero controlado en su puerta, recibo la impaciente invitación a la reunión que esperaba. Respiro hondo. Una vez abierta la puerta, saludo enérgicamente con el volumen adecuado.

“¡Teniente coronel Degurechaff, presentándose al servicio!”.

Ahora, mientras hago el saludo que se ha grabado en mi memoria muscular, haré un breve reconocimiento de la sala.

Sí... parece que las cosas sólo pueden ir mucho, mucho peor. La tensión en la sala es palpable. Es más que eso. Esperaba que fuera malo cuando abrí la puerta... pero esto va más allá de lo que jamás hubiera imaginado.

No puedo deshacerme de la sensación instintiva de lo terrible que son las cosas. Mis nervios no se calman. Es casi como si el enemigo estuviera a punto de tenderme una emboscada.

No quiero hacer otra cosa que darme la vuelta y salir corriendo de la Oficina del Estado Mayor. Pero eso no es una opción para Tanya... así que, con más energía que antes, me dirijo a mis superiores.

“¿Puedo preguntar el propósito por el que he sido llamada aquí hoy?”.

Al hacer esta pregunta, lo primero que debo confirmar son las expresiones de mis dos superiores. Por desgracia, no es tarea fácil, ya que estos dos hombres son monstruos... A primera vista, ambos parecen los de siempre. Los ceniceros del escritorio de Rudersdorf, sin embargo, cuentan una historia diferente.

El General Rudersdorf fuma cigarros, como siempre. Sin embargo, el estado del cenicero del General Zettour no es tan ideal. Juzgar el estado de ánimo de un superior por lo mucho que ha fumado puede parecer un poco simplista... pero la cantidad de colillas militares baratas que hay en su cenicero hace evidente su frustración. Él ni siquiera suele fumar cigarrillos.

Siento un escalofrío que me recorre la espalda, lo que sólo hace que enderece más mi postura.

Aunque el General Zettour sonríe, sería prudente suponer que ahora mismo está prácticamente rebosante de rabia. Bueno, tal vez rabia es una palabra fuerte. Después de todo, aún no ha tirado el cenicero de la mesa, y todavía hay uniformidad en la forma en la que los está metiendo ahí. Puede que sea más una ira *calmada*.

En cualquier caso, no está contento. Y eso es decir poco. Y si el General Rudersdorf ignora a sabiendas este hecho a pesar de su larga relación... bueno, eso también es algo alarmante.

Lo más insensato que puede hacer un subordinado cuando su superior está disgustado es preguntar por qué. En posición de firmes y formal, mantengo la boca cerrada hasta que el General Zettour se dirige a mí en primer lugar.

“¿Cómo está su batallón, Teniente coronel?”.

“Pronto estaremos listos para el combate, señor. Aunque... según el informe del Capitán Ahrens, los efectivos de nuestra unidad se han reducido a la mitad debido a la entrega de nuevos tanques”.

Inesperadamente, el General Rudersdorf es quien responde a mi respuesta. Se quita el cigarro de la boca y pregunta con aire perplejo:

“¿Reducida por la mitad?”.

“Hemos entrado en posesión de un gran número de tanques plagados de defectos. Sin confianza en nuestra movilidad, los ‘Salamandras’ no pueden llevar a cabo nuestra habitual guerra de maniobras⁷”.

“... ¿Están realmente en tan malas condiciones?”.

Puedo oír la confusión en su voz, incapaz de imaginar lo que quiero decir. La desconexión con la realidad es evidente en su pregunta. Supongo que el General Rudersdorf, en su noble posición de Subdirector de la Oficina del Estado Mayor, no comprende el verdadero estado del frente oriental.

Los nuevos modelos siempre vienen acompañados de problemáticos nuevos sistemas. No sólo eso, sino que es demasiado pronto para que los tanques del frente oriental experimenten una evolución similar a la de los dinosaurios.

“Vamos, Rudersdorf. ¿Quizás has estado lejos del frente de guerra demasiado tiempo?”.

“¿Qué?”.

Esta floreciente conversación entre dos Generales termina así. El General Zettour permanece en silencio con una sonrisa en la cara, dejando a Tanya la tarea ineludible de explicar su comentario. Si el destino es ineludible, hay que abrazarlo. Tendré que elegir bien mis palabras e intentar parecer una especialista.

“Los nuevos vehículos tienen un blindaje más grueso y un armamento de mayor calibre, lo que sin duda los hace más potentes. Pero... cuantas más características se incorporan a los tanques, menos

⁷ La guerra de maniobras es una táctica de guerra que se centra en atrapar al enemigo por sorpresa, por lo que es imposible organizar una defensa o buscar refuerzos. Cuando se implementa de manera efectiva, la guerra de maniobras puede traer la victoria a un pequeño ejército que lucha contra un enemigo más fuerte.

fiables se vuelven. Además, ahora pesan varias toneladas más, lo que no se puede evitar al hacerlos más grandes. No podemos hacer mucho para reducir su peso”.

Además, no hay garantías de que estos colosales montones de metal que llamamos tanques sean capaces de atravesar el terreno entre la Federación y nosotros. Por supuesto, no hay necesidad de articular esto dada mi actual compañía. El General Rudersdorf aspira el humo del cigarro con un gruñido antes de mostrar una expresión sombría.

“Debo admitir que mi experiencia me hizo un poco parcial. Teniente coronel... teniendo en cuenta su amplia experiencia en el este, ¿Qué cree que se puede hacer con los nuevos tanques?”.

“Creo que nuestras posibilidades mejorarían si fuera otoño. Aunque la nevada podría suponer un problema... al menos podríamos lograr cierta movilidad en comparación con el terreno embarrado con el que nos enfrentamos actualmente”. Dicho esto, el capitán Ahrens ya se ha lamentado acertadamente sobre la verdad en su informe. El trabajo de Tanya es asegurarse de que su advertencia se entiende perfectamente. “Fundamentalmente hablando, el problema radica en el peso y la maniobrabilidad de los tanques. La mejora de la potencia de fuego se produce a costa de su movilidad. Esta época del año nunca había afectado tanto a nuestros tanques”.

“Así que se hunden en el barro. Lo recordaré”.

El viejo estratega hace un sombrío gesto con la cabeza, y mi jefe luce una gran sonrisa. Esta es una interacción que he visto una y otra vez, y siempre conduce a más problemas para Tanya.

“Una vez que la hora de la lección para el Director Adjunto del Estado Mayor ha terminado, Teniente coronel... Volvamos a encarrilar esta reunión”.

Y yo que esperaba que pudiéramos mantener esta discusión fuera de dichas vías... Rápidamente represso estos sentimientos de angustia. Con la mirada más inexorable que puedo reunir, miro al General Zettour directamente a los ojos. Ah, mierda.

“Me gustaría preguntarle sobre su capacidad para luchar”.

“¡Sí, señor! Pregúnteme lo que crea conveniente”.

Es bastante aterrador, de verdad. Escuche el tono de voz amable del General Zettour. Tiene los ojos sonrientes, las mejillas arreboladas por esa sonrisa simpática y los hombros relajados. Por no hablar de lo tranquilo que parece. Esto es aterrador. Es como ver a un tigre que ha acorralado a su presa.

“¿Son los nuevos tanques el único problema?”.

Di lo que piensas, me incita despreocupadamente con su tono suave. Su fachada de superior benévolos dispuesto a escuchar a su subordinado casi me hace bajar la guardia, pero no puedo dejarme engañar todavía. Basta con mirarle a los ojos. Puede que me sonría, pero sus ojos me dicen que por dentro tiene la cara de piedra.

Su actitud fría, tranquila y serena no es más que un camuflaje tras el que se esconde mientras me *observa*. Bajo su mirada, similar a la de un científico que observa a una rata de laboratorio, no puedo evitar preguntarme si seré capaz de responderle con una sonrisa. Probablemente será un gran reto. Ni siquiera Tanya, que lleva ya bastante tiempo trabajando con el General, puede esperar evitar un instante de vacilación antes de responder. Pero ese único instante ya es demasiado largo, y no hay más remedio que actuar como la mascota adiestrada en la que se ha convertido.

“Quizá debería hablar de la falta de proyectiles de artillería en nuestras existencias. ¿O de la falta de caballos para transportarlos? También debería aprovechar esta oportunidad para protestar por el uso de mis magos aéreos en misiones de destacamento”.

“¿Algo más?”.

“Tengo quejas por la lentitud con la que se está desplegando la flota aérea. El apoyo aéreo que se nos ha prometido en varias ocasiones siempre parece estar fuera de servicio, obligando a mi Kampfgruppe⁸ a

⁸ Un grupo de combate (Kampfgruppe) consistía en una formación creada ad hoc, como un conjunto de hombres y unidades para desempeñar una campaña u operación en particular, puesto bajo el

estar a la defensiva. ¿Qué le parece el hecho de que podría haber tenido un nuevo Kampfgruppe listo para su despliegue sólo con los refuerzos que me prometieron?”.

“Es suficiente. Así que todo sigue como es usual”.

Me trago un gemido y asiento con la cabeza ante el despreocupado resumen cuando interviene un oyente sorprendido.

“Espera, ¿No son todos estos problemas significativos?”.

Es raro ver al General Rudersdorf con esa expresión de confusión. Y lo que es más importante, el hecho de que una evaluación de las condiciones del frente sea lo que ha provocado esta reacción es más que suficiente para que Tanya sienta escalofríos.

“En el frente oriental, esto es lo que llamamos *ideal*”.

“¿Incluso con todos esos problemas?”.

“Sí”.

El General Zettour se muestra lo más agradable posible ante un subdirector mudo mientras continúa.

“Oficiales al mando fiables y veteranos fiables. Eso es lo que hace tan deseable al Kampfgruppe Salamandra. Es difícil resistirse al deseo de utilizarlos en otras operaciones. Están en una altura propia, por eso tienen el privilegio especial de no ser divididos para conseguir más líderes para otras unidades”.

Lo entiendes, ¿Verdad? me pregunta mi superior con la mirada, y yo sólo puedo asentir en silencio.

El 203º Batallón de Magos Aéreos es poderoso y no hay planes de disolverlo. Y eso a pesar de que cuentan con una cantidad relativamente grande de magos veteranos del Imperio. Realmente es un trato especial por derecho propio.

Por otra parte... esto plantea sus propios problemas para Tanya.

mando de un líder agresivo y enviado a la batalla como tropas de choque, aseguramiento de objetivos importantes o conquista de puntos bien defendidos. Se crearon como una parte integral de las tácticas de guerra alemana y fueron empleados en los dos frentes.

“Rudersdorf, este es el verdadero estado de la *estabilidad* en el frente oriental que tú das por sentado. Entiende que apenas nos las arreglamos para sobrevivir”.

“Ya se te ocurrirá algo. Siempre lo haces”.

“Te doy mi palabra de que los trucos no nos mantendrán en el juego mucho más tiempo. Estamos simplemente colgando en la piel de nuestros cuellos aquí”.

Este intercambio entre mis superiores cuenta la historia de la extrema discrepancia en la comprensión de lo que está sucediendo en el frente de guerra del Imperio. Habría sido un honor estar aquí presenciando esto si fuera historiador. Sin embargo, cabe señalar que sólo lo disfrutaría en la otra vida, incluso entonces.

Cuando las cosas no van según lo previsto, un superior puede trasladar parte de sus cargas a sus subordinados. Esto es un desastre para el trabajador incluso cuando un solo superior lo hace, pero en estos momentos Tanya está viendo cómo sus dos jefes fruncen el ceño mientras fuman en sincronía. Ni que decir tiene que no tengo escapatoria. Lo único que puedo hacer es permanecer en posición de firmes mientras me deleito con el humo de segunda mano y espero a que mis superiores hablen a continuación.

Oh, qué maravilloso sería si me dejaran irme ahora mismo. Por desgracia, estas dos máquinas de humo tienen la costumbre de aplastar las esperanzas y los sueños de Tanya. Con el ceño fruncido, el General Rudersdorf es el primero en romper el silencio.

“¿Por qué no ponemos todo sobre la mesa y discutimos abiertamente el Plan B?”.

“Buena idea, General Rudersdorf. Somos dos amigos. Seamos francos el uno con el otro”.

Ya está. Necesito intervenir ahora mismo. Puede que sea mi única oportunidad, pero tal vez, si tengo suerte, aún me quede el más mínimo atisbo de esperanza.

Necesito ser modesta y sincera con mi tono. Si esto funciona, puede que dejen salir a Tanya de aquí.

“¿Está bien que esté aquí?”.

No, esto está por encima de su rango, Teniente coronel. ¿Es mucho pedir un poco de compasión en forma de una frase despectiva?

Yyyy él está sonriendo. El cabecilla del Estado Mayor está sonriendo de una manera que casi prueba que el Dios de este mundo lo ha abandonado.

No necesitas preocuparte por eso. La sonrisa del General Zettour confirma en silencio mi mayor temor. Entonces siento que el General Rudersdorf me da una palmada en la espalda. Sonríe de oreja a oreja mientras me informa despiadadamente de mi destino.

“Es lo contrario, Teniente coronel. Usted es la estrella brillante de la Oficina del Estado Mayor. Su batallón estará en el centro de la operación”.

Qué idea tan divertida. Tan entretenida, de hecho, que el autoconservador que hay en mí casi quiere gritar.

“En el centro del Plan B? ...Maldita sea.

“...Tal vez debería expresar que sería un honor para mí estar en tal posición”.

Hay tantas cosas que quiero decir como persona acorralada en este problema. Pero teniendo en cuenta mi rango, estoy limitada a términos vagos para expresar mi descontento.

No debería mencionar que me estoy quemando los sesos buscando una excusa para irme.

Cualquier cosa funcionaría; tiene que haber algo. Estoy dispuesta a utilizar cualquier excusa con tal de evitar firmar mi sentencia de muerte

aquí y ahora. Esta es la tabla de Carnéades⁹. Diablos, juraré lealtad a los comunistas¹⁰ si se trata de eso, al menos, en apariencia.

Pero, por desgracia, no hay nada. Supongo que así es como funciona el mundo.

“Teniente coronel, parece tranquila. ¿No está emocionada? Planeo asignarle el más honorable de los deberes”.

El General Rudersdorf me mira fijamente. Su pregunta me deja tan perpleja que ni siquiera sé qué responder. Desde el punto de vista del instinto de conservación, la respuesta es un rotundo No. Todo esto me da mala espina. Pero siendo el animal político¹¹ que es Tanya, es casi imposible que escape de esto. Sé muy bien que incluso intentarlo sería suicida tanto social como administrativamente.

Esto es un verdadero enigma. Siento un impulso irresistible de maldecir al universo. Sé que la encarnación del mal, el Ser X, debe estar detrás de todo esto.

Y como siempre, recae sobre los hombros de los humanos arreglar las tormentas de mierda que los llamados dioses maquinan. Sería el superior más fiable y de confianza de Tanya, el General Zettour, quien asumiría la carga esta vez.

⁹ En ética, la tabla de Carnéades es un experimento mental propuesto por primera vez por Carnéades de Cirene que explora el concepto de defensa propia en lo referente al asesinato. En el experimento mental, hay dos marineros naufragados, A y B. Ambos ven una tabla en la que se puede apoyar solamente uno de ellos y ambos nadan hacia ella. El marinero A consigue llegar a la tabla primero. El marinero B, que va a ahogarse, empuja a A lejos de la tabla y, así, hace en última instancia que A se ahogue. El marinero B consigue la tabla y se salva más adelante gracias a un equipo de rescate. El experimento mental plantea la cuestión de si el marinero B puede ser acusado de asesinato porque si B tenía que matar a A para vivir, podría ser interpretado como un caso de defensa propia.

¹⁰ El comunismo es un sistema político y un modo de organización socioeconómica, caracterizado por la propiedad en común de los medios de producción, así como por la inexistencia de clases sociales, del mercado y del Estado. En la obra *El libro negro del comunismo: crímenes, terror y represión* (1997) se recopila el número de muertos provocados como consecuencia de los sistemas comunistas, llegando a la cifra de 100 millones de muertos.

¹¹ “El hombre es un animal político” es una frase de Aristóteles. Significa que el hombre se diferencia de los animales, entre otras cosas, porque vive en sociedades organizadas políticamente, en cuyos asuntos públicos participa en mayor o menor medida, con el objetivo de lograr el bien común: la felicidad de los ciudadanos.

“Vamos, Rudersdorf. ¿Ahora obligamos a nuestros subordinados a dar las respuestas que deseamos? No me digas que has caído tan bajo como para intentar pescar cumplidos de las tropas”.

La artillería pesada de apoyo cae desde mi flanco. Aunque agradezco el apoyo, parece que el General Rudersdorf no va a ceder.

“Cállate, Zettour. Esta es una pregunta que la chica necesita responder”.

Excepto que realmente no quiero. No quiero involucrarme en esto en lo absoluto. ¡Mi único deseo es que no intentasen meterme en esto en primer lugar!

“Entiendo lo difícil que debe ser esto para alguien que ha jurado lealtad a su nación, y aunque puede que necesites algo de tiempo para ordenar tus sentimientos, habrá problemas si no puedes responder”.

Qué declaración tan absolutamente aterradora. ¡Este hombre tiene la misión de hacerme responder a su despiadada pregunta!

Sus ojos se clavan en mí. Puedo ver su determinación inquebrantable. Mierda, mierda. Esos son los ojos de un hombre que sabe que tiene razón. ¡Es exactamente como ese Ser X, al que tanto detesto!

“Está bien. Un nivel de indecisión puede ser tolerado. Pero hay que saber que esto es lo que hay que hacer”.

Rudersdorf dice que puede aceptarlo, pero sus ojos me dicen que necesita que cumpla... Me contengo para no hacerle saber lo jodida que estaré si sigo sus órdenes.

Agh, ¡Qué estresante es no poder decir lo que realmente deseas!

“General, ¿Es una cuestión de necesidad?”.

No somos más que esclavos de la necesidad, o quizás miembros devotos de su religión. En el grupo social conocido como Ejército Imperial, el oficial del Estado Mayor es, sin excepción, una clase de persona que considera que limitarse a la lógica y al deber es algo bueno.

Le dirijo una levísima mirada al General Zettour en un intento de buscar su ayuda, pero el General Rudersdorf ataca primero con su propia locuacidad apasionada.

“La necesidad es el factor determinante que obliga a mis asignaciones. Estoy dispuesto a escuchar tu opinión al respecto, pero debería ser evidente que, a estas alturas del partido, cumplir con tu deber sin quejas es todo lo que el Reich necesita de ti”.

Su comentario aclara que no es probable que acepte una refutación. A este paso, el silencio es mi única opción. Claro que, para empezar, no es una opción real. ¿Debo rebatirle? ¿O tal vez debería dirigirme a la policía militar? ¿Y si la policía militar ya está bajo la influencia del Estado Mayor?

La vorágine de intereses contrapuestos en la que se encuentra Tanya es desgarradora. Pero entonces aparece un rayo de esperanza.

“A decir verdad, se trata más bien de lo que *podría* ser necesario”.

“¿Adónde quieras llegar?”.

Sorprendido por el comentario, el General Rudersdorf mira a su lado y se encuentra al General Zettour con el rostro de piedra. Con un gesto de la mano, tranquiliza al General Rudersdorf. No podría pedir un aliado más fiable.

“Dígame, Teniente coronel Degurechaff. ¿Podría ordenar a su batallón que tomara sin piedad el control de la Capital Imperial en caso de necesidad? ¿Incluso si eso significara, por ejemplo, tener que eliminar a cualquier amigo que se resistiera?”.

¡Corrección!

¡Me equivoqué!

Y con eso, mi única gota de esperanza se derramó directamente a través de mi corazón y bajó al infierno.

Para ser sincera, me está costando averiguar si pretendía o no ayudarme con esta pregunta. Verá, estoy bastante segura de que podríamos hacerlo. De hecho, creo que está básicamente garantizado. El

general Zettour probablemente no lo sepa... pero estoy bastante orgullosa de lo mucho que he llegado a conocer a mis subordinados en el largo tiempo que hemos pasado juntos. Mis soldados siguen sus órdenes, *pase lo que pase*. Debo añadir que también son sabuesos de guerra sedientos de sangre que no son exigentes cuando se trata de un oponente. Un atributo que considero de virtud en tiempos de guerra.

¡Les digo a quién necesitamos muerto y ellos siguen lealmente todas mis órdenes! No me extrañaría que se pusieran a introducir las coordenadas del Palacio Imperial mientras les doy las instrucciones. ¡Qué increíble disciplina! ¡Qué obediencia sin igual! ¿Pero quién en su sano juicio crearía semejantes monstruosidades!? Oh, claro, ¡Yo! ¡Maldita sea!

“Son tus soldados. Danos tu opinión sincera”.

El General Zettour pone amablemente la pelota en mi tejado, pero ¿Qué debo hacer con ella? ¿Debo decirle la verdad como una simplona? No puedo permitirme hacer esto. El más delgado de los salvavidas se ha presentado. Puede que sea la única forma de escapar de esta discusión que está muy por encima de mi rango y sueldo. De ninguna manera dejaré pasar esta oportunidad.

“Por favor, discúlpeme... ¿Podría tomarme un tiempo para pensar mi respuesta?”.

Miro a los dos y veo que tienen expresiones opuestas: El General Rudersdorf está claramente disgustado y el General Zettour está extremadamente satisfecho.

Es seguro asumir que el primero me quiere lista para matar. ¿Pero qué pasa con el segundo...? ¿Es seguro para mí creer en su supuesta oposición? ¿O se trata de algún tipo de prueba de lealtad?

“Teniente coronel, no me extrañaría que este imbécil intentara presionarle para que diera una respuesta precipitada... pero no dude en ignorarle”.

“Puede que lo diga en broma, pero tiene razón. Quiero oír su opinión sincera como estratega y oficial al mando sin demora”.

Tras el velo de un silencio sincero, Tanya maldice como una loca. Por dentro, podría estar echando espuma por la boca de irritación. ¿Puede alguien indicarme en dónde está el vertedero más cercano? Hay un montón de quejas de las que quiero deshacerme.

“Le agradecería que no me intimidase tanto”.

Hablando de abuso de poder¹². Viendo que quiero cambiar de trabajo de todos modos, me presentaría a la Oficina de Inspección de Normas Laborales si pudiera. Lamentablemente, el listón del Reich para las leyes laborales es inexistente, especialmente en lo que respecta a sus militares.

Oh, normas laborales. ¡Normas laborales! ¡Cómo las anhelo! ¡Las anhelamos en las líneas del frente de este mundo alternativo!

El libertario¹³ que hay en mí se siente totalmente humillado por estos sentimientos, pero, no obstante, debo afrontar la brutal realidad en la que me encuentro. Respiro hondo y me reoriento. Se trata de una decisión monumental que hay que tomar. Mis tropas pueden ser las ejecutoras de un golpe de Estado¹⁴. Aunque no saber nada de su plan es un problema en sí mismo... estar en el centro del mismo es mucho peor.

“Estoy de acuerdo en que es nuestra obligación cumplir con nuestro deber. Pero me preocupa el estado mental de mis soldados.

¹² Abuso de poder es aprovecharse de la autoridad que se tiene para extorsionar a otra persona o entidad con el fin de cumplir sus propios intereses. El abuso es un acto de violación de confianza y el poder es generalmente asociado a la autoridad, a pesar de que no es exclusivo.

¹³ El libertarismo es una filosofía política y legal que defiende la libertad del individuo en sociedad, los derechos de propiedad privada y la asignación de los recursos a través de la economía de mercado. El libertarismo considera la propiedad y los mercados libres como las bases más sólidas para garantizar la libertad individual. Los libertarios son escépticos a la idea de que la sociedad obtiene más beneficios que perjuicios del Estado y frecuentemente proponen su limitación, e inclusive su eliminación. Los libertarios sostienen que la ley debe fundamentarse en la protección de los derechos individuales. Para los libertarios los vínculos políticos y jurídicos deben ser producto de acuerdos voluntarios y la fuerza solo puede emplearse legítimamente contra otros de manera defensiva o ante el incumplimiento de un acuerdo, a esta idea la llaman el principio de no agresión y es uno de los conceptos fundamentales de esta filosofía política.

¹⁴ Un golpe de Estado es la toma y destitución de un gobierno y sus poderes. Normalmente, se trata de una toma ilegal del poder por parte de una facción política, un político, una secta, un grupo rebelde o un militar.

Tenemos que considerar sus puntos de vista y sus normas morales interiorizadas de forma individual”.

Al expresar estas preocupaciones suficientemente legítimas, pienso con todas mis fuerzas.

Si yo estuviera en la posición de Mòdùn Chányú¹⁵, me sentiría orgulloso de abatir personalmente a mi padre con mi propio arco y flecha. Pero esto no es Mongolia, ni el siglo II a. C. Lo triste del asunto es que, a pesar de la furiosa guerra, estos son tiempos modernos. Es seguro decir que las normas culturales y legales tienen mucho más valor que en las llanuras de Mongolia. Lo último que quiero es entrar en colisión con esos valores.

Llevar a cabo una revuelta violenta acabaría *conmigo* pintada como la villana. Esto enviaría cualquier perspectiva de cambio de trabajo al fondo del mar. Sólo puedo hacer una cosa para evitar este futuro tan predecible. Debo engañarlos.

“Siento decir que puede ser difícil”.

No estoy declarando que no se pueda hacer, pero tampoco pueden interpretar mi afirmación de forma que sugiera que sí se puede. El tono atribulado de mi voz hace aún más evidente esta situación. Estoy segura de que parezco totalmente angustiada, incluso desde la perspectiva de los espectadores.

¹⁵ Mòdùn (234 – 174 a. C.) fue el segundo de los Chányú de los xiōngnú y el fundador de la magna confederación que lograría someter todas las estepas orientales (en torno a la actual Mongolia) ya únicamente bajo el mando de los propios xiōngnú a comienzos del III a. C. Mòdùn reunió a un grupo de guerreros extremadamente leales. Para estar seguro de su lealtad, Mòdùn realizó varias pruebas en la cual ejecutó a aquellos que se negaran a cumplir la orden. Ordenó a los guerreros disparar las flechas silbantes bajo una forma precisa y emulando su propio proceder: aquel que no consiguiese cumplir la orden, era rápidamente ejecutado. Tras esto, ordenó una orden similar, aunque en este caso, haciendo que sus hombres disparasen a su mejor caballo y finalmente, llevándolos al extremo más delicado, haciéndoles también ejecutar a su esposa favorita. Los que sobrevivieron tras esta proceso de dura selección, conformarían la élite y el grupo más cercano de Mòdùn. Una cercanía que comprobaría días después, tras ordenarles ejecutar a su propio padre durante una jornada cinegética: el Chányú fue pasto de las flechas incessantes de la leal guardia de Mòdùn. Luego de consumar el parricidio y de su autoproclamada ascensión al título de Chanyu, Mòdùn procedió a eliminar a aquellos que fueran una amenaza para su recién adquirido poder ([Imagen](#)).

Sin embargo, el General Rudersdorf responde con una mirada inesperada. Se cruza de brazos y busca qué decir... antes de mostrarse comprensivo.

“Es razonable. Ya se nos ocurrirá algo”.

Está retrasando la decisión. O, mejor dicho, simplemente está indeciso. En cualquier caso, parece que he logrado maniobrar mi barco a través de los acantilados que amenazan con encallarme. Por el momento. Necesito más tiempo para preparar mi próxima maniobra evasiva, y cualquier cantidad ayuda. Lo que me vendría bien ahora mismo es una excusa, ya sea un destino a largo plazo o un despliegue en el frente - cualquier cosa me sirve-, para distanciarme del General Rudersdorf.

En una guerra puede pasar cualquier cosa. Espera lo inesperado¹⁶, ¿Verdad?

Hablando de inesperado, el General Rudersdorf parece a punto de lanzar una bomba a las manos de Tanya.

“He aquí una idea. ¿Te gustaría que te ascendieran?”.

Me pongo rígida y parpadeo sin comprender. ¿Un ascenso? Todo el mundo quiere ascender, y yo no soy una excepción. El deseo de progresar está en la naturaleza humana. Es algo completamente natural. Es decir, si estamos en circunstancias normales.

“No me gusta cómo suena eso”.

Sólo puedo reírme amargamente para mis adentros ante el cebo obvio. Los tiempos de crisis pueden provocar cambios en los valores fundamentales. Y qué cambio tan drástico es éste para Tanya. Es idéntico a cómo las violentas fluctuaciones del valor del mercado pueden afectar al precio de las mercancías. Un ascenso en tiempos de paz es algo por lo que luchar, pero la seguridad prima sobre el prestigio en tiempos de crisis. No debo confundir lo que tiene verdadero valor.

“Casi me tienes ahí”.

¹⁶ Heráclito de Éfeso, conocido también como “El Oscuro de Éfeso”, fue un filósofo griego. Nació hacia el año 535 a. C. y falleció hacia el 484 a. C. Suya es la frase: “Si uno no espera lo inesperado, no lo encontrará, pues es penoso y difícil de encontrar”.

El departamento de RRHH no insinúa cambios drásticos de personal sin un motivo adecuado. Pero, sin embargo... No puedo negar la tentación de ascender en el escalafón. Hay un atractivo innegable en conseguir un cargo más alto, sobre todo antes de intentar cambiar de trabajo.

Esta oferta, sin embargo, es una zanahoria que el General Rudersdorf está colgando delante de sus posibles caballos¹⁷. No hay escenario en el que esta zanahoria no lleve veneno para ratas.

“¿Así que estás interesada en perseguir un alto rango?”.

Está disfrutando. Mantengo mi expresión seria mientras lamento tener que rechazar su oferta.

“Agradezco de todo corazón su generosa evaluación. Pero soy una oficial con responsabilidades. Tengo una obligación con mis soldados como su oficial, y no puedo permitirme abandonarlos”.

Después de todo, si muerdo su zanahoria, me obligará a hacer algo sumamente ilegal. Lo que el General Rudersdorf ve es una oficial patriótica y apasionada que se preocupa por sus soldados, una fachada que Tanya debe mantener a pesar de lo desagradable que le resulta rechazar una oferta abierta de promoción profesional.

“Sé lo mucho que te gusta luchar junto a ellos en el frente... pero que la División de Personal te empuje hacia arriba en el escalafón es otra de tus obligaciones como oficial. Teniente coronel, ¿Tiene algún interés en comandar su propio regimiento?”.

“¿Qué? ¿Quiere que dirija mi propio... regimiento?”.

“Incluso ignorando el hecho de que estamos en tiempos de guerra, has acumulado demasiados galardones. Cuantas más medallas acumulas, más difícil se ha vuelto utilizarte para diversas operaciones. Hay una voz cada vez más fuerte que exige que te devolvamos a una carrera legítima”.

¹⁷ La teoría de la zanahoria y el palo se originó en el siglo XIX, cuando Jeremy Bentham, un filósofo inglés, teorizó que toda acción humana es impulsada por la evitación del dolor y la consecución del placer.

Una carrera legítima. Suena delicioso. Incluso con mi férrea voluntad de cambiar de trabajo, hay una parte de mí a la que le resulta algo difícil resistirse a una oferta tan atractiva. Siento que se me seca la garganta. ¿Es esta oferta parte de su plan para retenerme en la Oficina del Estado Mayor? La oferta es demasiado atractiva, pero el barco del Imperio no tardará en hundirse... Por otra parte, un barco sigue siendo un barco hasta que se hunde...

“Está sugiriendo que tome una posición similar a la del Coronel Lergen, ¿Correcto?”.

“Ese hombre es demasiado corriente, así que sería ligeramente diferente... pero sí, en esa línea”.

En resumen, mis criterios coinciden esencialmente con los de los señores que tienen experiencia como comandantes de campo sólo de nombre. Es una oferta increíble. Siendo miembro del Estado Mayor, es técnicamente posible que Tanya siga la misma carrera que el Coronel Lergen.

Sin embargo, es difícil ignorar el singular camino que he tenido que recorrer. No he pasado por el mismo proceso de escuela primaria-academia militar-primer regimiento-universidad de guerra para llegar a la Oficina del Estado Mayor. Diablos, ni siquiera fui a preescolar en esta vida. Aunque tengo experiencia como soldado de una compañía si se incluye mi etapa como oficial de mágica, mi trayectoria profesional es muy distinta a la de cualquier otro oficial que puedas encontrar en el ejército. Por eso ha habido un retraso en mi progresión a través de los rangos. Tampoco puedo evitar la sensación de que hay un poco de discriminación en marcha.

Si existe ese factor, debe de deberse a mi falta de educación formal. Qué humildad. Es lógico aplicar filtros en todos los ámbitos para cosas como ésta. Lo reconozco gustosamente como exencargado de RRHH. Al mismo tiempo, el peligro de utilizar un filtro es la posibilidad de eliminar a personas con habilidad y experiencia. Creo que los filtros son contraproducentes en el proceso de contratación cuando se utilizan mal.

Dicho todo esto... parece que un cambio de trabajo es la única salida para mí.

En cuanto a los contratos, ascender demasiado en el escalafón y recibir formación de nivel superior puede dificultar el cambio de trabajo más adelante. Un empleado que utiliza los fondos de su anterior empresa para obtener una maestría en ciencias empresariales en una universidad de alto nivel, sólo para trasladarse una vez terminada, tendrá sin duda dificultades para encontrar un nuevo trabajo. Si este caso es similar, entonces debería seguir siendo sincera.

Tras hacer una serie de consideraciones en su cabeza, Tanya elucubra su respuesta.

“Tendré que dejar pasar la oportunidad”.

Si esta oferta hubiera llegado unos años antes, hubiera estado deseando que llegara.

Pero es demasiado tarde para mí, tanto en un sentido sistemático como relacionado con la edad. Todo se reduce al hecho de que el Ser X me hizo nacer en este mundo apenas nueve años antes de que empezara la guerra. Por eso odio a ese autoproclamado dios.

“Maldita sea, ella me rechazó”.

Mientras el General Rudersdorf lanza un suspiro derrotado, el General Zettour esboza una sonrisa casi de júbilo.

“¿Qué te pasa? ¿No puedes soportar un poco de rechazo?”.

Sostiene el tabaco en una mano, a la altura de sus hombros y levanta una ceja sorprendido. El General Rudersdorf responde con una sonrisa irónica mientras comienza a levantarse de la silla. Luego lanza una mirada arrepentida al reloj de pared antes de dejar caer los hombros.

“Bueno, debo comenzar los preparativos para mi próxima reunión”.

“¿Con los funcionarios del Consejo de Autogobierno? Te doy un consejo... Hagas lo que hagas, no les hagas promesas vacías. Al mismo tiempo, no pintes un cuadro de fatalidad y pesimismo”.

El General Zettour dice esto con una mirada cómplice, a lo que el General Rudersdorf responde con una expresión sombría.

“¿Tanto te preocupa? Puedes venir conmigo y supervisar la reunión si lo deseas”.

“Seríamos un blanco demasiado perfecto si apareciéramos juntos. Un agente de la Federación podría no contenerse y lanzarnos una bomba”.

“¿Nos han infiltrado hasta ese punto?”.

Los tres suspiramos al unísono.

Un sentimiento de ansiedad llena la sala antes de que el jefe del frente oriental comparta una advertencia con una expresión grave.

“No hay pruebas de que no lo hayan hecho, y creo que ya ha ocurrido... ¿A menos que tú o la Teniente coronel Degurechaff tengan alguna prueba de lo contrario?”.

“...Yo no. Lo tendré en cuenta”.

“Una cosa más. Las apariencias son importantes, así que he dispuesto que un nuevo guardia te escolte”. El General Zettour suspira mientras refunfuña para sí. “Verás, no quiero llamar la atención sobre el hecho de que tenemos niños sirviendo como oficiales militares, por razones diplomáticas. Tenemos que actuar como el país poderoso que somos, así que te he asignado un nuevo cuadro de soldados de élite con el aspecto adecuado para protegerte”.

“Ah, sí, asignando a tus hombres para que me lleven y me traigan de la reunión mientras tú te sientas y te relajas, ya veo”.

Con una expresión incómodamente severa hasta el punto de parecer exagerada, el responsable del frente oriental se mostraba de lo más serio.

“No seas así. Vigila tus alrededores. Los guardias están ahí para protegerte”.

“...Entiendo. Aceptaré a tus guardias. Probablemente sean menos molestos que el último grupo”.

Mi jefe suelta un suspiro, presumiblemente ante la terquedad de su homólogo. Con los dedos apretados contra las sienes, se lamenta ante Tanya de una forma que hace evidente su agotamiento.

“¿Puedes creer a este hombre? Nunca cambiará. Imagino su entusiasmo cuando tengan que acompañarle como guardaespaldas”.

“Me viene a la mente uno de mis soldados, el Teniente primero Grantz. Ojalá estuviera aquí para oírle decir eso. Estoy segura de que sus amables palabras le harían derramar lágrimas”.

Le lanzo una mirada al director adjunto y le sorprendo fingiendo ignorancia.

“Ah sí, era uno de los soldados que me prestaste como guardia. Está al mando de la compañía, creo. ¿Cómo está?”.

“Imagino que en este preciso momento ya habrá sido víctima de la cerveza del Imperio”.

Los dos nos reímos a carcajadas.

Mientras veo al General Rudersdorf recoger sus cosas y salir a toda prisa de la sala para reunirse con los funcionarios del Consejo de Autogobierno, me invade el alivio por haber sobrevivido con éxito a esta reunión.

Es probable que las conversaciones carezcan de sustancia real. Sólo quieren dar la impresión de que el ejército coopera con el comité, algo totalmente innecesario en estos tiempos desesperados. Este hombre dirige la Oficina del Estado Mayor. Cada segundo que tiene es un recurso precioso.

Después de verlo salir rápidamente del despacho, el General Zettour suelta una carcajada irónica.

“Siempre tiene prisa, ese Rudersdorf”.

Yo siento lo mismo. Quería agradecerle adecuadamente al General Zettour por hacer los arreglos para un nuevo convoy. Para eso fueron enviados Tanya y sus hombres.

“Gracias a su amabilidad, mis subordinados y yo por fin tendremos tiempo para descansar”.

“Bueno, asegúrate de descansar lo necesario. Será un largo viaje de vuelta”.

Fue la manera perfecta de recompensar a mis tropas y a mí. Este hombre es un buen jefe. Aunque pronto me arrepentiría de no haberme dado cuenta de las primeras señales que estaba mostrando. Verán, cuando se trata de trabajar hasta al último ser humano que pueda encontrar hasta los huesos, el General Zettour y el General Rudersdorf son la misma criatura. No, ponerlos en la misma liga casi parece una tontería teniendo en cuenta lo mucho que este hombre me hace sufrir. El simple acto de amabilidad de mi jefe no debería haber provocado una reacción emocional.

“Ah, casi lo olvido. Teniente coronel, hay algo que necesito que haga”.

“Cualquier cosa por usted, señor”.

No es momento para entusiasmarse con un tiempo libre. Pero nada podría ser más tentador que la palabra *vacaciones* en este preciso momento. Pienso, mientras todavía estoy disfrutando de la gloria de haber conseguido salir de la problemática proposición del General Rudersdorf...

“Oh, no es nada demasiado serio. Sólo que puede que te necesite para asesinar a un amigo íntimo mío en un futuro próximo. Sólo tienes que tenerlo en cuenta por ahora”.

-Ahora tengo que navegar por *esto*.

“Entend... ¿Eh?”.

Me interrumpo a medio asentir y miro a mi jefe, sorprendida. Acaba de advertir a su amigo que tenga cuidado con lo que le rodea y ahora está tarareando la melodía de su muerte. Tenía la impresión de

tener un oído impecable, pero quizá tenga que volver a revisarme los oídos.

“¿Señor?”.

¿Sí? Me devuelve la mirada con una expresión de máxima sobriedad.

Este es el momento en el que me doy cuenta para qué clase de monstruo estoy trabajando.

Una parte de mí todavía quiere dudar de mi oído... pero esto es demasiado importante para dejarlo pasar. Tengo que asegurarme de que no me equivoco.

“¿Podría repetírmelo, señor? Creo que he oido mal sus órdenes”.

“Quiero que pintes la pared con el contenido del cráneo de mi amigo íntimo. ¿Es menos confuso para ti?”.

Lo dice de la forma más suave posible. Literalmente no hay forma de malinterpretar sus palabras. Lo trata como si nada.

¿Quiere que asesine al General Rudersdorf?

“Solicito conocer sus intenciones”.

“Oh, ¿Te interesa la razón?”

“No puedo asesinar a alguien sin razón. Soy una soldado. Una oficial que conoce el honor y el deber”.

Desempeñar el papel de una *seria oficial al mando* tiene sus ventajas. Todo depende de cómo lo uses. Puse un poco de espacio entre el General Zettour y yo. Si él cerrara esta brecha y me encontrara a mitad de camino, me permitiría ser más franca con él. Y no tendré que esperar mucho para que eso ocurra.

“Verás... ese hombre es un estratega hasta la médula”.

Hay tristeza en la risita que suelta el General Zettour cuando empieza a compartir con Tanya lo que siente de verdad.

“Cuando falla el plan A, tiene preparado un plan B. Si ese plan fracasa, tendrá un tercer plan en segundo plano. Sólo piensa en la victoria. Así es como actúa”.

Es el soldado que lleva dentro; es su naturaleza. Los que llevan bastante tiempo en el frente de guerra se dan cuenta de que esta misma naturaleza es un arma de doble filo para la mayoría de los que la empuñan.

“...Tomar decisiones rápidas y decisivas con una resolución firme es lo que hacen los estrategas. Todo su ser está fijado en forjar incondicionalmente un camino hacia la victoria”.

El Imperio nunca ha conocido la derrota. Nuestra nación cree firmemente que el destino está de su lado por ser una superpotencia emergente. Este sentimiento sigue siendo válido también para nuestro esfuerzo bélico.

¿Cómo podemos ganar? Esa es la única pregunta para un estratega. La mayoría de la población del Imperio ni siquiera puede plantearse la pregunta *¿Creen que ganaremos?* Y para los pocos que podemos, ésta es precisamente la razón de nuestra infelicidad.

Con mirada solitaria, el General Zettour se ríe para sus adentros.

“Desde los albores de nuestra nación, el Ejército Imperial siempre ha encontrado la forma de vencer al final. Las circunstancias adversas son algo que hemos superado muchas veces en nuestra historia. Aguardamos nuestro momento con acciones defensivas, y luego atacamos cuando es el momento adecuado para reclamar la victoria”.

Puedo oír en su tono tanto amor como odio por la leyenda perdida de la que habla.

“Nuestra incapacidad para ganar esta guerra no tiene precedentes históricos. Pensar que es algo a lo que nuestra generación debe enfrentarse... es cuanto menos indignante”.

“El General Rudersdorf no parece dispuesto a aceptar este cambio en la historia”.

“Lo más probable es que no lo haga. Porque es un excelente estratega. Y por desgracia para él, es un estratega que no conoce la derrota. Por lo tanto, incluso si pudiese percibir su derrota, en realidad nunca la procesaría”.

El General Zettour gime mientras habla, señal de la desesperanza que siente cuando piensa en su viejo amigo.

“Ese idiota. Puede que decida por su cuenta ejecutar el Plan B que creamos para el peor de los escenarios simplemente bajo la premisa de que no hay otras opciones”. Acuna la cabeza entre las manos mientras continúa. “¿No sólo pretende llevar a cabo un golpe militar, sino que quiere invadir Ildoa inmediatamente después? ¿Todo en nombre de la victoria? Lo único que hace es retrasar el suicidio de nuestra nación. Quiere empezar una nueva guerra para continuar la actual. La guerra es un medio para resolver un conflicto. No puede ser el objetivo”.

“¿Es aquí en donde ustedes dos están en desacuerdo, señor?”.

La respuesta es, por supuesto, sí. No tiene que decir nada, su actitud lo dice todo. El General Zettour, agotado, asiente con la cabeza antes de sacudirla con fastidio.

“Soy un hombre débil. Sólo puedo apoyar un Plan B que suponga una derrota limpia para nuestra nación”. Sus labios se curvan con un momento de vacilación antes de continuar. “El General Rudersdorf es diferente. Es un estratega leal al gran Imperio. El único plan que intentará idear es uno que evite la derrota de nuestra nación. Si los tiempos fueran diferentes, probablemente me colgarían por mi derrotismo”.

“¿Ha considerado cambiar su proceso de pensamiento para buscar la victoria?”.

Mi superior suelta una risita solitaria que hace evidente que sí.

“En cuanto a la estrategia, lo he pensado mucho. Dependiendo de las circunstancias, no sería imposible conseguir algún tipo de victoria al final. Pero, operativamente hablando... Sencillamente, no puede hacerse... Los resultados son claros como el agua”.

Con voz rasposa, advierte:

“...No puedo permitir que el legado de nuestros antepasados termine con un suicidio colectivo mal concebido”.

Lo que dice es correcto, pero su formulación es demasiado indirecta.

Tengo que hacérselo decir en términos más explícitos. Por si acaso tengo que testificar ante un tribunal en algún momento.

“Señor, soy una soldado”.

Esencialmente, temo por el futuro si actúo sin órdenes claras y una explicación muy sólida de dichas órdenes. Le miro fijamente a los ojos y, con el tono más serio que puedo reunir, le pregunto lo que un soldado necesita preguntar.

“Como soldado, necesito entender sus verdaderas intenciones”.

“Teniente coronel, soy una buena persona, pero un miembro malvado de esta organización. Estoy obligado a prepararme para nuestro colapso”.

Ah, ahí está ese término otra vez. *Obligado*. Qué concepto tan conveniente. Aunque es tan despiadado como conveniente.

“Si el Coronel Lergen logra trazar un rumbo para la reconciliación, entonces se resolverían todos nuestros problemas. Pero me corresponde a mí idear el plan en caso de que él fracase”.

El carácter abnegado de su sentido del deber es incomprensible. Dicho esto, su interés no entra en conflicto con el mío. Si hubiera un receptor financiero que pudiera evaluar con precisión la situación actual, ayudaría significativamente a mitigar el impacto de la eventual bancarrota del Reich en declive. Como accionista, estaría en mi derecho de ponerme del lado del General Zettour. Sin embargo, incluso si puedo explicarles mi caso a los miembros del jurado, todavía no tendré suficiente para convencerlos. Necesito un poco más.



“Comprendo que una patriota como usted elija matar a tiros al derrotista que le precede, Teniente coronel. Usted siempre ha sido una realista que considera una victoria evitar la derrota”.

¿Pero qué está diciendo?

El General Zettour me tienta con una sonrisa.

“Entonces, ¿Vas a dispararme? Personalmente, creo que sería más lógico dispararle a mi amigo”.

“¿Y por eso quiere eliminarlo?”.

“Sí. Tenemos que hacerlo para que esta guerra termine. Por la paz. Asumiré la responsabilidad si surge la necesidad. Sólo necesito tu ayuda”.

Esa es básicamente la respuesta perfecta. Le doy una B+. Esto debería satisfacer lo mínimo que necesito. Le respondo con una leve sonrisa, que el General Zettour secunda con una suave inclinación de cabeza.

“Entonces te dejaré a ti el cuidado de mi querido viejo amigo”.

“El acto se llevará a cabo tan pronto como de la orden. Pero hay una cosa más que debo preguntar”.

Quiero aprender todo lo que pueda en este momento. Quiero saber cuál es su plan, quién hará qué y qué tengo que hacer. Si no puedo abandonar este juego, al menos necesito aprender sus reglas.

“¿Cuál es su plan?”.

“No se haga la tonta, Teniente coronel. Bueno, puedo ver por qué querría que declarara mis planes. Estaré encantado de complacerle, así que escuche con atención. Si vamos a recurrir a un plan de contingencia, el Reich tiene que estar preparado para cerrar el negocio. Estoy dispuesto a poner todo sobre la mesa para que esto sea posible”.

Mientras que la mayoría de la gente aspira a una recuperación en forma de V¹⁸, el General Zettour quiere saldar tranquilamente las

¹⁸ Específicamente, una recuperación en forma de V es la forma de un gráfico de medidas económicas creado por los economistas mientras examinan la recesión y la recuperación. Una recuperación en

deudas pendientes. Incluso tiene en mente cerrar la venta. De repente me cautiva su plan; quiero saber más. Esto empieza a ponerse interesante. El General Zettour me mira atentamente mientras le da una calada a su cigarro en silencio antes de levantarse bruscamente. Se acerca a la ventana y, sin decir palabra, se pone a mirar al cielo.

Nunca había visto su espalda tan pequeña.

Me pregunto si incluso el gran General Zettour está atormentado por la impotencia. De espaldas a mí, continúa hablando.

“No hay mucho que podamos hacer. Simplemente quiero que nuestro aterrizaje de emergencia sea lo más suave posible”.

Parece tan frágil. O tal vez esas palabras ofrecen una visión a su manera. No sé qué siente el General en este momento. Se queda mirando al techo y echa el humo del cigarro con un suspiro.

“Lo que necesitamos es más tiempo. Entonces podremos aterrizar. En ese sentido, ese imbécil de Rudersdorf y yo podemos estar viendo el mismo sueño. Sólo que los finales son diferentes”.

La gente tiende a querer seguir como si nada, aunque les cueste salir adelante. El deseo natural de mantener el statu quo¹⁹ puede ser aterrador. Pero aún hay esperanza, ya que el individuo racional conocido como Zettour parece decidido a rechazar este sesgo implícito.

“Sin embargo, soy un oficial superior. Me guste o no, todo mi ser me dice... que el Plan B tiene que acabar con todo esto”.

Tal y como van las cosas, esto significa conformarse con la derrota. Parece que, con una inteligencia respetable, cualquiera puede darse cuenta de que el Imperio es una causa perdida. Cualquiera con razonamiento lógico debería ser capaz de hacer esta predicción racional.

forma de V implica un fuerte aumento de regreso a un pico anterior después de una fuerte caída en estas métricas.

¹⁹ La locución en latín *statu quo* significa **estado del momento actual**. El *statu quo* está relacionado con el estado de los hechos o de las cosas. *Statu quo* hace referencia a un estado emocional, social, político y/o económico de un período determinado de tiempo.

Lo que me sorprende es que sólo haya un caballero en el Ejército Imperial dispuesto a discutir abiertamente nuestra inminente derrota.

Los líderes con perspectivas únicas están en posición de desviar en gran medida la historia de un camino potencialmente ruinoso. El problema es que, cuando se presentan con su gran plan, esto es normalmente lo que se obtiene:

“He estudiado el plan actual y, por desgracia, es la misma palabrería de estrategia llena de esperanzas y sueños de victoria”.

“No tiene ningún problema con una única fuente de mando, ¿Verdad?”.

“En lo absoluto. Pero no estoy de acuerdo con su plan. Forzar a los militares a controlar la nación antes de nuestros últimos momentos sólo hará que nuestra caída sea más dramática. Tenemos que hacer los arreglos necesarios para ponerle fin a la guerra”.

Se trata de una situación compleja, y es probable que el General Zettour haya sido atropellado coordinando el sector privado, el gobierno y el ejército. Suspiro profundamente, como si la angustia derivada de mi resignación a aceptar mi destino hubiera tomado forma en mi mente.

“Si cometemos un error, es natural que el enemigo lo aproveche. Para asegurar que estas negociaciones se lleven a cabo, tenemos que esforzarnos por la paz”.

El General Zettour ofrece esta dolorosa conclusión como si fuera un matemático resolviendo una ecuación.

“Dado lo que debemos hacer, mi gran y poderoso amigo Rudersdorf se convertirá en una molestia. Lo necesitamos fuera del camino. Matarlo... es nuestra única opción”.

El hombre de negocios que llevo dentro siente una repulsión innegable ante la intención despiadada de mi superior. La palabra *tolerancia* hace tiempo que desapareció del diccionario de Tanya. Y cuando la gente está cansada, a veces aflora su yo interior. Un innegable sentimiento de rabia es lo que impulsa mi siguiente comentario.

“Qué tontería”.

“¿Qué?”.

“¿Quiere matarlo porque es una molestia? Qué absurdo”.

Es un completo disparate. ¿Así que vamos a matar al hombre? Eso está totalmente fuera de lugar, es un argumento irracional que no merece ni un momento de discusión.

“Un sacrificio necesario. Asumo la responsabilidad de lo que sigue. ¿Es de los que desprecian las herramientas de la muerte?”.

Aquí me malinterpreta. Me pregunto si toda la tensión es la causa de que el General Zettour esté de repente dispuesto a justificar un pensamiento tan descabellado. Aunque no sin preocupación por lo que está por venir, intento corregir su forma de pensar.

“Dice que desea simplemente matar al hombre. Pero no puede hablar en serio”.

“Quise decir cada palabra”.

“Es una idea absurda. Si esas son sus órdenes, estoy obligada a dispararle aquí y ahora para defender mi dignidad”.

Teniendo en cuenta las circunstancias, no puedo permitirme estar en el lado equivocado. Aunque el General Zettour esté dispuesto a aceptar la caída del Imperio, no puedo acompañarle si procede de un modo que no pueda realizarse.

“... ¿En serio estás en contra de matar a un aliado tan tarde en el juego?”.

Se le va el color de la cara mientras formula la pregunta, lo que aumenta mi decepción. Está cometiendo un error colosal.

“Mis disculpas, pero eso no es exactamente lo que quiero decir. Simplemente quiero sugerir que su forma de pensar está completamente fuera de lugar”.

“¿Qué quieres decir? ¿Qué intentas decir?”.

“De nuevo, me disculpo por mi insolencia. Pero, señor, ¿Realmente necesita que se lo deletree?”.

Estudio a mi superior, que se limita a sacudir la cabeza ante mí.

“...No estoy seguro de adónde quieres llegar”.

Estoy casi asombrada. No estoy en contra de matar gente.

Simplemente niego la eficacia del asesinato en estas circunstancias específicas. ¿Por qué le sorprende tanto mi reacción?

“Es un desperdicio de un buen recurso humano. Señor, no estamos en un lugar en el que podamos permitirnos perder a nuestros altos cargos tan fácilmente, y menos aún tirarlos a la basura”.

“Estamos extirpando un cáncer de nuestra organización. No será indoloro...”.

“Eso es, señor. El dolor es una parte necesaria del proceso. Lo que estoy tratando de articular, sin embargo, es un problema con la forma en la que está abordando esto”.

Esto es Táctica 101²⁰. Ni siquiera los mejores objetivos pueden alcanzarse si el enfoque estratégico es totalmente erróneo. Tengo curiosidad por saber por qué precisamente hoy no puedo comunicarme con él.

No voy a fingir que soy la comunicadora perfecta. Me enorgullece decir que soy humilde en este sentido a pesar de ser especialista. Naturalmente, sobresalgo cuando se trata de cosas como ser atenta o clara con mis palabras o captar intenciones no expresadas... pero no soy perfecta.

Y también entiendo que a veces haya malentendidos. Pero en el campo de batalla, un malentendido puede matarte tan seguramente como cualquier bala. Teniendo en cuenta mi experiencia en el campo de batalla, sé que puedo comunicarme con más eficacia que la mayoría.

²⁰ 101 (pronunciado ONE-oh-ONE) es un término del argot para el conocimiento más básico en algún tema, como en “hervir papas es cocinar 101”. El sentido coloquial del número “101” se origina en su uso frecuente en los sistemas de numeración de cursos universitarios de los Estados Unidos para indicar el primer curso o introductorio en algún tema de estudio, como “Cálculo 101” o “Francés 101”.

Además, ambos sabemos cómo actúa el Estado Mayor. Compartimos los mismos valores. El General Zettour y yo hablamos el mismo idioma.

Es extraño que hayamos pasado del uno al otro en primer lugar. Es prácticamente un milagro.

El estrés debe ser el culpable. Apuesto a que está influyendo en nuestra capacidad de procesar información. Eso sólo significa que tendré que ser directa con él, lo cual está bien.

Reconstruyo mi lógica antes de exponérsela.

“Hay que matar a los humanos con eficacia, pero no hay que malgastar sus vidas”.

Lo creo de todo corazón. Es una colina en la que estoy dispuesta a morir. El despilfarro de un buen capital humano es un pecado capital. Es nada menos que nuestro deber desarrollar cuidadosamente y utilizar adecuadamente ese precioso capital. Y no hay una sola alma que aprecie el despilfarro.

“Si tenemos que matar a un general, el Reich necesita asegurar el retorno de toda la inversión que se hizo en ese hombre. No somos, o al menos, yo no soy definitivamente alguien que abogue por asesinar al personal por capricho”.

“¿Entonces por qué abogas?”.

“Abogo por la paz”.

Lo declaro sincera y solemnemente. Como individuo obligada a participar en una guerra dominada por el caos, lo único que busco es el orden y la paz. Naturalmente, también creo que el General Zettour ama la paz con todo su ser.

Todas las personas civilizadas anhelan la paz, no sea que se conviertan en belicistas criminales dementes que utilizarían su propia nación como combustible para librarse una guerra total.

Sigo hablando desde una perspectiva de hermosa paz y productividad.

“Sin la menor duda, amo la paz y sólo la paz. Aunque, como soldado dedicada a los intereses de mi nación, sólo deseo llevar a cabo mis deberes de la forma más eficiente posible”.

Me abstengo de añadir *y me gano mi sueldo*. En cualquier caso, desde mi punto de vista, luchar en una guerra que no podemos ganar es un modelo de negocio terrible. Tenemos que ser más eficientes a la hora de hacer las cosas; tenemos que utilizar nuestro capital con más cuidado.

No necesitamos el honor de los héroes de nuestro pasado, pero sí debemos cosechar los beneficios de lo que dejaron atrás. Emplear nuestro tiempo y esfuerzo en una empresa en la que no se puede ganar no es muy diferente de desperdiciar nuestras carreras. Cuanto más pataleamos y gritamos para intentar salvar nuestra inversión emocional, más se hunden nuestros pies en el lodazal de la derrota.

Dicho esto, no quiero abrir cabos sueltos en el departamento que quiero dejar. Sería una tontería por mi parte escatimar esfuerzos para completar mi procedimiento de dimisión antes de cambiar de trabajo.

Como recurso humano que siempre se esfuerza al máximo, Tanya seguirá siendo subjetiva y apelará a su superior lo mejor que pueda.

“Si matamos al General Rudersdorf, sólo nos quedará un asesinato. Pero si detuviéramos al cerebro detrás de un golpe de Estado, serviría para aumentar nuestra influencia”.

Con el General Zettour escuchando atentamente, ahora es mi oportunidad de venderle esta idea. No es diferente de explicarle una estrategia. Él tiene la clave; sólo tengo que hacer que se dé cuenta.

“Me gustaría sugerir encarecidamente que nos centremos en idear un plan para lo que ocurría *después* de frustrar el Plan B del General Rudersdorf”.

“Ya veo. No deberíamos extirpar al canceroso Rudersdorf, sino...”.

Precisamente.

Le doy un pequeño empujón en la dirección correcta.

“Su muerte desencadenaría una purga selectiva de soldados dentro del ejército. Podemos aprovechar la confusión para poner el Alto Mando Supremo bajo el control de la Oficina del Estado Mayor y crear efectivamente un mando central a corto plazo para la guerra”.

“...Un contragolpe. Este sería mi... nuestro... Plan B”.

Creo que la acción agresiva y decisiva es la más eficaz. Podremos acabar con el complot para derrocar al gobierno y hacernos al mismo tiempo con el control total del esfuerzo bélico.

El General Zettour lo capta en un instante, lo que llena su mente de una cosa: Esperanza.

“El caos puede aumentar en comparación con la mera eliminación de Rudersdorf... pero puede ayudar a calmar la agitación existente dentro del Imperio”.

Esto nos acercaría mucho más al objetivo original del Plan B de crear un mando central. No, seguramente cumplirá este objetivo. Y legalmente, además.

“El derramamiento de sangre se reducirá al mínimo. Nos permitirá maximizar nuestros beneficios con el menor esfuerzo posible. También debería ser terriblemente fácil”.

“Haces que parezca sencillo. Esta vez mataremos a los nuestros, Teniente coronel. ¿Entiende lo que esto significa?”.

Luego muestra una expresión más morbosa... Me pregunto qué es lo que no está entendiendo aquí. La premisa ha pasado por encima de la cabeza del General Zettour. ¿Por qué Tanya querría matar a un aliado?

“Disculpe, señor, pero ¿En dónde está exactamente el problema?”.

“¿Qué? Espera, ¿Sabes lo que estás diciendo?”.

“Señor, ¿Hay alguna razón para desplegar mis tropas?”.

Tomaré prestado lo que dijo Cao Cao ²¹ durante el conflicto con los eunucos de la corte que acabaron descuartizando a cierto carnicero: *No hay necesidad de convocar a las tropas.*

Un contragolpe es fundamentalmente una exhibición de poder hecha en nombre de *la ley y el orden*.

“La fuerza militar debe usarse contra nuestros enemigos. La policía debería ser más que suficiente”.

Si vamos a asaltar una base enemiga en el este, entonces sí, necesitamos desplegar ingenieros de combate, magos, artillería e infantería. Pero no nos dirigimos al este para esto. Nuestro objetivo es una oficina en el Imperio. Un par de oficiales de paz de uniforme deberían ser más que suficientes.

“Una sola unidad de la Policía Militar podrá detener fácilmente a todos los implicados en el golpe”.

“¿Estás sugiriendo que le entreguemos al Estado Mayor a...?”.

El general Zettour no termina su frase.

En lugar de eso, cierra la boca y coge otro de sus cigarros baratos. Con un encendedor que parece un cartucho de bala reciclado, enciende tranquilamente su cigarrillo. De vez en cuando mira al techo y se suma a la persistente nube de humo. Pasa poco tiempo hasta que por fin... llega a una conclusión.

“No está mal”. Pronuncia estas palabras para sí mismo. “Si desplegamos a nuestras propias tropas, causará pánico generalizado. No hay razón para que nuestro pequeño procedimiento quirúrgico... tenga que ser llevado a cabo por magos”. Sonríe, o tal vez sea una mueca. El General Zettour se frota la barbilla mientras exhala alegremente una gran bocanada de humo. “Parece que mi cabeza sigue en el este”.

“¿Quiere decir que está demasiado acostumbrado a luchar en una guerra contra bárbaros?”.

²¹ Cao Cao fue el último primer ministro de la dinastía Han de la antigua China. Como figura central del Período de los Tres Reinos, estableció los cimientos de lo que llegaría a ser el reino de Wei y fue póstumamente nombrado Emperador Wu de Wei ([Imagen](#)).

“Sí, así es. Me he sumergido tanto en el bárbaro proceso de la guerra que olvidé cómo se libraban las batallas en casa”.

Se ríe de su impropia falta de juicio mientras su mente brillante probablemente está llenando todas las lagunas a una velocidad de vértigo. El cigarro en la boca de mi superior resalta su sonrisa ruin acompañada de la mirada diabólica de un niño travieso.

“Si podemos acabar preventivamente con esto usando sólo a los de la Policía Militar, entonces...”.

El resto de la frase se pierde al exhalar una gran nube de humo, pero está claro lo que iba a decir.

“Conseguiremos exactamente lo que queremos, con poco o ningún sacrificio por nuestra parte. Entonces podremos centralizar el liderazgo de nuestros militares durante el juicio”.

El General Zettour responde asintiendo con la cabeza, luego mete la colilla en el cenicero como si fuera la fumada más satisfactoria que ha disfrutado en su vida antes de sacar rápidamente una nueva. Después de fumar tranquilamente un rato más, dice algo como si hablara consigo mismo.

“...Una enemistad secreta tendrá lugar a puerta cerrada dentro del Imperio...”.

“Sí, eso es lo que tiene que pasar”.

“Bueno, siempre es mejor que los procedimientos quirúrgicos sean lo menos intrusivos posible. Así que, dime, con el tablero como está, ¿Cuál sería tu próximo movimiento?”.

Hace esta pregunta como si fuera un profesor de una academia militar. Casi me siento como si estuviéramos en un aula del campus en una tarde encantadora.

Los soldados que vienen de una formación académica están cortados por un patrón diferente. Estamos hablando de matar a alguien, y él lo hace sonar tan elegante de una manera que yo nunca podría.

“Quiero oír su opinión, Teniente coronel”.

“Creo que deberíamos empezar por sacar al General Rudersdorf de la Oficina del Estado Mayor y mantenerlo en algún lugar donde podamos llegar a él”.

Idealmente, hacemos que su muerte parezca un accidente. La purga comenzaría después de que encontremos pruebas del golpe en los efectos personales que deje.

La circunstancia más conveniente sería que simplemente muriera en acto de servicio, pero no hay ningún escenario en el que el Director Adjunto de la Oficina del Estado Mayor se exponga a un ataque enemigo. Incluso si pudiéramos acercarlo al frente oriental, ¿Cómo acabaría muriendo allí exactamente?

“Explícame cómo lo harías”.

“Necesitamos una razón para llevarlo al frente oriental sin llamar la atención... y pensar cómo lidiaremos con la commoción que inevitablemente sacudirá al ejército”.

Tal y como dicta el estudio de la economía urbana, la proximidad por sí sola supone una ventaja considerable. Este principio general se aplica también a la autoridad. Un trabajador teme al jefe que se sienta a su lado, no al que está en otro despacho. Así que, si queremos que se produzca un accidente, el este es la mejor ubicación.

Por no mencionar... que morir en el campo de batalla no es lo que yo llamaría inusual.

“¿Quizás podamos usar al Coronel Lergen para atraer al General Rudersdorf al este?”.

“Eso no se puede hacer”.

La forma en la que me derriban sin vacilar despierta mi curiosidad.

“¿Oh? ¿Le importa si pregunto por qué?”.

Mi superior muestra una expresión irónica.

“Debemos tener en cuenta que Rudersdorf tiene al Coronel Lergen trabajando en un acuerdo de paz con Ildoa”.

“¿No es eso un testimonio de su confianza en el hombre?”.

El destino de nuestra nación depende de esas negociaciones. Es lógico que encargue el trabajo al hombre en quien más confía. Mi intuición me dice que el General Rudersdorf confía mucho en el Coronel Lergen, pero parece que el General Zettour no está de acuerdo.

“Rudersdorf está simplemente siguiendo las negociaciones como un compromiso. No se trata de la capacidad del Coronel Lergen... sino de su posición. Tendría al Coronel trabajando en los preparativos de su Plan B si realmente confiara en él”.

“¿Confió en él para ponerse de su lado?”.

Precisamente. El General Zettour asiente mientras coloca otra colilla en el cenicero.

“Lo sé por tener todo el frente oriental sobre mí. Su fe en la gente es proporcional a lo abusivas que son sus tareas. Da las peores tareas a aquellos en los que realmente confía”.

Hay un tono de orgullo en su discurso, y está dolorosamente claro adónde va esto.

“Bueno, eso facilita las cosas. Señor, disculpe, pero...”.

“No hace falta que lo digas”.

Mi sonriente superior se puede calificar fácilmente como el oficial imperial más maltratado, dado que se ha visto obligado a cargar con la lucha contra la Federación.

“Quieres que haga el trabajo sucio, ¿No?”.

Afirmo en silencio la pregunta del General Zettour con un gesto de la cabeza, y él me devuelve la sonrisa. Es una sonrisa grande y rebosante.

Francamente, casi demasiado grande. Para un hombre a punto de matar a uno de sus mejores amigos... la forma en la que luego susurra tranquilamente “muy bien” es bastante suave.

“¿Cómo lo haremos?”.

Esa es la parte fácil.

“¿Y si arreglamos que ocurra un accidente mientras está en el este? ¿Qué le parece un accidente de avión?”.

“Esas cosas pasan de vez en cuando”.

“Sí. Qué desafortunado sería si hubiera un problema de mantenimiento”.

Es difícil evitar accidentes en una red de transporte aéreo que sufre de una sobrecarga crónica. Esto se considera bastante problemático, y el Imperio ha tomado amplias precauciones para estudiar cómo mejorar la fiabilidad de nuestros vuelos. Sin embargo, en tiempos de guerra, a menudo se le da prioridad a la necesidad por sobre la seguridad, y los accidentes ocasionales son el precio que pagamos.

“Haré que mis tropas se aseguren de que haya un accidente”.

El General Zettour responde a esta proposición con un momento de silencio. Aprieta los labios en su siguiente cigarro sin decir palabra antes de encenderlo. Tras enturbiar suavemente el aire que nos rodea, vocaliza su preocupación junto con otra bocanada de humo.

“Es un buen plan en general, pero la tripulación del avión también se verá afectada por el accidente”.

Deja caer el puño sobre el escritorio antes de continuar.

“Hablas de costes mínimos, pero la tripulación serán nuestros propios soldados. Soldados que fueron asignados al avión equivocado, en el día equivocado”.

Qué palabras tan honorables. Tiene toda la razón en un sentido humanitario. Estoy de acuerdo con él, de verdad. Las vidas de los demás deben ser tenidas en la más alta consideración. Incluso si se trata de un procedimiento necesario... que se lo digan a las personas cuyas vidas se sacrifican.

Debería avergonzarme su crítica, por la forma en la que su mirada reprende mi idea.

Debería estarlo, pero no lo estoy. Porque es el General Zettour quien hizo el comentario.

“Señor, podría...”.

“¿Qué pasa?”.

No me importa la mirada de disgusto. Eres libre de fingir ser un hombre de buenos principios si así lo deseas. De hecho, el sentimiento en sí es digno de elogio. Pero, dejando todo esto de lado, me temo que debo señalar...

“¿Podría mirarse en el espejo? Su mandíbula parece estar actuando mal”.

“¿Oh...oh?”.

Un General Zettour ligeramente perplejo comienza a frotarse la mandíbula. Supongo que lo que le ocurre es totalmente inconsciente.

Pero el verdadero cambio se produce en el momento en el que su mano toca su boca. Sólo podría describirse como un cambio dramático... la forma en la que el desprecio en sus ojos se ilumina como un día de verano.

“No puedo evitar darme cuenta de lo contento que parece con todo esto”.

“... ¿Es esa la cara que estoy poniendo?”.

Sinceramente, parece un asesino en serie haciendo lo que más le gusta: Asesinar. La alegría prácticamente fluye de su sonrisa abierta. No se puede negar que mi jefe es un psicópata muy capaz y totalmente implacable.

“Sí... parece que tu brillante sugerencia me ha alegrado. Aunque soy consciente del crimen que cometeremos, parece que no puedo eludir el empuje maternal de la necesidad”.

Realmente son uno y el mismo, Zettour y Rudersdorf.

Desde mi punto de vista, los dos son patriotas leales hasta la médula a la extraña construcción social conocida como nación. Un punto que no puedo evitar sentir que los convierte a ambos en seres

irracionales, pero... tal vez mi punto de vista esté influenciado por la época y el lugar de donde provengo originalmente.

En cualquier caso, ya se trate de gente de mi época o de la actual, la complacencia es siempre una constante social.

“El subdirector es un gran hombre”.

Es un estratega perfecto. El problema nunca ha sido su capacidad de estratega, sino su temperamento. Lo que el Imperio necesita ahora es alguien que sepa gestionar nuestra bancarrota. Siempre me entristece cuando se produce un desajuste en los recursos humanos como este.

Por eso, lo menos que podemos hacer por él es...

“Es un gran hombre que considero adecuado para convertirse en la base de los próximos cien años del Heimat”.

Oh, ¡Cómo me gustaría poder hacer una foto de esta maravillosa sonrisa en la cara del General Zettour! Creo que puedo considerar mi apelación a mi jefe como un éxito.

“Teniente coronel, ¿Debo darle las gracias?”.

“Sólo si lo desea, señor”.

“Ja, ja, ja, ja, qué gran respuesta. Alabemos a nuestra madre”.

Abro mucho los ojos. Me pilla desprevenida su comentario.

“¿Nuestra madre?”.

¿Qué está diciendo de repente? El General Zettour siempre es increíble... Es el superior ideal. Tal vez sea debido a la guerra, pero últimamente, a veces puede actuar un poco extraño. A veces me cuesta responderle, siendo la persona sensata que soy. En momentos así, hago lo que haría cualquier ser social y le escucho en silencio.

“Sí, la madre que nos ofrece su abrazo cruel. Si hay un dios en este mundo, es sin duda la Madre Necesidad”.

Se está volviendo religioso conmigo. ¿Es fiel a la necesidad? Supongo que, en su religión, la necesidad es maternal.

“Es una deidad cruel pero poderosa. ¿No estás de acuerdo?”.

El Ser X es un pedazo de mierda egoísta, pero... si realmente existe una Madre Necesidad, es muy probable que sea exactamente como la describió el General Zettour en su breve monólogo.

“Puede que tenga razón. Eso la haría igual que usted”.

“Vamos, no hay necesidad de complacerme. Me estás haciendo sonrojar”.

Agacho la cabeza en señal de disculpa... aunque me confunde un poco la forma en la que mi superior se lleva la mano a la suya, como si sintiera la necesidad de apartar físicamente mis elogios.

¿Es realmente feliz? ¿Lo tomó como un cumplido? Sería bastante aterrador si ese fuera el caso...

“De acuerdo, en el peor de los casos, Rudersdorf sufrirá un accidente. Pienso regresar a la capital imperial cuando eso ocurra”.

“¿Qué vamos a hacer para que la Policía Militar se desplace después de que ocurra el accidente?”.

Estaba preparada para actuar como mensajera de una persona de confianza del General Zettour en caso de necesidad. Por suerte, o por desgracia, según se mire, este monstruo tiene su propia manera de hacer las cosas.

“Yo me encargo. Puedo hacerlo desde mi despacho”.

Lo dice como si nada, pero el alcance de su influencia dentro de la Oficina del Estado Mayor es realmente impresionante, producto de su larga carrera. Me da envidia. Su historial y su experiencia le dan opciones que no están al alcance de un miembro más reciente de la organización como yo.

Lo que me recuerda otra pregunta que me ronda la cabeza.

“Hay una cosa más que me gustaría confirmar. Usted planea separarse del frente oriental, ¿Correcto?”.

“Así es”.

“¿No significará esto problemas para nuestro esfuerzo de guerra en el este?”.

El frente de guerra allí sólo es sostenible gracias a la astucia del General Zettour. El lugar al que nos ha llevado este hombre con su enfoque único de la táctica y la estrategia es poco menos que un milagro.

Un cambio de liderazgo bastaría para llevar esta guerra a su inevitable conclusión.

“Supongo que tendremos que retirarnos ya que no podremos apoyar a la línea del frente”.

“...Puedo prepararte un puesto si estás preparada para el trabajo. Podría convertirte en una alta funcionaria como mínimo”.

“He oído que mantener a las tropas listas para la batalla es una tarea ardua incluso para inspectores con rango de Teniente general. ¿Pero para una Teniente coronel? Dudo que sea capaz de conseguir que nadie haga caso a alguna de mis órdenes”.

Lo que más quiero evitar es convertirme en la mano derecha del General Zettour. Sería una cama de clavos. Estaría en posición de asumir la responsabilidad de toda la confusión de esta guerra. Y definitivamente no quiero eso. Además, allí no podría ejercer ninguna de mis habilidades. Mi talento se desperdiciaría mientras participo en negociaciones aplastantes.

La gente tiene que rechazar los trabajos que sabe que no puede hacer eficazmente. Puede ser difícil hacerlo en una empresa lógica, pero mantener un entorno en el que los trabajadores puedan decir No es increíblemente importante para una organización.

“¿No ves que suceda?”. El General Zettour dispara a Tanya una mirada esperanzada, pero no puede salirse con la suya. “Tengo grandes esperanzas en ti. Estoy seguro de que esto es un punto de orgullo para ti”. Vuelve a insistir en la petición.

“¿Hay algo que pueda hacer por el frente oriental aparte de abandonarlo también? Sinceramente, no creo que haya un alma en el Imperio que pueda hacerse cargo por usted”.

Francamente, no veo a nadie, ni siquiera al más capaz de los sucesores, como el General Romel o incluso el General Rudersdorf,

capaz de ocupar el lugar del General Zettour. La situación es demasiado complicada. No hay ningún movimiento ganador para Tanya ni para nadie como oficial al mando allí.

Lo más que podría hacer es mantener los daños al mínimo. E incluso para hacer esto, su única opción sería retirarse lentamente para que su Kampfgruppe no quedara atrapado fuera de posición en la confusión resultante.

En esa misma línea, también debería preguntarme qué nivel de daño está dispuesto a aceptar mi superior para eludir dicha confusión.

“En cualquier caso, necesitamos contener el caos del frente oriental. Creo que la situación allí, que tiene un fuerte potencial de propagación a nuestro hogar y a todo el frente de guerra, debe ser detenida con decisión”.

“No tienes nada de qué preocuparte al respecto. Todavía hay espacio que he creado en el este”.

Oír al General Zettour decir esto me da una idea diferente.

Recuerdo la organización que el General Zettour creó para gobernar nuestros territorios conquistados. Es una organización despiadada, un consejo que pregoná el sueño de la *independencia* a las numerosas minorías que componen la Federación.

“¿Podríamos usar al Consejo de Autogobierno para una operación profunda...?”.

“Sé que lo creé para tal fin, pero dudo que pudieran manejarlo ahora”.

Probablemente tenga razón, así que simplemente asiento con la cabeza.

Al fin y al cabo, el Consejo era un proyecto apresurado. Nunca estarían a la altura de las circunstancias por sí solos. El poder que tenían estaba respaldado por la seguridad de que el Ejército Imperial aplastaría cualquier oposición real.

“La base de su existencia radica en que el Ejército Imperial mantiene la línea del frente. No pueden hacer más que mantener el orden público en las regiones donde los he colocado”.

Lo máximo que podrían hacer es ocuparse de la logística en la retaguardia.

“¿Tiene fe en ellos?”.

“No, pero tengo fe en la Federación”.

“... ¿Que hará algo para que el Consejo de Autogobierno los vea como su enemigo mortal?”.

El General Zettour asiente en silencio. El Consejo de Autogobierno entiende que el Imperio no tiene ambiciones territoriales y se basa en el pragmatismo y la razón de ser nacional.

“Si lo ha pensado tanto, podríamos bombardearlo todo”.

“Eso no funcionará, Teniente coronel. Hay demasiado terreno que cubrir en el este...”.

El General Zettour expresa entonces su derrotismo interior.

“No hay necesidad de sembrar la semilla del odio”.

“Si ganamos, se les llamará leales”.

“*Si*” es la palabra clave.

Ambos sabemos que las posibilidades son escasas, lo que reduce toda esta conversación a meras bromas.

“Son palabras muy fuertes para oírlas de un Teniente general”.

“¿Quiere que le diga que ganaremos? Entonces, Teniente coronel, necesitaré que luche duro por nuestra victoria”.

“Hablé sin tacto. Por favor, perdóneme”.

Él asiente y ambos suspiramos. Esto es lo que significa aceptar nuestra desafortunada realidad, nuestro amargo destino.

“Por eso, Teniente coronel, las cosas pueden ponerse difíciles para sus tropas”.

“Bueno... así es como siempre es y ha sido”.

“Entonces, por favor, continúe”.

Este país es negro.

Estamos empapados de nuestra propia sangre, que se ha oxidado hasta adquirir un color negro azabache. Por mucho que me guste estar de negro, no soy partidaria de infringir la ley ni de los sistemas explotadores.

Maldito sea este mundo condenado al infierno.

“Haré lo que pueda”.

“Perfecto, que corra la sangre en nombre de la necesidad”.

[Capítulo]

II

MEMORIAS

Prioriza la diplomacia...porque es mucho menos costosa que una guerra total

Lergen, un soldado
retirado

[Capítulo] III Memorias



LAS MEMORIAS INÉDITAS DE ERICH VON LERGEN (EX OFICIAL IMPERIAL)

Al escribir estas memorias, hay cierto sentimiento que quiero dejar claro a los futuros lectores.

Yo... Todos nosotros creíamos de verdad en la causa de nuestra nación: Que el Imperio era una fuerza motriz verdadera y honorable para alcanzar la paz mundial. Fue un error de juicio por nuestra parte, con terribles consecuencias. Así pues, mis memorias relatarán la historia de mi fracaso. Son las penas de un perdedor que fracasó en su misión.

El primer error al que me enfrenté tuvo lugar en Ildoa. Incluso ahora, cuando me presento como Lergen en Ildoa, siempre me reciben con miradas disgustadas. La cara alegre pierde su sonrisa, y la mano que ofrezco para un apretón se queda flotando en el aire.

Siempre es triste, pero tampoco injustificado por una razón muy sencilla. Verá, el nombre Lergen tiene aquí el mismo significado que la palabra *delincuente*. Y aunque me duela decirlo, entiendo perfectamente por qué.

En realidad, lo que ocurrió durante la guerra era inevitable. Me avergüenza escudarme en términos cargados como *inevitable* o *deber*, o en la idea de que una determinada acción es simplemente *lo que había que hacer*. Mi único deseo al escribir esto es dejar un registro histórico sincero, y si alguna vez hay un historiador lo suficientemente excéntrico como para mantener el interés en estas divagaciones, entonces tal vez obtenga algo de lo que estoy escribiendo hoy. O quizás más aún, de lo que decido *no* escribir. Como ven, soy un hombre que carece tanto de tacto como de un lugar al que llamar hogar, lo que me hace dudar de

que alguna vez pueda librarme de esta reputación de serpiente confabuladora.

No obstante, creo que seguiré el ejemplo de un oficial imperial al que serví una vez y dejaré que hable mi pluma. Aún recuerdo cómo empezó todo. Fue justo después de darme cuenta de que el fin estaba cerca, cuando se hizo evidente que la victoria no estaba en las opciones. Por aquel entonces, yo era coronel en la Oficina del Estado Mayor y trabajaba en lo que me habían dicho que era una de las principales prioridades del esfuerzo bélico: Organizar un armisticio con Ildoa como mediadora.

Pensándolo bien, la idea de que pudiéramos llegar a firmar un armisticio no era más que una estratagema interna para apaciguar a los ajenos al proyecto. Para el puñado de personas que trabajaban conmigo en este objetivo, imagino que la mayoría reconocíamos que nuestro verdadero objetivo era acabar con la guerra por todos los medios.

Sólo puedo reírme de mi yo del pasado mientras escribo esto, pero era una situación terrible. Mi trabajo consistía en agachar la cabeza y disculparme mientras *pedía paz*. Por desgracia, era un deber que no podía pasarle a otro oficial... y una mancha negra en mi pasado.

Ganar prestigio mediante negociaciones de paz distaba mucho de lo que el Imperio había previsto originalmente para su victorioso final de la guerra. Se podría argumentar todo el día que alcanzar la paz mundial era una verdadera victoria, pero caería en un saco roto.

Apuesto a que algunos de ustedes se preguntan por qué enviarían a un soldado a trabajar en los acuerdos de paz. Y, bueno, tendrían razón al cuestionar la idea misma. Dejando a un lado las diferencias entre cómo funcionaba el Reich y cómo son las cosas ahora... un soldado es un soldado. No es el trabajo de un soldado el participar en política o diplomacia. Esta fue una desviación atroz de lo que el ejército estaba destinado a hacer. Poner la fuente de toda violencia en la cima de una nación sólo la dañará. Induce un retroceso irremediable en el que el gobierno se doblega ante los militares, lo que desvía a la nación de su camino.

Lo sabíamos. Al mismo tiempo, por lamentable que fuera, recuerdo cómo el discurso en la Oficina del Estado Mayor siempre se formulaba como si estuviéramos a la cabeza de la estrategia nacional. Al igual que el nombre de Zettour el Terror ha quedado grabado en las crónicas de la historia, hay mucho que no se entiende de él.

En la última mitad de la guerra se produjeron muchos casos irregulares y extremos. Así que es totalmente comprensible que hubiera algunos malentendidos, sobre todo en aquellos días finales. Para entonces, el ejército y el gobierno del Imperio se habían fusionado en una sola entidad. Esta progresión fue gradual, y los asuntos militares y políticos se convirtieron en una misma cosa. Tal vez no es tanto que se combinaran... sino más bien que se mezclaran en un gran caos. Hay que discutir si el Estado Mayor se convirtió en una nación en sí misma dentro del Imperio.

Y así, el Reich se convirtió en un barco sin capitán, dejándole al Estado Mayor la carga de dirigir a toda la nación. Y, por afortunado o desafortunado que fuera, Zettour el Terror era tan capaz de dirigir su país como de elaborar estrategias. Por eso, el General Zettour se pondría de acuerdo con el Imperio en las últimas horas de la nación.

Fue una parte fugaz de la historia del país, pero que quede claro... no fue algo que se pretendiera. Lo sé porque estuve allí, y este es mi testimonio para las generaciones futuras. Creo que la razón por la que sigo vivo hoy es para compartir esto.

Permítanme empezar diciendo esto con absoluta certeza: *El general nunca tuvo aspiraciones de convertirse en un dictador*. Se limitó a hacer lo que había que hacer. Al igual que todos los millones de soldados sin nombre que murieron en el campo de batalla para ser olvidados para siempre por la historia, él simplemente cumplió con su deber. El Heimat necesitaba absolutamente que el general se convirtiera en un engranaje de su maquinaria. Su ascenso, sin embargo, fue una *excepción* en el camino hacia el colapso de la nación. Incluso hasta justo antes de que el Imperio se declarara en bancarrota, la mayoría de los soldados ni

siquiera habíamos imaginado que los militares estuvieran en condiciones de dirigir la política exterior.

La mayoría de la gente se preguntaría: *¿Por qué un soldado de todas las personas?* Así reaccioné yo también al principio. El trabajo de un soldado es luchar por su nación. El ejército del Imperio y sus soldados eran como los puños del Reich. Definitivamente, los oficiales superiores nunca nos consideramos su cabeza, aunque de vez en cuando se nos acusaba de ello. A menudo se nos ridiculizaba como un puñado de arrogantes oficinistas con las piernas levantadas sobre el escritorio, pero... en realidad era todo lo contrario. Éramos demasiado intelectuales -y humildes- para plantearnos crear nuestra propia nación dentro de una nación.

Pero, como ya he dicho, debo reconocer que se trataba de una excepción. Fui precisamente el soldado que tuvo el desafortunado destino de ser arrastrado sin suerte al complot para ponerle fin a la guerra, una tarea que haría que todo iloano me considerase una vil araña hasta el día de hoy.

En fin, mi prólogo se ha alargado demasiado. Estoy seguro de que mis lectores desean conocer la respuesta a la pregunta inicial: *¿Por qué un soldado imperial llevaría a cabo negociaciones diplomáticas para ponerle fin a la guerra?*

Tendrán que perdonar mi rotundidad, algo impropio de un oficial superior. Nunca me ha gustado hablar de historia. Debería empezar por hacer una descripción detallada de la cadena de acontecimientos que condujeron a esto.

La respuesta más sencilla es que no había nadie más que pudiera hacer lo que nosotros hicimos. La única organización del Imperio que podía conceptualizar la derrota de nuestra nación era el círculo íntimo de la Oficina General del Estado Mayor, porque se encontraba en el corazón mismo del ejército. Por favor, tómense un momento para recordar que, hasta la guerra, el Imperio nunca había conocido la derrota. Esta diferencia concluyente con el presente, por pequeña que parezca, frenó al Imperio en su momento. Dejando a un lado las

innumerables pérdidas en el campo de batalla -causa de ríos de lágrimas en la Oficina del Estado Mayor-, al final siempre encontrábamos la forma de ganar la guerra.

Era lo que definía al Reich de antaño. El Imperio tenía un ejército poderoso, el más poderoso del mundo. Toda la diplomacia se acompañaba de su poderío militar y económico. Nuestra formidabilidad como superpotencia era lo que hablaba por nosotros.

Imagino que a las nuevas generaciones les resultará difícil imaginárselo. El Reich de hoy es una cáscara de lo que solía ser. Pero es natural que la gente aprenda de sus errores. Los que sobrevivieron al Reich aceptaron que perdió la guerra. Pero no fue así en aquella época.

En aquel entonces, durante la guerra.

El Imperio nunca llevó a cabo la diplomacia bajo la pretensión de que perderíamos una guerra. Incluso se puede decir que la idea misma de la derrota iba en contra de cada fibra de nuestro ser colectivo. Esto también se aplicaba a los funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores. Después de todo, quienes no han experimentado una derrota inminente tienden a convertirse en una combinación de escapistas y optimistas.

Los soldados tampoco fueron una excepción, ni siquiera los que luchaban *en la guerra*. Al ejército le costó muchísimo tiempo y luchas internas comprender su inevitable derrota.

Dudo que yo mismo hubiera sido capaz de perder la esperanza si no hubiera visitado el frente con el Kampfgruppe Lergen. La guerra siempre está a merced de las leyes de la física. Un recuerdo particular me servirá siempre para recordarlo.

Fue un espectáculo espantoso el que presencié en el frente oriental. Una joven oficial de mi Kampfgruppe se me había acercado... una oficial demasiado joven, pensándolo bien. La guerra arrasa con la población adulta de un país, obligando a sus niños a ocupar su lugar. En cualquier caso, esa joven oficial me llevó a inspeccionar los restos de uno de los

principales vehículos de combate de la Federación que había sido destruido momentos antes.

Había leído sobre sus tanques en varios informes y supuse que sabía a qué nos enfrentábamos. Sin embargo, ver el auténtico valía más que un millón de informes. Cuando llegué al lugar de los hechos, mi cerebro no lograba procesar cómo era posible que los jóvenes soldados pudieran inutilizar semejante monstruosidad de acero. La máquina era algo sacado de un mito, y la habían derribado con minas de embestida. La visión me obligó a reconocer que, incluso siendo uno de los coroneles más jóvenes, la imagen de la guerra que tenía en mi mente había quedado obsoleta hacía mucho tiempo.

Los tanques que yo conocía eran de juguete. Podías incapacitarlos con suficientes rifles antitanque. Sin embargo, el Behemoth ²² que vi en el campo de batalla era algo que, en mi opinión, incluso un mago aéreo tendría problemas para manejar. Sin duda necesitaría armas de gran calibre.

Me sentí abrumado por la realidad de la guerra; me hizo darme cuenta de lo desconectado que estaba. Por eso me sorprendieron tanto los numerosos peligros que presencié en el frente. Esta experiencia me enseñó que el mundo sobre el que los oficiales leíamos en los informes de retaguardia se parecía muy poco al mundo real, donde los hombres utilizaban minas montadas en palos para volar el blindaje de los tanques.

Aunque difícilmente nos llamaría afortunados, estas escenas infernales bautizaron a muchos de los que estábamos en el frente y nos ayudaron a mantener la cabeza en el mundo real. Por supuesto, también

²² El T-35 fue un tanque pesado multi-torreta soviético del período de entreguerras y principios de la Segunda Guerra Mundial con una producción y servicio limitado en el Ejército Rojo. Fue el único tanque pesado con cinco torretas del mundo en entrar en producción, pero resultó ser lento y mecánicamente poco fiable. Muchos de los T-35 que permanecían en activo al inicio de la Operación Barbarroja se perdieron debido a fallos técnicos en combate antes que por fuego enemigo. Behemot, Bahamuth o Bégimo es una bestia mencionada en Job 40:10-19.1 Metafóricamente, su nombre ha llegado a ser usado para connotar algo extremadamente grande o poderoso. Según las características que refiere la Biblia y las investigaciones sobre aquellas, Behemot podría ser un hipopótamo de tiempos actuales u otro animal desconocido ([Imagen](#)).

hubo muchos de nosotros que nunca se darían cuenta de esto, a pesar de estar en el campo de batalla...

Hice todo lo que estaba en mi mano para hacer entender a mis compañeros en la retaguardia, con muy pocos resultados. No tengo más que palabras de agradecimiento para quienes comprendieron mi súplica y me prestaron su fuerza. Es demasiado fácil olvidar el innumerario número de personas que lo dieron todo por la nación a pesar de los días oscuros en los que nos encontrábamos. Algunos de estos hombres y mujeres perderían la vida en el campo de batalla, convirtiéndose en una estadística más. Otros cumplirían con su deber sabiendo que pasarían a la historia como traidores. Y otros lo darían todo por el Heimat.

No estoy seguro de lo que debería decir a estos hermanos míos como alguien que sobrevivió. Si al lector le parece que tengo acceso a algún tipo de conocimiento profundo, bueno, eso es porque usted no estaba allí. En aquel momento, mi perspicacia era más una maldición que otra cosa.

Yo y los que me rodeaban podíamos oír los pasos del colapso que se acercaba, pero no teníamos forma de huir ni de encontrar la manera de defendernos. Fueron días verdaderamente oscuros, sin salida.

Incluso el Ministerio de Asuntos Exteriores decidió que la consideración de los acuerdos de paz era demasiado escandalosa para mantenerla en secreto dentro de su departamento, y que sería demasiado peligroso que se corriera la voz. Por eso, el impulso para ponerle fin a la guerra se mantuvo entre los dos generales, Zettour y Rudersdorf, y un puñado de agentes dentro del ejército. Todos creíamos que este era el único camino para que el Imperio saliera intacto de la guerra. Y yo... era uno de esos pocos agentes.

Por esta misma razón, sigo agradeciendo de corazón a los pocos que comprendieron nuestra causa desde dentro. En particular, conté con la ayuda de un diplomático imperial competente y sincero, que desempeñó un papel fundamental en la puesta en marcha del esfuerzo. Su ayuda fue una fuente inesperada de consuelo para mí en aquel momento. El Consejero Conrad era mi buen amigo... Quizá debería

llamarle mi camarada de armas. Me ofreció consejos útiles cuando abordé las negociaciones con Ildoa.

“Coronel Lergen, permítame darle algunos consejos”.

El Consejero Conrad siempre hablaba con el mismo tono de voz firme y uniforme. El diplomático de carrera brillaba con una especie de elegancia de antes de la guerra mientras continuaba con su porte aristocrático.

“La diplomacia parece flexible, pero en realidad es bastante rígida. Dicho esto, también es, en general, fluida. Por favor, comprenda que en el núcleo de la diplomacia existe un delicado equilibrio entre justicia y compensación razonable”.

Al oír sus consejos, asentí con entusiasmo para demostrar que los entendía. Como oficial del Estado Mayor que nunca había pensado en la diplomacia, quería todos los consejos posibles. Sin embargo, su siguiente consejo me tomaría desprevenido.

“Ten en cuenta que palabras como *tramposo* o *sinvergüenza* no tienen significado en asuntos diplomáticos”.

Recuerdo haberme reído ante esto. Ni siquiera parecía digno de mención. ¿*Tramposo*? ¿*Sinvergüenza*? Hacía tiempo que esas dos palabras habían sido borradas de mi diccionario y sustituidas por la palabra *necesidad*. Esto me parecía bastante obvio. Siendo inexperto en todas las cosas políticas... esto era lo último en la mente de un oficial del Estado Mayor que cargaba con el destino de posiblemente perder el Reich y el Heimat.

Le pedí más consejos y el Consejero Conrad me respondió con una mirada cómplice.

“Quiero que uses todo tu arsenal para encontrar ese equilibrio que mencioné...”.

Entonces le pregunté hasta dónde debía llegar, a lo que el diplomático de carrera soltó una carcajada atrevida.

“Cuando digo todo, quiero decir todo. ¿Mentir? ¿Engañar? ¿Traicionar? Nada de eso importa. En términos de crear algo de la nada, la diplomacia es... Es como la alquimia en cierto modo”.

Intenté establecer un paralelismo entre esa idea y las artimañas del General Zettour en el frente oriental, pero mi analogía fue rechazada al instante.

“La guerra es la excepción. La diplomacia es la norma. Mientras exista nuestro país, debemos negociar con el resto de naciones del mundo. Los ardides y los trucos pueden ser convenientes, pero no son más que condimentos. El ingrediente más importante es la *confianza*”.

Bueno, ahora te contradices. Me reí con él.

Me sugirió que hiciera todo lo que estuviera en mi mano, pero que valorara la confianza. Era un concepto extraño que me parecía incompatible, pero hablaba muy en serio.

“Es una cuestión de prioridades. Como la confianza es lo más importante, debes hacer lo que haga falta para ganártela. Lánzales lo que necesites -ya sea una persona o una cosa-, mételo en la olla y sírveles”.

El diplomático habló de la confianza como si fuera un ingrediente. Aunque me pareció una forma un tanto inhumana de expresar las cosas, asentí con la cabeza. Comprendí que la confianza era el arma que necesitaría para librarme de la batalla de la diplomacia. Si eso era lo que necesitaba para armarme, entonces me prepararía todo lo posible. Una buena conciencia le impediría a la mayoría de la gente utilizar la confianza como un arma, pero, por desgracia, una buena conciencia a menudo se ve traicionada por las necesidades de la realidad.

Una cosa estaba clara: Estaba escuchando muy atentamente las palabras del Consejero Conrad desde la perspectiva de un oficial que había vivido la guerra caliente²³. Porque mientras hablábamos, el Imperio -el Reich que ya no existe- estaba volcando a sus hombres y mujeres de todas las edades en el frente de guerra. El Heimat ni siquiera

²³ La guerra caliente es extrema en cuanto a intensidad. Es una guerra real entre el ejército de dos países donde se pueden perder muchas vidas y puede producirse una destrucción severa.

permitía dormir a su gente. Oh, antepasados. Por favor, dejen descansar a estos héroes sin voz. Había hecho todo lo posible para ponerle fin a nuestro error y estaba dispuesto a hacer todo lo que fuera necesario.

Por eso yo, un oficial a punto de dirigirme a mi propia batalla, estaba tan ansioso por recibir más consejos del Consejero Conrad. Y él me lo agradeció con sus palabras cristalinas.

“Si hay confianza, se abre la puerta a la negociación. La regla general para estas negociaciones es que deben ser *justas* y los términos *equitativos*. O, al menos, cada parte debe *confiar* en que lo son”.

El Consejero Conrad se detuvo cuando estaba a punto de llegar a un punto crítico. Estoy seguro de que mi querido amigo Conrad tenía pocos motivos para pensar si sus palabras me escandalizarían. Al fin y al cabo, ambos éramos pasajeros del mismo barco con la desgracia de estar atrapados en esta tormenta. Ambos pataleábamos y gritábamos mientras intentábamos encontrar la manera de mantener nuestro barco a flote. Por eso ahora sé que el Consejero Conrad intentaba darme malas noticias por aquel entonces. Por desgracia, no pude captar las pistas que me estaba dando en aquel momento.

“Aunque debes tener la confianza como base, también tendrás que utilizar todo lo que tengas a tu disposición para las negociaciones propiamente dichas. Tu contraparte hará lo mismo. Sólo quedan los intereses de sus respectivas naciones”.

En cuanto a ese punto, creo que estaba totalmente de acuerdo con él, de una forma que no dejaba lugar a malentendidos. Como mínimo, sabía que debía proteger los intereses de nuestro país y que las guerras se libran contra los adversarios. Esto sí lo sabía. Siempre rendí bien tanto en los juegos de guerra como en el combate real. Era un motivo de orgullo para mí. Pero rendir bien no te da nada más que un buen rendimiento. Había montones de oficiales que podían hacerlo tan bien como yo en el mismo puesto. Los oficiales más jóvenes podían hacerlo. Pero el ejemplo más drástico de todos ellos fue el oficial que llegó a ser conocido como Zettour el Terror.

Como hombre que estaba allí para presenciar cómo el General manejaba la guerra como si fuera su propia caja de juguetes, puedo decir que tengo menos orgullo por mi talento y más aprecio -aunque no sin reparos- por la educación sistemática que había soportado y las normas que se me exigían como parte de su organización.

Su liderazgo fue lo que redujo a cenizas al Reich y el Heimat. Tal y como dictaba *la necesidad*. Si fue o no un acierto o un error es una pregunta que me atormentará hasta el fin de mis días.

En fin, me he desviado un poco del tema. En aquel momento, entendí el consejo de mi amigo diplomático como una lección elemental sobre cómo hacer un trato.

“Esto va más allá de Ildoa. Los ingredientes que pongan en su balanza diferirán ocasionalmente de los nuestros”.

Intenté volver a equiparar esto con la guerra, pero el Consejero Conrad no pareció entenderlo. Estaba claro que no estábamos de acuerdo. En este sentido, el Consejero Conrad fue tan implacable conmigo como probablemente lo fue con sus compañeros de trabajo. Como un profesor que se toma su tiempo para explicarle la lección a un alumno mediocre, se tomó la molestia de darme una explicación más detallada.

“Si la guerra es la realidad en su forma más auténtica, la diplomacia es la fantasía en su forma más auténtica. Quiero que prestes mucha atención a la balanza. A veces ambas partes pueden tener una comprensión diferente de lo que está en la balanza”.

Creo que dijo algo parecido. Sea como fuere, le demostré que le entendía con otra entusiasta inclinación de cabeza. Por desgracia para el Reich, los oficiales del Estado Mayor teníamos un defecto natural. Yo mismo no era una excepción en este sentido.

Este tonto defecto residía en nuestra perspectiva. Fuimos entrenados para analizar todas las cosas en términos militares. Esto se aplicaba también a la política. Nuestra visión deformada anteponía la guerra a la política. Para nosotros, la política era simplemente una parte

más de la guerra. Esto era un grave defecto para nosotros, los oficiales del Estado Mayor.

Dudo que incluso el agudo intelecto del Consejero Conrad pudiera ver a través de nuestra ilimitada estupidez.

Como parecía haber seguido su consejo, me ofreció una sonrisa antes de darme una fuerte palmada en la espalda.

“Rezo para que las cosas les vayan bien. Si el ejército es capaz de allanarnos el camino, nosotros nos encargaremos del resto”.

“Me haces sentir como el blindado de una unidad de infantería mecanizada”, respondí.

El tanque del ejército lideraba la carga y los soldados diplomáticos de a pie le seguían y tomaban el control del campo de batalla. Como soldado, este era un enfoque muy familiar. Lo había hecho muchas veces en el frente oriental; era igual que cualquier otra batalla que hubiera superado con mi Kampfgruppe. Ya sea en el campo de batalla o a través de la diplomacia, siempre son las personas las que hacen el trabajo.

El objetivo de ambos es también bastante similar... Recuerdo que emití una mirada de satisfacción que mostraba mi confianza en haber llegado a esta conclusión. Mi encuentro con el Consejero Conrad influiría mucho en mi aceptación de mi nuevo deber. Todavía le estoy agradecido al Consejero Conrad y a la orientación que me dio aquel día. Su consejo valió por toda una división de soldados. Pero, lamentablemente... lo que yo necesitaba era una rama completamente nueva del ejército. Porque en la guerra, Dios sonríe al bando con más tropas. Sin embargo, los soldados más curtidos en batalla de vez en cuando logran lo inverosímil, que era lo que yo tenía que hacer mientras me dirigía a Ildoa.

Creo que voy a aprovechar esta oportunidad para escribir mis reflexiones sobre el viaje. Me gustaría hablar de la ruta física a Ildoa en particular. Fue una ruta que haría muchas veces debido a las desafortunadas circunstancias en las que me encontré. Mi camino a Ildoa pasaba por autopistas y líneas de tren que atravesaban ciudades. Los

medios de transporte estaban, para bien o para mal, en excelentes condiciones. Las carreteras estaban en buen estado, perfectas para una veloz punta de lanza blindada si llegaba el caso. Sin embargo, es difícil describir el viaje como uno que se pudiera disfrutar incondicionalmente. No lo digo en un sentido físico, aunque me refiero a la ruta física... Disculpen mi incapacidad para articularlo bien.

¿Por dónde empezar? En aquella época, ambos países estaban conectados por un ferrocarril internacional. El balanceo del tren a ambos lados de la frontera era un desafortunado recordatorio del estado en el que se encontraba cada país. El ferrocarril del lado del Imperio era un caos inestable y tambaleante, mientras que el agradable vaivén del lado ildoano resultaba bastante cómodo. La diferencia se hizo patente en cuanto el tren cruzó la frontera.

Era el tipo de viaje que agarraba tu melancolía y la convertía en una profunda depresión. Antes de la guerra, el Imperio estaba orgulloso de sus ferrocarriles, muy superiores a los de Ildoa. Este flagrante cambio bastaba por sí solo para que un joven patriota se sintiera enfermo. Y una vez que el tren salió de la cordillera que separaba a los dos países, lo que aguardaba al otro lado era... un mundo completamente nuevo, un mundo con luces brillantes y resplandecientes.

Sé que suena extraño, pero me gustaría que comprendieran que, en aquel momento, Ildoa no se había visto afectada en gran medida por la guerra. Así, su población seguía cantando la canción de la paz. Esta realidad podía presenciarse fuera adonde fuera.

El sol, sus ciudadanos, las luces de la ciudad – este país al sur del Imperio era deslumbrante en muchos sentidos. Las calles estaban abiertas, no había inspecciones y, además, podías circular libremente en tu propio auto. Era un mundo pacífico en el que incluso la idea de los apagones durante los bombardeos resultaba extraña.

La fuente de esta luz era su neutralidad. En aquella época, yo era como un zombi tambaleándose por la pesadumbre que se cernía sobre el Imperio, y había algo dentro de mí que hacía insoportable el término *neutralidad*. Ahora puedo admitir que este sentimiento eran mis propios

celos. Supongo que habría sido la reacción natural de cualquier ciudadano imperial agobiado que pusiera un pie en el mundo de la primavera interminable que era Ildoa. Ildoa realmente jugó bien sus cartas.

Aunque dudo que a ningún lector de Ildoa le haga gracia oírlo de mí, era la pura verdad. Lo estaban haciendo muy bien en ese momento.

Objetivamente hablando, el gobierno de Ildoa merece grandes elogios por sus esfuerzos para mantener a su pueblo próspero y seguro durante la guerra. Muchos ildoanos critican a su actual gobierno y al ejército sin darse cuenta de ello. Que terrible malentendido están cometiendo. Me gustaría hablar en nombre de sus funcionarios, que a menudo son objeto de descontento por lo que en retrospectiva sólo parecen errores operativos y meteduras de pata.

De nuevo, dudo que se alegren de oír mis alabanzas... pero debo escribir la verdad. Entiendo por qué, por supuesto. Históricamente, el país no estuvo exento de pérdidas devastadoras en el campo de batalla. Pero eran genios cuando se trataba de prevenir conflictos. Por otra parte, el Imperio seguramente tenía nuestra propia cuota de genios cuando se trataba de *tratamiento*. Pero entiendan que la prevención siempre es mejor que el tratamiento. Esta diferencia mantuvo al Imperio en guerra mientras Ildoa disfrutaba de su largo periodo de paz.

Hay un episodio en particular que ejemplifica la gran brecha existente entre los dos países. Aunque sé que puede parecer insignificante, permítanme confesar aquí lo difícil que fue encontrar un regalo para mi misión diplomática. Aunque puede que estuviera allí en misión oficial, la naturaleza diplomática de mi visita hizo que ésta fuera un poco más personal. Y permítanme decirles que los ildoanos no reparaban en gastos cuando se trataba de regalos.

Siempre que visitaba Ildoa, me colmaban con los regalos más maravillosos. Su abundancia estaba siempre a la vista. Aunque el intercambio de regalos es en parte un intercambio personal, la naturaleza de los regalos puede simbolizar a menudo el poder y la postura del país.

Aunque fuera una farsa, el regalo del Imperio no podía ser inferior al de su homólogo.

Todo era para aparentar, una forma de salvar las apariencias. En otras palabras, necesitábamos mantener la apariencia externa de una superpotencia.

Sé que puede parecer una tontería, pero las naciones estaban acostumbradas a este tipo de ejercicios y, en consecuencia, se esperaba de mí un regalo apropiado. No ayudaba el hecho de que yo no fuera diplomático de profesión. Pensar en el próximo regalo me daba dolor de cabeza.

Mi homólogo, el Coronel Calandro, en cambio... había nacido y crecido en el centro burgués de Ildoa. Los grandiosos *pequeños gestos* que él preparaba hacían mi trabajo particularmente desafiante. Sin embargo, necesitaba un regalo adecuado para la monumental propuesta que estaba a punto de hacer.

Todo esto puede parecer una gran broma, pero déjenme asegurarles que me desgarró. No era un problema de presupuesto. El Estado Mayor estaba dispuesto a gastar todo lo que hiciera falta en las negociaciones de paz. El problema era que ya no había un regalo físico que comprar. No podía simplemente hacer un viaje al mercado negro y gastar allí fondos públicos. Necesitaba hacer una compra en condiciones, lo que... bueno, no era fácil, por no decir otra cosa.

Me sentía tan miserable que confesaré – esencialmente tuve que robar mi regalo. Quizá conozcan a la alta sociedad que una vez existió en el Palacio Real del antiguo Imperio. Las fiestas y eventos que esta gente solía celebrar eran más que extravagantes. El Ministerio de Asuntos Exteriores y El Palacio organizaban los banquetes más increíbles. No escatimaban en gastos para que sus invitados se divirtieran en nombre de la confianza. Creo que esos ideales siguen siendo fundamentalmente válidos, incluso hoy en día. Cuando un diplomático se esfuerza por cultivar la amistad con una nación extranjera, es algo que debe fomentarse. Después de todo, es mucho más barato llenar de bebidas a los diplomáticos que librar una guerra. Como

soldado, puedo asegurar que las ofensivas diplomáticas son mucho más rentables que la guerra total.

En fin, volvamos a la alta sociedad de mi país. El vino era imprescindible en estas magníficas fiestas; tanto El Palacio como el Ministerio de Asuntos Exteriores tenían bodegas. Bastó una pequeña investigación para descubrir que el palacio aún tenía existencias de vino.

Entonces, ¿Qué creen que haría un oficial del Estado Mayor en esta situación? Creo que debería ser lo suficientemente obvio. Usé mi autoridad como oficial para saquear el Palacio Imperial. Una especie de movimiento de poder.

Aunque, no es que traer un regalo hiciera que mi visita fuera bienvenida. Ildoa era un Estado neutral. Desde la perspectiva de otros países, tener a un funcionario imperial como yo paseando por su ciudad a plena luz del día sólo podía significar problemas. Así que cada vez que iba de visita, se apresuraban a sacarme del tren.

Los funcionarios ildoanos me esperaban en la estación para hacer de guías y vigilarme. Un grupo de soldados de aspecto rudo se presentó en uniforme para llevarme al hotel, donde me custodiarían. Por supuesto, fueron muy corteses durante todo el trayecto.

Gracias a su perseverante esfuerzo, apenas tuve contacto con el mundo exterior mientras estuve allí. Recuerdo que conocía la cara del empleado que siempre me registraba en el hotel. Estoy razonablemente seguro de que era un agente de inteligencia del Ejército Real Ilodoano.

También insistieron en que utilizara el servicio de habitaciones. No es que me interesara mucho mezclarme con los demás huéspedes del hotel en el comedor... pero era muy fácil darse cuenta de que no querían que lo hiciera.

Dicho esto, podría haber ignorado fácilmente sus deseos. Yo era un ciudadano imperial, e Ildoa era nuestra aliada. Aunque eran neutrales, no había ninguna ley que le prohibiera a un ciudadano de una nación aliada caminar por las calles de la ciudad. Pero me vi obligado a

cumplirla. Necesitaba que cooperaran conmigo, y comportarme mal no iba a ayudar.

También debo mencionar que -quizá en un esfuerzo por mantenerme entretenido en mi habitación de hotel y lejos de las miradas del público- el Coronel Calandro siempre se apresuraba a visitarme.

Ese día no fue una excepción.

Me había registrado en mi hotel pasado el mediodía, y fue justo cuando estaba a punto de dejar mi maleta tras llegar a mi habitación cuando la seguridad iloana me dijo que el Coronel Calandro estaba aquí para verme. Poco después, oí el firme golpe de mi viejo amigo. El soldado iloano asomó su rostro rudo por la puerta, y aún recuerdo el peso de las primeras palabras que salieron de sus labios.

“Déjame decírtelo, Igor Gassman está temblando en sus botas. Teme más problemas”.

Aunque parecía una broma amistosa, era evidente que lo decía para controlarme. Lamentablemente, no pude más que desentenderme del comentario y acercarme a él para darle un apretón de manos.

Los dos sonreímos mientras nos dábamos un fuerte apretón de manos.

“Mis disculpas al General Gassman, pero... espero que podamos colaborar estrechamente de aquí en adelante”.

Creo que le sorprendió un poco mi ocurrencia, pero, evidentemente, yo tenía un don para este tipo de intercambios. Siempre quise resolver los problemas sin crear otros nuevos. En una ocasión, un instructor puso en mi evaluación que tenía *un comportamiento medio*, aunque no estoy seguro de si eso era bueno o malo para un oficial del Estado Mayor.

Sea como fuere, conseguí tomar desprevenido al soldado iloano.

“Estoy sorprendido. Casi suenas como un diplomático”.

Ahí estaban: Elogios. La diplomacia se basa en tácticas verbales. Quieres elogiar a alguien a la vez que le tomas por sorpresa.

“Pero... eres un soldado. Y un oficial del Estado Mayor. Estoy seguro de que debes estar algo molesto por involucrarte en asuntos diplomáticos”.

Me costaba creerlo, teniendo en cuenta mi pasado. Asentí avergonzado, recordando que una vez presumí de que los soldados eran soldados y *no* diplomáticos ante el mismo hombre que tenía enfrente.

“Sigo siendo un soldado, Coronel Calandro”.

“Por supuesto”.

“Pero, por desgracia, mi país me necesita aquí”.

Terminamos intercambiando lo que podría llamarse nuestros saludos. O, mejor dicho, un intercambio de ironías destinado a mantenernos a raya el uno al otro. Todo me parecía tan indirecto, y parecía que yo no era el único que pensaba así. El Coronel Calandro también era soldado, y prefería hablar claro.

Por eso se metió de lleno en el tema de ese día:

“...He oído que vienes con un asunto importante”.

Había avisado con antelación a los militares ildoanos estacionados en el Imperio de que les visitaría con una propuesta crítica. Los oficiales del Estado Mayor tenemos la manía de hacer las cosas según las normas, para bien o para mal. Siempre es ideal que los planes avancen sobre los rieles que se han trazado para ellos.

La cuestión principal es si los rieles siguen o no el mismo trazado que el plan.

“Seamos francos. ¿Cuáles son los términos que has preparado?”.

La expresión del Coronel Calandro era terriblemente seria al preguntar esto, por lo que supuse que las probabilidades estaban a mi favor. Con la mayor confianza... compartí las condiciones que había exprimido del Ejército Imperial y del Estado Mayor como si estuviera asentando una serie de cartas de triunfo sobre la mesa.

“Hay tres puntos clave: Ninguna reparación, ninguna anexión y la autodeterminación de los pueblos”.

Este era el límite de lo que el Imperio podía aceptar. De hecho, ponía a prueba esos límites. Estos términos estaban un paso más allá de lo que la mayoría consideraría justo dentro del Imperio. Muchos de mis colegas de la Oficina del Estado Mayor consideraron que la propuesta era peligrosamente pacifista. Si estas condiciones se hubieran filtrado antes de que se elaborara el plan definitivo, habría provocado el caos en todo el Imperio. Tuve que hacer un esfuerzo consciente para que mi voz no flaqueara.

Casi sentí que mi trabajo allí había terminado en cuanto terminé de decir la frase. Era extrañamente refrescante. Y la expresión de mi homólogo ildoano parecía... bastante buena desde donde yo estaba.

En ese momento, tuve un poco de esperanza.

“Esa es una... propuesta muy grande viniendo del Imperio en su estado actual. Pero... lo siento, ¿Me estás diciendo que este es el plan tentativo para sus negociaciones?”.

Había un marcado color de sorpresa en la expresión del Coronel Calandro. Me pareció una buena señal. Lo había interpretado como que comprendía la seriedad del Imperio y su voluntad de hacer concesiones.

“...Creo que debería ser más que suficiente para su país para mediar por la paz en todo el continente”.

Era una propuesta para ponerle un fin a la guerra. Algo con lo que todo el mundo soñaba en ese entonces, y que por fin podía hacerse realidad. Esta era la manera de hacerlo posible. Realmente creía que el fin de la guerra estaba al alcance de la mano del Imperio.

Me sorprendió ver una chispa de confusión en los ojos del coronel.

“¿Sólo con esto...? No estoy tan seguro de ello. Para empezar, ¿De verdad crees que la reconciliación será posible sin reparaciones?”.

“El Imperio está dispuesto a aceptarlo. Nos comprometeremos a no pedir nunca una compensación”.

“Perdóneme, pero puede que haya oído mal. No creía que mi Imperial estuviera tan oxidado... pero ¿Acabas de decir que el *Imperio* está dispuesto a aceptar estos términos...?”.

En un imperial fluido, un sorprendido Coronel Calandro cuestionó de repente este detalle. Recuerdo que sentí que esta respuesta debía significar que los términos que había preparado eran sorprendentemente buenos. Podía verlo en sus ojos... la cruda emoción en su mirada. Él estaba absolutamente asombrado por lo que yo decía. Pensé para mis adentros: “*Probablemente no se lo esperaba ni en un millón de años*”.

Sabía que tenía que aprovechar el momento y le asentí con firmeza. Era nuestra oportunidad de allanar el camino hacia la paz. No voy a mentir: En ese momento, tuve una fuerte y fugaz esperanza de que esto funcionara.

“Así es. Estamos dispuestos a aceptarlo en general. No exigiremos reparaciones ni nos anexionaremos ninguna de las tierras que hemos ocupado. Dejaremos que el pueblo decida a qué nación quiere unirse con una votación”.

Éste era un punto importante. Era un error obvio que el Imperio cometía a menudo. Nuestra diplomacia hasta ese momento buscaba obtener el mayor beneficio posible para nosotros. Lo que teníamos que hacer esta vez era decidir un mínimo y asegurarnos de *conseguirlo*.

Por eso pensé que la mirada confusa del Coronel Calandro confirmaba mi convicción de que estas negociaciones darían fruto.

“Lo siento. Coronel Lergen. Permítame preguntárselo una vez más. Permítame ser demasiado claro con mi pregunta para evitar cualquier malentendido”.

“Por supuesto”.

“Perfecto”, dijo antes de explicar su pregunta. “¿Las reparaciones que propones no son un rechazo a la voluntad del Imperio de *pagar* reparaciones, sino una afirmación de que el Imperio *no las pagará*?”.

Aunque fue una reunión informal... yo había expuesto las mejores condiciones con las que el Ejército Imperial estaba dispuesto a dejarnos negociar. Pero por alguna razón, el Coronel Calandro no era capaz de entender esto.

¿Qué estaba pasando?

“Así es... Espera, ¿Por qué preguntas algo así?”.

“¿Así que su país no tiene intención de pagar reparaciones?”.

Me lo preguntó con una mirada preocupada, y no pude procesarlo. Creo que me quedé con la mirada perdida. Lo que acababa de preguntarme estaba fuera de mi alcance. En cuanto comprendí el significado de sus palabras, le miré fijamente y finalmente hablé con incredulidad.

“¿Nosotros? ¿Pagar reparaciones?”.

“... Coronel Lergen. Necesito preguntarle si está hablando en serio”.

“Nunca bromearía sobre algo tan importante como esto. Como ciudadano imperial que sólo reza por la paz, creo que he proyectado el mejor plan que podemos ofrecer”.

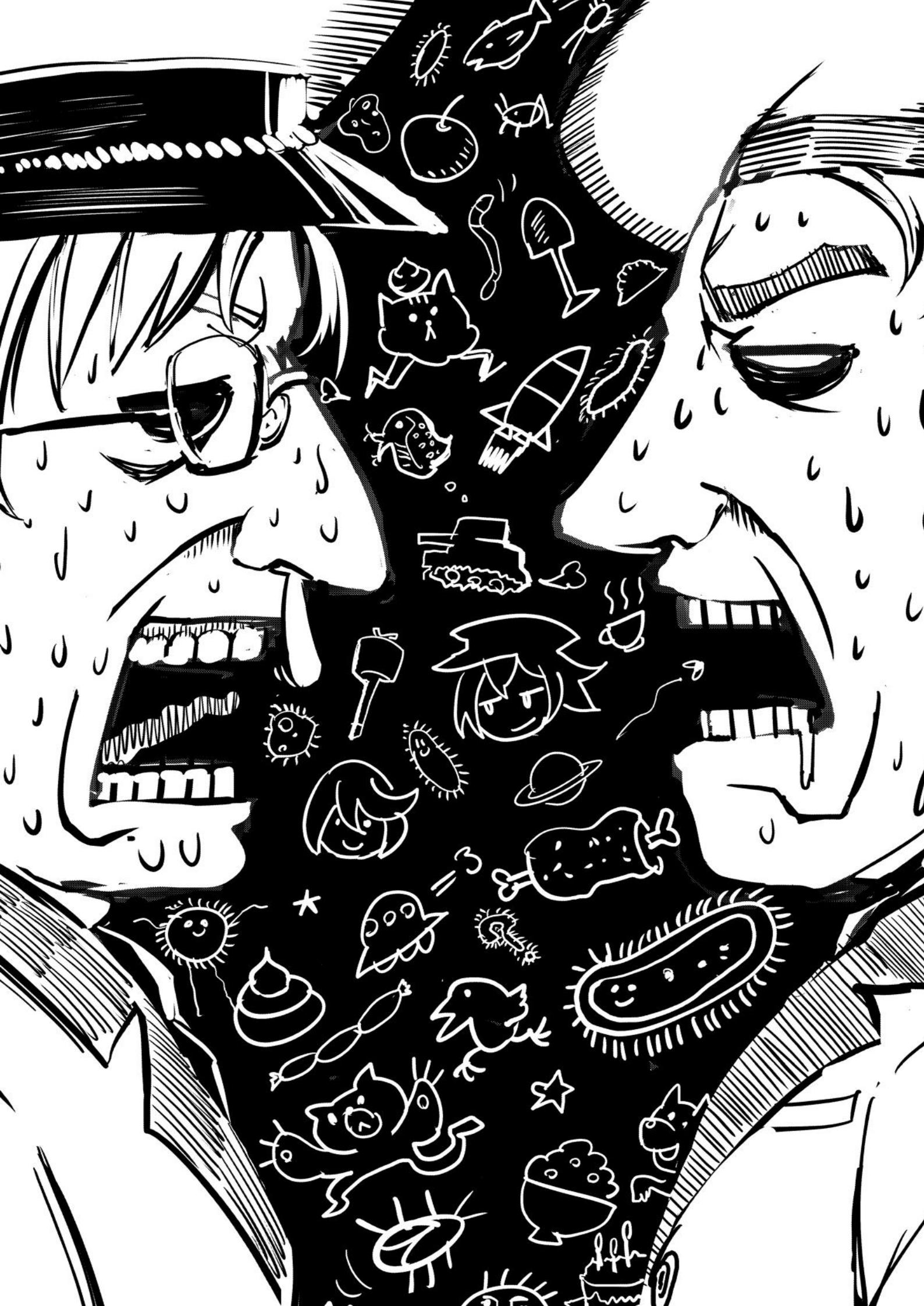
Nos miramos bien y ambos notamos la confusión en los ojos del otro.

Algo iba muy mal.

Quería gritarle lo absurdo que era plantearse la mera idea de que el Imperio pagara reparaciones. De hecho, estábamos en nuestro derecho de exigirlas. La Alianza Entente y la República de François habían iniciado la guerra. El Imperio sólo se defendía. Nosotros sólo perseguíamos la victoria en una guerra defensiva.

Ildoa, sin embargo, no lo veía de la misma manera que el Imperio.

“No puedes hablar en serio. ¿Quieres terminar la guerra exigiendo la exención de compensar a las otras naciones?”.



“¿Qué es lo que no se ha podido entender?”, exclamé con un exceso de celo involuntario. “¡Estamos diciendo que no les cobraremos! ¿Tienes idea de lo comprometedor que es eso? ¡Y aun así no es suficiente!”.

“...Sí. ¡Y qué es eso de renunciar a la anexión?”.

“Vamos a renunciar a nuestro derecho a los territorios que hemos adquirido. ¡Intentamos demostrar que el Reich no desea conquistar nuevas tierras!”.

Era un concepto sencillo. Definitivamente no era algo que pudiera malinterpretarse. O eso creía yo. Por eso empecé a sentirme frustrado por lo mucho que parecíamos estar en divergencia el uno del otro.

“Entonces... ¿Van a abandonar los territorios disputados? ¡Y no ceder ninguno de los suyos?”.

“¡Si hay necesidad, podemos hacer que el pueblo decida! ¡Pero eso es sólo para los territorios que adquirimos de la guerra!”.

Probablemente debería admitir aquí que estaba confuso y asustado en ese momento. Intenté levantar la voz, pero estoy seguro de que mi tono carecía de fuerza o impacto. Estábamos hablando más de la cuenta. ¡Y nada menos que sobre temas que eran el fondo de la negociación.

“...Perdona, ¿Pero dices esto después de lo que pasó en Arene? ¿Sabes cuántos separatistas anti imperiales siguen allí hoy en día?”.

“No es como si hubiéramos hecho algo ilegal allí”.

“Y para la llamada autodeterminación de los pueblos, ¿Con esto quieres decir que quieren que la gente que vive en los territorios decida de qué nación quiere formar parte?”.

“Eso es correcto. ¿Hay algo malo en ello?”.

Recuerdo haber pensado esto mientras intercambiábamos esas palabras: *No había nadie en el Imperio que pudiera haber predicho que una conversación como ésta ocurriría*. El hecho era que yo personalmente nunca lo preví. Supuse que los ildoanos se alegrarían de ayudar a ponerle fin a la guerra o nos traicionarían en su propio beneficio, una de las dos cosas.

Cualquier cosa más allá de eso estaba más allá de mi imaginación y la del Imperio. A diferencia de lo que había planeado, el coronel ildoano reaccionó con confusión.

El Coronel Calandro extendió una mano hacia una jarra que había sobre su escritorio y, con un suspiro pesado, se sirvió un vaso de agua. Tras rehidratarse un poco, cogió un cigarrillo y se detuvo.

“Coronel Lergen, bajemos un poco la formalidad y hablemos de verdad. Ambos somos soldados. Creo que podemos permitirnos ser un poco más franceses”.

Mientras me pedía que fuera más franco con él, me tendió un paquete de cigarrillos militares. Recuerdo que era la marca oficial de cigarrillos que utilizaba el ejército ildoano. Saqué uno de la caja y me lo metí entre los labios. Ambos sacamos los encendedores y prendimos los cigarrillos. Los dos, completamente agotados, nos tomamos un descanso para fumar juntos.

Un olor llenó la sala, no la fragancia elegante que cabría esperar en un espacio diplomático. Mientras llenaba mis pulmones con la fragancia con la que estaba demasiado dolorosamente familiarizado, el Coronel Calandro adoptó una mirada aún más severa mientras me hablaba.

“Quiero hablar con usted como un compañero soldado. No como diplomático”.

“Pero claro. Aclaremos las cosas”.

Precisamente. El Coronel Calandro asintió con el cigarrillo en la boca.

“Siento que hay una brecha en nuestra comprensión de la situación. Siento decir esto tantas veces, pero si todo esto es una especie de broma cruel que estás tratando de hacer, realmente preferiría que fuieras más directo conmigo”.

“*¿Qué me está diciendo?* preguntó con ojos inquisitivos. Como oficial del Estado Mayor, esta petición me confundió profundamente.

“Personalmente y como soldado, creo que estoy hablando con usted en los términos más sencillos posibles”.

Sólo fui sincero con él. No había líneas entre las que leer; todo estaba sobre la mesa, tan claro como el agua. No había nada en la propuesta que pudiera ser motivo de confusión. El Imperio quería la paz, y el Estado Mayor del Ejército Imperial quería disipar cualquier idea contraria.

“Proponemos seriamente que no se paguen reparaciones ni se anexionen territorios, y que se conceda a las poblaciones de las zonas en disputa el derecho a la autodeterminación. Espero que puedan ver la sinceridad del Imperio en nuestra propuesta”.

“Así que esta es una propuesta que esboza hasta qué punto el Imperio está dispuesto a ceder”.

Asentí con la cabeza. Era difícil conseguir estas condiciones incluso con el Estado Mayor.

“Exactamente. No pediremos reparaciones. Tampoco ocuparemos nuestros territorios. Es más, dejaremos la determinación de nuestras colonias a su gente. Estamos dispuestos y preparados para hacer todo esto”.

No era una broma ni una especie de táctica de negociación. El Imperio estaba dispuesto a ceder mucho más de lo que debería, teniendo en cuenta lo mucho que habíamos luchado en aquel momento. Esto... reflejaba fielmente el sentimiento de nuestro pueblo.

“Así que así es como lo ven todos”.

El agotamiento en el rostro del Coronel Calandro alcanzó nuevas alturas mientras se lamentaba para sus adentros. Luego miró hacia el techo, como si las palabras que buscaba estuvieran escondidas allí arriba. Era un gesto toscos, teniendo en cuenta lo elegante que era siempre. Pero nunca me sorprenderé tanto como cuando oí lo que dijo a continuación.

“Las naciones del mundo verán esta propuesta como un insulto”.

Respondí inmediatamente.

“¿En qué sentido?”.

“No van a pagar por los daños ni a ceder ningún territorio y, para colmo, esto desencadenará nuevos problemas en las regiones disputadas. Desde la perspectiva de sus enemigos, su oferta parece una burla. Lo siento, Coronel Lergen, pero ¿Realmente no pronosticó este resultado?”.

No podía creer lo que oía. De hecho, era incluso peor que no creerlo. Mi cerebro no podía procesar su afirmación.

“Mis disculpas, Coronel Lergen. Puedo decir por su cara que ni siquiera ha considerado la idea”.

“Yo...”, fue todo lo que pude decir antes de callarme y esperar a que me señalara la cruel verdad.

“Para el Imperio, esto de pedir la paz puede ser humillante... pero desde la perspectiva de un extranjero, su forma de pensar va más allá de la arrogancia. Hay una seria diferencia entre cómo opera su país y el resto del mundo”.

En un intento de evitar que mi expresión se endureciera demasiado, me ajusté las gafas. Mientras lo hacía, se me ocurrió la teoría de que, en realidad, vivíamos en dos mundos distintos.

“¿Pero estos son nuestros principios...?”.

El ahora evidente malentendido no era algo que ningún ciudadano imperial pudiera digerir. Perspectivas totalmente opuestas estaban chocando, produciendo fricción. Nuestros mundos se percibían a través de lentes diferentes. Los paradigmas bajo los que operábamos ni siquiera estaban en la misma dimensión.

El Imperio se consideraba la víctima. El resto del mundo, sin embargo, se veía a sí mismo bajo la misma luz. Desde la perspectiva del Imperio, esto era totalmente contradictorio. Fueron *ellos* los que empezaron la guerra. Fueron la Alianza Entente, la República de François y la Mancomunidad. Estaba resentido con ellos.

Así, grité mi réplica.

“Pero, Coronel Calandro. Usted sabe tan bien como yo que el Imperio no hizo más que defenderse en una guerra que nunca empezamos”.

Así era como el Imperio entendía la guerra. Mi furia no fue recibida con la misma opinión. El ildano asintió profundamente antes de mostrar una sonrisa irónica mientras atrapaba su segundo cigarrillo. Sus gestos demostraban que, desde un punto de vista diplomático, aunque comprendía mi ruego, no estaba de acuerdo.

“Si quieres hablar de lo que *crees* que es correcto, ¿Por qué no te das una vuelta por la universidad más cercana y lo discutes con un profesor?”.

“...Ya veo...”.

Su metáfora era dolorosamente clara. En un instante, me di cuenta de que la discusión sobre lo que era justo y correcto no tenía sentido cuando se trataba de negociaciones.

Recuerdo lo que pregunté a continuación. Atormentado por la constatación de que mis esfuerzos eran inútiles, planteé una pregunta al coronel.

“¿Cómo resolverías una pelea entre niños?”.

¿Cuál era el precio que el Imperio tendría que pagar por la paz? Se lo pregunté, y el Coronel Calandro asumió cansinamente el papel de profesor sustituto para enseñarme amablemente. Recordándolo, estoy seguro de que fue incómodo para él... pero yo no estaba en condiciones de preocuparme por los detalles.

Estaba... desesperado. Necesitaba encontrar una salida a esta guerra por el Imperio. Y no quería desechar la idea de la reconciliación. Con estos pensamientos en la cabeza, esperé seriamente mientras le imploraba al Coronel Calandro una respuesta. Pero, por desgracia para mí, mi homólogo era un hombre honesto.

Aún hoy recuerdo lo que me dijo.

“Si vamos a ser francos entre nosotros, el Imperio tiene que renunciar a la victoria tanto en el frente diplomático como en el bélico

para que sea un intercambio justo. Sus enemigos necesitarán una razón muy justa si van a soltar sus armas”.

Justo y equitativo.

El Consejero Conrad se refirió a estos dos conceptos como las reglas cardinales de la diplomacia. Nunca antes la lógica bruta se había sentido tan miserable. Me sentí mareado, lo que me hizo llevarme las manos a la cabeza mientras me obligaba a escuchar su explicación. Casi sonaba como una broma cruel.

“El Imperio va a tener que compensar a sus enemigos. Es duro para mí decir esto... pero creo que también habrá que ceder algunas tierras”.

“¿Se refiere a un intercambio de tierras y a la desmilitarización internacional?”.

“...Será un intercambio unilateral. Creo que sólo el Imperio tendrá que hacer estas concesiones”.

Hice la pregunta a modo de indagación, pero recibí un abrumador fuego de respuesta. Llegados a este punto, no había lugar para el compromiso.

“¿Está diciendo que no sólo tendremos que pagar reparaciones, sino además darles tierras a nuestros enemigos, aunque no hayamos perdido la guerra? ¿No se aleja eso un poco del concepto de comercio justo? ¿Es esto lo que consideran justo en el Reino de Ildoa?”.

“Por supuesto, como su aliado, haremos todo lo posible para negociar mejores condiciones para el Imperio”.

Me dedicó una sonrisa.

Correcto, ese fue el instante en el que casi me había rendido.

Sabía que era una promesa vacía. Aunque, supongo que fuimos nosotros los que trajimos una oferta vacía y sin valor. Me di cuenta de que no había ninguna llave oculta en las arcas del Imperio que pudiera abrir la puerta a la paz.

Me hizo temblar. Todo aquello me daba asco.

“Lo siento... Dame un momento para pensar”.

Dije esto antes de permitirme servirme esta vez un vaso de agua, que enseguida vacié por completo. No podía más. Era casi extraña la sed que tenía.

Yo era el tipo de soldado que solía despreciar a los diplomáticos por no hacer su trabajo. Ahora comprendo que estaba muy equivocado. Imagino que la mayoría de ellos también eran patriotas que hacían obedientemente todo lo que podían a pesar de saber que sus esfuerzos nunca darían fruto.

Eran iguales que nosotros.

Todo el trabajo que habíamos invertido en esto, y no había ninguna garantía de que nos gustaran los resultados. Para evitar el colapso, buscamos una victoria táctica tras otra, lo que no equivalía más que a retrasar la derrota estratégica que nos esperaba.

Para la mayoría de los que se encontraban en el campo de batalla, esto significaba perder la vida. Los jóvenes cargaban con el futuro de la patria. Eran la única esperanza de que brillara alguna luz en nuestra nación. A pesar de todo lo que estaba en juego, mucho dependía de que mantuviéramos el statu quo.

Fue entonces cuando decidí apostar por una única posibilidad. Pensé que como todos éramos soldados, seguramente compartíamos la misma perspectiva.

“... ¿Es imposible que dos países en guerra se hermanen, incluso en nombre de la paz?”.

Yo era un diplomático novato, y esta fue mi súplica para llegar a un acuerdo con mis enemigos.

Ahora nunca podría decir tal cosa. Por triste que sea, ese sentimiento no tiene ningún valor en el mundo de la despiadada geopolítica internacional. Es una idea que sólo los soñadores más descabellados y alejados de la realidad podrían contemplar.

Y... mi amigo ildoano, mucho más experto en política que yo, respondió a mi pregunta con ojos comprensivos.

“Coronel Lergen, usted es un soldado honesto. Así que... permítame compartir mi opinión personal con usted”.

“Su opinión significa mucho para mí”.

Su tono, sus ojos y, sobre todo, su sinceridad: Se notaba que hablaba con el corazón. Quería ser humano sin sobrepasar los límites profesionales.

Por eso supe... que lo que dijera a continuación destruiría cualquier última esperanza que tuviera en mi búsqueda de paz.

“Comprende que el Imperio tendrá que hacer concesiones mucho más dolorosas... si quieren que estas negociaciones lleguen a realizarse. Sus enemigos son obstinados”.

“Lo dices como si el Imperio fuera a ser el único en hacer concesiones”.

“No, no del todo”, dijo el coronel. Me preguntó si sonreía por amabilidad.

Mi sincero interlocutor, viendo que no lograba transmitir su punto de vista en términos educados, fue mucho más directo.

“Quieren acabar con el Imperio. Ese es su sincero deseo”.

Recuerdo la rabia que me invadió.

“... ¿Así que no sólo las mayores concesiones que podamos hacer son un insulto para ellos, sino que crees que lo único que quieren es que caigamos de rodillas, suplicando por nuestras vidas?”.

El Coronel Calandro negó inmediatamente con la cabeza, como si yo estuviera equivocado.

“No sé si lo llevarán tan lejos. No hay que precipitarse”.

Le recuerdo intentando calmarme. ¿Pero cómo podía estar tan tranquilo? ¿Cómo pudo decir algo tan chocante tan despreocupadamente!?

“Y a todos los efectos, ¿Tratarán al Imperio como perdedor de la guerra?”.

Sólo había una respuesta a esta pregunta. El Coronel Calandro fingió cierta reticencia. Aunque no podía rechazar rotundamente la idea, estaba demasiado claro, incluso para mí.

“Ildoa no es más que un mediador. Todo lo que puedo decir es... que no podemos mediar por el Imperio si no están dispuestos a aceptar las concesiones necesarias”.

Todo empezó a encajar en mi mente. A medida que cada pieza del rompecabezas encajaba en su sitio, un paisaje dramático se hacía cada vez más evidente. Y entonces lo vi. El rompecabezas era una guerra que no podíamos ganar. Ni siquiera estábamos luchando la guerra de la manera correcta.

El Imperio no se dio cuenta hasta que un soldado se reunió con un mediador. Sé que difícilmente se podría llamar victoria a la diplomacia, pero yo seguía considerándome un honorable guerrero del Imperio.

La idea de la derrota me resultaba confusa. De hecho, no estoy seguro de haberla aceptado cuando me di cuenta. Y nuestros estimados oponentes no tenían ninguna intención de dejar que el Imperio se librara con cualquier apariencia de honor en esta derrota. En eso pensaban mientras nosotros seguíamos soñando con una forma de acabar con esto. ¿No era gracioso?

Yo era un oficial imperial tan arrogante como los demás. Estaba tan obsesionado... con aborrecer todo lo deshonroso y cumplir con mi deber que perdí de vista la realidad. Y oh, qué doloroso fue reencontrarme con la realidad. En comparación, enfrentarme al miserable destino de la patria casi parecía insignificante, o eso pensaba mientras mi visión se nublaba.

Lo siguiente que supe fue que estaba cruzando la frontera de camino a casa por el ferrocarril internacional. Un gran estruendo del tren fue lo que me sacó de mi aturdimiento. Para mí, el traqueteo del tren sonaba más bien como el crujido de los cimientos de mi nación. No me atrevía a negar esto, ni nada de lo que me habían dicho ese día, lo que hizo que el viaje fuera solitario.

Pensándolo bien, poder disfrutar de la gran variedad de comida disponible en el ferrocarril internacional era un privilegio en sí mismo, pero... no podía digerir nada.

Mirar por la ventana el paisaje de la patria era como asomarse a un abismo sin esperanza. En cuanto regresé al Imperio, la llamativa falta de luz me cortó como una daga. Estábamos en pleno apagón debido a la escasez de electricidad.

El Imperio solía ser una fortaleza brillante, resplandeciente de luz infinita. Cuando bajé del tren, ya había aceptado mi fracaso.

Sólo me pregunto qué habría hecho yo en ausencia de mi trabajo, de mi deber. Estoy seguro de que habría encontrado la pistola más cercana y habría mordido el cañón.

Pero quizás tuve la suerte, en cierto modo, de ser un oficial del Estado Mayor. La disciplina que me habían inculcado a lo largo de años de intenso trabajo se ponía en marcha y siempre me encontraba de vuelta en la Oficina del Estado Mayor. Sé que parece que mi cuerpo se movía solo, pero así era precisamente.

Hay constancia de que entregué mi informe. Uno de los otros oficiales me diría más tarde que parecía uno de esos muñecos de cuerda mientras caminaba sin rumbo por los pasillos de la Oficina del Estado Mayor, así que estoy seguro de que es cierto que entregué un informe.

No me acuerdo. El informe decía algo así como que *la diplomacia es inútil*.

Incluso ahora, sigo sin recordar nada significativo de la reunión en la que dije esto. Un amigo me dijo una vez que nuestros cerebros olvidan activamente nuestros recuerdos más dolorosos. Quizá yo le había puesto un candado a mi cerebro. Todo lo que sé ahora es que ese día fue un punto de inflexión para mí. Perdí toda esperanza de que el Imperio encontrara la paz a través de Ildoa.

El Imperio había soñado con terminar la guerra como vencedor.

Estoy seguro de que los lectores de hoy no podrán entender o simpatizar con esta perspectiva. Yo sentí lo mismo cuando releí mis registros mucho después de que acabara la guerra.

Éramos tan codiciosos. Y tan ingenuos.

Por eso en ese entonces no podíamos esperar nada más.

Lo rechacé de vuelta en Ildoa, y como resultado... sembré las semillas que se convertirían en mi notoria reputación en todo el país. Más tarde, aceptaría a regañadientes las órdenes de participar en cierta campaña militar: El empuje de la punta de lanza en Ildoa.

Pasaría de negociador a invasor.

Sin embargo, hay una cosa que me gustaría aclarar. Nunca espié en Ildoa mientras los visitaba como un enviado diplomático. Nunca negocié la paz en Ildoa con la intención de invadirlos. Juro por mi honor que mi única misión era encontrar una salida a la guerra para el Imperio.

Aunque sabía que se avecinaba un conflicto con Ildoa, quise hacer todo lo posible por evitar el colapso de mi nación hasta el final. Puse todo mi empeño en mi trabajo. Pero, por desgracia, todo fue en vano.

Dicho esto... acepto que me equivoqué, tengo que hacerlo. Mi único deseo es ser sincero.

Estaba seguro de que había otro plan al margen de la diplomacia. Había visto suficientes pruebas para saber que había un plan para una ofensiva.

Aunque, probablemente debería reformular esto si quiero seguir siendo honesto. Es más como si supiera que *podría haber* un ataque. Sé que es una forma extraña de decirlo, pero lo que intento decir es que, si mis esfuerzos fracasaban, una parte de mí sabía que algo más se pondría en marcha.

Nadie lo dijo en voz alta, pero había una sensación en el aire. Para abreviar, vi señales que me dieron todo lo que necesitaba para pintar el cuadro completo.

¿Acaso suena como si estuviera presumiendo? No fue nada impresionante, créanme. Simplemente le eché un vistazo a los papeles de un compañero de trabajo que no debía ver. Tenía amigos en los lugares adecuados, lo que me permitió captar el olor. Creo que cualquiera habría sido capaz de averiguarlo si hubiese estado en mi lugar. Por supuesto, no hace falta decir que el Estado Mayor era increíblemente estricto con la información de alto secreto en aquella época.

Estoy seguro de que la gran mayoría de mis compañeros nunca soñaron que el Imperio atacaría Ildoa. De hecho, incluso las conversaciones de paz que mantuve con ellos fueron un secreto. Por eso estos esfuerzos fueron menos una iniciativa del Estado Mayor... y más una serie de pequeños artificios realizadas por gente como el General Rudersdorf, el General Zettour y yo.

Creo que sería beneficioso para las generaciones futuras si dejara una descripción de nuestra relación en aquel momento. Puede que esto se salga un poco del tema, pero les ruego que me disculpen.

En primer lugar, empecemos por mi rango.

Como ya he insinuado al describir mis esfuerzos por encontrar la paz a través de Ildoa, me encontraba en una posición un tanto extraña dentro de la Oficina del Estado Mayor.

Oficialmente, era oficial superior del Departamento de Operaciones del Estado Mayor. Como habrán deducido de mi asignación para llevar las negociaciones de paz, supongo que podrían haberme llamado una especie de comodín.

Tenía acceso a información de alto secreto relativa no sólo a la guerra, sino a todo tipo de asuntos que pasaban por la Oficina del Estado Mayor. Incluso tenía autoridad limitada sobre el Teniente coronel Uger, que trabajaba en el mantenimiento del repertorio ferroviario y supervisaba la movilización del ejército. Aunque esta autoridad era de carácter decorativo, era una violación que incluso el Jefe del Estado Mayor diera órdenes directas a mis subordinados. Pensándolo bien, la

Oficina del Estado Mayor General del Imperio se había transformado en algo que nunca había pretendido ser en un principio.

El cambio, sin embargo, era necesario en aquel momento. Y con urgencia.

No podíamos darnos cuenta de nada fuera de lo normal cuando estábamos demasiado ocupados con nuestras cargas de trabajo imposibles. Aunque... no puedo negar que puede que nos mantuviéramos ocupados en parte para escapar de nuestra realidad.

En lugar de sentirme orgulloso de mi autoridad, me preocupaba más el estado de mi estómago mientras soportaba el interminable estrés y la ansiedad que me producía mi trabajo. Incluso ahora, cada vez que me duele el estómago, recuerdo el amargo sabor del K-Brot²⁴. Dejando a un lado los beneficios y los perjuicios de la venda institucional que nos mantenía ingenuos, puedo darles una explicación sencilla de por qué nuestro entorno de trabajo no era sostenible: Habríamos muerto por exceso de trabajo. Incluso los oficiales del Estado Mayor que habían sobrevivido a los campos de batalla más duros acababan encontrando una muerte honorable bajo la aplastante carga de trabajo en la retaguardia.

Todo empezó con el Director Adjunto del Estado Mayor Zettour, que en aquella época supervisaba lo que yo llamo operaciones de retaguardia: La gestión de las provisiones, la logística, el ferrocarril y cosas por el estilo. Se ganó la ira del comité del Alto Mando Supremo Imperial. (En aquella época, el Director Adjunto también se encargaba de dirigir la guerra).

Es probable que su posición le permitiera observar y comparar las condiciones en el frente y en casa. Pero independientemente de su

²⁴ K-Brot era un pan de guerra de patata y centeno en Alemania durante la Primera Guerra Mundial. En respuesta a la grave escasez de granos, la legislación estableció el contenido de k-brot para contener un 5 por ciento de papa en panes de centeno. Este tipo de pan fue consumido casi en su totalidad por la clase obrera alemana que se quejaba de que los panes carecían de una corteza adecuada y eran generalmente inferiores al buen pan. Aquellos que podían permitírselo continuaron comprando pan y pastel horneados con harina de trigo sin adulterar. Más tarde en la guerra, a medida que el grano se hizo más escaso, el porcentaje de papa agregada a los panes aumentó hasta un 20 por ciento en el KK-Brot hecho para los alemanes más pobres ([Imagen](#)).

posición, el general (de la época) tenía la increíble perspicacia de argumentar a favor de las sombrías perspectivas de victoria del Imperio.

Tal y como sugiere la historia, cualquiera con el título de “el Gran” añadido a su nombre tiende a conocer el camino.

Sin embargo, también debemos recordar la historia de Casandra de Troya²⁵.

Nunca fue alabada por las verdaderas profecías que compartió con su pueblo. Tristemente, la inclinación a disparar al mensajero es universal. El deseo del hombre de taparse los oídos ante la mención de malas noticias es a menudo una simple negación de la realidad. De este modo, el General Zettour fue rechazado por compartir una verdad indeseable con el Imperio.

Como resultado, fue enviado a “inspeccionar” el frente oriental, lo que en esencia fue su cesantía. Muchos de mis lectores sabrán que fue entonces cuando el general resurgiría más tarde como estratega. Pero en aquel momento, era el subdirector del Estado Mayor. En esencia, no era más que un engranaje vital de la máquina, pero su propia importancia fue lo que aplastó a los engranajes circundantes.

Pero estoy divagando. Volviendo al tema, en algún momento mi subordinado el Teniente coronel Uger y yo nos tropezamos accidentalmente con una ofensiva planeada sobre Ildoa.

Me han preguntado por qué no detuve el ataque. Por desgracia, no fue posible.

El Teniente coronel Uger y yo habíamos estado compartiendo información en secreto, y se dirigió a mí cuando los engranajes ya se habían puesto en marcha. Aquel día acudió a mi despacho concertando

²⁵ En la mitología griega, Casandra era hija de Hécuba y Príamo, reyes de Troya. Casandra fue sacerdotisa de Apolo, con quien pactó, a cambio de un encuentro carnal, la concesión del don de la profecía. Sin embargo, cuando accedió a los arcanos de la adivinación, Casandra rechazó el amor del dios; este, viéndose traicionado, la maldijo escupiéndole en la boca: seguiría teniendo su don, pero nadie creería jamás en sus pronósticos. Tiempo después, ante su anuncio repetido de la inminente caída de Troya, ningún ciudadano dio crédito a sus vaticinios. Ella, junto con Laocoonte, fueron los únicos que predijeron el engaño en el caballo de Troya ([Imagen](#)).

una reunión urgente con otro nombre y con una expresión de desesperación que le marcaba el rostro.

“Coronel, he hecho todo lo posible para retrasar esto, pero no tenemos mucho más tiempo. De hecho, estamos a momentos de desplegarnos”.

¿Desplegándonos? ¿A Ildoa? Ya estábamos rodeados en cuatro frentes diferentes, ¿E íbamos a añadir otro? Creo que la mayoría de los soldados cuerdos tirarían sus armas en ese mismo momento.

Más, sin embargo, el Estado Mayor del Ejército Imperial -el templo sagrado de la lógica militar- estaba dispuesto a ir en contra de los principios de la guerra para tomar la iniciativa. Apuesto a que nuestros antepasados se revolvían en sus tumbas.

El Teniente coronel Uger se sentó conmigo mientras fumábamos tranquilamente nuestros cigarros, mirando el calendario. Teniendo en cuenta la época del año y el clima, sabíamos que no teníamos mucho tiempo.

“¿Cómo van las reconciliaciones...?”.

“No podemos ponernos de acuerdo en términos justos”.

“¿Términos justos...?”.

El Teniente coronel Uger parecía desconcertado, así que le dije la verdad.

“Quieren que nos rindamos”.

“Perdón, pero... ¿No es eso lo que intentamos hacer?”.

En teoría, sí. Desgraciadamente, es la misma pregunta que me hice cuando hablé con el Coronel Calandro.

“¿No es por eso que llevó su propuesta con todas esas concesiones?”.

Quiero que intenten imaginar lo que pensé cuando oí al Teniente coronel Uger preguntarme esto. No sabía si reírme y darle la razón, o sacudir la cabeza y echarme a llorar. Lo único que pude hacer fue reírme amargamente para mis adentros. Quería disculparme ante el Teniente

coronel Uger, cuya expresión se ensombreció mientras me observaba confundido.

Aunque dudé sobre si debía decirle la verdad o no, los restos de mi conciencia, rota desde hacía mucho tiempo, me decían que era lo correcto. ¿Por qué? Porque el Teniente coronel Uger también era una persona. Merecía saberlo. Algo me decía que él era diferente. No era igual a mí. Estoy seguro de que había un gran abismo entre un oficial que conservaba su humanidad y un oficial del Estado Mayor que se había convertido en un engranaje de la maquinaria de guerra. Sin embargo, mi deber me obligaba a decirle la verdad.

“Coronel, antes de darle la desafortunada noticia... me gustaría que tomara asiento. Necesito que se relaje y se acomode”.

Intentaba prepararle para las malas noticias. El Teniente coronel Uger se dio cuenta de ello, y siguió mi petición acomodándose en su silla antes de respirar hondo. Entonces busqué los mejores cigarros que pude, y nos los fumamos antes de compartir los resultados de mi encuentro en Ildoa con mi respetable amigo el Coronel Calandro.

Hice todo lo posible por mantener mis emociones bajo control mientras hablaba.

“Teniente coronel Uger, lo que pensamos que son concesiones... aparentemente son demandas para el enemigo. Incluso las ven como un insulto”.

“¿Qué...?”.

“Quieren que caiga el Imperio, el Reich. No tienen intención de resolver la guerra con negociaciones. Lo que quieren es que simplemente nos pongamos de rodillas y supliquemos perdón”.

Recuerdo su cara de asombro cuando lo oyó, incluso hoy, tantos años después de la guerra. ¿Cómo podría olvidarla? Era una hermosa y oscura mezcla de desesperación, resignación y rabia. Estoy seguro de que la cara que puso al conocer el destino del Reich fue la misma que puse yo durante mi encuentro con el Coronel Calandro.

Los dos, solos, compartíamos esa sensación de desesperación abrumadora. Recuerdo que en ese momento estuve a punto de renunciar a todo...

No sé qué decir de lo que pasó a partir de ahí. Quedan muchas cosas por decir, pero no encuentro las palabras para explicarlas. También hay muchas cosas que no deberían decirse nunca jamás. Me pregunto cómo nos juzgarán los historiadores. Eso no es algo que este viejo vaya a saber nunca. Sólo soy lo que queda de mis muchos compañeros y camaradas de armas destacados.

Estoy seguro de que el día de mi juicio llegará.

De las memorias inéditas de Lergen.



EL INCIDENTE

No lo sé. Hay muchos misterios alrededor del Incidente de Octubre.

Algunos dicen que el General Zettour estuvo detrás, pero también hay pruebas sólidas de que fue una operación secreta dirigida por la Inteligencia de la Mancomunidad. Dado que los testimonios de las personas implicadas son muy dispares, no tengo forma de saber cuáles son ciertos, si es que alguno lo es.

Andrew, un
reportero

[Capítulo] III El incidente



26 DE SEPTIEMBRE, AÑO UNIFICADO DE 1927, OFICINA DEL ESTADO MAYOR IMPERIAL

Las malas noticias nunca llegan solas. Cuando una asoma su fea cara, siempre le siguen más. Lo peor es que a menudo nadie se da cuenta de que algo es una mala noticia hasta mucho, mucho después.

El mando militar del Imperio había llegado a un punto en el que sus cerebros ya no funcionaban correctamente. Desde el oeste, las ondas transmitían un terrible informe que arrancaría el color de la cara de todos los comandantes.

Al principio, pensaron que eran buenas noticias...

El informe decía que la flota submarina imperial, bajo las órdenes de hundir todos y cada uno de los buques que entraran en su territorio, había hundido un buque enemigo desconocido que desplazaba más de diez mil toneladas frente a la costa occidental.

Un triunfante oficial naval trajo el informe. Para su sorpresa, esa noche los oficiales del ejército se iban a la cama elogiando la proeza de la marina.

A la mañana siguiente, sin embargo, serían recibidos por un angustiado oficial naval que llevaba una bomba de relojería política a la Oficina del Estado Mayor. La suerte quiso que el barco hundido perteneciera a una nación neutral.

Además, era probable que se tratara de un barco de los cada vez menos neutrales Estados Unificados – motivo más que suficiente para que la angustia del oficial se extendiera por toda la Oficina del Estado Mayor. *Hemos ido y lo hemos hecho*, pensaron colectivamente.

Los Estados Unificados prácticamente ignoraron la zona submarina restringida creada por el Imperio. No sólo habían enviado descaradamente un carguero a través del bloqueo, sino que además iba acompañado de un buque de pasajeros, como si fuera una cuestión de orgullo nacional. Últimamente, los Estados Unificados le habían estado enviando material bélico en sus buques mercantes con su bandera iluminada por la noche a la Mancomunidad.

A pesar de todo, tuvieron el descaro de pregonar la *neutralidad* en la esfera pública. Incluso mantenían una embajada dentro del Imperio. Por lo tanto, era un problema diplomático si les atacaban.

Sería motivo más que suficiente para que la nación se uniera a la guerra en el bando contrario. Dicho esto, si les dejaban pasar el bloqueo, no tenía sentido tenerlo.

Era normal que los oficiales se dieran cuenta de que habían metido la pata.

Los oficiales prácticamente se quejaban mientras alertaban inmediatamente a sus superiores y al Ministerio de Asuntos Exteriores de la situación, al tiempo que confirmaban los detalles del encuentro. Al hacerlo, sin embargo, descubrirían otros múltiples problemas.

Era un gran problema que... hubieran hundido un barco. Lo que era mucho peor, sin embargo, era todo lo que rodeaba el ataque. La serie de acontecimientos que condujeron a este lío político fueron sorprendentemente sencillos.

De hecho, fue un ataque impecable. No había ni un solo error en el informe del capitán ni en los registros del submarino. El objetivo había cumplido todas las condiciones para ser atacado según el protocolo de la Marina Imperial.

Comenzó cuando se acercó el enemigo. La flota imperial había detectado una nave de alta velocidad que se desplazaba por su zona restringida con las luces apagadas. Tanto el capitán como los oficiales de guardia confirmaron que no había señales de aprobación del Imperio en

la nave que sugerían que se trataba de una nave para repatriar ciudadanos o transportar enfermos.

Además, el barco se movía rápidamente a veinte nudos, y con varias señales más de lo que parecían ser destructores de escolta, se sospechaba que el buque contenía cargamentos cruciales de armas y suministros. En el momento en el que el submarino de la Armada Imperial estableció contacto con el buque, éste se encontraba en la posición perfecta para un ataque.

Teniendo en cuenta la velocidad del barco y lo que pensaban que eran destructores flanqueándolo, el capitán decidió arriesgarse e incapacitarlo en un solo ataque. Disparó todos los torpedos que tenía, un riesgo enorme, teniendo en cuenta todas las escoltas. Pero los torpedos dieron en el blanco.

En cuanto alcanzaron su objetivo, el veterano capitán vio a lo lejos una bola de fuego como nunca había visto. Fue más que suficiente para convencer a cualquier oficial naval de que habían hundido su objetivo. Un ataque ejemplar, hundiendo un importante barco enemigo completamente cargado de armas. En los informes posteriores a la acción, incluso se confirmó que la explosión podía oírse en todo el submarino.

Ni siquiera los oficiales que seguían las reglas pudieron encontrar ningún problema en los registros. En cualquier caso, al ser la primera vez en mucho tiempo que un submarino hundía un buque tan vital, era natural que todo el almirantazgo se alegrara al recibir la noticia. La vida de un submarinista transcurre en un mundo reducido. No hacía falta comprobarlo para comprender la personalidad del capitán que había hundido el barco. Era un veterano entre los veteranos que entregaría un informe modesto, exento de cualquier exageración, compartiendo sólo los detalles que confirmara personalmente.

Eso es lo que se desprende del informe, en el que todos los detalles son estimaciones. Si hubiera sido un capitán más reciente, el informe habría sonado más como *¡Hemos hundido un barco enemigo!* Entusiasmado por su primera victoria tras un largo periodo de aburrimiento,

despertaba a su tripulación antes de enviar a algunos marineros a confirmar la matanza. Naturalmente, la inteligencia naval también participó en la inspección.

Mientras tanto, el Departamento de Descifrado de la Armada Imperial había interceptado algunos mensajes... ominosos. Varios analistas se pusieron de acuerdo y coincidieron en que el código que habían estado recibiendo sin parar desde el ataque incluía palabras que significaban *barco civil* y *Estados Unificados*. Cuando el equipo de descifrado entregaba sus conclusiones a los analistas, éstos compartían un gemido antes de rehacer la lista de inspección. Así fue como las buenas noticias tomaron un giro sombrío.

Pensaran lo que pensaran al principio, el barco hundido era un carguero de pasajeros de una nación neutral. Muchos de los pasajeros probablemente habían muerto, lo que planteaba un evidente problema diplomático de enormes proporciones, un problema que sería fuente de tensión para más de un par de departamentos.

Con sus estómagos ya doloridos debido a sus escasas raciones, este estrés adicional casi les hizo querer gritar de dolor. Mientras soportaban esta nueva oleada de agonía para evaluar la situación, pronto descubrieron que los buques de los Estados Unidos habían iniciado una política de apagar las luces por la noche.

Fue por entonces cuando apareció un oficial de la marina con un segundo informe que no haría sino exacerbar las úlceras: Habían hundido otro barco. Todo el personal implicado en los ataques submarinos se sumió en la confusión. La noticia del primer ataque ya fue suficiente para poner de rodillas al departamento, y la segunda bomba incendiaria política puso realmente a prueba los límites de su fortaleza mental.

Por supuesto, ellos mismos se lo habían buscado. Hundir barcos ajenos a la guerra era sólo uno de los riesgos de asaltar la marina mercante. Sin embargo, el ataque no podía llegar en peor momento. Sus dolores de cabeza eran cada vez más numerosos y dolorosos.

No parecía haber salvación para ellos. ¿Los había abandonado Dios? ¿O era cosa del diablo? No importaba; los oficiales navales maldecían el cielo y el infierno, y el oficial del Estado Mayor que recibió el informe pronto haría lo mismo.

“Han hundido un buque de carga de pasajeros de los Estados Unificados. ¡Dos de ellos! Como si uno no fuera suficiente, ¡Hundieron un segundo a la mañana siguiente!”.

Un irritado General Rudersdorf golpeó con los puños su escritorio, lo que hizo que el cadete de la marina que le trajo el informe pareciera a punto de desmayarse.

El Imperio hundía cualquier barco que pasara por su zona de exclusión. Ninguna precaución les habría impedido hundir finalmente un barco de los Estados Unificados.

Ya era bastante precario que murieran ciudadanos de los Estados Unificados cuando eran pasajeros de naves extranjeras, pero... ¿Que el Imperio hundiera una nave de los Estados Unificados y causara la muerte de innumerables civiles?

El Teniente coronel Uger, que ocupaba el puesto de ayudante de Rudersdorf, expresó las preocupaciones del general.

“Estoy seguro de que el pueblo de los Estados Unificados se levantará en armas por esto”.

“Es mucho peor que eso”, dijo Rudersdorf mientras negaba con la cabeza.

“Hay más malas noticias del lado del Consejero Conrad”.

“¿Del Ministerio de Asuntos Exteriores? ¿Nuestros enemigos están haciendo un movimiento diplomático?”.

Sin seguir del todo a su superior, el Teniente coronel Uger pronto aprendería que hay cosas que nunca se pueden predecir.

“No, no se trata de nuestros enemigos”.

“¿Qué?”.

“Todavía es un secreto, pero nuestro Ministerio de Asuntos Exteriores recela de que los Estados Unificados puedan unirse a la guerra, y ha enviado un telegrama a una de nuestras embajadas en el Nuevo Mundo²⁶ esbozando un plan de contingencia”.

Era un aliado que por fin hacía su movimiento. Sin embargo, al oír esto, el Teniente coronel Uger no comprendió inmediatamente el problema.

“...Lo siento, señor, pero ¿No es esto sensato por su parte? Me parece que deberíamos alegrarnos de que el Ministerio de Exteriores intente por fin hacer su trabajo.”

“Teniente coronel Uger, es usted tan ingenuo”.

El General Rudersdorf sonaba un poco entorpecido mientras dejaba irse a sus soldados y le refunfuñaba a su subordinado. Si no hubiera sido en horas de trabajo, probablemente habría sacado la botella de whisky de su escritorio y se habría servido un vaso. En lugar de eso, sacó un informe que había recibido momentos antes.

“Lee esto”.

Con la mirada perdida, el Teniente coronel Uger alcanzó los documentos y empezó a hojearlos. El color se le fue borrando de la cara a medida que avanzaba por el informe.

“¿Esto resume un plan para acorralar a los Estados Unificados...? ¿¡Redactado por... el Ministerio de Asuntos Exteriores!? E-Espere, ¿¡Quiere decirme que *telegrafiaron* esto!?”.

Lo primero que le cogió desprevenido fue el puro descuido. Una correspondencia teleografiada podía ser fácilmente interceptada. Para un asunto tan importante como éste, deberían haber recurrido a un oficial de confianza para entregarla en mano. Incluso considerando la distancia,

²⁶ El Nuevo Mundo es uno de los nombres históricos con que los europeos han denominado al continente americano desde finales del siglo XV como consecuencia del descubrimiento de América en 1492. El adjetivo nuevo se emplea para distinguirlo del “Viejo Mundo”, es decir, los continentes ya conocidos por los europeos: Europa, Asia y África. Por esa razón, se justificaba el uso de un término inédito para designar al continente recién llegado.

nada más que el objetivo debería ser enviado por telégrafo. Los detalles más finos deberían haberse dejado para ser comunicados en persona.

¿Por qué iban a telegrafiar algo que lo dejara todo claro? Uger no podía entender cómo los diplomáticos estaban fuera de contacto.

“¿Hizo algo el Consejero Conrad al respecto? Ciertamente reconoció que esto era un problema. No puedo imaginar que dejara pasar un error tan atroz como este”.

“Evidentemente, se dio cuenta e intentó detenerlo”.

Había disgusto en su voz. El General Rudersdorf compartió su desdén por los diplomáticos de su país con un suspiro.

“...Esta fue una decisión oficial del Ministerio de Asuntos Exteriores. El consejero no es más que un diplomático solitario, y parece que la mayoría de sus colegas no se han puesto al día”.

Les había advertido. Les había sermoneado. Les había enseñado todo lo que necesitaban saber.

Pero, aun así, esto es lo que ocurrió.

La desesperación nacida de sus inútiles esfuerzos pesaba visiblemente sobre sus hombros. ¿Realmente necesitaba el Imperio depender de este tipo de organización para encontrar una solución diplomática? ¿Era su única opción?

Sabiendo que no podía hacer nada en este frente, Rudersdorf sintió que la desesperación se apoderaba de su interior. No era la primera vez que sentía esa desesperación. Era una sensación cotidiana en la capital imperial, y también era la naturaleza del trabajo que le había impuesto a Zettour. Sólo un vistazo a lo que ese hombre tenía que lidiar regularmente fue suficiente para que se diera cuenta de lo increíble que era su amigo, y por qué estaba tratando de encontrar un nuevo trabajo para él.

Ajeno a los pensamientos más íntimos del General Rudersdorf, el Teniente coronel Uger estaba más preocupado por las disparatadas medidas adoptadas por el Ministerio de Asuntos Exteriores Imperial.

“¿Y qué hacemos si el enemigo descifra nuestro mensaje...?”.

Al General Rudersdorf le preocupaba exactamente lo mismo. Sus claves eran todo en lo que podían confiar, pero el Teniente general Romel insistía en lo poco fiables que podían ser. Por supuesto, aún no había garantías de que tuviera razón. Era política militar entregar en mano mensajes tan importantes como éste, pero eso no siempre era práctico en tiempos de guerra. Dicho esto, no toda esperanza estaba perdida.

El General Rudersdorf señalaba su último hilo de esperanza con una risita irónica.

“El ejército y el Ministerio de Asuntos Exteriores usan claves diferentes, Teniente Coronel”.

“Puede que las telecomunicaciones no sean mi especialidad, pero eso no suena nada tranquilizador”.

Tenía razón. No era más que un motivo de esperanza. Rudersdorf lo reconoció en cuanto lo pronunció.

Seguramente no creía que las claves utilizadas por el Ministerio de Asuntos Exteriores fueran superiores a las del ejército, pero en caso de que lo fueran, él sería el primero en asaltar el Ministerio de Asuntos Exteriores y exigir que dejaran al ejército utilizarlas.

“Sé que el ejército no debería preocuparse por la diplomacia, pero me pregunto si el Ministerio de Asuntos Exteriores se da cuenta de lo que está haciendo. Esto podría desencadenar un incidente internacional masivo”.

“Es como usted dice. Nuestras claves no están exentas de fallos. Es muy probable que alguien haya descifrado el mensaje”.

“Ya veo”, dijo el antiguo ferroviario. Nunca imaginó que tendría que husmear en asuntos diplomáticos. Aprovechó la ocasión para compartir su opinión sobre las posibles filtraciones de la política del Ministerio de Asuntos Exteriores.

“Básicamente hemos puesto en bandeja de plata a los Estados Unidos la propaganda que necesitan para unirse a la guerra.

Definitivamente no ayuda que ya hayamos hundido dos de sus barcos... Me dan ganas de preguntarle a los responsables del Ministerio de Asuntos Exteriores qué creen que están haciendo”.

El general, cansado, negó con la cabeza.

“Hundir sus barcos será más que suficiente para sellar el acuerdo para los Estados Unificados. Cualquier cosa que haga el Ministerio de Asuntos Exteriores es sólo un poco de azúcar extra para ellos”.

Los barcos enviados por los Estados Unificados le llevaban suministros a la Mancomunidad bajo bandera de neutralidad. Como si esto no fuera un problema en sí mismo, el hecho de que hubiera civiles en el barco significaba que hundirlos proyectaría al Imperio en la más villana de las luces.

Sólo había una solución.

Tendrían que aplicar una política de inspección fronteriza más estricta. El Imperio necesitaba asegurarse de que todo lo que ocurría en sus fronteras era completamente legal y legítimo. Aunque... la estrategia de la marina para interceptar la navegación comercial se basaba en la guerra submarina. Sin una presencia sobre el agua, no podían llevar a cabo ninguna inspección real.

“Supongo que nuestra estrategia actual de asaltar los barcos enemigos conlleva demasiados riesgos”.

Al decir esto, el Teniente coronel Uger mostró una expresión de perplejidad.

“¿A qué viene esa mirada, Teniente coronel? ¿Tiene algo más que decir?”.

“Sí”, dijo el Teniente coronel con mirada resuelta. “¿Y si detuviéramos todos los ataques de submarinos a buques mercantes?”.

Era una opinión audaz. Aunque el General Rudersdorf se reiría de ella.

“¿Cree que debemos detener nuestras incursiones por completo? Es absurdo”.

“No veo cómo podemos evitar de forma realista que esto vuelva a ocurrir. Siempre habrá naves de los Estados Unificados en la mezcla. Sugiero reconsiderar nuestra estrategia actual”.

“¿Y si eso es exactamente lo que el enemigo quiere que hagamos? La diferencia entre nuestras velocidades de recuperación ya es demasiado grande. Si les permitimos mover sus recursos a voluntad, ¿Qué cree que pasará? La respuesta debería ser obvia. Ponerles fin a nuestras incursiones sólo les daría poder a nuestros enemigos en el oeste”.

La Mancomunidad era una superpotencia marítima. El Imperio necesitaba frustrar su transporte marítimo para impedir que hicieran valer su verdadero poder.

“La logística es mi especialidad”.

El Teniente coronel Uger conocía la importancia de unos buenos canales de distribución. A pesar de ello, no podía ignorar su ansiedad por lo que intuía que estaba por venir.

“Nuestras incursiones ya no suponen una gran amenaza donde importa. La mayoría de sus recursos viajan en convoyes que no podemos alcanzar”.

“Continúa”.

“Creo que deberíamos reevaluar si los beneficios de nuestra estrategia justifican los costes”. El Teniente coronel Uger ofreció su opinión como experto en logística. El General Rudersdorf demostraría que se daba cuenta de que, en este aspecto, no era más que un aficionado experto.

Asintió en silencio antes de murmurar.

“La situación sigue desarrollándose. Probablemente debería hablar con Zettour sobre esto...”.



28 DE SEPTIEMBRE, AÑO UNIFICADO DE 1927, EL CUARTEL GENERAL DE INTELIGENCIA DE LA MANCOMUNIDAD

Trabajar como agente de Inteligencia de la Mancomunidad ofrecía una oportunidad perfecta para apreciar las orgullosas tradiciones de la nación, empezando por el idioma. El General Habergram, el querido líder de esta excelente institución, se aseguraba de que todos los agentes tuvieran la oportunidad de disfrutar de la desagradable ironía que tanto le gustaba utilizar. Los educados caballeros que formaban parte de su personal respondían a su veneno con su propia jerga de cortesanos de Albión²⁷, respetando el más mínimo decoro. Quienes no estaban familiarizados con este ecosistema y consideraban a los agentes como un grupo grosero eran o bien inexpertos, o bien torpes irremediables, o simples amargados.

La realidad siempre era amarga. Aunque aparentaban ser un grupo alegre y despreocupado, la comunidad de inteligencia siempre llevaba el ceño fruncido por dentro, apretando los puños mientras apretaban los labios en torno al tabaco. Las risas eran necesarias; evitaban que sus corazones se vieran aplastados por la crudeza de la realidad. El alcohol era lo que los mantenía en pie, pero sin las risas que les daban sobriedad, su preciada inteligencia seguramente se marchitaría.

Este delicado equilibrio era necesario para que pudieran seguir enfrentándose a su desagradable realidad. El personal del Cuartel General de Inteligencia de la Mancomunidad marchaba al trabajo con las mismas sonrisas rígidas que ponían en sus caras día tras día.

Bajo el mismo cielo nublado, saludaron al mago de guardia habitual. Los más perspicaces no tardaron en darse cuenta de que ese día la seguridad les estaba estudiando mucho más de cerca. ¿Tendría

²⁷ Albión es el nombre más antiguo conocido de la isla Gran Bretaña. Hoy en día, todavía se utiliza a veces de forma poética para referirse a la isla, e incluso, por extensión, para hacer referencia al Reino Unido o Inglaterra.

algo que ver con la guerra? ¿O quizás un cambio repentino en los acontecimientos?

Los que se percataban de esta ligera diferencia se lo preguntaban mientras caminaban por los pasillos del edificio... antes de ser sorprendidos por lo que veían a continuación. El grupo de caballeros tranquilos y serenos se tropezaría consigo mismo, si es que podían creer lo que veían con sus propios ojos.

Por el pasillo, paseándose, con un brinco en el paso y una sonrisa en la cara, se pudo ver al Sr. John arreglándose entusiasmado la corbata mientras se acercaba a la puerta del general. Echó una mirada cariñosa a la carpeta que sostenía antes de llamar con firmeza a la puerta. Incluso se dejó entrar a sí mismo.

Se trataba de la agencia de inteligencia. La información clasificada debía mantenerse en secreto, pero, sin embargo, el espectáculo que habían presenciado no tenía nada de discreto. Todos sabían lo que significaba.

Dicho esto, desde la perspectiva del Sr. John, pensó que sus reacciones estaban justificadas. Después de todo, su presencia allí significaba que habían llegado noticias tranquilizadoras.

El Sr. John entró en la oficina y, con su voz de barítono, compartió las buenas noticias con su jefe.

“General, tengo dos noticias interesantes”.

“¿Oh? ¿Dos, dices?”.

El General Habergram sonrió ampliamente ante la agradable e inesperada visita mientras el señor John -también sonriente- comenzaba a compartir sus novedades. Las buenas noticias siempre venían acompañadas de un trabajo fácil.

“La primera es de un viejo amigo nuestro”.

“¿Nos han hecho otro regalo los imbéciles del Imperio?”.

Ambos sonrieron.

El Sr. John profundizó en el contenido del regalo.

“Pero por supuesto. Interceptamos un mensaje destinado a una embajada Imperial. Mi gente finalmente logró descifrarlo. Eche un vistazo por usted mismo. Creo que lo encontrará fascinante y estimulante”.

El Sr. John no pudo evitar una risita ante el sorprendente descubrimiento.

“Esto es casi difícil de creer. Probablemente debería disculparme por menospreciar al Ministerio de Asuntos Exteriores Imperial todos estos años. Siempre supe que les faltaba discreción... pero pensar que podían ser tan malos me hace sentir como si fueran un puñado de genios de la comedia”.

“Ve al grano”.

“El cuerpo diplomático enemigo ha cometido un grave error. Están entrando en pánico, se están desmoronando”.

Estaba bien que los diplomáticos crearan un plan de contingencia en caso de que los Estados Unificados se unieran a la guerra... pero difundir activamente los detalles de su plan subversivo a través de las ondas ciertamente no era una decisión inteligente. El mensaje no era algo que pudiera pasarse por alto. A medida que el General Habergram avanzaba por la página, igualaba lentamente la sonrisa del señor John.

“¿Así que no sólo hundieron una nave civil, sino que, en lugar de disculparse, el Imperio está planeando su defensa?”.

“Lo siento por un país que no sabe llevar una diplomacia adecuada. ¡Pero nunca esperé que utilizaran la embajada en su pequeña conspiración de todos los lugares posibles! ¡Telegrafizaron absolutamente todo! ¿¡Creían que el resto del mundo no estaba escuchando!? Esos imbéciles”.

Sus planes habían salido a la luz y, tal y como cabía esperar de una oficina del Imperio, el mensaje incluía un plan detallado. Incluía una lista con viñetas de las cosas que había que hacer en caso de estallido de la guerra. Demonios, la Mancomunidad no podría replicar este nivel de

idiotez ni aunque lo intentara. Con una amplia sonrisa, el Sr. John continuó su evaluación cortante.

“El siniestro plan que están tramando esos malvados imperialistas debería estar más claro que el agua. Dudo que nuestros caballeros pudieran acercarse a fabricar un telegraфиado tan perfecto para crear un sentimiento anti imperial en países neutrales, aunque quisieramos”.

El Sr. John sólo pudo reírse. Su jefe, en cambio, no dejaba de sospechar.

“Este es de hecho el mejor regalo que podríamos pedir, suponiendo que sea real”.

Cuando las cosas parecían demasiado buenas para ser verdad, a menudo lo eran. El General Habergram le dejaba claras sus sospechas al señor John.

“¿Y si esto es una trampa?”.

“¿Qué clase de trampa podría ser?”.

“Podrían intentar culparnos de esto y decir que es falso. ¿O tal vez están probando nuestra capacidad para descifrar sus telegraфиados? ¿Qué posibilidades hay de que el Ministerio de Asuntos Exteriores Imperial no sea tan estúpido como creemos?”.

Un Habergram irritado golpeaba con el dedo su escritorio mientras hacía estas preguntas. Hablaba desde un lugar de gran conspiración. Era una forma saludable de ver el mundo para un agente de inteligencia en guerra.

El Sr. John compartirá sus conocimientos sobre el tema.

“Aunque no puedo asegurarlo por mí mismo, la información de esa carpeta ha sido recopilada de múltiples departamentos, incluidos los del Sr. Kim y el del Sr. Jackson. Basta con leer las notas adicionales adjuntas en la carpeta”.

“Pensé que me lo explicarías”.

“Desgraciadamente, hay demasiados detalles en bruto derivados de fuentes primarias para que incluso yo pueda leerlo. Está por encima de mi jurisdicción”.

A veces, en las agencias de inteligencia se establecían barreras internas. Aunque a veces esto podía ser un inconveniente, era habitual que un mensajero llevara archivos de los que no sabía nada.

Al fin y al cabo, la curiosidad mató al gato ²⁸. Por muy adorado que fuera el gato en el Cuartel General de Inteligencia. Cualquier escritor satírico o agente de inteligencia lo bastante osado como para echar un vistazo por sí mismo no tardaría en familiarizarse con una dosis de veneno o un cuchillo en la espalda. Precisamente por eso, el Sr. John apartó la mirada cuando su jefe favorito utilizó un abrecartas para desprecintar los documentos. Por ridículo que pudiera parecer, las normas eran las normas. Siendo el veterano que era, el Sr. John se aseguraba de obedecerlas al pie de la letra. Sin embargo, su firme disciplina se tambaleó ligeramente cuando su jefe empezó a aplaudir mientras se reía a carcajadas del informe.

“¡Ja, ja, ja, ja! ¡Esto es bueno! ¡Excelente!”.

Su jefe, que se pasaba el día con el ceño aparentemente fruncido de forma permanente, gritó de alegría. Tanto que hizo que el Sr. Johnson se planteara si debía o no llamar a un médico.

“Sr. Johnson, tiene que leer esto”.

Con un poco de disgusto, el Sr. John cogió el documento de su jefe y lo hojeó. El fino papel era una lista. Era un pedido de una serie de artículos diferentes. Esto por sí solo no era nada especial. ¿Pero el hecho de que fuera un pedido telegrafiado por el Ministerio de Asuntos

²⁸ Esta expresión tiene su origen en Inglaterra durante el siglo XVI. Allí se escuchó por primera vez la frase original, que era en inglés “care killed the cat”. Su traducción literal al español sería “la preocupación mató al gato”. Sin embargo, poco después se cambió el “care killed the cat” por “curiosity kills a cat” por el propio avance etimológico del idioma. Es un comentario usado para recordar (a otro u otros), especialmente ante un caso de incursión de alguien, por curiosidad, en una acción temeraria con funesto resultado, que tales acciones motivadas por la curiosidad y realizadas con imprudencia temeraria suelen tener un mal resultado.

Exteriores imperial? Esto pintaba un cuadro completamente diferente para cualquier especialista que lo leyera.

“¿Es una orden de los diplomáticos imperiales? Por lo que veo, parece que por fin van a probar suerte en el espionaje. ¿Tienen la intención de tener a sus agentes dobles como oficiales del caso? Ciertamente no se lo aconsejo. Debo preguntar... ¿Cómo conseguimos esta información?”.

“Su embajada es un cliente fiel de nuestros amigos íntimos. Les vendemos productos mundanos a precios irresistiblemente bajos, que compensamos recopilando información aquí y allá”.

Oír que la Mancomunidad había rodeado la Embajada Imperial de negocios químéricos fue suficiente para que el Sr. John dedujera el resto. La Agencia de Inteligencia de la Mancomunidad probablemente abastecía a la embajada de todas sus necesidades diarias a precios que no podían ignorarse. Esto no era un truco particularmente astuto durante una guerra. Formaba parte del orden de operaciones de una organización que se dedicaba a recopilar información sobre el enemigo. Dicho esto, la lista en sí tampoco era algo que pudiera pasarse por la embajada; era demasiado secreto. Por lo tanto, había que cuestionar la legitimidad de estos movimientos.

“Los diplomáticos se apresuran a comprar todos estos artículos para prepararse para algo porque se los ordenaron. Aunque no puedo negar la posibilidad de que estén al tanto de nuestro espionaje, se trata de diplomáticos, no de espías profesionales. Ni siquiera saben la diferencia entre agentes y oficiales de caso, así que es trabajo rápido para nosotros”.

“Así que crees que simplemente siguen órdenes”.

“Sí, lo sé. Ahora, hay algo más de lo que tenemos que hablar. Sabes demasiado”.

Para la Agencia de Inteligencia de la Mancomunidad, el Sr. Johnson era un As que *podía actuar* como agente y como encargado de un caso, y los conocimientos que había acumulado en su mente eran

demasiado valiosos. Sería un problema si el Imperio llegaba a ponerle las manos encima. Fue entonces cuando el Sr. John se dio cuenta de que había una razón por la que le habían mostrado el documento ultrasecreto, y estaba a punto de averiguarlo. Parecía que le iba a resultar difícil salir de la oficina en adelante...

“¿Por fin me vas a dar un escritorio?”.

“Así es”.

¿Iban a hacerle oficial del caso?

Oh. El Sr. John mostró una expresión brillante, pero por desgracia para él, el Dios del Trabajo ²⁹ seguiría ignorando sus oraciones diarias.

“Quiero que trabajes con una de nuestras colonias. Necesito que aumentes el sentimiento anti imperial en los países neutrales del extranjero”.

“Creo que... un diplomático sería más adecuado para ese puesto”.

“Exactamente”.

Con una sonrisa, el General Habergram le dio una palmadita en la espalda y le recordó en dónde trabajaba.

“¿Cuáles eran nuestros títulos oficiales?”.

“Sabes, no disfruto haciéndome mayor. Ya casi no recuerdo nada. Déjame pensar... creo que somos agentes de inteligencia de Su Majestad Real”.

Este alumno de último curso, muy ingenioso, intentó mostrar su oposición, pero cualquier esperanza de librarse de su traslado no era más que una quimera, y la vida real no era tan amable como los sueños.

“Sr. Johnson, aún no es tan viejo”.

Su jefe rechazó de plano su medio chiste con una mirada mordaz, y un reticente Sr. John se vio obligado a enfrentarse a la realidad... La Agencia de Inteligencia de la Mancomunidad funcionaba como un ala

²⁹ Ponos o Ponus era el dios del trabajo duro y el esfuerzo en la mitología griega. Su madre era la diosa Eris (discordia), que era, a su vez, la hija de Nyx (noche). Era el hermano de Algos, Lete, Limos y Horkos ([Imagen](#)).

del Ministerio de Asuntos Exteriores. En otras palabras, tanto el Sr. John como su jefe eran funcionarios encargados de gestionar la política exterior de su nación.

“Hemos recibido noticias del Cuartel General de que Ildoa y los Estados Unificados están avanzando hacia una alianza neutral armada...”.

El General Habergram dejó aún más clara su firme intención al referirse a la sede del Ministerio de Asuntos Exteriores como el Cuartel General, como si realmente trabajara allí. Sin más remedio, el Sr. John sólo pudo izar su bandera blanca con dignidad.

“Iré a inspeccionar la situación”.

“¡Excelente! Eso lo quita de en medio. Ha sido agradable recibir buenas noticias por una vez. Creo que dijiste que tenías otra noticia interesante de la que informar”.

Su jefe, que estaba de lo más contento, no se esperaba la noticia que se guardaba para lo segundo. El Sr. John fue intencionadamente impreciso al desvelar lo que sería la verdadera captura del día.

“Eche un vistazo a esto. Parece que el subdirector enemigo planea visitar el frente oriental el 2 de octubre. Estará allí tres días. También tenemos un itinerario detallado de sus vuelos”.

Su informe recibió una respuesta inmediata.

“Déjame verlo”.

El brillo curioso de sus ojos comunicaba su pregunta tácita:
¿Podemos hacerlo?

Naturalmente, se trataba de atrapar a su presa, una pregunta que no necesitaba hacer. Su Departamento de Operaciones estaba trabajando en ello, y ya habían elaborado un esquema inicial para su plan.

“Desciframos esta información hace tres horas. El personal ya está trabajando en un plan de ataque. Aunque se basa en tácticas utilizadas en planes de contingencia anteriores, creo que debería estar a la altura.

También tenemos a los analistas verificando la información y calculando nuestras posibilidades de éxito”.

La organización estaba formada por personas que sabían lo que tenían que hacer. No esperaban órdenes y se ponían a trabajar con pleno conocimiento de sus obligaciones. Todos y cada uno de sus miembros eran eficientes. El gran alcance de la Mancomunidad era en realidad una tupida red de unidades particulares que trabajaban al unísono sin fisuras.

“Bien. Dales las gracias a los caballeros”.

La expresión de satisfacción del General Habergram pronto se desvanecería al formular su siguiente pregunta.

“¿Y? ¿Este asesinato es realmente algo bueno?”.

El Sr. John sintió como si pudiera oír físicamente la aguda mirada de su jefe cortando el aire mientras le resumía con la mirada. Si fuera un agente más joven, probablemente habría sentido algún que otro escalofrío, pero el Sr. John fue capaz de dar su opinión sin vacilar.

“Esta es mi opinión personal... pero creo que puede valer la pena el riesgo”.

“¿Y eso por qué?”.

“Tenemos información sobre el avión, su ruta e incluso el equipo que hará guardia. No es frecuente obtener información tan precisa. El mayor riesgo reside en el hecho de que planean que el Demonio del Rin vuele con él como parte de su escolta”.

“No ella otra vez”.

Sí, ella. El Sr. John estuvo dolorosamente de acuerdo con la opinión de su jefe. El destacamento de seguridad no debía tomarse a la ligera si ella iba a estar allí.

El Demonio del Rin. Era la Nombrada a la que más temían, un auténtico demonio que devoraba a la República de François en el frente del Rin, atormentaba a la Federación en el este y se deshacía con rapidez incluso de los magos marinos de su propia nación. Con ella a su lado, el

General Rudersdorf podía moverse con impunidad en el frente oriental. Utilizaba al mejor sabueso de caza de su nación como poderoso perro guardián. Por extravagante que pareciera, era innegablemente una de las mejores escoltas. Como el Demonio se encargaría de cualquier encuentro típico, acercarse descuidadamente estaba fuera de cuestión. La mayoría de las flotas serían enviadas al fondo del océano si tropezaran con ella por accidente.

“No puedo negar que su presencia es el mayor riesgo y obstáculo que conlleva cualquier propuesta de asesinato”.

“El Imperio lleva en guerra el tiempo suficiente como para saber cuándo y dónde necesitan proteger a su personal importante... Supongo que realizan suficientes ataques de decapitación como para saber cómo defenderse de ellos”.

Los dos hombres despejaron sus mentes para centrarse en la única amenaza que podía frustrar sus intentos de asesinato: El Demonio del Rin. Sabiendo que hablarían de este tema, el Sr. John había venido preparado con un plan propio.

“Si fuésemos a acabar con el Demonio del Rin, necesitaríamos una brigada entera de élites de preguerra para tener siquiera una oportunidad. No me atrevo a enviar a los nuevos reclutas contra semejante monstruo. Por supuesto, si nuestro objetivo es un avión, entonces es otra historia”.

“¿Estás sugiriendo que derribemos su avión y eliminemos el objetivo de esa manera?”.

El Sr. John sonrió y asintió a la pregunta de su jefe.

“Puede que sea más realista ignorar simplemente a sus escoltas enviando nuestro propio equipo de asalto mixto de aviones y magos aéreos”.

El Demonio del Rin era la líder de la fuerza operativa de élite del Imperio. Los números no significaban gran cosa contra aquellos perros de la guerra, que se abrían paso entre cualquier cantidad de soldados que se les echara encima. Sin embargo, estas élites también estaban a

merced de la física. Aunque derrotarlos no era una opción realista, su “paquete” era otra historia. Había muchos mitos sobre héroes que superaban a poderosas bestias de leyenda, y desde luego no tenía sentido intentar superar a estos monstruos.

“Si se trata de una batalla de ingenio, las probabilidades deberían estar a nuestro favor. Eso es un hecho”, concluyó.

Nunca era bueno para un agente de inteligencia honesto confundir sus esperanzas con hechos. Lo mismo ocurría con la autoalabanza. Fuera consciente de ello o no, informar selectivamente de los datos que su jefe quería oír sólo conduciría a expectativas poco realistas. Por eso el Sr. John siempre intentaba mantenerse en el término medio como el excelente agente que era.

“El hecho es que el general va a por todas con su destacamento de guardia. Mis propios instintos me dicen que se trata del verdadero negocio. Dicho esto, no puedo negar que puede que sólo esté emocionado por la gran captura que sería”.

“Estoy de acuerdo contigo respecto a ese último punto”.

El General Habergram esbozó una sonrisa antes de negar con la cabeza y cruzarse de brazos. Permaneció en silencio mientras rodeaba un puro con los labios antes de encenderlo, casi como si quisiera ocultar su sonrisa.

El Sr. John tomó esto como una indirecta para unirse a su superior para fumar. Encendió un poco de tabaco de soldado. Como agente que trabajaba sobre el terreno, era importante que no fuera exigente.

Dejó escapar unas bocanadas de humo antes de que su superior cediera y le ofreciera uno de sus puros, que aceptó amablemente.

Tenía un sabor suave. Le daba envidia. Era difícil encontrar mercancías tan finas como ésta con los submarinos imperiales acosando la navegación.

“¿Puedo molestarle por un segundo puro?”.

El Sr. John quería disfrutar de esta rara oportunidad de fumar como era debido, pero, por desgracia, su superior sacudió la cabeza para indicar que su pequeño descanso había terminado.

“Sr. Johnson, tratemos de mantenernos en el tema”.

Siendo uno de los más excelentes agentes de Su Majestad, el Sr. John era cómplice. Sin embargo, aprovechó la oportunidad para coger unos puros de la caja para más tarde, lo que provocó el ceño fruncido de su jefe.

“Me gusta bastante el plan que han ideado los caballeros para esto, pero necesitamos una garantía de que funcionará”.

“Lo que tenemos son pruebas contundentes”.

Continúe, dijo su jefe con los ojos mientras el Sr. John exponía la base de su demanda.

“Interceptamos un mensaje del cuartel general oriental del Imperio... y parece que el General Zettour se ausentará del frente el día de la visita”.

“Apuesto a que esos dos villanos están tramando algo”.

La concisa evaluación del General Habergram dio en el clavo. Esta sería una cita entre dos de los comandantes más problemáticos del Imperio. Los dos monstruos del Estado Mayor Imperial planeaban reunirse en secreto. Sólo de pensarla sentían escalofríos. Los dos oficiales de inteligencia sintieron un rastro de amargura en el aire mezclado con el persistente aroma de sus puros. Hablar de ello hizo que la cautela del General Habergram aumentara aún más.

“Ese Zettour. Sólo mira todos los juegos que está jugando en el este con la Federación. ¿Qué te hace pensar que podríamos confiar en un mensaje que lo involucre?”.

Era una preocupación realmente legítima. El telegrafiado podía ser fácilmente un mensaje destinado a atraer a quien estuviera escuchando. El General Zettour había demostrado una y otra vez que era un maestro del engaño. La Agencia de Inteligencia de la Mancomunidad lo sabía

mejor que nadie. A pesar de ser un soldado imperial, Zettour jugaba tan bien como cualquier agente de la Mancomunidad.

“Como dices, es una información complicada de manejar”.

“Estoy empezando a hartarme de todo esto. Todos estos malditos generales de Estado Mayor... Están en una liga propia”.

“Sí, lo están. Nunca esperé que el Imperio, un país de especialistas de mente estrecha, descubriera alguna vez las reglas del juego...”.

Aunque los dos estaban de acuerdo en las proezas de Zettour, también sabían cómo enfrentarse a los de su clase. Cuanto más formidable es el enemigo, más beneficioso es eliminarlo. Esto era especialmente cierto en tiempos de guerra. La eliminación siempre era una opción, pero cuando se trataba de cazar, había que elegir los objetivos con cuidado. Embolsarse la presa equivocada podía tener un impacto no deseado en el ecosistema. Lo mismo ocurría con los asesinatos. Como estos dos hombres estaban familiarizados con las prácticas de caza de la aristocracia, el General Habergram decidió cambiar de tema y hablar de lo que ocurriría después de matar a su objetivo.

“¿Que nuestros analistas hagan una lista de oficiales imperiales que podrían ocupar el lugar de Rudersdorf o que potencialmente pueden suponer una amenaza aún mayor?”.

“¿Quizás no deberías mirar más allá del General Zettour? No me gustaría tratar con el Ejército Imperial con él a la cabeza”.

Al oír esta observación, el General Habergram respondió a su agente con la máxima confianza.

“Dudo que esté en condiciones de hacer nada. Sin el apoyo del General Rudersdorf desde su puesto en el Estado Mayor, el General Zettour no tiene otros apoyos en las altas esferas del Imperio”.

La Agencia de Inteligencia de la Mancomunidad lo sabía. Los altos cargos del gobierno imperial albergaban una aversión extrema por el General Zettour. Un rápido paseo por las calles del Imperio bastaba para confirmarlo. No era raro oír a miembros del Alto Mando Supremo

hablar abiertamente de que era uno de sus peores generales. Aunque era imposible saber lo que pensaban las figuras clave del ejército... tenía que haber algo de cierto en los rumores que se extendían por la alta sociedad imperial. A través de su constante acumulación de inteligencia humana reunida a través de Ildoa, incluso conocían los detalles de por qué fue enviado al este, detalles de los que el General Habergram era plenamente consciente.

“Según nuestra fuente en la capital imperial, se dice que Zettour fue enviado al este como oficial de inspección”.

Era la Casandra del Imperio, profetizando las malas noticias que no deseaban oír. El hecho de que un oficial tan capaz como él fuera expulsado del mando central era una buena noticia para la Mancomunidad. El Sr. John estaba de acuerdo con lo que decía el General Habergram, en su mayor parte. Dicho esto, se sintió obligado a añadir algunos detalles más como agente que trabajaba en este caso.

“Su traslado ha causado bastantes problemas a nuestro amigo Drake. Y a la Federación también, supongo”.

“Ambos son jóvenes. Los fósiles tenemos que darles a los cachorros jóvenes su parte de problemas. Piensa en ello como una forma de bondad”.

“Ja, ja, ja”. Los dos hombres compartieron una risa sagaz. Estos servidores públicos leales a los intereses políticos de su país eran los ojos y oídos de Su Majestad Real.

Larga vida al rey. Ambos sonrieron y finalmente dirigieron su atención a su preciado aliado en el este, con una aversión compartida por el comunismo.

“Sin duda facilitaría las cosas a los comunistas”.

“El General Zettour ha demostrado ser muy eficaz en el este. ¿No crees que sería demasiado optimista esperar que sea reemplazado en el frente?”.

“Es cierto”, dijo el General Habergram, riendo irónicamente para sí mismo y echándole un vistazo al expediente que tenía en la mano.

Dejando de lado al General Zettour por el momento, centró su atención en la imagen de un hombre robusto en la parte superior de la página. El General Rudersdorf, su posible objetivo, era un hombre imponente, pero más aterrador que su rostro era su cerebro. ¿Cuántos miles de vidas se salvarían si consiguieran meterle una bala en el cerebro? Sinceramente, al general le importaba un bledo la Federación. Pero los jóvenes de su propia nación eran el futuro de la Mancomunidad, y ¿Qué mejor razón había para que los caballeros se ensuciaran las manos que salvar a tantos como pudieran?

Había llegado a su conclusión.

“Quiero que tengas en cuenta la posibilidad de que Zettour utilice todo esto para impulsarse hacia la cima”.

“Por supuesto”.

El General Habergram cruzó las piernas y se quedó pensativo mientras veía a su subordinado salir de su despacho.

“La pregunta es, ¿Esta operación será buena para el Imperio o para nosotros? Sólo puedo esperar... que la balanza no se incline a su favor”.

Rezó, como si apelara a un ángel de la guarda invisible que velaba por él.

El orgullo de la Agencia de Inteligencia de la Mancomunidad -sus expertos analistas- estaría en el extremo receptor de las órdenes de un nuevo análisis. El analista regaba sus quejas con quién sabía cuántas tazas de té mientras cargaba con otra tarea imposible. Este departamento recibía todo el té que necesitaba para mantener a sus agentes con cafeína. Lo único que les resultaba tan aterrador como el bloqueo submarino del Ejército Imperial era la encarnación del mal conocida como el jefe de su departamento, el que les llenaba de té para sobrellevar las horas imposibles que se veían obligados a trabajar. Con fuego en los ojos, los caballeros hicieron lo de siempre y proyectaron su desprecio por su jefe sobre los enemigos de su nación.

Por supuesto, los analistas seguían siendo humanos. Por mucho intelecto que tuvieran a su disposición, no había mucho que analizar sin la información adecuada... y ninguno de ellos rechazaba nunca una invitación a la taberna. Un grupo de analistas entró en el bar de la Agencia de Inteligencia y empezó a discutir su nueva tarea con unos vasos de whisky en la mano.

“¿Las posibilidades de que el General Zettour suba de rango por todo esto? Le doy un cincuenta por ciento en el mejor de los casos. Aunque, debo admitir que es difícil confirmar cualquier información sobre el hombre...”.

“Sin embargo, hasta el mejor acto de un mago no es más que hacer algunos trucos de fiesta”.

El grupo asintió entre sí en silencio. ¿Cómo reaccionaría ante la muerte de uno de sus mejores amigos? Por muy capaz que fuera el General Zettour, no habría mucho que pudiera hacer inmediatamente después de un suceso tan inesperado. E incluso si se movía con rapidez, seguiría sufriendo el retraso habitual que se produce con la transferencia de información. En otras palabras, no tendría tiempo para actuar.

“Subir desde el frente después de semejante desbandada en la retaguardia no sería tarea fácil”.

Por muy temido que fuera este hombre como monstruo entre monstruos, eso no cambiaba el hecho de que no era más que una sola persona en una gran organización. Los agentes de la Mancomunidad sabían mejor que nadie lo irracionales que pueden llegar a ser las organizaciones. Siendo realistas como eran, los agentes comprendían cómo funcionaban los humanos, lo que los llevó a plantearse la misma pregunta: ¿Cómo recibirían los líderes del Imperio al General Zettour?

“Adivina esto: ¿Cómo sospechas que el gran y sabio general forzará dramáticamente su entrada en el centro del escenario a pesar de haber sido degradado a su posición actual?”.

“¿Crees que los peces gordos del Imperio lo permitirían?”.

“Así es... El General Zettour es odiado en la capital imperial. ¿Incluso lo considerarían como un candidato potencial en primer lugar?”.

Los agentes tenían razón al considerar que se trataba de un grave desafío. Su razonamiento se basaba en repetidos análisis de la situación en el Imperio. Esta evaluación fue exhaustiva y la encarnación del sentido común.

La Agencia de Inteligencia de la Mancomunidad había llegado a una conclusión muy realista. El General Rudersdorf y el General Zettour eran aliados políticos, y aunque eliminaran al primero, no podrían eliminar la posibilidad de que el segundo respondiera con presteza. Sin embargo, esto venía con la condición de que el General Zettour no tendría terreno en el que apoyarse si la capital sufría un cambio extremo. De esto estaban seguros los oficiales de inteligencia. El General Zettour no era más que un hombre. Incluso para él, no había escapatoria al caos que se desataría tras la repentina muerte del General Rudersdorf. Desde luego, no estaría en condiciones de perseguir un ascenso.

Su gran plan eliminaba dos pájaros de un tiro. Era el plan perfecto en ese sentido. El analista que le entregó el informe al General Habergram quedó asombrado por el golpe rítmico que dio en la puerta del despacho de su superior.

Supongo que no estoy en condiciones de juzgar al Sr. Johnson, pensó mientras entregaba alegremente ese análisis a su jefe. Era el informe que el General Habergram había estado esperando. El General Habergram había esperado toda la noche a que sus analistas terminaran el informe. Prácticamente se sentó en el borde de su asiento mientras leía los documentos. Cuando terminó de revisarlo todo, respiró hondo.

“... ¿Están listos los preparativos para que esto parezca un accidente?”.

El analista respondió con seguridad, con voz clara.

“Nuestro plan es perfecto, señor. Resulta que hay planes para un bombardeo a larga distancia en territorio de la Federación. Si nos

ponemos en la mezcla, fácilmente podríamos hacer que parezca un encuentro al azar. Deberíamos ser capaces de engañar al enemigo”.

La decisión tardó sólo un momento en tomarse.

“Conseguiré el permiso del primer ministro para seguir adelante. Asegúrese de que los preparativos estén hechos en nuestro lado también, señores”.



2 DE OCTUBRE, AÑO UNIFICADO DE 1927, CUARTEL GENERAL DEL EJÉRCITO DEL FRENTE ORIENTAL

Observo cómo dos gigantes se enfrentan ante mis propios ojos. Son los dos oficiales del Estado Mayor del Ejército Imperial: ambos especialistas muy respetados en sus campos, ambos con amplios galardones y auténtico intelecto y habilidades. Estos dos hombres bien podrían tener algún día una página dedicada a cada uno en los libros de historia. Sin embargo, es difícil describir la visión de dos hombres adultos, ambos con resolución en los ojos, mirándose fijamente como oficiales recién comisionados que se enredan en una fuerte y acalorada discusión.

“¡Por eso debemos actuar ahora!”.

“Está fuera de discusión. Hay que ver el estado de la guerra”.

El General Rudersdorf le ladra al General Zettour, que enseguida le desmiente. A pesar de saber lo unidos que están estos dos, debo decir que me gustaría que tuvieran una conversación en la que fueran así de francos el uno con el otro sin que yo estuviera presente.

Actualmente estamos en el Cuartel General del Ejército en el frente oriental. Las instalaciones están fuertemente vigiladas, y aunque ninguno de los guardias estaba apostado cerca de esta sala... no hay garantía de que alguien que pase por fuera no oiga esta intensa discusión. Por eso, siento un dolor sordo en el estómago. Levanto la

vista y veo al General Rudersdorf gritándole al General Zettour una vez más.

“¡No podemos perder la iniciativa! Cuanto más tiempo permanezcamos inactivos, peores serán nuestras posibilidades. Tenemos que atacar Ildoa en primavera, como muy tarde. Deberíamos empezar ahora mismo, si es posible. ¡Es la única manera de evitar el colapso total!”.

“No podemos hacerlo”.

El debate sobre el Plan B empieza a calentarse. Con una mirada sombría, el General Zettour se cruza de brazos, como para demostrar que su férrea voluntad se mantiene inquebrantable.

“Piensa en el frente de guerra. No se gana casi nada invadiendo Ildoa. ¿Quieres que invadamos en primavera? Déjate de tonterías. Es bueno ser consciente de los retos medioambientales, pero hay que centrarse en la política, no en la estación”.

Aunque los detalles que rodean el asunto siguen sin resolverse, ambos saben que el Imperio está al borde del desastre. Ambos generales comparten una sana conciencia de los problemas a los que se enfrenta el Imperio en un futuro próximo. Y, sin embargo, es casi imposible que incluso dos amigos sagaces se pongan de acuerdo sobre esta cuestión.

“Esto no es algo que se pueda deshacer, aunque de alguna manera se pueda unir al país en este tema. Nuestros soldados son lo más importante”.

“¡Exactamente! Me preocupa la tendencia actual que hemos seguido. Por eso no podemos dejar pasar esta oportunidad, ¡Aunque nuestro plan sea tosco! ¡¡No tenemos tiempo para idear uno nuevo!! Tenemos que hacerlo; es ahora o nunca”.

“¡No deberías apostar tan rápido, Rudersdorf! ¡Entiende que es tu país y sus soldados lo que estás tratando de apostar aquí!”.

“... ¡El frente oriental te ha ablandado, Zettour!? ¡La Diosa del Destino³⁰ se escapará si vacilas! ¡Necesitamos actuar ahora si no queremos que todo lo que hemos sacrificado sea en vano!”.

Me doy cuenta de que ambos hablan con el corazón. Sus palabras brutalmente sinceras captan el zeitgeist³¹ de estos tiempos. Si yo fuera una historiadora o una estudiante del futuro, estoy segura de que estaría registrando frenéticamente todas y cada una de las palabras con lágrimas en los ojos. Sin embargo, como soldado imperial obligada a estar presente, Tanya tiene poco interés en estas charlas – es como echarles perlas a los cerdos³². Las extremas condiciones de trabajo actuales sólo me crean un estrés insuperable.

“Me pregunto si no serás tú el que lleva demasiado tiempo alejado del campo de batalla”.

“¿Es eso un insulto?”.

“Escucha... Los planes no son más que planes, pero el frente de guerra cambia constantemente. ¿Hay alguna razón para insistir en un viejo plan que ya no se sostiene?”.

El General Zettour continúa con un tono de enfado, que es respondido por la intensa e inquebrantable mirada del General Rudersdorf. No se trata de los latigazos académicos que esperaría de un

³⁰ Ocasión, también llamada Oportunidad, se representa como una mujer hermosa de larga cabellera por delante que le cubre el rostro y calva o rapada por detrás, sosteniendo un cuchillo con la mano derecha encima de una rueda siempre en movimiento, a menudo con alas en los talones y otras veces con alas en la espalda. Esta diosa representaba las buenas ocasiones perdidas ya que, si pasaba, lo haría rápidamente y no se la podría asir siquiera por los cabellos, ausentes en la nuca ([Imagen](#)). “Significa que hay que estar dispuesto, en caso de disponer de una ocasión, para poder atraparla. La ocasión no se conoce bien sino cuando ya ha pasado y ya no tiene remedio: esa ocasión ya no vuelve a pasar jamás. Por lo tanto, es menester adivinarla antes de que llegue y asirla por la cabellera cuando pasa”. (Lacueva, F. 2001) en *Diccionario Teológico Ilustrado*.

³¹ Zeitgeist es una palabra en alemán que puede traducirse al español como “espíritu del tiempo”, “espíritu del momento” o “espíritu de la época”. Hace referencia al clima, ambiente o atmósfera intelectual y cultural de una determinada era. Es un término que se refiere a las características distintivas de las personas que se extienden en una o más generaciones posteriores y cuya visión global, a pesar de las diferencias de edad y el entorno socioeconómico, prevalece para ese particular período de la progresión socio-cultural.

³² No den lo que es santo a los perros, ni echen sus perlas a los cerdos, pues podrían pisotearlas y después se volverían contra ustedes para destrozarlos. (Mateo 7:6) de *Biblia Católica (Latinoamericana)*.

erudito como el general... pero su oponente tampoco es de los que se quedan quietos.

“¡Llevo mis decisiones hasta el final! ¡Eso no tiene nada de malo!”.

En respuesta al General Rudersdorf, un inusualmente sobreexcitado General Zettour sacude furiosamente la cabeza.

“Ya no somos oficiales de campo... Tenemos que pensar cuidadosamente nuestras estrategias”.

El enfado del General Zettour con su amigo es sincero. No intenta ocultar su frustración por la aparente incapacidad del otro general para comprender las circunstancias, pero el General Rudersdorf responde de la misma manera. Le ladra con todas sus fuerzas.

“¡No podemos ser pasivos cuando se trata del frente de guerra! ¡Aprovechar la iniciativa para controlar el campo de batalla debe ser siempre nuestra máxima prioridad! ¿¡Has olvidado lo básico del arte de la guerra, Zettour!?”.

Obligada a escuchar todo esto desde la distancia, el enfrentamiento entre sus dos superiores le sigue causando a Tanya un gran dolor de estómago. Probablemente debido a la creciente intensidad del debate, el General Zettour, habitualmente tranquilo y sereno, levanta finalmente la voz contra su amigo. Ni siquiera las gélidas temperaturas del este podrían enfriar esta sala. Tanto es así que se me ocurre la idea de abrir una ventana.

“¿¡Qué, eres algún animal entrenado para comer al sonido de una campana!? ¿¡Empiezas a salivar cuando oyes un timbre!? ³³ ¡Usa tu maldita cabeza! ¿¡Todas esas medallas son sólo decoraciones!? ¡Tienes que pensar, hombre, piensa! ¡Usa la cabeza!”.

³³ El condicionamiento clásico consiste en la asociación de un estímulo inicialmente neutro con un estímulo significativo. De esta manera, cuando se presente el estímulo neutro, en ausencia del otro, se dará una respuesta similar a la que se produciría si se presentara el estímulo significativo. Esta capacidad de asociar estímulos, por muy dispares que sean los mismos, nos ayuda en multitud de situaciones diarias. El experimento que demostró la existencia del condicionamiento clásico fue la asociación de un sonido de una campana con comida. Para lograr esto, Pávlov colocó a una serie de perros unos medidores de salivación. El procedimiento consistía en que Pávlov tocaba una campana y después se les presentaba la comida.

“¡Eres un mentiroso, Zettour! ¡Desde nuestros días en la academia militar, siempre has jugado a las teorías y las hipótesis mientras procrastinabas sin pasar a la acción! ¿Qué crees que será de la victoria del Imperio si no actuamos ahora!?”.

El General Zettour abre mucho los ojos con incredulidad y vuelve a sacudir la cabeza.

“¿Te has vuelto loco, Rudersdorf? ¡Afronta la realidad! ¡Estás senil! ¿Qué pasó con toda tu discreción!?”.

“¡Lo has entendido al revés! ¡Tú eres el que tiene que tomar una decisión! ¡Perderemos nuestra única oportunidad si no nos movemos ahora! ¡Tienes la intención de dejar que todo lo que sacrificamos se desperdicie!?”.

“¡Tienes que pensar con la mente, no con el corazón!”.

“¡Eso es exactamente lo que estoy haciendo! Mi racionalidad es la que me dicta que ¡Ahora es el momento de actuar! ¡Ahora es el momento de comprometerse! ¡No habrá segundas oportunidades!”.

“¡Eres tú quien está siendo retrógrado! ¡No seas el idiota que nos lanza a una nueva lucha cuando no hay necesidad de hacerlo! ¡Escúchame!”, grita el general Zettour.

“¡No, escucha tú!”, le vocifera el General Rudersdorf. Sus caras casi se tocan mientras se maldicen mutuamente.

No se ponen de acuerdo. Puede que sea un hábito suyo, pero cada vez que el brazo del General Rudersdorf se mueve, Tanya, que está allí contra su voluntad, se pone nerviosa. Sólo espero que no empiecen a golpearse. Nunca he tenido que plantearme qué hacer si dos superiores se embrollan en una pelea. Ni en esta vida ni en la anterior. Aguanto la repentina sensación de vértigo y miro hacia otro lado. Es terrible estar en esta situación. A pesar de no tener ningún poder, aquí estoy.

Mientras me veo obligada a escuchar esta discusión nada constructiva, mi único medio de entretenimiento es disfrutar de la libertad de mis pensamientos. Aunque preferiría tener la libertad de levantarme y salir de la sala... Por desgracia, los soldados no pueden

permitirse ese lujo. Lo más que puedo hacer es permanecer en posición de firmes con los talones bien plantados en el suelo y suspirar dentro de los confines de mi mente.

Comprendo la importancia de esta discusión, pero ¿Por qué tengo que verme obligada a escuchar? Así deben sentirse los funcionarios del Consejo de Seguridad de la ONU ³⁴ antes de verse obligados a mediar entre dos países. Justo cuando empiezo a preguntarme si debería intervenir, ya que no parece que vayan a llegar a ninguna parte, el General Rudersdorf golpea la pared con el puño, cambiando una vez más el curso de la discusión.

Tras chocarlo contra la pared, se calla. El General Zettour, por su parte, suspira con los ojos cerrados. Quizá esto signifique que por fin se van a calmar. O tal vez ambos se dieron cuenta de que las cosas se estaban calentando demasiado. Aunque parece que se han calmado un poco... a juzgar por el evidente agotamiento en sus expresiones, es difícil decir que parecen listos para actuar razonablemente de nuevo. Los dos hombres han sido desgastados por un ataque frontal de emociones.

Una indiferente Tanya observa cómo el General Rudersdorf, sin decir nada, pone la mano en el pomo de la puerta. “Necesito tomar aire”, dice antes de salir de la habitación. Deja atrás a un anciano solitario, que permanece en silencio mientras mira hacia abajo con la cabeza entre las manos. El general parece completamente derrotado.

“¿Señor?”.

“...Necesito un momento”.

El cansancio que se percibe en su voz, el General Zettour sólo puede describirse como cansado hasta los huesos. Sacude la cabeza, antes de volver a su habitual expresión erudita. Permanece en silencio, sin embargo, mientras saca tabaco de soldado de su escritorio y empieza

³⁴ El Consejo de Seguridad de Naciones Unidas es el organismo de las Naciones Unidas encargado de mantener la paz y seguridad en el mundo. A diferencia de otras reparticiones de la ONU que únicamente pueden realizar recomendaciones a los gobiernos, el Consejo de Seguridad puede tomar decisiones y obligar a los miembros a cumplirlas, de acuerdo a lo establecido por la Carta de las Naciones Unidas.

a fumar tranquilamente cigarrillos en sucesión. Parece que no está tan tranquilo como parece. Incluso cuando se enfrentaba a las principales fuerzas del Ejército de la Federación, nunca perdía la calma y la serenidad. Fíjate en lo agotado que parece ahora. Veo a mi jefe empuñar un bolígrafo y empezar a dar golpecitos en su escritorio. Nadie podría imaginar al General Zettour levantando la vista y lanzando una nube de humo al techo de esta manera.

De vez en cuando, cierra los ojos y suspira. Las colillas han llenado su cenicero, se gira hacia mí y empieza a hablar.

“Hágalo, Teniente coronel”.

¿Hacer qué? No necesito preguntar. Quiere que me ocupe del General Rudersdorf. Es sólo que, en momentos como éste, cuando un jefe muestra signos de vacilación, sé lo importante que es confirmar sus órdenes.

“¿Estás seguro de esto?”.

“¿Estás preocupada después de verme actuar como lo hice antes?”.

No puedo responder a esa pregunta. El General Zettour lo sabe, lo que pone de manifiesto con una risita irónica antes de redactar su pregunta.

“No necesitas responder a eso. Estoy preparado para aceptar la deshonra de mis acciones. Pero... ese hombre sigue siendo mi amigo. Realmente esperaba que me hiciera cambiar de opinión sobre esto”.

Su soledad se percibe fácilmente en el tono delgado con el que habla. El general guarda silencio unos instantes. Se frota la barbilla, con la mirada perdida en el espacio, antes de pronunciar por fin unas palabras:

“Parece que queda más humanidad en mí de lo que pensaba”.

“Con el debido respeto, señor, todos somos humanos. Espero que no se esté dando cuenta ahora”.

“Eso es gracioso viniendo de usted, Teniente coronel. ¿Se considera humana?”.

“Soy tan humana como se puede ser. Incluso me atrevería a decir que mi destino como humana es destruir todo lo que se interponga en mi camino, ya sea un dios o un demonio ³⁵”.

Prefiero creer que no hay una mano invisible que guíe el mercado ³⁶ antes que reconocer la existencia del Ser X. Es una cuestión de ego, en realidad, que el yo sea diferente del otro ³⁷. Creo firmemente que todos los seres humanos son libres de pensar lo que quieran, pero también son libres de disociarse de los delirios de los demás y conservar el derecho a protegerse.

“Hablas como una verdadera oficial de magia aérea. Yo... puede que haya usado la mayor parte de la humanidad que quedaba dentro de mí”.

“¿Señor?”.

“No es nada. Lo que necesito es que hagas del General Rudersdorf el próximo mariscal de campo del Ejército Imperial”.

Quiere que asesine a su amigo. Lo que hace esto aterrador es el hecho de que nunca lo ha hecho antes. Si el General Zettour fuera de los que guardan rencor, no estaríamos teniendo esta conversación.

Compartir el sentido de la racionalidad permite superar todos los obstáculos.

Parece que no hay nada más importante que la confianza cuando se trata de personas.

³⁵ El antropocentrismo es la doctrina que, en el plano de la epistemología, sitúa al ser humano como medida y centro de todas las cosas, y en el de la ética defiende que los intereses de los seres humanos son aquellos que deben recibir atención moral por encima de cualquier otra cosa.

³⁶ La mano invisible es una metáfora económica creada por el filósofo Adam Smith que expresa la capacidad de ayudar al libre mercado. Sostiene que la libre competencia es la mejor manera de funcionar de la economía, ya que las posibles contradicciones y problemas sistemáticos que las leyes del mercado crean pueden tener solución por “la mano invisible” del sistema.

³⁷ El ego es, para la psicología, la instancia psíquica a través de la cual el individuo se reconoce como yo y es consciente de su propia identidad. El yo es la percepción de uno mismo: la realidad corporal, emocional, existencial, física y vital. Es la conciencia que se tiene de sí mismo como un ser individual, distinto y separado del mundo. El otro es un término de la teoría del psicoanálisis que representa la concepción de lo externo.

“Entendido, señor. Volveré con las malas noticias más tarde”.

Clack.

Tanya saluda con firmeza y chasquea los talones antes de abandonar la sala. El General Zettour me observa mientras me voy. Piensa distraídamente en la confianza con la que esta diminuta oficial abandonó la sala, en cómo hoy, en particular, apenas podía comprender lo poderosa que parecía. Se preguntaba si fue su propia culpa la que le hizo sentirse así, o si fue otra cosa. ¿Se siente mal por hacer que una subordinada haga el trabajo sucio? O tal vez estos sentimientos vienen de llamar bastardo a su amigo antes de apuñalarle por la espalda.

“Quién sabe”.

Ha librado guerras durante demasiado tiempo. Ya no le resulta difícil acallar sus sentimientos. Durante un rato, fuma su tabaco barato de soldado mientras piensa mal de sí mismo. Los cigarrillos se le han pegado, aunque antes de la guerra ni siquiera se hubiera planteado fumarlos. Todo ha cambiado, y lo hizo hace mucho tiempo.

Pero, aun así...

“...Pensé que todavía era yo mismo”.

Ya ni siquiera sabe si sus decisiones son suyas. Siempre se ha visto obligado a tomar sus decisiones en función de la situación, a encontrar el camino con la menor resistencia ante el inevitable colapso. ¿Es ésta realmente su decisión? Se traga un suspiro, sacude la cabeza y se vuelve hacia su único amigo: El cigarrillo. Sabe a mierda, el tabaco de soldado al que se había acostumbrado. El general no puede permitirse el lujo de beberse el dolor, al menos no todavía. Al menos tiene que esperar las malas noticias.

“No, eso no está bien”.

Se detiene y, con la más seca de las sonrisas, suelta una carcajada autocrítica.

Va a matar a su amigo. Para él, esto es lo peor que podría hacer, pero también lo que el ejército necesita.

“Ya no sé distinguir entre buenas y malas noticias”.

Deber.

Necesidad.

Amistad.

Comienza a preguntarse cuáles de ellas son reales antes de sacudirse el pensamiento.

“Esto es la guerra total”.

No hay vuelta atrás. Es todo por la patria.

No... Se burla. Soy despreciable hasta la médula. Sólo necesito la historia y el futuro de la patria para comprenderme. No puedo pedir nada más.

“Tengo que dejar de ser tan terco y soltar este último trozo de humanidad”.

Un humano no puede hacer lo que hay que hacer. El Reich no necesita un oficial. Lo que el Reich necesita es racionalidad...

Necesita un monstruo.



3 DE OCTUBRE, AÑO UNIFICADO DE 1927, LOS CIELOS SOBRE EL FRENTE ORIENTAL

Un vuelo adicional sobrevuela los cielos del frente oriental en dirección a la capital. En él viajan las brillantes estrellas del Estado Mayor, con el General Rudersdorf a la cabeza del grupo de oficiales de alto rango. El destacamento de guardia que sigue al avión también está armado hasta los dientes. Una única compañía del 203º Batallón de Magos Aéreos de élite rodea la aeronave durante el vuelo. Los magos siguen con facilidad al avión de carga a velocidad media durante el largo viaje. Teniendo en cuenta en qué punto de la guerra se encuentra el Imperio en estos momentos, se trata de un enviado bastante lujoso.

A pesar de la escasez crónica de soldados en el Ejército Imperial, dedicar una compañía entera a proteger este precioso vuelo sólo es permisible debido a la importancia de las personas a bordo. Dicho esto, no es la guardia más robusta en términos numéricos. La compañía está formada por no más de doce magos.

Para un general de la Oficina del Estado Mayor, esto es bastante exiguo. Como la que dirige el convoy, permanezco ansiosa y descontenta durante todo el vuelo... pero como parte en una conspiración, entiendo cómo esto funciona a mi favor. Verás, Tanya está a punto de hacer un Akechi Mitsuhide ³⁸ y el avión es su Honnō-ji ³⁹. Menos testigos es algo bueno.

De vez en cuando, sin embargo, al mundo le gusta lanzarte algunas bolas curvas. Mientras Tanya espera el momento oportuno para atacar, aparece un nuevo reto inesperado.

“¡Alerta, alerta! ¡Hemos detectado bombarderos enemigos!”.

Me giro y veo a mi ayudante con una intensa mirada en los ojos, y su clara advertencia pone fin abruptamente a mi conspiración sobre el *desafortunado accidente* de nuestro avión.

¿Un enemigo?

“Parecen estar a pocos kilómetros de la zona industrial de las tierras bajas”.

Saco los binoculares para ver por mí misma mientras mi ayudante anuncia el contacto. No taro en confirmar que se acerca un grupo de aviones. Están pintados de camuflaje, pero el grupo es lo bastante grande como para distinguirlos fácilmente. Es difícil hacer un recuento exacto, pero a simple vista podemos saber que son varios aviones.

³⁸ Akechi Mitsuhide (1528 - 2 de julio de 1582) fue un samurái japonés que vivió durante el Período Sengoku, conocido también bajo el apodo de Jūbei o Koretō Hyūga no Kami. Fue un general bajo las órdenes del daimyō Oda Nobunaga, a quien después traicionó obligándolo a cometer seppuku.

³⁹ El Incidente de Honnō-ji se refiere al asalto a manos del samurái y general Akechi Mitsuhide en el templo Honnō en Kioto donde se encontraba el daimyō japonés Oda Nobunaga quien finalmente se vio obligado a cometer seppuku el 21 de junio de 1582, terminando así con la ambición de Nobunaga de unificar el país bajo su autoridad.

“Es una formación enemiga”.

Destacan sus bombarderos, pero lo más alarmante es el avión plateado con cuatro motores en cada ala. Hoy han traído la artillería pesada. Los he visto antes en los cielos del frente occidental, pero nunca en el oriental.

“¿De dónde han salido?”.

Es una altitud extraña para que estén volando.

“¿Quizás despegaron de un portaaviones?”.

Esta es la primera explicación que se me ocurre, basada en una operación que realizamos una vez. Tal vez estén cargando grandes bombarderos en portaaviones como Doolittle⁴⁰... pero incluso entonces, nunca podrían cargar tantos.

Es imposible que una nave pueda soportar tantos aviones, lo que naturalmente lleva a la siguiente conclusión.

“¡Debe ser una misión de bombardeo del transbordador!”.

Nunca consideré la posibilidad de esto. Ignorar las opciones tácticas de tu enemigo, por improbables que sean, nunca es bueno. Veamos, un bombardero podría hacer un viaje de ida a través del espacio aéreo Imperial y llegar a la Federación. Luego podrían reabastecerse en tierra antes de hacer un viaje de vuelta a la Mancomunidad. Hay algo que no cuadra, sin embargo. Una ligera sospecha. Una sensación inquietante me hace temer lo peor.

“Esto no puede ser una coincidencia, no con esta sincronización...”.

Nuestro convoy está a punto de chocar con una unidad aérea enemiga. Aunque un poco a mi pesar... esto es en realidad algo bueno para nosotros. Al mismo tiempo, es lo peor que podría pasar. Tanya sabe

⁴⁰ James Harold “Jimmy” Doolittle (14 de diciembre de 1896 - 27 de septiembre de 1993) fue un pionero de la aviación estadounidense. Doolittle sirvió como oficial de las Fuerzas Aéreas del Ejército de los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial. Dentro de las actividades bélicas durante la Segunda Guerra Mundial, Doolittle se destacó sobre todo por liderar el primer ataque estadounidense sobre suelo japonés, consistente en un bombardeo sobre Tokio por aviones B-25 embarcados en el portaaviones USS Hornet (CV-8) el 18 de abril de 1942, operación conocida desde entonces como Incursión Doolittle ([Imagen](#)).

que las buenas coincidencias tienden a ser mentira. ¿Es esto un *deus ex machina*⁴¹? No, no hay puntos de trama convenientes que se encuentran aquí.

Esto no debería estar ocurriendo. No hay forma de que esto sea pura coincidencia, lo que hace que esto sea lo mismo que los encuentros sobre los cielos de Bougainville⁴². Como destacamento de seguridad, tenemos que cumplir con nuestro deber... Pensar que nosotros, supuestos asesinos, tendríamos que desempeñar el papel de honrados protectores. ¿Por qué las cosas resultaron así?

No podemos hacer nada sospechoso cuando el enemigo está aquí vigilando todos nuestros movimientos. ¡Qué dolor en el culo!

“Retrasaremos nuestro compromiso para un asalto completo. Por ahora, saquen el paquete de aquí”.

“Comandante... ¿No nos da esto el pretexto para formar una formación más cerrada alrededor del paquete...?”.

“Sería demasiado obvio. Muestre algo de moderación, ayudante”.

“¿Eso es un problema?”.

“Tenemos que estar atentos a los curiosos”.

⁴¹ En la literatura se denomina Deus Ex Machina al elemento externo que soluciona un conflicto de un modo ilógico e inapropiado, sin respetar la coherencia de la propia historia. Suele ocurrir cuando el escritor no ha desarrollado debidamente la trama, ni ha estudiado en profundidad la coherencia desde una perspectiva acorde con el mundo que plantea.

⁴² La Campaña de Guadalcanal, también conocida como la Batalla de Guadalcanal y codificada por los aliados como Operación Watchtower, se desarrolló entre el 7 de agosto de 1942 y el 9 de febrero de 1943 alrededor de la isla de Guadalcanal en el marco del frente del Pacífico de la Segunda Guerra Mundial. Esta campaña militar fue la primera gran ofensiva lanzada por los Aliados contra las fuerzas del Imperio del Japón. Entre el 26 de agosto y el 5 de septiembre, los estadounidenses perdieron aproximadamente 15 aeronaves, mientras que los japoneses perdieron cerca de 19. Más de la mitad de los tripulantes de las aeronaves estadounidenses caídas fueron rescatados, mientras que la mayoría de los tripulantes japoneses perecieron. Las ocho horas de vuelo desde Rabaul hasta Guadalcanal (alrededor de 1800 kilómetros de distancia) supuso un serio obstáculo para que los japoneses pudieran establecer la superioridad en los combates aéreos sobre el Campo Henderson. Los vigías australianos, conocidos como Coastwatchers, de Bougainville y Nueva Georgia generalmente enviaban avisos a las fuerzas aliadas en Guadalcanal sobre los posibles ataques japoneses, permitiendo a los combatientes estadounidenses despegar y tomar posiciones para atacar los aviones y bombarderos japoneses que se acercaban a la isla. Por tanto, las fuerzas aéreas japonesas estaban perdiendo la guerra de agotamiento en los cielos sobre Guadalcanal

Por supuesto, si hay una forma de conseguirlo sin ensuciarnos las manos, sería lo mejor. Protegeremos nuestros aviones, pero si el enemigo está dispuesto a hacer la parte difícil, entonces no hay necesidad de que intervengamos.

“Nunca... quise que mis subordinados hicieran esto en primer lugar... Quizá me estoy ablandando demasiado”.

“...Gracias”.

El agradecimiento de mi ayudante me toma desprevenida al principio, pero enseguida me doy cuenta de que tal vez aún queden restos de humanidad -el deseo de protegerse a uno mismo- en ella también. ¿O tal vez se siente mal por los amigos del vuelo que van a ser sacrificados? En cualquier caso, me alegra ver que aún conserva su humanidad, lo que me hace sonreír.

“¡Los magos enemigos se dirigen hacia aquí!”.

Al oír la advertencia, vuelvo a centrar mi atención en el enemigo.

“Oh chico, esto no es una broma”.

Las diminutas motas a lo lejos que vuelan hacia nosotros desde los bombarderos enemigos no son bombas, sino magos. Me sorprende ver que prepararon un avión sólo para los magos como una especie de tanque desant glorificado⁴³. Veo que no estamos siendo discretos con este ataque de decapitación, ¿Verdad?

Sin embargo, lo que asusta es su número. Hay más de un batallón de magos en el cielo. Su ventaja numérica será dolorosa para nosotros, pero eso no es todo, su formación inclusive es cerrada. No sólo de una manera práctica. Se mueven tan rápido que son comparables a nosotros.

Y yo que pensaba que el mundo necesitaba magos. Parece que me equivocaba, teniendo en cuenta todas estas ratas bastardas que han decidido aparecer hoy.

⁴³ El tanque desant es una táctica militar de armas combinadas, donde los soldados de infantería montan en un ataque a tanques, luego desmontan para luchar a pie en la fase final del asalto ([Imagen](#)).

“Mierda. Esto no es un encuentro cualquiera”.

“...Sí, no tiene nada de aleatorio”.

Mi ayudante mira a su alrededor antes de acercarse a mí y compartir sus preocupaciones.

“¿Cree que es cierto que hay un espía en nuestras filas?”.

Está bien que desconfíe de las filtraciones, pero Tanya prefiere desconfiar de los peligros de las matemáticas y la lógica bien aplicadas.

“No puedo negar que puede haber un topo... pero es más probable que sean nuestros códigos”.

Tenemos que hacer algo con nuestros telegramas. La imposibilidad de enviar información fácilmente es realmente engorrosa. Ya puedo ver todos los mensajes que me ordenarán entregar después de esto, pero esas preocupaciones pueden guardarse para más adelante.

“Visha, necesito que envíes una alerta al Comando de la Fuerza Aérea. Vamos a necesitar apoyo”.

“¿Está segura de esto?”

“Me doy cuenta de lo hábiles que son por la forma en que se mueven. Imagino que ya esperan que pidamos refuerzos”.

El muelle de carga del avión de carga no era precisamente cómodo comparado con los que el Estado Mayor estaba acostumbrado a pilotar. Estos aviones estaban diseñados para transportar grandes cargas y sólo carga. Lo que significaba que el general y su séquito eran tratados esencialmente como equipaje extragrande.

Tras su intensa discusión con el General Zettour, un exhausto General Rudersdorf se sentó en el avión con los ojos cerrados, haciendo todo lo posible por pensar en otras cosas. Normalmente, aprovechaba ese tiempo para hacer papeleo, pero... ese día no se atrevía a hacerlo.

Su opinión era muy diferente a la de su amigo. Ni siquiera coincidían en la situación. Incluso para un hombre de su fortaleza, sentía un profundo conflicto y lástima hacia su amigo, que no podía entender su perspectiva.

Lo impensable le sacaría de su estancamiento mental. El avión de carga sufrió una turbulencia desagradable. En cuanto se dio cuenta, su mente se puso en marcha.

“¿Qué está pasando?”.

“¡La Teniente coronel Degurechaff y sus magos están interceptando un ataque enemigo! Piden que nos retiremos lo antes posible y...”.

La voz del capitán se entrecorta a mitad de la frase y vacila al dar más malas noticias.

“¡Mensaje de emergencia de la 203! ¡Han confirmado que magos enemigos se dirigen hacia nosotros!”.

Su voz recorrió el hangar de carga como un temblor. Todos los pasajeros guardaron silencio. Se miraron unos a otros antes de dirigir su atención al jefe del Estado Mayor.

“No creerás que están aquí para...”.

El hombre que se encontró sin nada que hacer durante su vuelo llegó a una rápida conclusión.

“¿Señor?”.

“Puede que nos hayan pillado.”

“¡C-Cree que está en el punto de mira de la Mancomunidad!?”.

El pasajero lo gritó, esperando que no fuera así. Lamentablemente, la mayoría de los pasajeros del avión de carga conocían muy bien esa sensación. Después de todo, era una táctica muy eficaz.

Decapitación. Se sabía que era una de las técnicas emblemáticas del Imperio. Para los oficiales del Estado Mayor que utilizaban con frecuencia esta táctica con un porcentaje de éxito relativamente alto, se trataba de una sensación de inquietud demasiado familiar. Estaban

seguros de que se trataba de una operación de asesinato planeada por la Mancomunidad. Es decir... excepto para el hombre que era el objetivo.

“¿Oh...?”.

El General Rudersdorf se cruzó de brazos y esbozó una sonrisa irónica por dentro. Por extraño que pareciera, no había sospechado que la Mancomunidad fuera la culpable hasta que se mencionó.

Eso es bastante extraño, casi interesante, pensó con una sonrisa agridulce mientras se frotaba la barbilla en silencio. Se preguntó por qué sospechaba de alguien totalmente distinto.

¿Por qué la primera persona que me vino a la mente, aunque sólo fuera por un momento, fue el idiota de Zettour?

Al desconocer las sospechas de su objetivo dentro del avión de carga, Tanya grita enfadada sus órdenes por la radio en respuesta a que su falsa misión de escolta se convierta en una misión de escolta real.

“¡Aquí Salamandra 01! Necesitamos que te largues, ¡Ahora!”.

Sigo gritando por la radio, pero es inútil. Finalmente, recibo una respuesta del control de tierra, pero no es la que yo deseaba.

“¡Esto es una emergencia! ¡Necesitamos apoyo aéreo!”.

“...Aquí Control del Reich a Salamandra 01. Control del Reich a Salamandra 01. ¡No podemos enviar a nadie! ¡Lo siento!”.

Por un momento, me pregunto si estoy oyendo cosas. ¿Se están absteniendo de enviar refuerzos para asegurarse de que el asesinato se lleva a cabo sin problemas?

No puede ser. Rápidamente calmo mi sospecha. El General Zettour puede tener una influencia significativa, pero no hay forma de que pueda llevar a cabo algo así. Para empezar, el Imperio no es capaz de llevar a cabo un ataque flagrante de esta escala de todos modos.

Sacudo la cabeza y luego maniobro en el aire para evitar que el enemigo me dispare limpiamente mientras grito a mi radio.

“¡Qué mierda has dicho!? ¡Esta es nuestra Zona de Identificación de Defensa Aérea!! ¿Qué, sus pilotos están sentados con los pulgares en el culo!?”.

“¡Estamos interceptando una flota enemiga que se dirige a la capital imperial!”.

“¿Qué pasa con la segunda unidad de interceptación!? ¡Los aviones orientales funcionarán!”.

“No nos sobran los aviones...”.

“¡Debes estar de broma! ¡Esta es una petición de alto nivel! ¡Este es el Estado Mayor! ¡Confirme los códigos de prioridad de defensa aérea! ¡Ahora!”.

El mando de defensa aérea me autorizó a pedir refuerzos para este paquete de alta prioridad antes de la misión.

¿Nos dieron autoridad para convocar aviones inexistentes?

“¡Envíennos a sus magos aéreos! Cualquiera que pueda desplegarse, los necesitamos...”.

Una música alegre comenzó a sonar en todo el avión de carga, haciendo que todos a bordo del vuelo abrieran los ojos sorprendidos. Una melodía tan jovial justificaría tal reacción para cualquiera cuyas vidas estuvieran en juego. Sin embargo, la conmoción de los técnicos de telecomunicaciones no tiene comparación. Se les cae la sangre de la cara y no hacen ningún esfuerzo por ocultar su confusión.

“¡Están interfiriendo nuestras señales de radio!?”.

“¿Qué significa esto?”.

La respuesta a la pregunta del General Rudersdorf fue breve y sencilla.

“¡Conocen nuestra frecuencia exacta!”.

Era la frecuencia utilizada por el Estado Mayor. No debería ser tan fácil para un enemigo encontrarla tan rápidamente, pero incapaces de negar lo que estaba ocurriendo, todo rastro de color se drenó de los rostros de los oficiales de comunicación. Todos sabían que era imposible que fuera una coincidencia. Aunque el propio Creador les dijera que era una coincidencia, ni siquiera pretenderían creerle. A pesar de la inmensa conmoción que les causó esta asombrosa constatación, los oficiales no pudieron hacer otra cosa que ver cómo se desarrollaba la pelea desde sus asientos del avión. Todos se pegaron a las ventanillas para ver lo que ocurría, y no les gustó lo que vieron.

“¡L-Los magos enemigos han atravesado la guardia de la 203!”.

“¿¡Eso es imposible!? ¡No debería haber ningún mago que pueda hacer algo así...!”.

En contraste con sus compañeros de pasaje, presas del pánico, un tranquilo General Rudersdorf les hablaba mientras miraba por la ventanilla.

“Son sus números”.

Sabía que ni siquiera los magos de élite del Imperio -quizás incluso del mundo-, el 203 Batallón de Magos Aéreos, podrían proteger de forma realista un avión de carga indefenso de todo un batallón.

Había oido antes que la velocidad era donde destacaban los magos del Imperio. Simplemente no había forma de que mantuvieran seguro un avión tan lento.

“Hmm, son todos magos expertos... Cada vez es más difícil creer que todo esto sea una coincidencia”.

Por extraño que fuera, cuanto más pensaba en lo mucho que la Mancomunidad estaba poniendo en este asalto, más fácil le resultaba aceptarlo. Por extraño que parezca, ni siquiera le hizo sentir desagradable en lo más mínimo, a pesar de que su vida estaba en juego.

Mientras el General Rudersdorf esbozaba una sonrisa irónica, la situación empeoraba rápidamente. Un pelotón de magos hizo todo lo

que estuvo en su mano para contener la marea de magos enemigos, pero estaban siendo empujados y dispersados lentamente. Otro pelotón intentó tomar una posición para proporcionar fuego de cobertura, pero era insostenible debido a las implacables tácticas de ataque y huida del enemigo.

“¡Mensaje urgente del 203! ¡Q-Quieren que preparemos nuestros paracaídas!”.

Era la llamada que esperaban los oficiales. Los hombres estaban listos para saltar. Cada uno con un paracaídas en la mano, se mantuvieron dignos como los oficiales del Estado Mayor del Ejército Imperial que eran. Correrían hacia el general y le instarían a que él también preparase su huida.

“¡Los magos nos recogerán donde caigamos! ¡Dese prisa, general!”.

El General Rudersdorf lucía una amplia sonrisa en el rostro, pensando en lo agradecido que estaba de contar con un personal que no se lo pensaba dos veces a la hora de intentar salvar su vida antes que la propia.

Aunque él sabría por qué.

“General, su paracaídas...”.

Sacudió suavemente la cabeza ante los jóvenes oficiales que trataban desesperadamente de meterle prisa.

“Es demasiado tarde para nosotros”.

Un mago aéreo de la Mancomunidad tenía al avión de carga enemigo en su rango de tiro. Sólo le habían dicho que el avión transportaba “carga importante”. No sabía cuál era su contenido y no le importaba. Lo que sí sabía era que era valioso. Eso era seguro, porque se lo había dicho la Agencia de Inteligencia. Le habían seleccionado para esta misión especial, y pensaba llevarla a cabo.

“¡Ya te tengo!”.

Una fórmula explosiva de dos niveles se manifestó alrededor del mago. Sabía que era una posición arriesgada, pero quería hacer volar el avión por los aires. Sin embargo, de repente sintió que una sensación ominosa cruzaba su piel. Aceptando que eso haría ineficaz su propia fórmula, siguió sus instintos y adoptó maniobras evasivas.

Inmediatamente después, sintió una enorme explosión a sus espaldas, que penetró su película protectora e impactó contra su coraza defensiva. Apenas pudo resistir la explosión, vio que dos magos empezaban a volar evasivamente y se preguntó si estaría a su alcance.

“¡Maldita sea! ¡Son sus perros guardianes!”.

Eran un par de magos aéreos imperiales. Cargaron contra el mago de la Mancomunidad cuando éste se desvió. Cuando se acercaron a él, barrieron el humo con el destello de sus cuchillas mágicas. No era un movimiento que haría un mago en su sano juicio. Sin embargo, se lo esperaba, ya que los analistas le habían advertido en repetidas ocasiones de los peligros del destacamento de seguridad.

Esos agentes de inteligencia sí que salen adelante cuando se les necesita, pensó mientras vigilaba a sus nuevos oponentes. Mientras observaba, se dio cuenta de lo increíble que era su movilidad.

“¿¡Son rápidos como la mierda!? ¡Mantengan una base de fuego! ¡Mantengan a su líder a raya!”.

Los magos mantuvieron la distancia mientras empezaban a conjurar para devolver el fuego.

Acribillaron la trayectoria de vuelo de sus oponentes con fuego disciplinado, suficiente para hacer volar por los aires a magos normales. Estos magos, sin embargo, esquivaron fácilmente su bombardeo.

“¡Son demasiado rápidos!”.

La forma en la que el enemigo se deslizaba por el aire iba en contra de todo lo que los magos sabían sobre ingeniería mágica.

“¡Hijo de...!”.

Los magos sintieron escalofríos. Sabían que bastaba un pequeño error para que sus cabezas volaran por los aires. El comandante de la

Mancomunidad elevó rápidamente el nivel de alerta. Observó el campo de batalla y maldijo para sus adentros antes de coger la radio.

“¡Compañía α-espera, compañía β también! ¡Dispersen al enemigo! ¡Encuentren a su líder! ¡Es una maga Nombrada! ¡La reina de todos los Nombrados! ¡Ese Demonio del Rin olvidado por Dios!”.

¿En qué estaban pensando los chicos de inteligencia!? El objetivo era mucho más que *problemático*.

“¿¡Llaman a esto *problemático*!? ¡¡Eso ni siquiera empieza a describir lo que son estos magos!! ¡Esos malditos mentirosos!”.

Estuvo bastante cerca.

Con el avión al alcance de las fórmulas enemigas, los magos del Imperio habían utilizado sus propios proyectiles defensivos para cubrir el avión en el último momento.

“¡Los magos están aquí! ¡Es la Teniente coronel Degurechaff! ¡La Teniente coronel Degurechaff y sus magos están defendiendo el avión!”.

Mientras los pasajeros del avión vitoreaban, oyeron a la Teniente coronel Degurechaff gritar por su radio a través de la música que había junto al avión.

“¡Salamandra a Control del Reich! ¡Solicito asistencia médica en tierra! ¡Es urgente y de alta prioridad! Llamando a todos los aeropuertos...”

Ah, es cierto. Aún no estamos a salvo.

“¡Salamandra a Cargo! ¡Saca el paquete de aquí! ¡Maldita sea! No se detienen...”.

Incluso la poderosa Degurechaff hace quejas sin sentido a veces. Qué descubrimiento tan esperado.

A pesar de la situación, el General Rudersdorf seguía encontrando, curiosamente, la manera de divertirse.

Espero poder contarle esto alguna vez al idiota de Zettour.

“...Dicen que el hombre sospecha demasiado de su entorno”.

“¿Señor?”.

“No, no es nada”.

Había sospechado de su amigo sin motivo. Era vergonzoso. Si realmente era él quien estaba perdido y confuso, quizá debería haber escuchado a su amigo. El General Rudersdorf esbozó una sonrisa irónica al imaginarse el viejo careto de Zettour.

“¡Vuelven hacia aquí!”.

Que así sea. Prefiero que sea sólo el enemigo quien me quiera muerto.

“No, General...”.

El tripulante no pudo terminar la frase.

Nunca volvería a hablar. Con sus magos incapaces de mantenerse al día con los números del enemigo, una fórmula encontró su camino hacia el avión.

El fuego abrasador que vería en sus últimos momentos era rojo.

“Subestimé a esos malditos tipos de Albión. Son todos mucho más sanguinarios de lo que había imaginado”.

Nos hemos metido de lleno en un juego de etiqueta con las tropas de magos enemigas. Si hablamos en serio, en cuanto me di cuenta de que no se trataba de un encuentro aleatorio, pasé de la autoprotección y la ambición complicada al papel de protectora real... hasta que ni siquiera lanzarme delante del avión de carga fue suficiente para protegerlo.

Tanya observa cómo cae del cielo un avión de carga en llamas. ¡Mira qué minuciosos son los enemigos con sus hechizos! Le prenden fuego a todo el avión y lo convierten en una bola de fuego antes de hacerlo explotar.

“No nos queda nadie a quien salvar después de esto”.

Cuando intentamos acercarnos a la explosión, nos encontramos con un muro de fuego represivo. También es inteligente cómo hacen que sus aviones se acerquen con un camino despejado para retirarse de vez en cuando. La Mancomunidad es meticulosa con sus tácticas. Parece que están decididos a darle al General Rudersdorf sus próximos dos rangos. Sin embargo, es casi gracioso lo abierto que es el ataque. Casi me dan ganas de reírme a carcajadas.

“Esto es terrible”.

“¿Teniente coronel? En cierto modo... ¿No es esta una forma ideal de que se desarrolle esta misión?”.

“Tienes razón... pero es demasiado perfecto. Hay partes de esto que son demasiado para mí. Esos agentes de la Mancomunidad están realmente al tanto de su información”.

Estoy medio asombrada y medio agradecida. Con un gruñido al cielo por el extraño enfrentamiento a tres bandas en el que se había convertido esta operación, utilizo la movilidad de mi orbe de computación de asalto Elinium Arms Tipo 97 para hablar y ordeno a mis tropas que aceleren.

Sin nada que vigilar, escapar es nuestra nueva prioridad. Aunque, siendo el animal social que se supone que es Tanya, duda en usar la palabra *escapar*. En realidad, es la fuerza de la costumbre. Como se considera una experta comunicadora, siempre se esfuerza por elegir bien sus palabras.

“¡Vamos a atravesarlos! ¡Es hora de nuestro partido de revancha!”.

Mi ayudante, que conoce los detalles de nuestra operación, me mira de reojo, a lo que Tanya responde encogiéndose de hombros. En realidad, nadie espera que salgamos victoriosos de esto. El ataque fue una peculiar pieza de colaboración entre el General Zettour y la Agencia de Inteligencia de la Mancomunidad. El hecho de que sus planes nunca se tuvieran en cuenta mutuamente es lo que lo convierte en un extraño giro del destino.

En cuanto a Tanya, que se vio envuelta en todo esto, estaría muy bien tener algo que mostrar después de todo esto... Algo que unas cuantas cabezas de la Mancomunidad deberían hacer. ¡Necesito algo que demuestre que cumplí con mis obligaciones morales!

“Prepárate para... ¿Hm?”.

El incesante fuego de comprobación se disipa de repente. Preguntándome qué está pasando, miro hacia fuera y veo al enemigo en plena retirada. No podemos perseguirlos, aunque quisiéramos, ya que abordan el hangar de carga de lo que parece ser un nuevo modelo de bombardero. No es algo que podamos seguir. Nos desmayaríamos por la falta de oxígeno antes de alcanzarlos.

Una irritada Tanya sacude la cabeza y toma una nueva decisión.

Podemos darles un pequeño regalo de despedida.

“¡Preparen fórmulas ópticas de largo alcance!”.

A mi orden, mis magos comienzan a conjurar. Aunque conseguimos disparar, el enemigo no tarda en escapar fuera de nuestro alcance. Se pueden ver brillantes destellos de escombros cayendo de los aviones mientras se reagrupan y vuelan en la distancia, pero no tengo tiempo para lamentar haberles dejado escapar.

Aquí es donde empiezan los verdaderos problemas. Tanya frunce el ceño en el aire al pensar en las engorrosas dificultades que le aguardan, y ésta tiene pinta de ser de las gordas.

No quiero ni pensar en todos los problemas que tendrá que pasar cuando volvamos. No hay nada que odie más que la cuestión de quién tiene la culpa, pero así es el protocolo. Vuelo a la base más cercana y requiso un teléfono, saltándome todos los trámites inútiles habituales. Tras dar una patada en la puerta al operador, exijo que me conecten con el frente oriental.

Sin embargo, no preveía lo que ocurriría después. Verán, estoy llamando desde una base militar. Ahora, considerando su nivel de prioridad, la llamada de Tanya debería ser procesada sin demora. Sin embargo, hay un pequeño pero molesto malentendido en este sentido

debido a que esta línea no es la línea de alta prioridad del Estado Mayor que estoy acostumbrada a usar.

Agarro con fuerza el transceptor. Es increíble la cantidad de gritos, amenazas y engatusamientos que necesita el operador para conectarme con el mando oriental.

Un muro de burocracia le impide a Tanya hacer una simple llamada. ¡Me dan toda esa mierda formal sobre la jurisdicción y que no soy razonable! Te garantizo que este muro es tan duro como la coraza defensiva de un mago de la Federación. No importa cuánto les diga que es una emergencia o cuánto les exija que se den prisa, los operadores se mueven a su propio ritmo. Es casi plausible.

Nunca pensé que mi estrés pudiera alcanzar los niveles que alcanza cuando llego al General Zettour. Nada me molesta más que el tiempo perdido. Tengo que detenerme varias veces sólo para calmarme. Siendo la persona de cultura que soy, me duele tener que hacer evidente mi rabia asesina con mi tono de voz, pero al final consigo abrirme paso a través de los operarios para llegar hasta la persona que busco.

A la manera del General Zettour, va directamente al grano con una pregunta conmovedora.

“¿Qué pasa, Teniente coronel? ¿No está de servicio?”.

“...Lo siento, General. Necesito disculparme por lo que ha sucedido”.

“¿Algo salió mal?”.

Aunque se trata de una línea militar, desconfiamos de los oyentes externos. El General Zettour actúa con despreocupación, pero oigo una pesadez en su tono.

Debe de estar preocupado por el resultado de nuestra misión. Intento encontrar la forma más directa de transmitirle que fue un éxito y también un rotundo fracaso.

“Yo... imploro su misericordia”.

“Cuénteme lo que pasó”.

“No hemos cumplido la misión que nos asignó”.

Había una razón por la que elegí decir que fracasamos en su misión en lugar de fracasar en proteger a nuestro objetivo.

¿Fue un fracaso el asesinato? La sangre comienza casi audiblemente a drenar de la cara del General Zettour antes de que Tanya le golpee con una noticia aún más impactante.

“Un bombardero de larga distancia de la Mancomunidad atacó el avión de carga con los oficiales del Estado Mayor en él. Lamento informar que no hemos podido proteger el paquete”.

“Espere, Teniente coronel”.

“Creo que es como usted sospecha... Estos acontecimientos demuestran que es muy probable que el enemigo haya descifrado a fondo nuestros códigos”.

Teníamos nuestras sospechas. En cualquier caso, el ataque demostró que los chicos de Albión confían mucho en sus capacidades de descifrado. Cualquiera que conozca mínimamente la Guerra Fría ⁴⁴ o las dos guerras mundiales sabe que la criptografía es un enorme campo de batalla en sí mismo, y los chicos de la Mancomunidad se enfrentarían a cualquier cifrado con tal de que les proporcionaran whisky para acompañar su insípida comida. Eso es todo lo que hacen en la escuela de descifrado.

Los que comprenden la importancia de la inteligencia suelen ser los compañeros más tenaces. Lo sé por experiencia en mi vida pasada. Considerando los recientes acontecimientos en este mundo, Tanya ya está razonablemente segura de que sus códigos han sido descifrados. Después de tener en cuenta el momento perfecto de este último ataque... Es seguro asumir que nuestros códigos son los responsables. Un simple razonamiento prueba esas sospechas. Con esta nueva y poderosa

⁴⁴ La Guerra Fría fue un enfrentamiento político, económico, social, ideológico, militar e informativo el cual comenzó al término de la Segunda Guerra Mundial entre los bloques Occidental (capitalista) y Oriental (socialista), liderados por los Estados Unidos y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas respectivamente ([Imagen](#)).

evidencia, creo que seré capaz de persuadir al Ejército Imperial y al Imperio también.





4 DE OCTUBRE, AÑO UNIFICADO DE 1927, LA MANCOMUNIDAD

La Mancomunidad había demostrado que podía llevar a cabo un ataque en territorio imperial y lo había hecho de una forma políticamente significativa gracias al uso de los aeropuertos de su aliada, la Federación, para ejecutar el ataque. Pero lo más importante es que las bases se sintieron envalentonadas por el dulce sabor de la victoria.

“““¡Lo logramos!”””.

Esta fue la alegría que se extendió por el departamento en el momento en el que recibieron el informe: *Objetivo eliminado*. Incluso los estrategas se habían agolpado en el Departamento de Análisis a la espera de conocer los resultados. Toda la sala estalló en gritos de triunfo en cuanto supieron que el ataque había sido un éxito.

Por muy caballeros que fueran, estos hombres no dejaban de ser humanos, y sus reacciones de júbilo no eran más que expresiones de su humanidad.

Vino, whisky y puros. Tales eran los suministros básicos para una celebración como ésta. Si un cazador abate a su presa, hay que felicitarle.

Habían superado al Demonio del Rin y derribado el avión que transportaba al General Rudersdorf, fuente de tanto dolor para la Mancomunidad.

“““¡Larga vida al rey! ¡¡¡Salud!!!”””.

Habían ganado en la guerra de la información. Significaba que estaban por encima de su enemigo en lo que a inteligencia se refería, y la sorprendente victoria podría haber indicado que eran la mejor agencia del mundo. Incluso habían conseguido matar a su objetivo delante de las narices del Demonio del Rin, una Nombrada a la que se habían resistido a desafiar hasta ahora. Esto ya era una victoria en sí misma, que merecía una celebración más que merecida en la Agencia de Inteligencia de la Mancomunidad.



EL MISMO DÍA, LA CAPITAL IMPERIAL

Mientras tanto, el subdirector del Estado Mayor había llegado por fin a la capital imperial con el ceño fruncido. Precisamente en avión.

Los oficiales del Estado Mayor que sabían que venía enviaron un grupo a recogerlo. Todos se sintieron aliviados cuando vieron a lo lejos el avión de carga, junto con una escolta de seis cazas, acercándose con paso firme a la capital.

Llegó casi exactamente según lo previsto. El avión de carga inclinó su frente hacia abajo, iniciando el descenso mientras ellos lo observaban desde tierra. O bien el piloto tenía por costumbre volar con precaución, o bien llevaban a una persona muy importante.

Sabían que debía ser el avión correcto. Por eso los oficiales se apresuraron a llegar a la pista de la base en cuanto aterrizó. No esperaban a los primeros en bajar del avión: Un grupo de médicos. Uno de los médicos los miró para hacerles saber que estaban en medio mientras bajaban del avión en camillas a un gran grupo de soldados enfermos y heridos. Lo más extraño era que la persona que buscaban no estaba por ninguna parte. Volvieron a comprobarlo. Parecía ser el avión correcto.

Sin tener ni idea de lo que estaba pasando... el grupo de oficiales presenció entonces un espectáculo aún más extraño. Los aviones que escoltaban al avión de carga eran cazas monoplaza. Sin saber cuándo aterrizaban, vieron a un hombre de rostro delgado saltar de una de las cabinas en el momento en que terminó de estacionarse en la pista. Se dirigió hacia el grupo de oficiales -que habían estado molestando a los soldados heridos- y los apartó del hangar de carga del avión.

Frente a los agentes, que parecían incapaces de asimilar del todo lo que estaban viendo, había un hombre con una sonrisa fina, como la de un niño que acaba de gastar una broma pesada.

“Bueno, no iba a montar en un avión de carga”.

El General Zettour, el nuevo director adjunto, lucía una sonrisa diabólica mientras se paseaba hacia el auto que habían traído para recogerle. Al contrario que los vencedores, que disfrutaron de todo lo que pudieron beber, a los perdedores sólo les quedaba digerir su amarga derrota. Aunque su dramático regreso a la capital fue imposiblemente rápido, había un límite a la suavidad de las cosas. La expresión del General Zettour, que había sido reincorporado a la Oficina del Estado Mayor, era todo menos alegre. Francamente, el fuego de sus ojos era la única vida detectable en aquel hombre completamente exhausto. Era como si el general, que aún tenía el viento del frente a sus espaldas, soportara ahora una carga aún mayor.

“Ha pasado mucho tiempo, ¿Verdad? Mis saludos, caballeros”.

Su discurso de regreso fue breve y no dio ni una sola orden.

El General Zettour era conocido por su presencia erudita y, sin embargo, había hecho volver a sus oficiales al trabajo sin siquiera saludarlos. No era propio de él. Los que sabían lo que había pasado susurraban que debía de ser por su gran pérdida, pero los que, como el Coronel Lergen, estaban un poco más familiarizados con los asuntos internos, tenían sus propias sospechas. Fuera cual fuera el caso, no había un solo oficial que dudara de esta decisión.

Era el hombre que había asentado una derrota tras otra a la Federación en el este. Era un genio que apenas creaba problemas a los que estaban en la retaguardia. La presencia del General Zettour fue un factor decisivo para recuperar la estabilidad en la Oficina del Estado Mayor.

“Cualquiera que no sea el General Zettour convirtiéndose en el sucesor del General Rudersdorf es impensable”.

Esta era la opinión colectiva del Estado Mayor, sin importar lo que cualquier burócrata o político externo tuviera que decir. El Estado Mayor era, para bien o para mal, el Estado Mayor, y como tal, se movió con increíble rapidez tras el incidente. Debido a la situación de

emergencia, el General Zettour fue cesado de su cargo de inspector en el este y se le otorgó el título sin precedentes de Director Adjunto del Cuerpo de Operaciones y Servicios.

El ejército apoyaría firmemente esta decisión, aunque encontrara resistencia por parte del gobierno. En aras de mantenerse como una entidad separada del Alto Mando Supremo, impulsaron con firmeza su elección de personal.

El Emperador permitiría a regañadientes que se aprobara su decisión, pero su reticencia era insignificante para el Estado Mayor. Pidió al Estado Mayor que presentara tres candidatos, y seleccionaron al General Zettour, al Subdirector Zettour y al Inspector Zettour.

Sin duda, el Emperador se escandalizó por su descarada respuesta, pero el General Zettour se reuniría con él para hablar del ascenso a puerta cerrada. ¿Qué se dijo? Ni siquiera los miembros de la Corte Imperial -el curioso grupo de pequeños gorriones que eran- se enterarían. Lo único que sabían era que su ascenso estaba confirmado.

A la vista de los resultados, cualquier mal rumor que sugiriera que se había colado en el puesto con una de sus estratagemas no significaba nada. El Estado Mayor obtuvo al líder que deseaba. Su recepción por la corte pasaría a la historia como una broma, dado que su reputación internacional de engañador era bien conocida en su país.

Su nueva y poderosa posición le permitió controlar tanto las operaciones como la estrategia del Ejército Imperial. Sin embargo, al General Zettour le resultaba difícil apreciar el trabajo en la capital imperial. Sentía que equivalía a lustrar con el culo las sillas de la Oficina del Estado Mayor.

“Bueno, mi título ciertamente es más largo. Esto pone a prueba mi capacidad para dirigir nuestra organización, por no hablar de una camarilla militar”.

Suspiró, y el coronel sentado a su lado replicó.

“Esto crea efectivamente un líder único del ejército”.

El General Zettour negó con la cabeza ante las palabras del Coronel Lergen. El coronel también había hecho su regreso formal al Estado Mayor. Con expresión solitaria, el general golpeó con el dedo el escritorio que tenía un nuevo dueño. Sustituía a su amigo Rudersdorf, muerto en combate pocos días antes. Ahora la habitación era suya. Fueron amigos durante casi toda su vida, y nunca pensó que sería él quien se aprovecharía de su muerte.

Dicho esto, el Coronel Lergen no tenía forma de saber lo que el general sentía en su interior. ¿Debía preguntar? ¿O callar? Con una ligera vacilación, el Coronel Lergen respiró con calma para mantener su cara de póquer. Independientemente de su temperamento, el coronel era un oficial del Estado Mayor plenamente capacitado... y esa era la lente a través de la cual veía el mundo. Sus conocimientos profesionales hacían que ciertos detalles le llamaran la atención. Si fuera simple curiosidad, sería mejor que se guardara sus preguntas para sí mismo. Sin embargo, como era una cuestión de deber, decidió que no podía permanecer en silencio.

“Parece que el coronel Adelheid y la policía militar están husmeando en la oficina”.

No necesitaba decir lo que buscaban. O tal vez tenía miedo de decirlo. Si alguien le oía, no podría explicarse. Aunque había vacilación en su voz, expresó lo que necesitaba, ya que el General Zettour sabía exactamente adónde quería llegar el coronel. Así, una sonrisa se formó rápidamente en sus labios.

La sonrisa, sin embargo, no se correspondía con la mirada severa de sus ojos. Tal vez gracias a haber jugado al póquer, el Coronel Lergen pudo soportar sin vacilar la intensidad nunca vista que cruzaba el rostro de su superior. En cualquier caso, su capacidad para mantener la compostura se vio recompensada con una simple respuesta.

“Es amigo mío. No tienes de qué preocuparte”.

Aparentemente no fue un problema. ¿Pero en qué contexto? ¿Qué papel había jugado Zettour en todo esto? ¿Era inocente? ¿O ya se había

lavado la sangre? Para intentar discernirlo, el Coronel Lergen formuló su siguiente pregunta.

“¿Asistirá al funeral?”.

“Tengo trabajo que hacer. De cualquier manera... puedo guardar mis disculpas para cuando nos encontremos en la próxima vida”.

No iba a asistir. ¿Y qué era eso de las disculpas? Pensando cuidadosamente en lo que esto podría significar, el Coronel Lergen casi soltó algo...

“¿Señor? No estoy seguro de...”.

“...Digamos que, por primera vez en mi vida, le debo mi agradecimiento a la Mancomunidad. No tengo nada más que decir al respecto”.

Al menos, no había estado directamente implicado. Pero seguía sintiéndose culpable. Tal vez había esperado que esto sucediera... a pesar de su larga amistad con el hombre. ¿O era lo contrario?

Eso explicaría... El Coronel Lergen empezó a jugar con una nueva idea antes de detenerse. Sacudió la cabeza y purgó el pensamiento. Cualquier otra consideración sobre el asunto era una burda conjectura. En su lugar, el Coronel Lergen miró al General Zettour a los ojos y le hizo la última pregunta que estaba obligado a formular.

“¿Es seguro asumir que hará lo que deba por nuestro país?”-

“Coronel Lergen... soy esclavo de mi deber, igual que usted. Y creo que ya es hora de que nos enfrentemos a nuestra terrible realidad”.

IV

PUNTO DE INFLEXIÓN

El ildoano ama la paz, el imperial ama el ejército, y los lengua bífida de Albión tienen sus sentimientos en ambos. Yo pondría a Zettour en la misma liga que los de Albión.

[Capítulo] 39 Punto de inflexión



16 DE OCTUBRE, AÑO UNIFICADO 1927, ILDOA

Los ildoanos amaban la paz, y esa era la verdad. La amaban de todo corazón porque la paz era gloriosa y hermosa. Pero, sobre todo, les permitía vivir sin problemas. ¿Había alguna causa más noble que la paz? Llevando esta idea a otro nivel, ¿Había algo más dulce que la paz en su propia nación?

Un ildoano te diría que no. Si fuera posible, rezarían por la paz mundial, pero como eso no era realista, al menos la querían en su propia nación. Sin embargo, esto no debe ser tachado de egoísta. Simplemente eran honestos consigo mismos. Lo mismo puede decirse de los pueblos de todas las naciones. ¿Por qué alguien tiene que arriesgar su vida sólo porque las noticias informen de que ha estallado una guerra en otro país?

Los ildoanos no eran una excepción. Cuando escuchaban las noticias mientras cenaban, se compadecían sinceramente de las víctimas.

Qué horror, esa pobre gente, las cosas deben ser tan difíciles para ellos.

Compartían una agradable conversación sobre el tema mientras disfrutaban de una deliciosa comida antes de meterse en sus camas para pasar una buena noche de sueño. Bueno, puede que ese no fuera el caso de todos ellos: puede que algunos ildoanos quisieran ayudar enviando algunos donativos. Algunos buenos samaritanos incluso se desviaban de su camino para encontrar diferentes canales para ayudar a las víctimas en nombre de la paz, pero incluso para estos ildoanos, la guerra no era más que un incendio al otro lado del río.

Esto también era cierto en un sentido político. En todo caso, era especialmente cierto para los políticos. Desde la perspectiva de los políticos racionales ildoanos, no podía haber nada más ilógico que aquel

enfrentamiento entre el Imperio y la Federación. Las consideraciones sensatas basadas en su razón de ser dictaban que los márgenes de beneficio habían desaparecido hacía tiempo en esta prolongada Gran Guerra⁴⁵.

Los ildoanos observaron con razonamiento que no se ganaba nada con la guerra, que era un despilfarro. Era una conclusión obvia y sensata.

¿Qué se gana con tanta matanza? Esta era la pregunta que nunca podrían comprender.

Lo cierto es que la guerra era una acción humana muy poco rentable. Según los informes recogidos por las misiones diplomáticas ildoanas en todo el mundo, la guerra casi siempre requería volcar la mano de obra de una nación en los campos de batalla. Así que querían mantener un mínimo de distancia. No eran tan buenos vecinos como para unirse a un país en guerra sólo porque compartían frontera. No tenían ninguna obligación de hacerlo.

Así, Ildoa optó por permanecer neutral. Sabían que era un camino espinoso, que la Mancomunidad los tacharía de oportunistas, pero no les importaba. Tampoco les importaba que el Imperio les avergonzara por olvidar el espíritu de su alianza. La vergüenza era mucho mejor que arrojar estúpidamente a la juventud y el futuro de su nación al fuego infernal de la guerra.

El Reino de Ildoa y sus políticos eran, para bien o para mal, leales a sus intereses. No sólo eso, sino que no había razón para que incitaran a su pueblo a participar en una guerra infructuosa. Tenían muy claro que al final se pondrían del lado del vencedor. No, eso no es del todo correcto. Más bien querían evitar ser arrastrados por el perdedor, o peor aún, que la batalla les llegara a ellos.

⁴⁵ La Primera Guerra Mundial, anteriormente llamada la Gran Guerra, fue un conflicto militar de carácter mundial, aunque centrado en Europa, que empezó el 28 de julio de 1914 y finalizó el 11 de noviembre de 1918, cuando Alemania aceptó las condiciones del armisticio del 11 de noviembre de 1918.

Eso era todo lo que podían pedir: Que les dejaran en paz. Su único objetivo era permanecer neutrales.

Ni que decir tiene que esto resultaba muy exasperante para las naciones implicadas en la guerra. Cuando se les presionaba para que eligieran un bando, los diplomáticos ildoanos dedicaban todos sus esfuerzos a mantener un delicado equilibrio entre preservar la armonía con el bando vencedor y no hacer nada que pudiera amenazar sus lazos con el *otro bando*. Esto provocaría la ira de aquellos que lo considerasen deshonroso, pero sus opiniones no preocupaban al cuerpo diplomático ildoano.

El trabajo del gobierno consistía en mantener la salud y la riqueza de su pueblo. Por lo tanto, consideraron oportuno mantener a su gente y sus recursos lo más lejos posible del campo de batalla.

Eran leales a su deber, ni más ni menos. Cabe señalar que los ildoanos no se tomaban sus obligaciones a la ligera. Deseaban sinceramente mantener relaciones con ambas partes... en la medida de sus posibilidades. Desde esta perspectiva, la neutralidad armada parecía una postura ideal.

Debía ser una alianza defensiva con los Estados Unificados que garantizara su protección. Pretendía ser una alianza puramente defensiva, una especie de seguro que nunca les obligaría a pasar a la ofensiva, una forma de cobertura de riesgos en caso de que alguna vez se encontraran en el extremo receptor de un ataque, todo ello sin el riesgo de que tuvieran que atacar a nadie más. Además, Ildoa había estado observando objetivamente desde la distancia que la victoria del Imperio era cada vez más imposible. Si este era el caso, entonces mantener un nivel de distancia hasta el final de la guerra era lo más sensato para el Ministerio de Asuntos Exteriores de Ildoa. Así que no tenían nada que perder colaborando con los Estados Unificados, que estaban alineados con la Mancomunidad.

Desde la perspectiva de la Mancomunidad, era el primer paso perfecto para crear un marco que los Estados Unificados pudieran

utilizar para mezclarse con el viejo mundo. Les permitiría recibir a los Estados Unificados con los brazos abiertos.

Pero, ¿Y los Estados Unificados? También era un buen movimiento para ellos. Esta alianza podría servir de punto de apoyo para que los Estados Unificados aumentaran su participación en los asuntos del Viejo Mundo⁴⁶. El movimiento no sería demasiado provocativo en la esfera pública. Era la posición intervencionista relativamente lógica que buscaban y una posición adecuada para que Ildoa jugara limpio con las potencias mundiales en la consecución de su objetivo de política exterior de contener al Imperio. Sin embargo, el plan de Ildoa era aún más profundo que esto, pues se enorgullecían de que sus maquinaciones diplomáticas también resultaran rentables para el Imperio.

La profundización de las relaciones entre Ildoa y los Estados Unificados les convertiría en un candidato ideal para mediar en el fin de la guerra. Podría ser una nueva vía para negociar la paz en nombre del Imperio. Pero iba incluso más allá, algo de lo que se sentían bastante orgullosos.

En teoría, Ildoa podría utilizar la neutralidad armada como pretexto para mantener a los Estados Unificados totalmente al margen de la guerra. La alianza serviría para acercar y alejar a la potencia continental de los Estados Unificados de la guerra. Por ejemplo, las autoridades de Ildoa podrían vigilar a los barcos mercantes de los Estados Unificados mediante inspecciones mutuas en nombre de la neutralidad. Sin embargo, existía el riesgo de que tanto los Estados Unificados como Ildoa acabaran convirtiéndose en adversarios del Imperio en caso de que su derrota se hiciera demasiado evidente. Como mínimo, la alianza le daría al Imperio el tiempo precioso que necesitaba. Era una cuerda floja, pero los diplomáticos ildoanos caminaban por ella con orgullo.

⁴⁶ El término Viejo Mundo se usa en Occidente para referirse a África, Asia y Europa, considerada colectivamente como la parte del mundo conocida por su población antes del contacto con América, la Antártida y Oceanía (el “Nuevo Mundo”).

Como beneficio añadido, si Ildoa pudiera atraer a los soldados de los Estados Unificados a sus fronteras, también disminuiría el riesgo de que el Imperio pudiera intentar algo *precipitado*.

Así, con el florecimiento de esta nueva relación diplomática, los diplomáticos ildoanos difundieron el mensaje de su nuevo e importante papel a través de su red mundial de misiones diplomáticas. Ni que decir tiene que el primer país en recibir su florido mensaje sería su vecino, el Imperio. Naturalmente, como el Imperio era sensible a los acontecimientos de su vecino, recibiría la noticia con la mayor ligereza.

Sin embargo, el Imperio era el Imperio. Los libros de historia comentarían tristemente que la ejecución por parte del Imperio de la teoría de la guerra total lo pondría en rumbo de colisión con los intereses políticos ildoanos. Para bien o para mal, el Imperio ya estaba acorralado. El mundo en el que vivían sus ciudadanos era demasiado diferente del que habitaban los ildoanos, amantes de la paz.



EL MISMO DÍA, LA CAPITAL IMPERIAL

El General Zettour había regresado a la capital tras la muerte del General Rudersdorf. Aunque gracias a los esfuerzos de los implicados en el incidente la confusión se mantuvo al mínimo... los cambios en la cúpula siempre sacuden al resto de una organización.

El Estado Mayor no fue una excepción.

La organización se retorcía y giraba llena hasta los topes de un sentimiento de ansiedad. La oficina era históricamente conocida por su aire de autoridad y formalidad, incluso en tiempos de paz. En este momento, sin embargo, era algo que sólo los oficiales más veteranos recordarían con un suspiro. Las circunstancias del esfuerzo bélico del Imperio se deterioraban rápidamente. Especialmente tras la reciente y desgarradora debacle política en la que se habían metido.

Fue entonces cuando el Estado Mayor recibió la noticia del *cambio* de Ildoa. Incluso los oficiales que se estaban acostumbrando al aluvión interminable de sucesos problemáticos se vieron sorprendidos por este acontecimiento. No importaba lo acostumbrados que estuvieran al estrés y la ansiedad. Este giro de los acontecimientos fue un golpe devastador que les hizo estremecerse al hablar.

La noticia hizo estragos sin piedad en la Oficina del Estado Mayor.

Hay indicios de una alianza Ildoa-Estados Unificados.

Un oficial de guardia gritaría esto cuando recibiera este informe.

“¿Los Ildoanos están cambiando su política diplomática? ¡Y una mierda!”.

Le arrebató el papel de la mano a su subordinado y leyó la página con sólo odio en los ojos antes de poner el grito en el cielo.

“¡Van a formar un pacto de defensa mutua con los Estados Unificados!?”.

Lo que siguió fueron palabras de desprecio.

“Esa escoria ildoana...”.

No había racionalidad, sólo odio en sus gritos. La descarada exhibición de emociones no era algo que se viera nunca en la Oficina del Estado Mayor antes de la guerra. Sin embargo, era lo que realmente sentían por dentro los oficiales que trabajaban en el Ejército Imperial.

La oleada de rabia y confusión pronto se convirtió en un maremoto que engulliría a todo el Estado Mayor. El resentimiento resonó rápidamente por los pasillos del edificio.

“¡Esto es un repudio directo a la alianza Imperio-Ildoa! ¡Por qué harían esto!?”.

“¡Esas malditas hienas! ¿No tienen honor? ¡No tienen vergüenza!?”.

“¡Por qué nuestros incompetentes funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores no se dieron cuenta de esto!?”.

“¡Lo mismo ocurre con el agregado militar! ¿¡Qué demonios han estado haciendo todo este tiempo!? Dios no lo quiera, ¡Estaban demasiado ocupados atiborrándose de toda esa deliciosa cocina ildoana!”.

Con las emociones a flor de piel, toda la oficina se unió para expresar abiertamente su rabia. Fue más que suficiente para que los funcionarios expresaran verbalmente su conmoción. El sentimiento de traición era así de grave.

“No puedo creer que se aprovechen de nosotros cuando estamos más vulnerables...”.

“¡Así que esta era su verdadera intención detrás de sus afirmaciones de amistad!”.

No era como si los oficiales, gritando juntos en un ataque de rabia compartida, hubieran olvidado el significado de la palabra *raison d'état*⁴⁷. Si vieran las noticias desde fuera, probablemente felicitarían a los ildoanos por sus proezas diplomáticas.

Sin embargo, formaban parte de la ecuación. Dejando a un lado los diferentes niveles de conciencia de lo que pueda parecer, cualquiera en su sano juicio que supiera que el Imperio atravesaba tiempos difíciles debería entender lo que significaban estas noticias.

Cómo se atreven fue la respuesta emocional que arrojó a Ildoa una luz despreciable. Les hizo parecer el enemigo. Las terribles circunstancias a las que se enfrentaban los oficiales imperiales en su propio país hacían que desahogar su ira se sintiera como un veneno dulce e irresistible.

⁴⁷ Razón de Estado es un concepto de la ciencia política empleado, a partir del Renacimiento, como una justificación, sino que también le eximiría de respetar los límites de la ética: la razón de Estado estima lícito un mal menor si con ello se evita un mal mayor; y entiende como bien mayor a proteger la propia continuidad del Estado, en términos actuales, la evitación de una amenaza existencial. La ausencia de límites al poder, pues por razón de Estado puede ser conveniente eludirlos o suprimirlos, sitúa al concepto entre los argumentos que defienden el principio de soberanía estatal e incluso el absolutismo.

Podían reconocer que no podían permitirse demostraciones emocionales.

Podían entender por qué necesitaban afrontar la situación con la cabeza fría.

Sabían que Ildoa estaba en condiciones de elegir a sus aliados.

Pero eso no significaba que pudieran aceptarlo.

Desde la perspectiva de un soldado imperial, que no estaba en condiciones de elegir, el acuerdo de neutralidad conjunta entre Ildoa y los Estados Unificados inspiró una indignación nunca vista. Fue suficiente para despertar la ira de toda la oficina. En el Estado Mayor actual no había oficiales divinos. Todos eran personas normales.

La situación alcanzó su punto álgido cuando una llamada sin precedentes sonó en la oficina.

“¡Me faltan los roles de pago! ¡Quién los tiene!? ¡Dónde están!?”.

Sus antepasados debían de estar revolcándose en sus tumbas. El flujo de trabajo de la Oficina del Estado Mayor se había detenido por completo.

“¡Todos! ¡Vuelvan a sus escritorios! ¡Pongan su trabajo en orden!”.

¿Un oficial superior llamaba a sus hombres a volver al trabajo? Nunca en la historia del Imperio fue concebible una escena semejante. Incluso en guerra, los oficiales del Estado Mayor siempre estaban al tanto de su trabajo. Era un motivo de orgullo para sus predecesores. Alguna vez se habló de que lo que hacía al Estado Mayor eran sus oficiales perfectos. La prolongada guerra total había arruinado la precisión de esta parte integrante del instrumento de violencia del Imperio.

Sin embargo, no tuvieron tiempo de lamentar el deterioro de la maquinaria bélica. El despiadado reloj de arena dejaba caer más arena por segundo. Mientras el ejército podía apartar la vista del claro límite de tiempo que se les imponía, un oficial del Estado Mayor se veía obligado a tenerlo presente. Este era el motivo de su aflicción.

Tras haber aprovechado el impulso en el este, la mayoría de los oficiales estaban ocupados tratando de reevaluar la situación allí. Las noticias de problemas en el sur les golpearon como un rayo. ¿Dejarían que los diplomáticos se ocuparan de ello, tomarían medidas militares o lo ignorarían y se centrarían en el este? La situación era demasiado grave. Cualquier decisión afectaría a la política militar del Imperio y, por extensión, al destino de su nación.

Siendo el Estado Mayor el instrumento de violencia de la nación, los oficiales angustiados buscarían una respuesta en el timón de la máquina.

“¿Qué piensa el General Zettour?”.

Los oficiales tragaban saliva mientras esperaban las órdenes de su jefe. Esperar a que el general se pronunciara sobre la situación les ponía los nervios de punta.

Entonces, ¿En qué estaba pensando? El nuevo jefe del Estado Mayor siguió su propio camino a pesar de verse inmerso en todo el caos.

Tanto su regreso del este como los esfuerzos del Estado Mayor por impulsar al general hasta su actual posición se llevaron a cabo con una precipitación sin precedentes. Sin embargo, ante este nuevo problema en el sur, el General Zettour apenas reaccionó.

“¿Una alianza para proteger su neutralidad? ¿Entre Ildoa y los Estados Unificados? Gracias por el informe”.

Agradece al mensajero la entrega del informe en su residencia oficial y anuncia que va a desayunar antes de iniciar tranquilamente su rutina matutina.

Cuando subió al auto enviado por el Estado Mayor para sus desplazamientos, se encogió de hombros ante cualquier pregunta al respecto mencionando que aún no había fichado. Los demás pasajeros intentaron varias veces obtener una explicación de él, pero sólo le interesaba hablar de asuntos personales, como asuntos familiares, amigos de la guerra o cómo pasaban el día los oficiales.

De vez en cuando sacaba a relucir la Oficina del Estado Mayor, pero sólo se refería a asuntos mundanos. Estaba claro que el general evitaba el tema descaradamente. Los oficiales superiores del Estado Mayor podían entender que un superior quisiera guardarse sus opiniones. Aunque querían saber lo que pensaba personalmente, también sabían cuándo no valía la pena insistir. Aceptaron que sus disparos en la oscuridad no habían dado en el blanco.

Lo último que querían era enfrentarse a repercusiones por presionar demasiado, así que se echaron atrás. Se supuso que compartiría sus planes cuando llegaran a la oficina.

Contrariamente a lo que esperaban, sin embargo, el punto de vista del séquito sobre el general pasaba al Coronel Lergen, que se sentaba junto a su jefe y observaba cómo empezaba su trabajo del día justo cuando el reloj marcaba las horas de oficina.

¡Y qué manera tan relajada de empezar el día mostró el general! Incluso se atrevió a disfrutar de uno de los puros que le dejó el General Rudersdorf.

“Ese idiota... Qué vergüenza tener guardados unos puros tan buenos”.

Una mirada de asombro borró la expresión severa de su rostro. Luego sonrió y sacó uno de los puros de su envoltura. Empezó a llenar el despacho de humo, asintiendo con satisfacción mientras lo hacía.

“No puedo decir que sea fan de esta marca, pero estamos en guerra. Los mendigos no pueden elegir”.

Dejó escapar una bocanada de humo y disfrutó de la fragancia antes de volver a colocarse el puro en la boca. Trabajar en una oficina significaba que la humedad se mantenía bajo control, algo que a Zettour parecía gustarle tanto como el propio puro.

De una manera abstracta... había algo alegre en la forma en que lo disfrutaba. Como si la tensión que se respiraba en el despacho no existiera, el General Zettour le ofreció un puro al Coronel Lergen, que permanecía en posición de firmes junto a su mesa.

“Únete a mí”.

A pesar de todo lo que estaba ocurriendo, no había ni una pizca de tensión en su relajado ofrecimiento. Le tendió la cigarrera en lo que no era más que un superior pidiendo a su subordinado un buen descanso para fumar. Naturalmente, la actitud del Coronel Lergen no coincidía con la de su jefe.

“General, yo...”.

El rotundo rechazo del coronel a su oferta, mezclado con su tono preocupado, hizo que el General Zettour se encogiera de hombros con asombro mientras colocaba el documento del caso sobre su escritorio.

“Bueno, no eres divertido”.

Estaba tan tranquilo que soltó otra columna de humo al mismo tiempo que hablaba.

El Coronel Lergen no entendía cómo podía actuar así. ¿Cómo podía ser tan impávido a pesar de las malas noticias?

“¿Así que no estás dispuesto a entretenerte a un viejo? ¿O eres tan estrecho de miras que no puedes divertirte un poco? No puedes estar tan ocupado”.

El Coronel Lergen decidió expresar su descontento, pero no sin una mueca de vacilación.

“Bueno, es que no puedo quitarme de la cabeza los recientes acontecimientos mostrados por Ildoa... Toda la oficina opina lo mismo. Seguro que los jefes de sección le han pedido su opinión antes de venir a trabajar esta mañana”.

“Me estuvieron acosando toda la mañana por eso”.

“Disculpe, señor, pero verle reaccionar tan a la ligera en asuntos militares como éste me resulta bastante chocante”.

“Me sorprende más oír eso viniendo de ti”.

El General Zettour exhaló más humo antes de sonreírle a su subordinado.

“Pensar que algo tan trivial como esto te tenga a ti y a los directivos en tal aprieto me tiene preocupado por el estado del Estado Mayor. Nunca esperé que las cosas llegaran tan bajo”.

Tras un momento de vacilación, el Coronel Lergen decidió volver a hablar.

“A juzgar por sus palabras, supongo que eso significa que ya tiene algo en mente para Ildoa”.

“Retiro lo dicho, Coronel Lergen”.

Dejó el puro en el cenicero antes de apoyar alegremente los codos en el escritorio y cruzarse de brazos. La tensión de sus labios se transformó en una sonrisa mientras miraba fijamente al coronel.

“Para mi sorpresa, parece que aún conservas la cordura”.

Anticipándose a las palabras de su superior, el Coronel Lergen tragó saliva. En cambio, el General Zettour estaba tan sereno como siempre.

“Decidí lo que haríamos en cuanto supe la noticia”.

El general parecía insatisfecho con su decisión, a pesar de la convicción con que hablaba. Se rascó la barbilla y mostró una sonrisa irónica.

“Bueno, tal vez decir que *yo decidí* lo que haríamos es un poco engañoso”.

“¿Mis disculpas, señor? ¿Quiere decir que se vio obligado a tomar una decisión?”.

El coronel se lo preguntó en voz alta, y sus sospechas habían dado en el blanco.

“Exactamente”.

Dio un golpecito con el dedo en el escritorio y el General Zettour mostró una expresión inexpresiva durante una fracción de segundo.

“Nos hemos quedado sin elección en este asunto. Nuestro próximo curso de acción ha sido decidido por los ildoanos, no por nosotros”.

Una alianza de neutralidad armada era una amenaza. Ildoa intentaba poner tanta distancia como podía entre ellos y el Imperio. El Coronel Lergen, sin embargo, también vio el mérito del desarrollo.

Aunque probablemente se trataba de una formalidad, la naturaleza de su alianza era oficialmente la *neutralidad armada*. Esto significaba que el Imperio podía utilizar los canales ildoanos para obligar a los Estados Unificados a mantener su obligación de permanecer neutrales.

Fuera o no esa la intención de Ildoa con la alianza, era un millón de veces mejor que el foco de la alianza Ildoa-Estados Unificados fuera la neutralidad y no la agresión. Por supuesto, esto era simplemente lo que el coronel podía esperar. Sabía que decantarse por el optimismo era una apuesta peligrosa, pero si jugaban bien sus cartas, la alianza podría hacerles ganar algo de tiempo.

El Coronel Lergen también conocía la gran cantidad de otros problemas que tenían entre manos. Si llegaba el invierno, al Imperio le resultaría difícil avanzar hacia la región montañosa de su frontera sur. Si iban a atacar Ildoa, tenía que ser en primavera, pero la frontera ildoana seguramente estaría fortificada para ese entonces. Además, sabía que el General Zettour era una de las principales voces que protestaban contra un ataque preventivo precipitado contra Ildoa.

Teniendo todo en cuenta, parecía muy probable que mantuvieran el *statu quo*, por ahora.

“Esta es la directiva con la que iremos. Coronel Lergen, mis disculpas, pero ¿Podría crear un borrador para mí?”.

“Sí, señor. ¿Cuáles son sus órdenes?”.

El coronel preparó papel y bolígrafo y, como si pidiera comida en un restaurante, el General Zettour dio sus breves órdenes.

“Envíen esto inmediatamente. Todos los oficiales deben presentar un borrador para un plan de ataque. Nuestro objetivo es Ildoa”.

Repetiendo en voz alta las órdenes de su superior hasta el *momento*, el Coronel Lergen se vio de pronto golpeado por una oleada de

confusión. Su cerebro tenía dificultades para procesar las palabras cuando llegaban a sus oídos.

El coronel parpadeó un par de veces antes de negar con la cabeza.

“¿Otra vez? Perdone, señor, ¿Acaba de...?”.

Quizá sus oídos le estaban jugando una mala pasada. ¿Qué acababa de oír?

Con la voz audiblemente temblorosa, el Coronel Lergen interrogó a su superior. Con un tono de marcado interés, el General Zettour respondió con su habitual calma.

“¿Qué es esto? ¿Toda la artillería pesada por fin ha hecho mella en tu oído? Tal vez deberías revisarte los oídos”.

“¡Señor!?”.

“Nuestro objetivo es Ildoa. Quiero que envíes las órdenes inmediatamente”.

No era una broma ni un problema de oídos.

Las órdenes del general pretendían tranquilizar al coronel, pero éste no podía estar más conmocionado. El Coronel Lergen se quedó sin palabras.

“Lo siento, pero... ¿Está insinuando que ataquemos en invierno?”.

“Coronel Lergen, la Oficina del Estado Mayor hace un buen trabajo. Con los arreglos que ha hecho el Teniente coronel Uger en la parte del ferrocarril, podemos llevar a cabo un asalto invernal, dependiendo de la estrategia. Podemos dejar a Ildoa fuera de la ecuación”.

“¡General Zettour! ¡Usted insistió tanto en evitar tal ataque...!”.

La desesperación se podía oír en su voz mientras gritaba, pero su superior no iba a doblegarse.

Por supuesto que sí, pareció decir el General Zettour mientras asentía con la misma actitud tranquila que podría describirse como la suya habitual.

“Sigo pensando lo mismo, pero como he dicho, nos han forzado las manos”.

El General Zettour suspiró.

Luego sacó el puro del cenicero para seguir fumándolo. Con voz seca, expresó su fastidio por la situación mientras sacaba una cerilla para volver a encender el puro.

“Introducir *la neutralidad armada* en la mezcla supone dar la vuelta a la tortilla, lo que va en contra de mi opinión original. Ahora que lo han hecho, no hay mucho margen de discusión sobre el tema”.

No fue su elección, nunca tuvo la libertad de tomar una.



“Ya no es una cuestión de lo que me gustaría hacer. Que Ildoa forme una alianza de neutralidad armada con los Estados Unificados les lleva de un riesgo aceptable a un préstamo inaceptable para el Imperio”.

El General Zettour los habría dejado pasar si no fueran más que una bomba que nunca estallaría. El riesgo de una posible explosión era lo máximo que podía tolerar de su aliado.

Sin embargo, ¿Era éste el caso si iban a ejercer presión sobre la línea temporal del general? El tiempo era esencial, y al Imperio no le sobraba ni un momento.

“No tenemos tiempo. Este es nuestro mayor problema, coronel. Lo más que puedo hacer es continuar nuestra lucha, aunque sea en vano”.

A pesar de saber que no era algo que pudiera decir en voz alta, para que el Imperio tomara la iniciativa -aunque sólo fuera para perder- tendría que dar prioridad a desactivar esta bomba mientras el Director Adjunto Zettour fuera el único hombre de guardia. Era lo mismo que derribar casas de madera en la trayectoria de un fuego voraz. Otro problema era que las piezas necesarias aún no habían encajado. Si Ildoa iba a convertirse en una molestia en este frente, había que enfrentarse a ella, aunque eso significara derribar todo el frente de guerra. A veces, la destrucción planificada era la única forma de evitar un colapso a mayor escala.

Por eso, el desapasionado General Zettour siguió por ese camino. Dirigir al ejército era su trabajo, y se encargaría de ello.

“Es difícil aceptar la razón de ser de Ildoa. Tenemos que arreglar su malentendido de que esta es una guerra ordinaria. Esta es una guerra mundial, Coronel... Esta es una guerra mundial”.

Como líder de su nación, estaba adelantando la trama que seguiría su país de una manera demasiado natural.

Las palabras salieron de sus labios en una nube de humo.

“Tú también conoces su plan, imagino”.

“No estoy seguro de lo que está hablando, señor”.

“El plan de ataque a Ildoa que Rudersdorf te hizo elaborar cuando aún estaba vivo. Leí todo lo que tenía archivado en esa pequeña caja fuerte suya... No intentes hacer como si no lo supieras”.

Le lanzó al coronel una mirada como si fuera el supervisor de un examen. Al darse cuenta de que no podía fingir ignorancia, el Coronel Lergen capituló.

“Mi suposición es que fue un plan de ataque frontal...”.

Por lo que podía ver el Coronel Lergen, el poder del Imperio se estaba agotando a gran velocidad. Peor aún, tendrían que cruzar la cordillera de su frontera para llegar a Ildoa. Tenía claro que la lucha tenía que terminar rápido. El Ejército Imperial no estaba en condiciones para un ataque de seguimiento. Necesitaban terminar la lucha de un solo golpe decisivo si querían tener alguna esperanza de victoria.

“Mi opinión es que el ataque sería una apuesta. Una que apostara por la velocidad y tuviera en cuenta los errores del pasado”.

“Es una suposición acertada, Coronel. Es casi exactamente lo que Rudersdorf tenía en mente”.

El General Zettour sonrió al confirmar la conjetura del coronel Lergen. Dadas las premisas, cualquier oficial del Estado Mayor que se preciara debería haber sido capaz de dar una respuesta similar.

Al Imperio no le sobraba mano de obra después de enviar a tantos al atolladero del este. Con la guerra de trincheras en el oeste desgastando lo poco que quedaba, era evidente que el colapso no tardaría en llegar. Lo último que el Imperio podía permitirse era perder más gente. Con una generación entera enviada a la guerra, agotar lo que quedaba de su población supondría renunciar al futuro del Heimat.

Entonces, ¿Debían bombardear el país hasta el infierno con fuego de artillería para salvar vidas? Esta era la respuesta que podría ofrecer un libro de texto.

El Imperio sabía por experiencia que su doctrina de fuego de artillería orquestado estaba probada.

Esto, combinado con tácticas de infiltración adecuadas, podría derrotar fácilmente al enemigo en caso de que éste recurriera a la guerra de trincheras y a extensas fortificaciones.

El Imperio lo había conseguido tanto en la teoría como en la práctica. Si el ejército pudiera optar por un asalto frontal, lo haría sin dudarlo. Aunque, si las opciones seguían sobre la mesa, el Ejército Imperial no tenía absolutamente ninguna razón para enfrentarse a Ildoa en primer lugar.

Con el Imperio en guerra desde hacía tanto tiempo, ya no era el mismo país de antes.

¿En dónde estaban sus proyectiles de artillería?

¿En dónde estaban sus armas?

La situación empeoró. ¿En dónde estaban las provisiones que necesitarían para llevar a cabo la guerra de trincheras?

Y por si no fuera suficientemente malo que el ferrocarril estuviera en malas condiciones, ¿Cómo iba a ser capaz el ejército de movilizar todo lo necesario para librar una guerra de desgaste de esta envergadura?

¿En dónde estaba el acero del Imperio? ¿Su petróleo? ¿Sus metales preciosos? ¿En dónde estaban los recursos que el Ejército Imperial necesitaba para continuar esta guerra?

La falta crónica de recursos del Imperio entorpeció el ingenio de sus dirigentes. Los oficiales del Estado Mayor, que habían agotado su sentido común para alimentar el fuego de la guerra total, sólo podían llegar a una conclusión...

Dado que no será posible luchar durante mucho tiempo debido a nuestras escasas reservas de proyectiles de artillería y otros suministros, el ejército tendría que llevar a cabo un asalto agresivo y terminar el combate rápidamente.

El General Zettour soltó una risita irónica. Mientras se esforzaba por descifrar el vago itinerario que había dejado su amigo, se imaginaba al bribón General Rudersdorf quemándose los sesos para dar con una respuesta.

“En general... es un plan terrible. Bastante diferente a cualquier cosa que esperaría de él”.

La forma en la que sacudió la cabeza y mostró una sonrisa de desconcierto decía mucho de la decepción del general. Aún más evidente era el matiz de desprecio en su voz.

“Qué aburrido”, dejó escapar con un suspiro. “El diablo está en los detalles⁴⁸”.

Dejó escapar un triste suspiro de pena.

“Debería ser obvio, incluso para un idiota como Rudersdorf. Parece que cargó demasiado sobre sus hombros y olvidó la esencia de lo que significa ser un estratega”.

El general negó con la cabeza, sacó un fajo de documentos de la caja fuerte que había junto a su escritorio y se los entregó al Coronel Lergen.

“Lee esto”, dijo antes de volver a su puro. Cuando terminó de decorar su techo con una agradable columna de humo, dirigió su atención a su subordinado, que parecía haber terminado de leer los documentos que le había entregado.

“Con el debido respeto, señor, esto parece un poco aventurado para un plan de asalto, en todo caso...”.

El Coronel Lergen pensó que el plan parecía práctico, aunque no tendría ocasión de expresar su opinión. Antes de que pudiera defender el plan del General Rudersdorf, fue interrumpido por un suspiro agudo.

“Es demasiado típico. No es más que un poco arriesgado”.

El Coronel Lergen miró sin comprender a su jefe. El estratega interior del General Zettour hizo que su expresión se torciera en una mueca de dolor mientras continuaba.

“Coronel, el plan parece sacado de un libro de texto”.

⁴⁸ “El diablo está en los detalles” es un modismo que alude a una captura o elemento misterioso oculto en los detalles. Indica que “algo puede parecer simple, pero en realidad los detalles son complicados y es probable que causen problemas”.

“¿Cree que puedes encontrar un plan como este en un libro de texto?”.

La respuesta a esta pregunta fue un asentimiento firme, sin vacilación alguna.

“Recuerde el este, Coronel”.

Al darse cuenta ahora de que el Coronel Lergen no le comprendía, el General Zettour adoptó de repente el papel de profesor amistoso e incitó al coronel a pensar por sí mismo.

“Esta es una buena oportunidad de aprendizaje para usted, Coronel. ¿Qué cree que le falta a este plan?”.

“Necesita priorizar la ruptura de la línea enemiga... y quizás una emboscada bien ejecutada”.

“Eso es exactamente correcto. Necesita un ataque frontal. El mismo enfoque que usé con la Federación en el este. Dígame, coronel, ¿Sabe cómo me llaman en el este?”.

Un embaucador y un estafador. Una de las mejores palabras que usaban era *mago*. Sin embargo, el Coronel Lergen no iba a decirle algo así directamente a su superior.

Tras un momento de vacilación, opta por una respuesta indirecta.

“Que es un hombre de muchos trucos”.

“Es una buena forma de decirlo. En el corazón de ese sentimiento está la realidad de que el Imperio ya no está en condiciones de ejecutar simples ataques frontales. Nos habríamos rendido hace mucho tiempo si hubiéramos seguido las reglas”.

Haciendo gala de un derrotismo a toda prueba, el General Zettour se levantó lentamente y se encaró con un cuadro colgado en la pared.

Este era el despacho del director adjunto del Estado Mayor, por lo que los cuadros de la pared eran todos cuadros convenientemente famosos. El que le interesó al General Zettour era un cuadro que representaba el deleite de una manera que acentuaba el romanticismo.

Representaba la historia del Imperio. Era una expresión inocente pero honesta -y no del todo descarada- del ego de la nación derivado tanto de la unificación de la patria como de sus muchas victorias.

El cuadro era de optimismo. Esperanza para el futuro del Imperio. Por la victoria y el honor. Representaba a guerreros intrépidos que forjaron esta gran nación y nunca dudaron de su destino. Por supuesto, si se hubiera hecho menos hincapié en la representación de las grandes batallas, tal vez habría habido lugar para una estética más discreta y sutil... En cualquier caso, este cuadro colgaba de la pared del legendario escenario que era la Oficina del Estado Mayor.

El general imaginó que sus muchos predecesores probablemente buscaron estrategias perfectas. Tal vez esta obra maestra les sirviera de recordatorio de su responsabilidad ante la historia.

Sin embargo, lo que buscaba el actual propietario de este despacho no era la victoria, sino una forma de disfrazar la derrota de su nación. La brecha entre las emociones del artista que se habían volcado en el cuadro y las del general era tan tremenda, que hacía que el General Zettour se sintiera miserable con sólo mirar el cuadro... Pero, ¿Qué otra cosa podía hacer?

El Coronel Lergen sólo podía especular sobre los pensamientos más íntimos del general, pero una cosa era segura: Nunca había visto al general tan vulnerable como mientras contemplaba el cuadro.

“Tenemos que reescribir los libros de texto de nuestra nación. Hay volúmenes y volúmenes de libros de texto escritos sobre la victoria, pero ni uno solo que quisiera juegue con la idea de procesar la derrota”.

El general arrojó algo de luz sobre la difícil situación en la que se encontraba. Resultaba casi doloroso hasta qué punto el Coronel Lergen compartía sus sentimientos. Un conflicto agonizante le desgarraba por dentro. No tenía respuesta.

Finalmente, el General Zettour se apartó del cuadro para mostrarle al coronel una sonrisa irónica antes de continuar.

“Las historias de valor son hermosas, pero no nos sirven de mucho ahora”.

El general, agotado por su estancia en el lodazal oriental, hablaba con voz agotada mientras contrastaba con el cuadro de un futuro optimista.

“La realidad es cruel y fea, pero también innegable”.

Por desgradable que sea.

Sin embargo, no es deseable.

Por mucho que desearan que no fuera así, ésa era la realidad en la que vivían. Todo lo que le ocurría al Imperio era innegablemente real.

La guerra total se había transformado en una guerra mundial, lo que dejaba muy claras sus perspectivas: Los hechos eran despiadados.

La guerra se libraba con números.

Aunque eran personas luchando en el campo de batalla, ya no eran individuos. Todos eran números. Aunque la muerte de un hombre puede ser una tragedia, había una perversión enfermiza en la rapidez con la que un líder aprendía a sacrificar a decenas de miles sin dudarlo un instante.

El General Zettour lanza un suspiro antes de volver a la realidad y regresar a su puesto, a su mesa.

“Quizás estoy siendo un poco pedante”.

Sentado en su asiento, el general miró un momento al techo. El Coronel Lergen no lo sabía, pero esa mirada era por curiosidad... para comprobar si tal vez había una imagen allí arriba.

Pero... tal y como se imaginaba, era un techo normal y corriente.

Apuesto a que mis predecesores nunca tuvieron que mirar al techo en busca de respuestas. Estoy celoso.

El General Zettour hizo una mueca interior antes de volver al tema que le ocupaba.

“Podemos seguir el plan de Rudersdorf para movilizar las tropas y la logística. Lo que vamos a cambiar es el vector principal de ataque. No avanzaremos con un muro de soldados”.

“¿Va a utilizar las mismas tácticas que uso en el este?”.

“Eso es correcto. Nos concentraremos en penetrar su línea usando trucos. Esta vez, usaremos sus caminos”.

La actitud despreocupada con la que lo dijo no se correspondía con la excesiva simplicidad de la sugerencia. Cualquier oficial que conociera el estado actual del Imperio habría encontrado la propuesta increíblemente difícil de digerir.

“¿Pretende que los soldados utilicen las carreteras para avanzar...? Si vamos a usar las carreteras, señor, necesitaremos superioridad aérea”.

Las carreteras eran buenas para las ofensivas rápidas. La falta de obstáculos permitía moverse muy rápido por ellas. Sin embargo, la misma falta de obstáculos también convertía a los soldados que utilizaban las carreteras en *objetivos principales*. En otras palabras, un solo avión enemigo podía derribar fácilmente a cualquier soldado o vehículo atrapado en las carreteras. Sin apoyo aéreo, ni siquiera era posible realizar viajes entretenidos por carretera.

“Señor, nuestra fuerza aérea estacionada en el sur simplemente no es capaz de llevar a cabo esta misión. Debido a la paz en la frontera ildoana, sólo hemos establecido el mínimo de defensas aéreas en la región”. Por mucho que no le gustara este hecho, el Coronel Lergen tenía el deber de compartir esta información. “El plan que acabo de terminar de leer sólo incluía un apoyo aéreo limitado, y no tenemos aviones para enviar más al sur. Por lo tanto, no creo que podamos cumplir los requisitos para una ofensiva por carretera”.

En eso se equivoca, pareció decir el General Zettour mientras negaba con la cabeza. Creía que el principio de concentración de fuerzas dejaba claro que era más importante cuando faltaba potencia de fuego.

Con mirada intrépida, el general señaló sus opciones.

“Tenemos la fuerza aérea al oeste. Y al este. De hecho, hay aviones esperando en sus aeródromos por toda la patria, incluida la capital. Puede que nos estemos quedando sin aviones, pero tenemos más que suficientes para adquirir superioridad aérea temporal en un solo lugar”.

“...No puede estar hablando en serio”.

“¿Te parece una broma? Usaremos los bombarderos que no se envíen a destruir los aeropuertos enemigos para volar sus ferrocarriles como declaración de guerra”.

Las palabras del general no eran más que teoría, pero dejaron sin habla al Coronel Lergen.

Superioridad aérea.

Aunque es sólo una teoría, si tuvieran esta...

Si pudieran eliminar la amenaza aérea enemiga con un ataque sorpresa...

Si pudieran privar a su enemigo de toda movilidad y avanzar libremente...

Todas estas preguntas entraban en el terreno de los “y si...”. Sin embargo, estas posibilidades eran demasiado atractivas para rechazarlas de plano.

“¿Qué opina, coronel? Quiero oír su opinión. ¿Cree que Ildoa podría resistir un ataque como este?”.

“Por lo que sé, los ferrocarriles de Ildoa están funcionando en su horario habitual”.

El coronel Lergen lo sabía. Ildoa disfrutaba de la paz; no estaban en posición de actuar con rapidez. Ni una sola organización ildoana temía que su país se viera arrastrado a la guerra por la fuerza. De hecho, los ildoanos estaban seguros de que la guerra terminaría sin que ellos se vieran involucrados, siempre y cuando no iniciaran las hostilidades.

Por eso, con gran convicción, el Coronel Lergen compartió su consejo.

“No tendrían ningún bloqueo preparado para nosotros. De hecho, en términos de defensas aéreas para sus aeropuertos... creo que debería ser relativamente fácil para nosotros inutilizar sus pistas”.

“¿Cuánto tiempo sospechas que tardarían en volver a poner en marcha sus vías férreas y pistas de aterrizaje?”.

“Creo que la velocidad de Ildoa en este sentido palidece en comparación con la de la Federación”.

Al oír esto, el General Zettour aplaudió con alegría.

Aplauso, aplauso, aplauso.

El sonido de sus palmas llenó la sala de un ritmo tranquilizador antes de que el General Zettour compartiera finalmente su conclusión.

“Excelente. Eso significa que es una guerra que podemos luchar”.

Sus palabras fueron concisas, pero llenas de orgullo y confianza. En todo caso, parecía completamente convencido de que el Imperio saldría victorioso.

Como si se tratara de un director de orquesta que intenta grabar su obra en la historia, siguió detallando el escenario que imaginaba.

“Haremos un agujero en sus defensas y los incapacitaremos con conmoción y pavor. Avanzaremos en formación escalonada. Si logramos penetrar su primera línea, se nos abrirá el camino”.

“Será un reto, pero si esto funciona...”.

“Haremos que funcione. Si es necesario, haremos avanzar a las tropas con látigos. Una vez que comience la carga, no habrá quien pare ni a los soldados más nuevos”.

Orquestar el ataque no sería sencillo. Todo había cambiado desde antes de la guerra, cuando el instrumento de violencia del Imperio estaba en perfectas condiciones. El ejército se había reducido a una variopinta colección de soldados jóvenes y viejos, casi sin intermedios. En el actual Ejército Imperial, los líderes tenían que ingeníarselas para que sus unidades se movieran como ellos querían. Lo mismo ocurría con los oficiales al mando en el este.

La confianza en la sugerencia del General Zettour de dar un nuevo impulso hizo posible que el Coronel Lergen compartiera esta confianza. Sus posibilidades de victoria no eran insignificantes. Había motivos de sobra para tener esperanzas. Sin embargo, esto no le facilitaba las cosas al coronel. Sus reservas no se referían a la estrategia en sí. El hecho de que estuviera discutiendo atacar al mismo país con el que estaba trabajando en un acuerdo de paz... hacía que la cabeza del hombre diera vueltas.

Mientras intentaba estabilizarse, el Coronel Lergen se dio cuenta de que su superior le miraba fijamente.

“Por cierto, Coronel. Siento la necesidad de preguntar... ¿Se encuentra bien...? No tiene buen aspecto. ¿Tiene buena salud?”.

“...Bueno, hay muchos asuntos que me preocupan en este momento”.

“¿Tiene que ver con las conversaciones de reconciliación?”.

El Coronel Lergen asintió en silencio con expresión hosca. El remordimiento por su error le causaba una gran angustia al buen patriota. Si hubiera tenido éxito, las cosas nunca se habrían puesto tan mal para ninguna de las dos naciones.

La confesión de su confusión interior fue recibida con una sonrisa.

“Oh, ¿Es eso lo que le preocupa? ¿Coronel?”.

“Sí...”.

Su superior, que acababa de discutir tranquilamente las estrategias de guerra, adoptó un tono de voz más suave al abordar las preocupaciones del Coronel Lergen.

“Coronel Lergen, tómese un tiempo libre”.

“No puedo ser el único que descance cuando hay tanto que hacer...”.

Aunque su sentido del deber le hizo rechazar la oferta, había otra sensación de incomodidad extrema que recorría su mente.

Algo estaba mal.

El General Zettour era un demonio hasta la médula cuando se trataba de mandar a sus hombres. ¿Era de los que les decían a sus subordinados que se tomaran tiempo libre por consideración a su salud? No, era capaz de enviar incluso a sus soldados más agotados a una batalla de maniobras si surgía la necesidad.

Lo que el general dijo a continuación abordaría directamente este malestar que atormentaba su mente.

“Verás, el comandante del octavo regimiento de tanques que usaremos en el asalto ha caído enfermo”.

“Ah, ya veo”. El Coronel Lergen comprendió el significado profundo de este comentario y mostró una mueca incómoda. Sabía que estaba a punto de recibir una nueva misión del General Zettour.

“Me está costando encontrar a alguien que le sustituya. ¿Qué te parece? Creo que un poco de aire le vendría bien a tu cuerpo”.

“...Pensé que me iba a dar un tiempo libre...”.

“Algunos dicen que la enfermedad proviene del miasma del aire. Trasladarse a un lugar con mejor aire puede ser muy eficaz cuando uno no se siente bien. Hablo desde la experiencia”.

El General Zettour habló con el espíritu de *no es lo que dices sino cómo lo dices*. El *lugar con mejor aire* era una zona de guerra caliente.

Aunque, por extraño que parezca, había una parte del Coronel Lergen que pensaba que podría ser bueno para él.

“Ejercitar la mente y el cuerpo fuera de la oficina puede ayudar a eliminar preocupaciones innecesarias. Y poder centrarte en una sola operación debería facilitarte las cosas”.

El general lo miró, dándole a entender que no aceptaría un no por respuesta.

Algo así normalmente se consideraría un destierro... pero a juzgar por hasta qué punto su superior estaba dispuesto a volcarse en cuerpo y alma en la lucha contra Ildoa, el coronel se dio cuenta de que era

necesario en su nuevo destino. Sin embargo, la voz más convincente procedía del diablo que susurraba en su mente.

Si centrarse en su trabajo en el campo de batalla puede apartar de su mente todos estos asuntos políticos y diplomáticos, las cosas podrían finalmente volverse más manejables para él.

Así que aceptó la oferta sin dudarlo.

“¿Se me dará plena autoridad sobre mi grupo de trabajo?”.

Esto era todo lo que faltaba por confirmar entre los dos estrategas. Su superior se cruzó de brazos y le mostró una expresión sombría mientras negaba con la cabeza.

“Desafortunadamente, sólo serías un reemplazo temporal. El empleado residente que está sustituyendo. Trata de arreglarlo con el comandante de la división”.

“Así que dependerá de quién sea mi superior”.

Había un tono de reticencia en su voz. No todos los comandantes de división recibirían con los brazos abiertos a un oficial del Estado Mayor, sobre todo a alguien que pudiera cuestionarles o tener ideas propias.

Al percibir las dudas del Coronel Lergen al compartir sus preocupaciones, el General Zettour asintió.

“Serás el jefe adjunto temporal del Teniente general Jörg. Él supervisa una de nuestras unidades panzer⁴⁹ centrales, pero... ya que se conocen, seguro que lo sabes todo. Eso hace que esto sea bastante fácil, ¿Verdad?”

Afortunadamente, el Coronel Lergen conocía bien al teniente general.

“El General Jörg y yo subimos en el mismo regimiento. Es mi superior”.

⁴⁹ Panzer es una forma abreviada de panzerkampfwagen, palabra alemana que significa “vehículo de combate blindado”. Hace referencia a los carros de combate alemanes que se utilizaban durante el transcurso de la Segunda Guerra Mundial ([Imagen](#)).

Pertenecer al mismo regimiento a menudo creaba un fuerte vínculo entre los oficiales. Había una hermosa tradición en el Ejército Imperial de que los compañeros de regimiento se reunieran con frecuencia y compartieran una cena. Lamentablemente... los compañeros del mismo regimiento y la comida para poner en la mesa se habían ido agotando desde el comienzo de la guerra.

Sin embargo, como ambos pertenecían al mismo regimiento, el Coronel Lergen conocía bien al Teniente general Jörg. De hecho, estaban muy unidos. Trabajar con él le daría al coronel la oportunidad de ejercer su habilidad sin reservas.

“En ese caso, parece que hice una buena elección de personal por pura coincidencia. Si ambos son del mismo regimiento, debería ser fácil captar su temperamento en el campo y comunicarse”.

¿Era realmente una coincidencia? El Cuerpo de Servicios no tenía necesariamente jurisdicción sobre dónde se colocaba a los soldados, pero los oficiales eran otra historia. Tal vez fuera el caso con el General Rudersdorf, pero se trataba del General Zettour.

“Agradezco su consideración”.

El General Zettour sonrió al ver que el Coronel Lergen hacía una breve reverencia.

“Apuesto a que vas a disfrutar esto. Estoy celoso, coronel”.

“Pensar que alguna vez le oiría decir esas palabras...”.

Estar sobre el terreno siempre ponía a prueba el ingenio de un oficial. Irónicamente, para muchos oficiales de campo del Estado Mayor era el destino más entretenido. Era donde podían utilizar su autoridad para luchar a nivel estratégico, y todas sus tareas serviles podían dejarse en manos de otros mientras ellos se centraban en el trabajo que tenían entre manos.

Por eso el General Zettour, sobre el que pesaba una presión sin precedentes, expresó medio en broma sus celos.

“Aunque es verdad. Mírame, tengo que lidiar con todos estos problemas en la retaguardia”. Con toda la autoridad del mundo -y la

presión que conlleva- continuó. “Tengo que lidiar con políticos, diplomáticos y cualquier otra complicación que se me presente, además de supervisar nuestra estrategia bélica nacional. Creo que tengo derecho a gastar una o dos bromas”.

“¿No es un poco desenfrenado?”.

El Coronel Lergen se sintió incómodo, pues sabía que era un comentario grosero, pero el General Zettour le recibió con una mirada sorprendentemente atónita.

“Coronel, si estuviéramos librando una batalla ganadora, podríamos permitirnos el lujo de dejarnos atrapar por lo miserable que puede ser la guerra. Podríamos odiar la guerra por lo terrible que realmente es. Pero puedo garantizar por mi experiencia en el este que es mejor desechar todo tu equipaje emocional cuando estás en un verdadero aprieto. Es mucho mejor intentar disfrutar”.



EL MISMO DÍA, LA CAPITAL IMPERIAL

Las órdenes se transmiten de superior a subordinado. Nunca hay excepciones en este sentido. Lo mismo ocurre con los especialistas en atropellos del Kampfgruppe Salamandra, que siempre realizan diversas tareas, aparentemente irrazonables, para el Estado Mayor.

Así, hoy, Tanya recibe órdenes del Coronel Lergen, el mensajero.

Abro el sobre e inmediatamente empiezo a leer en silencio los documentos que hay dentro. Lo primero que leo es la fecha, el autor y el objetivo principal. Confirmar el formato del pedido es el primer paso básico a la hora de recibir nuevos encargos. Tras determinar que no hay ningún problema en este frente, me abro paso por el marco general, sólo para darme cuenta de que la sangre se me escurre por la cara.

Me tranquilizo y miro al mensajero, que tiene una expresión sombría. Esto significa dos cosas: Que ya conoce el contenido del mensaje, y que el contenido no parece ser una broma.

Me apresuro a empezar de nuevo para intentar encontrar algo que se me haya pasado por alto, pero parece que mi interpretación inicial de las órdenes es correcta. Es suficiente para que Tanya se estremezca físicamente.

Suspira y luego expresa su opinión.

“He recibido sus órdenes de asesinar a los mediadores”.

“Esto... tampoco es lo que yo quería que pasara. Ni mucho menos. Pero somos soldados y debemos cumplir las órdenes que se nos dan, por chocantes que sean. ¿Tienes alguna objeción?”.

“No tengo ninguna”.

El personal de rango inferior pierde sus opciones una vez que recibe formalmente órdenes legales. Es difícil calificar de ideal esta relación de autoridad dentro del ejército, pero así es como funciona la organización. Como soy una buena ciudadana moderna que desea ser sincera, debo hacer mi trabajo. Lo mismo vale para cualquier civil. Es un hecho que muchos empleados no tienen más remedio que cumplir cuando su empresa les ordena trasladarse. Sin embargo, cuando se trata del ejército, las órdenes pueden ser más severas que una simple reubicación.

Así, Tanya se traga voluntariamente su descontento.

“¿Está... segura de que está de acuerdo con esto, Teniente coronel?”.

“Es una pregunta extraña, señor. No tengo el lujo de elegir mis órdenes... Un soldado sólo puede tener una opinión hasta el momento en el que se le dan las órdenes. Ahora que las órdenes han sido dadas, mi única opción es eliminar cualquier obstáculo que se interponga en mi camino y ejecutarlas a fondo”.

El Coronel Lergen asiente a regañadientes. Cabe añadir que en su gesto hay más resignación que comprensión.

“Tiene razón, Teniente coronel. Pero, me pregunto si estas órdenes son correctas...”.

“¿Pasa algo, señor?”.

Tanya pregunta esto con buena intención, preocupada por si está sobrecargado de trabajo, estresado o privado de sueño, pero el Coronel Lergen comparte sus verdaderas preocupaciones con voz tensa.

“Ellos son el mediador... Ildoa es el único país que puede mediar por nosotros. Usted lo sabe, Teniente coronel. Estamos a punto de destruir nuestro único camino para salir de esta guerra”.

Al oír sus palabras de ansiedad, Tanya confía en haber descubierto el problema.

Es una cuestión de estrechez de miras, probablemente similar al mismo problema al que se enfrentó el Japón Imperial.

“Señor. ¿Es necesario un mediador?”.

“¿Qué?”.

No hay por qué limitarse a un único interlocutor en las negociaciones. No somos el ejército de Kwantung enfrentado a la Unión Soviética en la frontera de Manchuria obligado a negociar un alto el fuego o verse rodeado⁵⁰. Confiar demasiado en un mediador puede ser peligroso. El fracaso histórico de Japón al confiar demasiado en la Unión Soviética para su reconciliación dice mucho de esto. Cualquiera que conozca la historia japonesa sabe que hay otras formas de hacerlo. La reconciliación sigue siendo posible, incluso sin mediador.

¿No es genial conocer tu historia?

⁵⁰ La Operación Tormenta de Agosto o la Batalla de Manchuria comenzó el 8 de agosto de 1945, con la invasión soviética del Estado títere japonés de Manchukuo; la invasión más grande abarcaba el vecino Mengjiang, así como el norte de Corea, el sur de la isla de Sajalín y las islas Kuriles. Marcó la primera y única acción militar de la Unión Soviética contra el Imperio del Japón durante la Segunda Guerra Mundial, sin contar las acciones realizadas en el conflicto ruso-japonés de Manchuria. Esta invasión fue producto de la conferencia de Yalta, donde Stalin había aceptado las peticiones de los Aliados para romper el Pacto de Neutralidad con Japón y entrar en el Teatro del Pacífico de la Segunda Guerra Mundial en los tres meses posteriores al fin de la guerra en Europa.

Por eso Tanya siempre puede hablar desde la confianza... En todo caso, habla desde la bondad de su corazón en un intento de aliviar parte del estrés del coronel.

“¿Por qué no negociar directamente con nuestros enemigos?”.

Esto resolvería todos nuestros problemas. Incluso si no lo hace, el mero hecho de ver otra solución potencial es suficiente para aliviar a un trabajador de parte de su carga mental. Es una técnica básica de RRHH. Espero unas palabras de agradecimiento por el consejo. Creo que me lo merezco, pero...

“¿Negociar con un enemigo con el que estamos en guerra...? ¿Está loca, Teniente coronel?”.

La respuesta va en contra de todas las expectativas. Aunque sospecha por qué reaccionaría así, siendo la gran comunicadora que se enorgullece de ser, Tanya le dará la pista que necesita.

“Perdone, Coronel Lergen, pero por *loca*, ¿Se refiere en el contexto de la guerra o de la paz?”.

“Supongo que no puedo permitirme el lujo de elegir”.

Hay soledad en la sonrisa del Coronel Lergen después de que parezca convencerse de algo.

“Matamos a nuestros amigos. Negociamos con el enemigo. Matamos al mediador, esta no es la forma correcta de luchar en una guerra. El desenfreno del Imperio ha alcanzado sus límites...”.

“¿Qué esperabas? Esto es la guerra”.

“Esa es una manera conveniente de decirlo”.

Le ofrezco una vaga sonrisa. No esperaba respuesta. El Coronel Lergen parece derrotado, mira al techo y continúa.

“La guerra, ¿Eh? Acabo de darme cuenta de la dualidad de la guerra. Las llamas de la guerra queman nuestra racionalidad y sentido común”.

El Coronel Lergen parece exhausto mientras habla de la terrible naturaleza de la guerra.

“Esta es la razón por la que las personas que luchan en la retaguardia durante demasiado tiempo terminan siendo hombres rotos... Tal vez debería considerar mi tiempo en el este como una especie de vacuna. Probablemente debería darte las gracias”.

“Si ayudé en algo, fue un honor hacerlo”.

“Sí, gracias, Teniente coronel Degurechaff. Gracias a usted... puede que haya encontrado lo que necesito para participar adecuadamente en esta guerra”.

“¿No es su nación la que le envía a luchar, señor?”.

El Coronel Lergen se queda un momento con la mirada perdida antes de estallar en carcajadas.

“Ja, ja, ja, esa es probablemente una mejor manera de pensar en ello. Sería mejor para mi salud. Ahora... Teniente coronel Degurechaff. Necesito que mates a algunos Ildoanos por mí”.

“Sí, señor. Dígame, ¿Cómo le gusta la pasta?”.

“Me gusta cortarla bien fina. Así no necesitas tanta agua para hacerla hervir”.

“Dé la orden y le prepararé una buena cena ildoana, señor”.

“Lo haré, si tengo la oportunidad. Te van a sobrecargar de trabajo en la reserva para esto”.

“Más exigencias irrazonables... como siempre”.

La Teniente coronel Degurechaff muestra una reacción marcadamente humana: Una sonrisa irónica. Sin embargo, es algo extraño de ver. A juzgar por su edad, Tanya ya debería ser una jovencita... y, sin embargo, aún no ha crecido ni un centímetro desde que el coronel la conoció por primera vez en el campo de batalla. Si mostrara una sonrisa amable, sería la de una niña pequeña. Sin embargo, su actual sonrisa irónica es la de un viejo soldado.

Él nunca entendería esto, pero en realidad no importaba. Ambos comparten el mismo destino de ser usados y abusados por el General Zettour.

Siendo él mismo uno de los subordinados más maltratados del general, el Coronel Lergen casi ve a la Teniente coronel Degurechaff como a una camarada de armas cuando está a punto de ser enviada a la parte más caliente del campo de batalla.

“Yo también estaré en primera línea en Ildoa. Hagámoslo lo mejor que podamos juntos”.



19 DE OCTUBRE, AÑO UNIFICADO DE 1927, EL CUARTEL GENERAL DE INTELIGENCIA DE LA MANCOMUNIDAD

Las resacas les pasaron factura a los agentes. Disfrutar del mejor alcohol siempre tenía un precio doloroso. El General Habergram estaba sentado en su despacho, fumando un puro mientras se enfrentaba a un nuevo y desafiante aprieto. Había algo galante en aquel hombre sincero, lleno de orgullo. No importaba lo que dijeran los demás; el Sr. John, que estaba junto a su escritorio, nunca olvidaría lo que pensó al verlo.

Incluso en momentos de angustia, un caballero sigue siendo un caballero.

“Debemos reconocer que interpretamos mal la situación”.

El Sr. John dejó escapar un pequeño suspiro en su interior al coincidir con un derrotado General Habergram.

¿Qué está pasando exactamente?

Habían pretendido eliminar de la guerra a un titán, el General Rudersdorf. Debería haber sido un golpe significativo para el Ejército Imperial, pero era difícil describir los resultados como tales. Aunque se deshicieron de un solo monstruo, para su desconcierto, había un segundo titán en el General Zettour, que ocupó su puesto en la cima de la Oficina del Estado Mayor General antes de que se dieran cuenta.

Ni siquiera hubo tiempo de parpadear. ¿Podría ser que el hombre predijo que esto sucedería...? ¿Fue una de las *filtraciones* recurrentes que llevaron la información sobre el asesinato a manos del General Zettour?

Aunque la idea rozaba el delirio, tanto el General Habergram como el señor John no podían negarlo rotundamente.

En cualquier caso, una cosa era segura. Con una mirada de gran fastidio, era como el General Habergram estaba dispuesto a admitir.

“Ese estafador estaba dispuesto a abandonar su puesto en el este para ascender y ocupar el lugar de su amigo muerto en la capital. Dado el rápido ritmo al que están cambiando las cosas, probablemente fue la mejor decisión para el Ejército Imperial... pero, aun así, ¿Es ese hombre algún tipo de monstruo?”.

El general se había movido mucho más rápido de lo que podían imaginar. Para cuando la Agencia de Inteligencia de la Mancomunidad se asombró de esta información, el Estado Mayor se había reunido y, por cualquier medio, había conseguido forzar la decisión del Emperador y su gobierno.

Fue demasiado rápido para llamarlo decisivo. Todavía estaban guardando las copas con las que brindaban cuando se enteraron de la novedad; no había forma de que hubieran podido hacer nada para detenerlo.

La velocidad a la que se movía les producía escalofríos. El estafador debía de ser la versión imperial de un agente de la Mancomunidad. O eso, o un monstruo de nacimiento.

Ante el siniestro levantamiento del General Zettour, el señor John murmuró asustado y asombrado.

“El hombre es un monstruo... Justo cuando pensábamos que por fin les habíamos ganado la partida, van y le dan la vuelta a la mesa”.

Levantó las manos como mostrando su rendición mientras negaba con la cabeza y suspiraba.

“Mis disculpas, pero creo que tendremos que reforzar nuestra operación”.

Los problemas se acumulaban. Una fuga por sí sola era un gran problema, pero era aún peor si el General Zettour podía reaccionar a cada uno de sus movimientos por puro instinto.

¿Era la monstruosidad militar igual de formidable cuando se trataba de política? El Sr. John deseaba poder pedir respetuosamente al hombre que se contuviera, razón por la cual el caballero se permitía hacer una queja ociosa.

“Este General Zettour actúa más bien como un general de la Federación... En realidad, si he de ser sincero, se mueve como uno de los nuestros. ¿Cómo terminó siendo un general Imperial?”.

“Lo sé, Sr. Johnson. Esto no podría ser más engoroso. He tenido a los analistas trabajando toda la noche para reevaluar al Estado Mayor Imperial”.

Como este nuevo acontecimiento suponía un golpe vital para su autoestima, intentaron saber más del hombre de lo que él sabía de sí mismo. Comenzaron a reunir todo tipo de material sobre él. Esto incluía interrogar a sus prisioneros, así como llegar a intercambiar información con la Federación.

El Sr. Kim, encargado de la información de la Federación, hizo una mueca y se preguntó si merecía la pena. No obstante, se aseguró de agotar a fondo todos los canales a su alcance. Aunque el General Habergram respetaba su opinión profesional, insistió en que era necesario. Era lógico que Kim y los demás responsables se mostraran cautelosos cuando se sospechaba de una filtración, pero éste era un asunto de la máxima importancia.

El Sr. John esbozó una sonrisa irónica:

“¿Cómo siguen estando un paso por delante de nosotros?”.

Era doloroso para cualquiera perder la cara hasta ese punto. Incluso el más duro de los escritorios de roble se abollaba si su propietario lo golpeaba repetidamente con la suficiente fuerza. Era la misma lógica para una organización. Afortunadamente, la Agencia de Inteligencia de la Mancomunidad se hizo rápidamente con la situación. Por desgracia, la realidad que se hacía cada vez más evidente era lo suficientemente provocadora como para preocuparse por la seguridad del nuevo escritorio del General Habergram.

“Sin embargo, las cosas no pintan bien. Porque el Imperio bien puede estar bajo el control de Zettour y su banda”.

“¿Su banda?”.

“Los tres grandes canallas: El General Zettour, el Coronel Lergen y el Teniente Coronel Uger. Existe la posibilidad de que hayan eliminado al Alto Mando Supremo del Imperio del proceso de toma de decisiones”.

“Dejando a un lado al General Zettour, los dos oficiales... Espera, ¿Has dicho Lergen? ¿Como el líder del Kampfgruppe Lergen?”.

El Sr. John había oido el nombre antes, y su memoria le servía.

“Él estaba a cargo de la fuerza de tarea en el este. Has oido hablar de él antes. Es uno de los oponentes más odiados del Sr. Drake”.

“Pero, aun así, es sólo un grupo de trabajo, ¿Verdad?”.

“Es parecido a ti. En otras palabras, una persona esencial”.

Este fue un comentario problemático para el Sr. John.

“¿Me estás comparando con él? Eres demasiado amable”.

“Pero lo digo en serio”.

“Bueno, ahora me estás tomando el pelo”.

Esta era la valoración real de su jefe... aunque también era una opinión personal. El general tuvo que contenerse para no decirle al Sr. John lo mucho que le apreciaba su jefe.

En cualquier caso, este coronel llamado Lergen era mucho más que un oficial normal. El General Habergram estaba seguro de que era una amenaza.

“Vayamos al grano. Lergen ha estado... presentándose a negociaciones diplomáticas en Ildoa. El hombre es probablemente los ojos y oídos del General Zettour. En cierto modo, es un oficial ideal hecho por el Imperio, ese hombre”.

“¿Y qué pasa con este tipo Uger?”.

“Es ferroviario. Hace los planes de trenes para el Estado Mayor”.

“Es un buen oficial militar. Pero si estoy siendo franco aquí, él es sólo una parte de su organización. ¿Hay alguna razón para incluirlo en la llamada *banda de Zettour*?”.

El superior del Sr. John abrió un sobre confidencial antes de dejar un montón de documentos delante del Sr. John. Éste miró los papeles, que estaban escritos en imperio. ¿Eran documentos imperiales?

“Adquirimos estos documentos en el oeste. Míralos. Hay un horario de trenes inconcebiblemente flexible para mantener el frente de guerra funcionando. Ojalá nuestros trenes locales estuvieran la mitad de organizados”.

“Son increíbles... Ha creado un horario muy conveniente”.

El Sr. John memorizó el nombre de Uger. Resultaba casi amenazador el nivel de eficacia que aquel hombre conseguía hacer posible. Había que cumplir una serie de criterios para que los horarios de los trenes funcionaran, y sin embargo él los había cumplido todos para cada estación, permitiendo que tanto el uso público como el militar de los trenes funcionara sin problemas. No era un aficionado, y sin duda era un problema.

Con un pequeño suspiro, el Sr. John compartió su malicia.

“El destino puede ser tan injusto. Hace que uno se pregunte si la Diosa del Arbitraje⁵¹ favorece al Imperio. Y aquí estamos, abandonados a nuestra suerte”.

“Sí”, asintió el General Habergram.

“Me dan ganas de destruir lo que no puedo tener”.

“¿Cuánto tiempo más estará vivo este hombre?”.

⁵¹ Dice, Dicea o Diké es, en la mitología griega, la personificación de la justicia en el mundo humano. En algunas fuentes romanas aparece con el nombre de Astrea. Su equivalente en la mitología romana era Iustitia. En las tragedias, Dice aparece como una divinidad que castiga severamente toda injusticia, vela por el mantenimiento de la justicia y penetra en los corazones de los injustos con la espada hecha para ella por Aisa. En este papel está estrechamente relacionada con las Erinias, aunque su cometido no es solo castigar la injusticia sino también recompensar la virtud ([Imagen](#)).

“Probablemente durante mucho tiempo. Rara vez sale de la capital”.

¿Era un adicto al trabajo o el Ejército Imperial estaba siendo prudente? En cualquier caso, no era probable que el honrado trabajador ferroviario sufriera un *desafortunado accidente* en un futuro próximo.

Siendo la persona piadosa que era el general, la falta de gracia divina era... realmente lamentable.

“Tal vez sea hora de enviar a la fuerza aérea”.

La sugerencia de bombardear el cuartel general imperial fue rechazada inmediatamente por el General Habergram.

“No soy partidario de tirar los dados”.

“¿Prefiere las cartas?”.

Bromeó el Sr. John antes de cambiar de tema a otro más fresco. Por desgracia para ambos, el tiempo era tan valioso como los diamantes para los agentes de la Inteligencia Real de Su Majestad.

“Señor, ¿Para qué me ha hecho venir? Si busca a alguien para discutir asuntos de naturaleza altamente confidencial, puedo ir a buscarle un espejo”.

Su broma fue recibida con una sola mirada. El humor del General Habergram se estaba agotando debido a la prolongada guerra. La falta de sarcasmo en la seria explicación que le dio al Sr. John alertó al agente del evidente agotamiento de su superior.

“Según una de nuestras fuentes de alto secreto, este trío está en movimiento”.

“¿Hacia el este?”.

A pesar de lo seguro que estaba, el general negó con la cabeza.

“La críptica canción que canta el telégrafo sugiere que están haciendo preparativos para asesinar a los ildoanos”.

“¡Oh!”.

¡Así que su destino es Ildoa! Esto hizo que el Sr. John se irguiera en atención sin siquiera darse cuenta.

No se dirigían al este, sino al sur.

“*¿Van a montar un ataque contra Ildoa en estas condiciones? Y yo que pensaba que al menos los imperialistas seguían siendo inteligentes*”.

“*La firma de un acuerdo de neutralidad armada debe haber sido demasiado para ellos. Estoy seguro de que pretenden eliminar al país antes de que lleguen los soldados de los Estados Unificados*”.

“*Supongo que tiene sentido, pero me cuesta creer que tengan la mano de obra necesaria para llevarlo a cabo. Con el General Zettour al mando, seguro que lo saben, y eso dejando de lado lo absurda que es la idea en primer lugar*”.

Aunque la noticia le daba mala espina, sus instintos estaban envueltos en un velo de incertidumbre. Quiso tomarse un descanso para fumar y ordenar sus pensamientos. Por lo que él sabía, no había forma de que el Imperio pudiera ganar contra un tercer frente.

“*¿Han cambiado en algo nuestras predicciones sobre sus soldados en la frontera sur? Aunque consiguieran reforzar su frontera, nunca lograrían cruzar la línea*”.

“Lee esto”.

Los documentos entregados al Sr. John contaban la historia de la reubicación de un puñado de divisiones.

Eran registros de trenes y documentos sobre la redistribución de aviones.

“Lo siento... ¿Pero son precisos estos números?”.

“*Es un movimiento audaz pero eficaz. El General Zettour está dispuesto a renunciar a la cobertura aérea en todas las demás regiones para acabar con Ildoa*”.

Vaya, pensó el Sr. John mientras parpadeaba sorprendido.

Cualquiera que no fuera soldado conocería el término *superioridad aérea* por pura definición, pero para los soldados en guerra, que habían

visto jugar la palabra con sus dos ojos y sabían lo que realmente significaba. Los cálculos pasaron rápidamente por la mente del Sr. John.

El enemigo era el General Zettour.

En el lado de Ildoa... ¿Sería el general Gassman quien luchara? Aunque no era un incompetente, era un hombre corriente y, además, provenía de la política. Peor aún estaba el hecho de que aún no había experimentado la guerra total.

“Esto puede no ser bueno para ellos...”.

“¿Crees que será tan malo?”.

“El General Zettour es el estafador más consumado de nuestros tiempos. Me temo que, si los ildoanos tienen que enfrentarse a él por primera vez, no podrán oponer mucha resistencia”.

Incluso la Federación, con sus ventajas tanto en número como en experiencia, estaba a menudo a merced del general. Contra el General Zettour, que era un maestro en la adquisición de un dominio local limitado, era difícil esperar que los ildoanos fueran capaces de resistir mucho tiempo.

El agente sintió una extraña sensación.

“¿Debemos decirle al ejército que adelante la fecha de nuestra contraofensiva en el continente?”.

“Por supuesto que sí”.

La desafortunada respuesta a su pregunta fue contundente.

“¿Por qué debemos enviar a nuestros jóvenes a morir por el bien de los ildoanos? Es hora de que recojan lo que sembraron por permanecer neutrales tanto tiempo”.

“Será difícil quedarse de brazos cruzados mientras esto les ocurre...”.

Era sólo un mal presentimiento, y siendo eso todo lo que tenía, no le quedaba nada que decirle al Sr. John.

Como última acotación, añadiría...

“Tendremos que esperar que los analistas nos den un análisis lo suficientemente relevante como para limpiar sus nombres”.



20 DE OCTUBRE, AÑO UNIFICADO DE 1927, EL CUARTEL GENERAL DE INTELIGENCIA DE LA MANCOMUNIDAD

Limitarte a realizar el trabajo que te encomiendan te convierte en un trabajador de tercera. Ve más allá de lo que te piden y, finalmente, serás de segunda. Si quieres ser de primera, debes prepararte para terminar el trabajo antes de que te lo encarguen.

Cuando se trataba de llevar a cabo su trabajo, los agentes de Inteligencia de la Mancomunidad distaban mucho de ser incompetentes. Sus logros hablaban por sí solos, pero aún más importante era el orgullo que sentían. Como profesionales que eran, su dignidad no les permitía perder una segunda vez. No tenían tiempo para deprimirse mientras avanzaban hacia su siguiente tarea.

Con la venganza en el corazón, descifraron los mensajes imperiales y, sin perder un instante, elaboraron tantos escenarios como pudieron para basar sus predicciones.

Los analistas de la Mancomunidad no elegían sus medios cuando se trataba del amor y la guerra⁵². Rodeados de una espesa neblina de humo y con la cerveza llenándoles las venas, los agudos pensadores se quemaban los sesos con todas sus fuerzas para obtener una respuesta. Ya habían sido engañados una vez por el General Zettour, pero era sorprendente lo acertado que podía ser el cuadro que pintaban cuando buscaban venganza.

En la pared del despacho había un gran mapa de los movimientos del Ejército Imperial.

⁵² El proverbio “Todo vale en el amor y la guerra” se ha atribuido a John Lyly (1554 - 1606), escritor y dramaturgo inglés. Significa que, literalmente, las cosas que haces por odio o amor son todas justas.

Aproximadamente dos veces al día, se actualizaban las ubicaciones de las distintas divisiones, con unidades adicionales, incluidas ciertas unidades panzer, que se iban uniendo día a día. En poco tiempo, quedó asombrosamente claro que se estaba dando prioridad al despliegue de las divisiones aéreas.

Aunque muy limitada, era evidente que el Imperio adquiriría superioridad aérea en Ildoa. El futuro también era tan claro como el día al observar los preparativos trazados en un mapa.

El Imperio se había quitado los guantes. Esto ya no podía tomarse como un truco, y con una nueva batalla en el horizonte, los analistas estaban muy preocupados.

“¿Le hemos enviado una advertencia a Ildoa?”.

“Le hemos enviado muchas”.

Los agentes de inteligencia soltaron suspiros mezclados de angustia y sorpresa. Este era un efecto secundario de la falta de aprecio de su nación por la diplomacia. Hicieron todo lo que pudieron para alejar a Ildoa del Imperio. Era lo obvio para la Mancomunidad, pero como resultado... llevaban mucho tiempo enviando mensaje tras mensaje advirtiendo de la *amenaza Imperial*.

Así, Ildoa se había acostumbrado a escuchar esta advertencia. A estas alturas, que la Mancomunidad se alzara en armas contra el Imperio era como el niño que gritó lobo⁵³. Cualquier insistencia en que *esta vez iba en serio* sería tomada con algo más que un grano de sal.

Entonces, ¿Era razonable suponer que los caballeros habían hecho su trabajo?

Con los niveles de pesimismo alcanzando un nuevo máximo, un nuevo punto de vista entraría en escena.

⁵³ ([Link](#)).

“¿Deberíamos informarle a los ildoanos del ataque de antemano? Podríamos considerar enviarles nuestras fuentes, lo que supondría un aviso mejor y más claro”.

Un conocido responsable de sección iniciaría este debate.

“¿Por qué sugerirías algo así, Kim?”.

“Primero, debemos considerar la gravedad de un segundo frente. Segundo, no hacerlo podría significar el fin de la diplomacia con Ildoa. Y tercero, sería un seguro. Si Ildoa cayese, sería malo para todo el frente de guerra, y sin duda nos llevaría a un segundo frente”.

El directivo planteó tres puntos importantes, basados en hechos. Pero a sus compañeros les resultaría difícil estar de acuerdo.

“Entiendo lo que quieras decir... pero es difícil para nosotros saber lo débil que es Ildoa en realidad”.

Sabían que el Imperio era probablemente la potencia superior. Pero, ¿Hasta qué punto lo era? Aún no se habían puesto de acuerdo.

Por no mencionar que si los Estados Unificados se unieran a la batalla... sin duda sería difícil que el Imperio saliera victorioso.

“Los Ilodoanos están reforzando su frontera en este momento, ¿Verdad?”.

“Sí, pero no parece que vaya a ser suficiente para luchar contra lo que viene. Si el General Zettour les tendiera una emboscada, podría colarse por su frontera”.

“Si ese es el caso... entonces el problema es hasta dónde se verá obligado a retirarse el ejército ilodoano”.

“¿No es lo contrario? Es más bien, ¿Hasta dónde es capaz el Ejército Imperial de empujarlos en primer lugar?”.

Cuando la animada discusión llegó a su fin, se centró en la cuestión de hasta dónde podría avanzar el Imperio en el país en un solo ataque.

Emboscarián al país, con amplia potencia de fuego y superioridad aérea.

Estaba bastante claro que el ejército ildoano no sería capaz de defender la parte más al norte de su país. Lo mismo ocurría con los soldados que se encontraban en el campo de batalla, ya que les resultaría difícil oponer una resistencia real a los soldados imperiales. Los agentes de Inteligencia de la Mancomunidad llegaron incluso a tener pruebas sustanciales de que los pobres soldados podrían ser aniquilados por completo...

Sin embargo, tampoco podían descartar las leyes de la física ⁵⁴ a las que estaba sujeto el Imperio.

“Les doy dos semanas como máximo. El Imperio está recibiendo calor de la Federación en su teatro oriental. Se están quedando sin artillería, y los misiles que tienen ya ni siquiera pueden transportarlos debido al desgaste de su red logística”.

“Probablemente acabará con ellos robándole tierras a Ildoa en el norte”.

“Ese debe ser su objetivo: Crear una línea de defensa entre ellos y el sur”.

Una vez establecido ese resumen general, los analistas de Inteligencia de la Mancomunidad llegaron a una humilde conclusión.

“Supongo que tendremos que esperar a ver qué tienen”.

Iban a ver cómo Ildoa y el Imperio se enfrentaban. La Mancomunidad enviaría sus silenciosas palabras de cariño desde sus corazones.

⁵⁴ Primera Ley de Newton: Ley de la inercia.

“Todo cuerpo permanece en su estado de reposo o de movimiento rectilíneo uniforme a menos que otros cuerpos actúen sobre él”.

Segunda Ley de Newton: Ley de la fuerza.

“La fuerza que actúa sobre un cuerpo es directamente proporcional a su aceleración”.

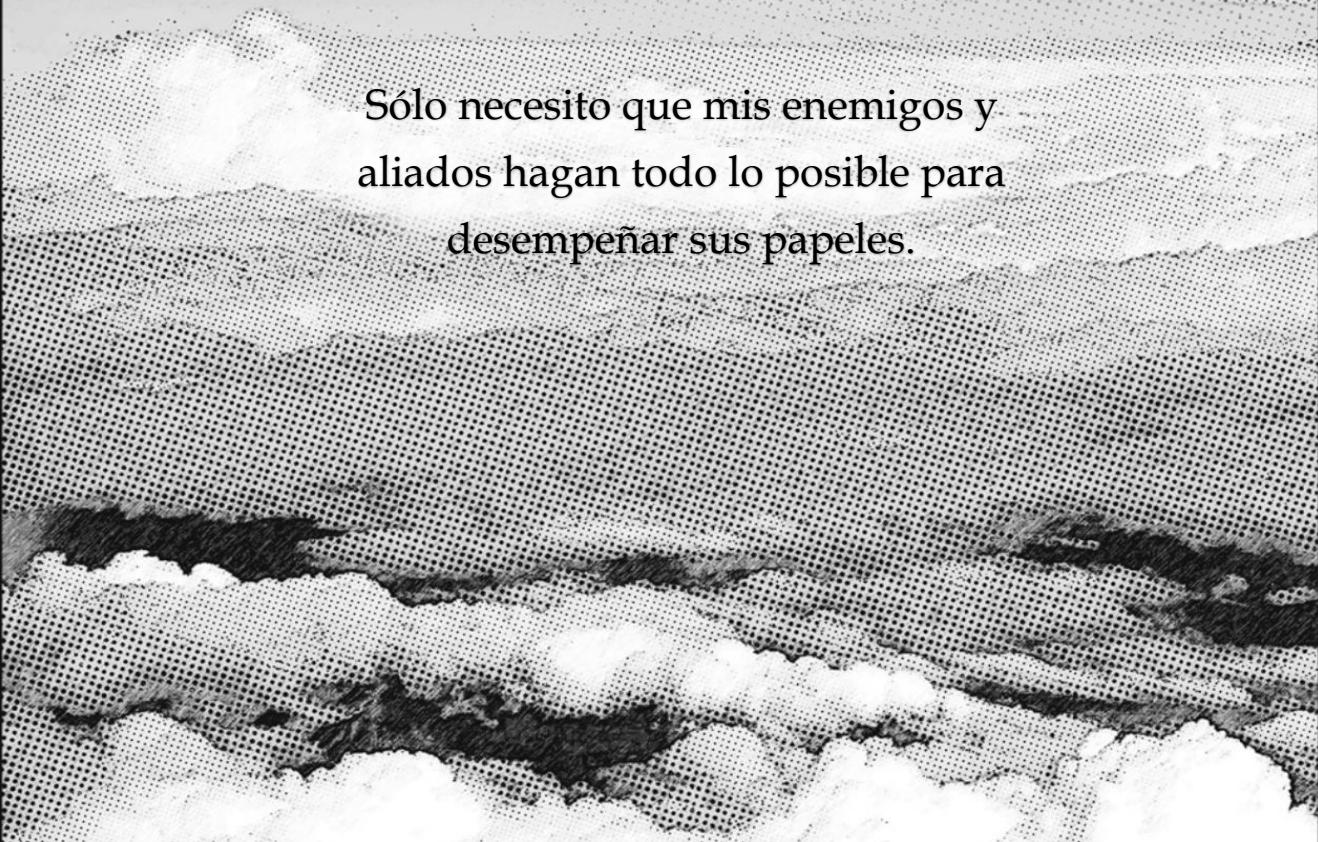
Tercera Ley de Newton: Ley de acción y reacción.

“Cuando un cuerpo ejerce una fuerza sobre otro, este segundo ejerce sobre el primero una fuerza igual, pero en sentido opuesto”.

[Capítulo]

V

ETAPA



Sólo necesito que mis enemigos y aliados hagan todo lo posible para desempeñar sus papeles.

General Zettour, una frase pronunciada durante la guerra con Ilhoa

[Capítulo] ♫ Etapa



10 DE NOVIEMBRE, AÑO UNIFICADO DE 1927, POR LA NOCHE, CERCA DE LA FRONTERA IMPERIAL DEL SUR

El Octavo Regimiento Panzer se consideraba una de las alineaciones principales de la Oficina del Estado Mayor tras el rápido traslado allí del Coronel Lergen. Seguiría órdenes estrictas de encabezar la carga hacia la frontera sur.

Era el regimiento adecuado para liderar la carga, ya que contaba con carros de combate de última generación, un suministro de combustible asombrosamente amplio y los soldados mejor entrenados que el Imperio podía ofrecer, aunque a estas alturas se consideraba *el mejor* a cualquiera que dominara los fundamentos básicos.

En los últimos años, era raro que un regimiento imperial estuviera tan en forma para luchar. Era impresionante, incluso comparado con las divisiones de élite de antes de la guerra.

Era algo obvio decir que el papel que asumiría en la lucha contra Ildoa sería importante. Como las operaciones iban a comenzar cualquier día de estos, no sólo los oficiales del Estado Mayor estaban ocupados. Por eso, cuando el Coronel Lergen supo que el Teniente general Jörg le llamaba, supuso que tenía algo que ver con el regimiento.

El Coronel Lergen era el oficial jefe. Suponiendo que había algún problema nuevo o algo urgente que atender, se apresuró a acercarse al centro de mando, pero lo que vio le tomó desprevenido.

El comandante no estaba por ninguna parte.

Preguntándose qué significaba aquello, recorrió la sala con la mirada hasta que el ayudante del comandante le hizo señas para que se acercara. El coronel siguió al oficial hasta la habitación privada del comandante sin tener ni idea de lo que estaba pasando.

Cuando llegaron, el ayudante del comandante le dijo al coronel que *despejaría la zona* antes de abandonar la sala. El coronel se sintió un poco desconfiado cuando no le ofrecieron más explicaciones. A pesar de no comprender del todo la situación, el Coronel Lergen se giró hacia el dueño de la habitación y le saludó como era debido.

“Estoy aquí bajo sus órdenes”.

“Bienvenido”, dijo el Teniente general Jörg con una inclinación de cabeza antes de esbozar una sonrisa irónica. Sin dar ninguna orden, sacó un sobre reconocible con una mirada algo desconcertada.

“Coronel Lergen, hay un mensaje sellado de la Oficina del Estado Mayor para usted”.

“¿Para mí?”.

“Ya que eres su oficial, no tienes por qué molestarme. Aunque, tengo mis sospechas de lo que puede tratarse. Apuesto a que son órdenes especiales del General Zettour. Probablemente tiene algo especial preparado para ti. Puede ser un dolor, pero sé que puedes manejar cualquier cosa que te lance”.

“Le echaré un vistazo... Sólo espero que no sea algo demasiado problemático”.

El coronel dio las gracias antes de enderezarse y leer el mensaje. El Coronel Lergen no tardaría en maldecirse por haber olvidado que su jefe era el cerebro de la operación “*Commoción y pavor*”.

Su visión empezó a nublarse.

“... ¿!?”.

Intentó mantenerse en pie endureciendo el torso, pero no pudo con el mareo.

“¿Coronel? Oiga, ¿Le pasa algo?”.

Las palabras de un preocupado Teniente general Jörg hicieron que la expresión del Coronel Lergen volviera a la normalidad.

“Lo siento, yo... acabo de recordar algo que debo atender”.

“¿Tiene algo que ver con esas órdenes?”.

El teniente general había visto al Coronel Lergen tambalearse tras leer el mensaje, así que era natural que tuviera sus sospechas. El coronel ya no podía hacer ni decir nada para ocultarlo. Sin embargo, el comandante se encogió de hombros y soltó una risita autocrítica en lugar de desaprobar al coronel.

“Mis disculpas... no debería haber preguntado”.

No iba a insistir más en el tema.

Para bien o para mal, el teniente general era miembro de una organización y, como soldado imperial, sabía cuándo era mejor ocuparse de sus propios asuntos.

“Haz lo que debas. Pero déjame preguntarte una cosa sobre nuestra operación. Lo que sea que vayas a hacer, confío en que estará terminado antes de que nos despleguemos, ¿Correcto?”.

“Sí, no tardará mucho”.

Al Coronel Lergen se le permitió salir de la habitación con un “De acuerdo”. Se apresuró a buscar al oficial de la policía militar más cercano, a quien ordenó que lo condujera a la instalación de telégrafo de larga distancia más próxima del campamento.

El oficial, que estaba fuera de servicio, se enfrentó a su petición con cierta resistencia que el coronel ignoró por completo. El Coronel Lergen cumplió sus órdenes con increíble resolución, haciendo caso omiso de cualquier alboroto. Adquirió una sala de comunicaciones para él solo, echando de sus teléfonos a un grupo de oficiales y soldados descontentos. Luego se aseguró de que el oficial de la policía militar mantuviera a todo el personal alejado de la sala.

Naturalmente, el Coronel Lergen no era el único de la base que quería utilizar el teléfono. Había una gran variedad de razones por las que un oficial o un soldado quería hacer una llamada: Para la familia, los amigos, los seres queridos y el trabajo. A pesar de recibir todas las quejas posibles de todo tipo de oficiales de alto rango, el coronel hizo

uso de la autoridad del Estado Mayor para que la policía militar les impidiera el paso a los demás y los mantuviera alejados de la sala.

Con la sala de comunicaciones ahora para él solo, el Coronel Lergen respiró hondo. No pudo evitar estremecerse al sentir que un sudor renuente le recorría la espalda.

No obstante, se preparó para lo peor y descolgó el teléfono.

“Deseo hacer una llamada internacional a Ildoa”.

“Debido a lo tarde que es, yo...”.

“Por la autoridad del Estado Mayor, le exijo que haga la llamada inmediatamente”.

Después de presionar a la operadora imperial para que accediera a su insensata petición, el Coronel Lergen leyó un número que había anotado.

“Disculpe, pero este es un número de una instalación militar de Ildoa. Aunque se trate de una base militar, sólo los asociados ildoanos pueden hacer llamadas a este número para asuntos personales...”.

“Este es un asunto militar. Uno que usted no tiene jurisdicción para cuestionar. ¿O pretende decirme que va a bloquear un mensaje militar ildoano por su propia voluntad? Esta es una llamada oficial. Si va a hacer una objeción formal, será responsable de las consecuencias”.

En cuanto el coronel mencionó la palabra “*consecuencias*”, el operador de Ildoa dejó de oponer resistencia. Aunque tal vez en lo que podría considerarse su última forma de resistencia, el operador se tomó su tiempo para pasar la llamada.

Cuando finalmente se conectó, alguien descolgó al primer timbrazo.

“Hola, este es el Cuartel General del Ejército de Ildoa en la base militar de Nostrum”.

“¿Está disponible el Coronel Calandro?”.

“Mis disculpas, pero ¿Podría decirme su nombre?”.

El tono del operador dejaba entrever que desconfiaba del coronel. Probablemente se trataba de un oficial que, por casualidad, trabajaba como operador para el bando ildoano. A juzgar por el tono recatado de su voz, probablemente cumplía sus obligaciones según las normas.

No siempre era algo malo para un oficial, pero esa inflexibilidad sólo podía tolerarse cuando se disponía de tiempo, y el tiempo se le estaba acabando al Coronel Lergen.

“Esto es una emergencia. Necesito que me comunique con el Coronel Calandro lo antes posible. ¿Crees que llamaría a estas horas a través de una línea de larga distancia si no fuera por algo importante?”.

“No puedo ir a ver al coronel sin un nombre o una razón para su llamada”.

Era una respuesta de manual. Al darse cuenta de que este intercambio no le llevaría a ninguna parte, el Coronel Lergen apretó con fuerza el teléfono mientras gritaba a través del transceptor.

“¿Tiene autoridad para decidir lo que llega al Estado Mayor de Ildoa!?”.

“Por eso necesito su nombre y la razón para-”.

“¡Necesito que te dejes de tonterías! ¡Dile que es una llamada de un socio! ¡Eso debería funcionar! ¡Estoy seguro de que el Coronel Calandro cogerá el teléfono incluso a estas horas de la noche! ¡O estás preparado para aceptar las consecuencias por obstruir este asunto urgente con nada más que tu propia autoridad!?”.

El Coronel Lergen depositó su confianza en la rapidez mental y el renombre del Coronel Calandro al exigir esto. Aunque reacio, el operador finalmente accedió.

Tras una breve espera en la que el coronel se debatió con un temor profundamente arraigado a que la llamada telefónica terminara bruscamente, finalmente fue conectado con la persona que estaba esperando.

“Sí, soy Calandro. ¿Puedo preguntar quién llama?”.

El coronel no podía estar más contento de oír la voz de barítono de su homólogo ildoano. Ahora le tocaba a él desempeñar su papel. El Coronel Lergen respiró hondo y se recompuso antes de lanzarse a la guerra verbal de la movilidad.

“Soy yo, Coronel Calandro. ¿Entiende quién soy por mi voz y mi forma de hablar?”.

“... ¿Es usted, Coronel?”.

“Te agradezco que no digas mi nombre en voz alta. Por favor, entiende que no puedo decir más que esto”.

No sabían quién podía estar escuchando. A pesar de haber sido despertado de su letargo, el Coronel Calandro era tan agudo como siempre.

“Oh, no. Tuve la corazonada de que podrías ser tú, así que salté de la cama... ¿Asumo que es urgente? Suena como si realmente le hubieras dado al oficial de guardia una polémica...”.

“No tenemos tiempo ni margen para entretenernos con la burocracia. Espero que lo entiendan”.

“Sí, por supuesto. Independientemente de la hora, siento haberte hecho esperar tanto”.

“Eso ayuda...”.

¿Oh? El Coronel Lergen pudo oír a su homólogo tragarse saliva a través del transceptor.

“Entonces, ¿Qué puede ser tan apremiante?”.

“Ahora mismo, deseo que memorices el hecho de que te he llamado”.

Las órdenes del General Zettour eran claras y sencillas. El coronel debía filtrar el hecho de que iban a atacar. Debía hacerlo parecer un acto individual de bondad y enviar un informe anónimo. Enviando un mensaje indirecto, podría crear una sensación de confianza y ganarse el favor de Ildoa. Se le explicó que todo esto era para mantener un punto de contacto diplomático para futuras conversaciones tras la invasión.

La idea de que quedara una salida así era casi risible, pero el coronel se quedó estupefacto ante el hecho de que el receptor de la filtración ya había sido elegido por él. El General Zettour había elegido a dedo al Coronel Calandro, aprendiz del General Gassman, para que se asegurara de que la filtración llegara directamente al ejército ildoano.

El coronel debía mantener estrictamente un nivel de confianza para que las conversaciones siguieran siendo posibles después del ataque. Sin embargo, no estaba autorizado a enviarles información sobre la hora o el lugar del atentado.

Las órdenes le permitían sugerir que los ildoanos estuvieran atentos a posibles problemas.

Era un truco sucio. Ciertamente no era algo de lo que el coronel quisiera formar parte.

Incluso las pocas palabras que habían intercambiado hasta entonces eran casi suficientes para aplastar al Coronel Lergen mientras hacía su llamada. Limitado por la información que se le permitía dar, las limitaciones de tiempo y su propia agitación interior, era lo mejor que podía hacer.

“Lo siento, Coronel Calandro... Es todo lo que puedo decir por ahora...”.

Luchó con la idea de decir algo más, pero tenía la garganta tan seca que apenas podía hablar. Lo que estaba haciendo no tenía precedentes. Era el oficial de alto rango de un ejército advirtiéndole al oficial de alto rango del país que estaban a punto de atacar por sorpresa.

En su mente, podía entender cómo esto era una parte esencial de la operación. Era un intento solapado de evitar que la puerta de la diplomacia se cerrara del todo.

Era imposible que el General Zettour tuviera otras intenciones en sus órdenes. Al mismo tiempo, el Coronel Lergen comprendió. Sabía que no podía hacerlo con entusiasmo. Esto se debía a que en el fondo no era un monstruoso oficial del Estado Mayor. Era un ser humano.

Sin embargo, diría algo... que sentía que tenía que decir.

“Coronel Calandro... rezo por su salud y fortuna en la batalla”.

Rezar por la suerte de tu enemigo en la batalla era algo extraño incluso en los mejores tiempos. ¿Qué entidad supervisaría tal oración por sus enemigos? ¿Debía rezarle a Dios o al diablo?

Con estos pensamientos infructuosos rondando por su mente, sintió que la extraña situación en la que se encontraba jugaba con él mientras agarraba con fuerza el transceptor.

“Perdón por llamarte tan tarde en la noche. Ahora debo irme”.

Era su forma sutil de decirle al coronel que no tenían mucho tiempo. Sin vacilar, el Coronel Calandro le hizo saber que su mensaje había sido recibido.

“Ya sabes, me gustaría que pudiéramos hablar más, pero en realidad me acordé de que hay algo que tengo que hacer también. Espero que podamos volver a hablar pronto”.

“Yo también lo espero. Es una de las razones por las que te he llamado esta noche... Discúlpame, ya que no puedo seguir al teléfono”.

Con estas últimas palabras colgó el teléfono. El Coronel Lergen, agotado, se recostó en su asiento y dejó que la tensión desapareciera de sus hombros. Había llegado al límite de sus fuerzas.

Aunque le transmitió al coronel lo que necesitaba, fue una excelente oportunidad para aprender sobre los límites absolutos de lo que era capaz la comunicación verbal. Esto consolidó aún más su respeto por el Consejero Conrad, que había sembrado durante el tiempo que desempeñó el papel de diplomático.

“Un soldado puede estar ligado a su desafortunado destino, pero un diplomático... no es algo en lo que quisiera convertirme”.

Aunque cumplía órdenes del Estado Mayor, lo que acababa de hacer equivalía a traición. El Coronel Lergen, conteniendo el vértigo que se apoderaba de él, cogió unos cigarrillos.

“Nunca se me ocurriría algo así...”.

El Ejército Imperial intentaba preservar su canal diplomático a través de los coroneles Lergen y Calandro. Aunque su advertencia seguramente daría margen de maniobra al enemigo, ¿Realmente este acto de amistad mantendría abiertas las relaciones diplomáticas?

Esa idea era extraña, pero sonaba lo bastante persuasiva como para merecer la pena intentarlo.

Se preguntó si Ildoa comprendía el deseo del Imperio de mantener este canal diplomático. Supuso que sí, ya que el Coronel Calandro mencionó su *próxima conversación* al final de la llamada. Con esto, era seguro creer que Ildoa no se negaría a hablar.

“No creo que el Imperio pudiera pedir un conducto más adecuado para transferir esta información... Aunque no estoy seguro de que deba alegrarme de mi éxito”.

Su plan era un ataque sorpresa y, sin embargo, su llamada telefónica serviría de advertencia, lo que reduciría el elemento sorpresa. La idea era inconcebible si se seguía el razonamiento militar estándar.

Aunque una parte de él entendía por qué era necesario lo que había hecho, nunca pensó que se sentiría tan incómodo después de cumplir con éxito sus órdenes.

La desagradable sensación no era algo que pudiera describir, por lo que intentó ahuyentar sus sentimientos fumando. Después de llenar sus pulmones de humo de cigarrillo, lo más que pudo hacer el Coronel Lergen fue exhalar lo que sentía junto con una columna de humo gris oscuro.

“¿Por qué las cosas resultaron así...?”.

Nunca tuvo la intención de convertirse en este tipo de oficial.

Nunca tuvo la menor duda de que sería el estratega ideal, el soldado ideal. Crear estrategias era su trabajo. Incluso estaba dispuesto a recibir un balazo mientras dirigía a sus tropas en la batalla.

Pero, sin embargo, allí estaba. Acababa de hacer una llamada que probablemente costaría la vida de muchos de sus soldados. El Coronel

Lergen sacudió la cabeza y, con un cigarrillo en la boca, se enderezó el sombrero.

Concentrarse en la misión era lo que debía hacer un soldado en momentos así. El coronel tenía el honor de encabezar la vanguardia de la siguiente operación y, como oficial, le correspondía tomar la iniciativa de hacer lo que había que hacer.

El coronel sabía que todo aquello no era más que una compensación por sus actos. Era un oficial lo suficientemente honesto como para no huir de la misión que tenía entre manos, pero tampoco era tan fuerte como para abrazarla de todo corazón.

Aun así...

“He terminado mis órdenes. Sólo me queda dirigir la carga”.

Se levantó y abandonó las instalaciones de comunicaciones para dirigirse al centro de mando de la Octava Unidad Panzer. Comunicó a la policía militar que abandonaba la zona y volvió a subirse al vehículo blindado que le había llevado hasta allí, y pronto le invadió una sensación de alivio.

La carga sobre sus hombros se hizo más ligera cuando anunció al comandante que había regresado y se dirigió a la sala de guerra.

Era mucho menos agotador mirar un mapa de batalla que el dial de un teléfono en la sala de comunicaciones.

“No tardaremos mucho en empezar...”.

La operación debía comenzar al amanecer, junto con la salida del sol. El Coronel Lergen esbozó una sonrisa irónica mientras pensaba en tomarse una taza de café amargo para distraerse.

“Quitarme la idea de la cabeza, ¿Eh...? El General Zettour es realmente el cobarde estafador que dicen que es”.

Era obvio que la idea de ser enviado a otra zona de guerra como forma de aliviar el estrés era una gran mentira. Tal vez se había tenido un poco de consideración con la salud mental del coronel en todo esto,

pero la verdadera intención del general al enviarlo aquí era una estratagema diplomática estratégica y astuta.

No.

El Coronel Lergen cambió deliberadamente su punto de vista.

“Cumplí con mi deber verbal. Ahora debo hacer lo mismo en el campo de batalla”.



EL MISMO DÍA, EN EL COMANDO FRONTERIZO DE ILDOA

En términos de si el mensaje del Coronel Lergen había sido transmitido o no: *Por supuesto que lo fue.*

Fue una llamada repentina hecha en mitad de la noche. El contenido de la cual era, francamente, tan sugestivo como repentino. Incluso un agente de inteligencia tonto daría más importancia al hecho de que hubo una llamada que al contenido de la misma.

En este sentido, el Coronel Calandro no carecía en absoluto de imaginación.

Sí, era todo lo contrario: Era un destacado agente de información del Ejército de Ildoa. En cuanto colgó el teléfono, entró en acción. En este sentido, las palabras de Lergen habían hecho su trabajo.

El receptor del mensaje, aún con el teléfono en la mano, actuó con rapidez y decisión. Lo primero que hizo fue hacer sonar la alarma en mitad de la noche para despertar a todos los agentes *in situ*⁵⁵.

Hizo que los oficiales de comunicación, medio dormidos, fueran directamente a sus escritorios y empezaran a alertar a todas las partes necesarias. Se necesitaría un oficial para entregar en mano los detalles de

⁵⁵ *In situ* es una expresión latina que significa “en el sitio” o “en el lugar”, y que suele utilizarse para designar un fenómeno observado en el lugar, o una manipulación realizada en el lugar. Esta expresión debe interpretarse con significados específicos y particulares, según el contexto donde se la aplica.

la llamada, pero como sabía que el tiempo era esencial, envió su primer informe a toda prisa.

El Coronel Calandro podía actuar con gran discreción cuando era necesario.

“¡Conéctame con los oficiales de más alto rango que puedas encontrar! Algo está pasando en el Imperio. ¡Pronostico que algo grande está a punto de suceder!”.

“¿Quiere que despertemos a los altos mandos en un momento así? Por no mencionar que una conversación como esta no debería tener lugar por teléfono...”.

Aunque los oficiales de comunicación conservadores intentaron atenerse a sus reglamentos, el Coronel Calandro se mantuvo firme en sus órdenes.

“Hazlo”.

“Pero, coronel...”.

“Si no los despertamos ahora, seguramente nos caerá un rayo encima”.

La hora que marcaba el reloj de pared carecía de importancia.

Se trataba de una emergencia, y el coronel lo sabía.

“Perdóneme, coronel, pero ¿Cómo puede estar seguro de su fuente? Fue una llamada repentina hecha por lo que parece ser un civil. No me parece que esto constituya-”.

“¿Está tratando de husmear en la fuente de mi información, oficial? Aquí, mi amiguita le dirá todo lo que necesita saber”.

El Coronel Calandro apuntó al agente con una pistola.

El Coronel Lergen debería estar agradecido por la fuerza de voluntad del hombre que recibió su mensaje. El Coronel Calandro parecía tener una profunda confianza en la llamada del Coronel Lergen.

“Debe estar bromeando, coronel”.

“Sí, ahora asegúrate de que siga siendo una broma haciendo tu trabajo. Y quiero decir ahora, oficial”.

El Coronel Calandro estuvo a punto de dispararle si no obedecía. Su rostro pétreo no mostró ninguna vacilación, dejando clara a todos los presentes la gravedad de la situación.

“Nos han tendido la mano en un momento como este. Aunque sea un truco, debemos actuar con rapidez para determinar cómo responderemos”.

El Coronel Lergen era un oficial del Estado Mayor. No era de los que llamaban simplemente por amistad.

Tampoco había indicios de que el hombre fuera un agente de los servicios de inteligencia, a juzgar por su historial juntos.

El problema era por qué alguien como él iba a hacer una llamada tan urgente.

Cada fibra del ser del Coronel Calandro le decía que tenía que actuar con rapidez. Sus sospechas sobre las intenciones del Imperio eran ciertas.

Para Ildoa, que disfrutaba de una paz duradera, la capacidad del coronel para tomar rápidamente una decisión y ponerse inmediatamente en marcha era muy apropiada.

No era probable que nadie, ni siquiera el General Zettour, se hubiera tomado tan en serio *la llamada de Lergen* ante el momento de paz sin precedentes de Ildoa.

Dicho esto, hubo... un despiste fatal en el aviso que se enviaría esa noche.

La advertencia del Coronel Calandro a sus superiores pondría de manifiesto una *extraña evolución procedente del Imperio*.

En este sentido, su advertencia fue certera. Estaba seguro de que algo grande estaba a punto de suceder. El Coronel Calandro creía que sus superiores analizarían el informe basándose en la información de

que disponían. Esto fue, sin duda, precisamente lo que procedió a hacer el Estado Mayor Ildoano.

Los analistas de inteligencia se apresuraron a recopilar toda la información posible sobre los últimos acontecimientos en el Imperio. A pesar de haber sido convocados en plena noche, los agentes se movieron con increíble eficacia. No tardaron en formular su primera hipótesis sobre a qué podía aludir el mensaje.

Esa hipótesis, sin embargo, habría dejado confuso a cualquier ciudadano imperial si hubiera llegado a sus oídos. Los botones habían sido abrochados en el orden equivocado desde el primer análisis.

“¡Esto es una emergencia! ¡Puede haber conflictos políticos en el Imperio...!”.

“¡Mensaje a nuestra embajada en la capital imperial inmediatamente! Necesitamos averiguar qué está pasando allí...”

“¡Necesitamos información sobre sus políticos y su política gubernamental...!”.

El aviso fue enviado. Los analistas pudieron predecir que también se estaba produciendo una emergencia.

El problema, sin embargo, es que la gente suele hacer valoraciones basadas en sus propios valores. Creían que los demás pensaban como ellos.

Los cultos ildoanos sólo podían pensar en términos de cómo operaban. Sus mentes altamente refinadas eran las que acabarían con los sabios analistas ildoanos.

Por desgracia para los analistas, habían olvidado que los políticos imperiales ya no eran tan refinados como antes.

En otras palabras, lo que estaba a punto de sucederle a su nación estaba totalmente fuera del alcance de sus más descabelladas imaginaciones, porque sus vecinos a menudo pensaban que la violencia era la única respuesta. Así, los analistas ildoanos pondrían todo su esfuerzo en reevaluar el campo de juego político del Imperio sin la más mínima sospecha de que pudiera tratarse de otra cosa...



11 DE NOVIEMBRE, AÑO UNIFICADO DE 1927, OFICINA DEL ESTADO MAYOR DEL EJÉRCITO IMPERIAL

En la pared de una habitación de la Oficina del Estado Mayor colgaba un reloj. Todos los ojos observaban cómo las manecillas giraban lentamente en círculo.

La habitación estaba llena hasta los topes de una mezcla de tranquilidad e inquietud.

Los oficiales del Estado Mayor, vestidos de punta en blanco con sus uniformes recién planchados y luciendo sus llamativos aiguillettes⁵⁶, estaban inquietos mientras veían pasar cada tic tac del reloj.

A diferencia de sus oficiales, el General Zettour estaba de lo más relajado.

La tensión no parecía afectarle. Fumaba tranquilamente un puro e incluso sacó un libro para leer, como si no tuviera nada que ver con lo que estaba a punto de ocurrir.

Sonreía mientras hojeaba algunas páginas.

Como consumido por la comedia de humor que estaba leyendo, dejaba el puro con elegancia para ocultar su sonrisa.

“El mundo es un escenario, y sus habitantes son los actores. Oh, cómo los clásicos⁵⁷ pueden ser tan interesantes”.

Tomar notas de anécdotas interesantes era una afición del general. No era el momento ni el lugar para pasatiempos, por lo que el trabajo de

⁵⁶ Una aiguillette, también deletreada aguillette, aiglet o aglet, es un cordón con puntas de metal o etiquetas de encaje, o la punta decorativa en sí. Los sujetadores funcionales o puramente decorativos de cordón de seda con puntas de metal eran populares en los siglos 16 y 17, a veces de oro engastado con piedras preciosas o esmaltado, generalmente se llaman “aiglets”, “aglets” o “puntos”.

⁵⁷ Sin limitarse a ninguna época o civilización en concreto. Se reserva el calificativo clásicas a las producciones culturales que alcanzan un rango de perfección o elevación, incluso a veces en el sentido de sublime, aunque con más propiedad define la armonía característicamente equilibrada.

su ayudante, el Teniente coronel Uger, consistía en solicitar toda la atención del general.

Esta era sin duda una de las partes más difíciles de ser ayudante. Nunca era fácil detener a un superior cuando estaba disfrutando. Pero, considerando que la operación estaba a punto de comenzar...

“Señor... siento interrumpirle cuando parece que se lo está pasando bien, pero...”.

“¿Sí, Teniente coronel Uger? ¿Quiere leer este libro también? No me importaría prestárselo una vez que haya terminado”.

“No, señor... Con el debido respeto, yo...”.

“¿Tantas ganas tiene de leerlo? No sabía que le gustaran tanto las novelas románticas⁵⁸. Bueno, hay otra que puedo recomendarte. Una sobre un hombre que odia a las mujeres y una mujer que odia a los hombres que se enamoran”.

Uger hizo una mueca de disgusto a su superior, y cuando se dio cuenta de que le estaban tomando el pelo, el General Zettour ya se había reajustado el puro en la boca.

Parecía tan libre, por la forma en la que exhalaba una gran bocanada de humo. Debido a su rango, el Teniente coronel Uger no pudo más que hacer una mueca ante el comentario de su superior.

Y naturalmente, el general hizo exactamente lo mismo.

“Están todos demasiado tensos. Mantener un nivel de concentración es importante, pero no pueden preocuparse demasiado. Debemos confiar en que los que están sobre el terreno cumplan con su deber”.

“Siento que esta tensión no es algo a lo que uno pueda acostumbrarse”.

⁵⁸ La novela sentimental es un subgénero literario histórico que se desarrolla entre el final de la Edad Media siglo XV y el Renacimiento de la primera mitad del siglo XVI. Se incluye dentro del género épico o narrativo y se compone en prosa con versos largos en la literatura intercalados, a veces en forma epistolar; posee temática amorosa, frecuentemente dentro de las leyes del llamado amor cortés.

“No se confunda, Teniente coronel. Es la primera vez que atacamos un país neutral, ¿No?”.

“Es cierto... Tiene razón en que es la primera vez que iniciamos hostilidades contra un país neutral”.

El Teniente coronel Uger sacó un pañuelo y se secó el sudor de la frente.

No había pensado en ello hasta que el general lo mencionó, pero era cierto. La sensación de tensión que acompañaba al *inicio de una guerra* era una novedad para todos los presentes. Era mucho más angustiosa que los momentos previos a cualquier otra operación.

Un sudor frío recorría la espalda del Teniente coronel Uger. Miró al general... y no sabía si asombrarse o extrañarse al ver al General Zettour con la nariz hundida de nuevo en su libro. Por un momento se turbó, pero dio por buena la bravuconada de su superior.

Dicho esto, acabó soltando sus pensamientos para romper el silencio que estaba haciendo mella en sus nervios.

“Estamos listos para comenzar la batalla según lo previsto. Sólo rezo para que también termine según lo previsto”.

“Teniente coronel Uger... Olvidé que aún era humano”.

“¿Señor?”.

El general le mostró una sonrisa al Teniente coronel Uger.

“Los oficiales del Estado Mayor somos parientes del diablo. Sobre todo, cuando hacemos cálculos”.

Tanto el éxito como el fracaso carecían de error cuando eran producto de cálculos⁵⁹. Los oficiales del Estado Mayor necesitaban poner al demonio en varios detalles, sobreponer los límites del intelecto

⁵⁹ En la historia de la ciencia, el demonio de Laplace es la primera articulación publicada de determinismo causal o científico por Pierre-Simon Laplace en 1814. Según el determinismo de Laplace, si alguien (el Demonio) supiera la ubicación precisa y momento de cada átomo en el universo, sus valores pasados y futuros para cualquier tiempo dado serían deducibles de esos datos; podrían ser calculados de las leyes de mecánica clásica.

humano y arrancar su victoria de las garras del destino. La guerra total les exigía ser monstruos.

“¿Quieres rezar por nuestro éxito? Eso es algo que haría un ser humano. Puedes dejarle lo de rezar a alguien que no sea un oficial. Hay un camino diferente para nosotros”.

La mayoría de la gente se sentiría angustiada al ver cómo avanzaba el reloj. Sin embargo, Zettour era el único predicador de la guerra que podía mostrarle el camino a sus compañeros.

“Recuerda esto”.

El monstruo arrogante e intelectual que era un verdadero oficial estaba seguro de su victoria en este momento. Los números bien calculados nunca mentían. Desechó la parte humana que cometía errores basados en la esperanza.

“¿Por qué iba a perder un oficial del Estado Mayor contra una persona normal? ¿Crees que soy arrogante? Tendrías razón. Un oficial de Estado Mayor que ha tomado la iniciativa puede llevar un plan hasta el final sin fracasar. La mitad de la batalla está en la preparación”.

Podía aceptar que la niebla de la guerra siempre estaría presente y que siempre habría resistencia, algo que había que aceptar. También era comprensible que hubiera cierto grado de conflicto interno a la hora de emprender acciones decisivas. Había que gestionar bien las provisiones para que no faltaran alimentos. Todo ello se tuvo en cuenta a la hora de crear un plan maestro.

Un oficial del Estado Mayor debe demostrar su capacidad no con su comportamiento, sino con los resultados que obtiene. Los engranajes del instrumento de la violencia debían mantenerse en la mejor forma humanamente posible. Los engranajes pulidos con regularidad eran como dioses por derecho propio. O quizás era en estos engranajes donde residían los verdaderos demonios. No había lugar para una avería en la máquina de guerra.

El General Zettour habló con voz suave para tranquilizar a su subordinado.

“No hay duda de que el primer ataque tendrá éxito”.

El Teniente coronel Uger se sintió atraído por las palabras del general, a lo que éste correspondió continuando su explicación en tono amable.

“Verás... nuestros amigos ildoanos sólo han luchado una guerra en su imaginación. No están preparados para lo que implica una batalla real”.

“¿Cree que nuestro ataque sorpresa será tan efectivo?”.

“Estamos a punto de echarles de sus camas. Me pregunto si es posible que perdamos. No es como si nuestro ejército fuera un gato doméstico a punto de enfrentarse a un león”.

El general hablaba con gran seguridad. Pero lo que era aún más elocuente que su seguridad era la determinación que ardía en sus ojos. Su sonrisa los afinaba, pero no había ni una pizca de risa en ellos.

El Teniente coronel Uger tragó saliva sin querer al mirarlos directamente. Ya era plenamente consciente de la enorme capacidad de su superior -casi hasta la exageración-, pero tal destreza sólo la conocía en el contexto de las operaciones. Y pensar que el general era así de feroz también en el terreno de la estrategia.

En ese momento, quizá el Teniente coronel Uger se había relajado demasiado. Mostró una mirada curiosa. Tal vez se debiera a las inesperadas circunstancias que se presentaban, o tal vez a que había oido que el Director Adjunto Zettour siempre tenía un plan B.

Sea como fuere, su boca se abriría antes de que terminara de pensar.

“¿Qué haremos si esto falla?”.

El Teniente coronel Uger se arrepintió de la pregunta inmediatamente después de formularla. Era una pregunta frívola, teniendo en cuenta la inmensa ansiedad que se respiraba en toda la sala ante un posible revés estratégico. El teniente coronel se irguió en posición de firmes, dispuesto a disculparse, cuando el General Zettour le hizo un gesto para que se relajara.

El general cerró la comedia romántica que había estado leyendo... y se frotó el cuello con la mano.

“Será mi cabeza la que esté en la guillotina si fracasamos. Aunque eso es simplemente una cuestión de tiempo en sí mismo”.

“¿Señor?”.

“No es nada”, dijo el General Zettour mientras sacudía la cabeza antes de volver a su puro. Su expresión serena no era la habitual en un oficial al mando en los momentos inmediatamente anteriores a un ataque.

Pero este comportamiento era natural en él, ya que el nerviosismo propio de un momento así era algo que había superado hacía tiempo.

“Todos acabamos muriendo. Tal y como yo lo veo, es mejor que pasemos lo que nos queda de vida luchando hasta el final”.

El general miró entonces el reloj. Era la hora que había decidido para el ataque. Nunca podría olvidarlo, y aunque lo hiciera, el creciente nerviosismo de los oficiales que lo rodeaban no se lo permitiría. La diferencia en sus comportamientos también le recordaba que la mayoría de los oficiales vestidos con aiguillette seguían siendo humanos por dentro.

Los auténticos oficiales del Estado Mayor son difíciles de encontrar. Pero también por eso el Imperio se encontraba en la situación actual.

Al pensar en ello, el General Zettour sintió un fugaz impulso infantil. Se preguntó si el reloj de pared era realmente exacto. Al fin y al cabo, no era más que un reloj de pared cualquiera. Por lo que sabían, podía llevar unos minutos de retraso. Comprobó su reloj y, efectivamente, parecía coincidir perfectamente con el de la pared.

Era un ejemplo perfecto de armonía preestablecida. Qué poco conflictivo.

Al fin y al cabo, aunque estaban a punto de iniciar una guerra, no era más que una operación limitada, una maniobra militar estratégica

que no era más que una parte del frente de guerra más amplio. Era totalmente evidente y tan valioso como podía serlo.

Los oficiales al mando en el campo probablemente competirían por el tacto estratégico. Como alguien arrojado a la confusión del este, sólo podía estar celoso.

Dicho esto, esta vez era él quien empezaba las cosas. Él apretaría el gatillo, lo que significaba que ya no estaba en condiciones de hacer quejas ociosas.

Cuando atacaran Ildoa, los Estados Unificados se unirían a la guerra. Haría las cosas mucho más difíciles. Él lo sabía. Incluso considerando esto, sus cálculos le dictaban que el ataque era necesario... Sabía que no podía aplazar la decisión mucho más, que era precisamente por lo que, al menos en ese momento, quería librar una guerra limitada como estratega.

O... lo que podría convertirse en su primera y última guerra por la gloria. Pronto sería el momento de comenzar las batallas finales de esta guerra.

Dio una última calada a su puro antes de fijar su postura. Había llegado la hora. En cuanto el reloj marcó la hora prevista, el General Zettour murmuró al resto de la sala:

“Es hora de lo que debería ser una batalla entretenida. Vamos a empezar”.

Mientras tanto, las manecillas del reloj marcan la misma hora predeterminada en otro lugar.

La comandante del Kampfgruppe Salamandra estacionado en la frontera con Ildoa, la Teniente coronel Degurechaff, comparte sencillas instrucciones con sus tropas.

“¡Mis camaradas! ¡Tengo noticias maravillosas!”.

Tanya hace patente su pasión al tener en cuenta que ésta es la primera buena noticia desde la formación del Kampfgruppe Salamandra. Siempre es emocionante que las operaciones y la estrategia se unan.

“¡Tomaremos la iniciativa en este ataque!”.

Un ataque. Un ataque total. Y claro. Se acabaron la guerra de movilidad defensiva, los enfrentamientos aplazados y la espera a que el enemigo contraataque.

Su plan es invadir al enemigo, simple y llanamente. Para un trabajador de servicios es estresante sentarse y esperar a que le lleguen las reclamaciones para tramitarlas, y cualquiera sueña con darle una bofetada en la cara a un cliente malhumorado al menos una vez en la vida. Poder hacerlo sería sin duda un trabajo sin estrés.

“¡Esta vez somos libres de actuar como queramos! Ya no tenemos que dar vueltas alrededor de nuestros enemigos. Esta misión debería ser mucho más fácil de lo que estamos acostumbrados a afrontar”.

Atacar a Ildoa ciertamente no es algo bueno. Todo el mundo sabe que no debemos hacerlo. Tanya sabe con seguridad que esta operación es poco inteligente, pero no puede decirlo en voz alta. De cualquier manera, desde la perspectiva de un comandante, esta debería ser una operación extremadamente fácil.

“Es hora de una batalla divertida por una vez. Quiero que se diviertan, camaradas”.

Tanya cruza las manos en su espalda y anima a sus tropas con una sonrisa.

Así lo hacían los antiguos romanos. Es una doctrina tradicional y fiable, probada repetidamente en combate, para inspirar el espíritu de lucha de tus tropas explicando lógicamente sus puntos fuertes.



Un espíritu de lucha sin una base física no vale nada. Pero un espíritu construido sobre algo verdadero no es algo que pueda tomarse a la ligera. Tanya necesita que todos y cada uno de sus soldados rindan al máximo de sus capacidades. Es natural que un directivo vigorice a sus subordinados antes de que se pongan a trabajar sobre el terreno.

Por eso, tras su discurso, Tanya busca al líder de cada rama de su Kampfgruppe. Ella comienza con el hombre que dirige las unidades mecanizadas.

“Capitán Ahrens. Nuestra velocidad lo es todo en esta batalla. Asegúrese de estar donde tiene que estar en cada paso de la operación”.

“Intentaremos romper la línea enemiga”.

“¿Te apuntas a hacerlo? ¿Me estás tomando el pelo, hombre?”.

Tanya suspira antes de corregir a su subordinado. No podemos permitir que malinterpreten algo tan crucial.

“Atravesar su línea no es un objetivo por el que debas *luchar*. Es algo que tú eres responsable de conseguir. Romperás su línea. A toda costa, no importa qué”.

El tiempo será esencial en su batalla contra Ildoa. El éxito de la operación depende de que las tropas de este hombre sigan el ritmo del reloj. El tiempo es el recurso del que más carece la operación. En este sentido, el margen de error es mínimo.

Me pregunto cuántos ejemplos hay en la historia en los que un plan haya permitido esta pequeña redundancia.

Dudo que no hubiera ninguno. Pero, de los pocos que hubo, ¿Cuántos consiguieron realmente una victoria? Sorprendentemente, recae sobre los hombros de Tanya asegurarse de que esta operación pase a la historia como una de las pocas que han tenido éxito.

Enviar palabras vacías de ánimo y esperar que tus subordinados rindan es algo que hace un superior inútil. Es el peor tipo de jefe, el que ignora la realidad y sigue exigiendo resultados.

En épocas más normales, Tanya se enfadaría con un superior que intentara hacer esto. Pero esta vez las cosas son diferentes.

“Confío en su capacidad como experto para llevar a cabo con éxito su parte de la misión. Sin embargo, no es necesario que reces por nuestra victoria. Como ves, el diablo está en los detalles en este caso”.

El único desafío que se les presenta es penetrar en la línea enemiga. Por el contrario, el resto de variables y factores que influyen en nuestro éxito son prácticamente inexistentes.

Tomemos el tonto ejemplo de una derrota debida al retraso de nuestros refuerzos. Incluso la mera idea es un completo disparate. Tendremos algunas de nuestras mejores unidades detrás de nosotros, preparadas para cargar. La cúpula ha tomado todas las disposiciones necesarias para nuestro éxito. La vanguardia sólo tiene que cumplir su programación.

Que los refuerzos se retrasen y hagan fracasar la operación... no es responsabilidad de Tanya. ¡Y esto es algo bueno! Ella está exenta de velar por la carga colectiva.

“El éxito de esta operación depende de su actuación. Nuestro Kampfgruppe ha demostrado su eficacia una y otra vez al penetrar incluso en las tropas de la Federación”.

Con esto en mente, Tanya habla con gran alegría:

“Tendremos el control de los cielos, bajo el cual ustedes dirigirán la carga en tierra. Todo lo que deben hacer es lo de siempre... Es decir, a menos que alguno de ustedes quiera argumentar que el Ejército Ildoano supone una amenaza mayor que el de la Federación y será demasiado para nuestras tácticas habituales. Seguro que no hay nadie tan estúpido en nuestras filas”.

El Capitán Ahrens parece entenderla al asentir levemente con la cabeza. ¿Y por qué no iba a hacerlo? Mi lógica es impecable. Un buen ciudadano debe cumplir con su deber con integridad.

“Lo que promulgaremos hoy es una división del trabajo bellamente ejecutada, camaradas”.

El Kampfgruppe abrirá el camino para que sus soldados penetren y conquisten el país. Un enfoque clásico y tradicional que también es relativamente moderno.

Las verdades de la guerra deben practicarse con extrema fidelidad. Siempre es bueno tener presente lo básico.

“Si estamos respaldados por refuerzos sólidos, eso debería sellar el trato. Es el arte de la guerra ⁶⁰. Camaradas, mostremos a los Ilodoanos la culminación de nuestro duro trabajo en el este”.

El economista clásico Ricardo ⁶¹ apreciaría esta hermosa separación de tareas. Algunos se burlan de que la simplificación del trabajo ha eliminado la alegría del trabajo... pero está bien que la guerra sea sencilla. Tanya nunca podrá apreciar las alegrías de la guerra. Dicho esto, tampoco soy tan arrogante como para imponer mi postura a los demás... Al fin y al cabo, soy pacifista.

Tanya agita las manos y llama al oficial que la observa de reojo.

“Teniente primero Tospan. No le ordenaré que muera. Pero quiero que haga marchar a sus soldados como si sus vidas dependieran de ello. Avancen con todas sus fuerzas”.

“En otras palabras, ¡Esto será más fácil que lo que hacemos en el este!”.

“¡Me alegro de que sea tan inteligente como para entenderlo!”.

⁶⁰ El arte de la guerra es un libro sobre tácticas y estrategias militares, escrito por Sun Tzu, un famoso estratega militar chino. Se trata de un antiguo tratado militar chino que data del final del periodo de las primaveras y otoños (aproximadamente del siglo v a. C.). La obra consta de trece capítulos, cada uno dedicado a un aspecto de la guerra y de cómo se aplica a la estrategia y tácticas militares. El arte de la guerra sigue siendo el texto de estrategia más influyente en la guerra de Asia Oriental y ha influido en el pensamiento militar oriental y occidental, así como en las tácticas de negocios y en la estrategia legal, entre otros campos.

⁶¹ David Ricardo fue un economista inglés de origen judío sefardí-portugués, miembro de la corriente de pensamiento clásico económico y uno de los más influyentes junto a Adam Smith y Thomas Malthus. Continuó y profundizó el análisis del circuito de producción de la república, cuyo origen se remonta a Quesnay y al fisiocratismo. Es considerado uno de los pioneros de la macroeconomía moderna por su análisis de la relación entre beneficios y salarios, uno de los iniciadores del razonamiento que daría lugar a la ley de los rendimientos decrecientes y uno de los principales fundadores de la teoría cuantitativa del dinero. Es por ello que es invocado por familias de pensamiento económico muy diferentes, desde los neoclásicos a los marxistas ingleses.

Conversa alegremente con el comandante de los soldados de infantería y espera una ejecución hábil de sus tareas.

El oficial, que está dispuesto a luchar hasta la muerte, probablemente continuará su carga hasta que le den la orden de detenerse.

La siguiente persona a la que se acerca Tanya es el oficial que supervisa la artillería. Tiene una expresión sombría.

A diferencia de los demás oficiales, no intenta ocultar su abatimiento ante la próxima batalla.

¿Y quién podría culparle? Después de todo, su trabajo consiste en arrastrar los cañones del ejército a lo largo de la carga para seguir el ritmo de todos los demás en una batalla de guerra de maniobras. Y estos cañones son enormes. Suministrar fuego de cobertura en la guerra de maniobras cuando se invaden territorios enemigos es una de las tareas más laboriosas del ejército. Es más probable que él y sus tropas mueran por su carga de trabajo que por una bala perdida.

Afortunadamente para él, hay buenas noticias.

“Capitán Meybert, desafortunadamente, no creo que vea mucha acción en esta operación. Tropas amigas se encargarán de la artillería de nuestro Kampfgruppe esta vez”.

“¿La división de artillería está aquí?”.

El Capitán Meybert levanta la vista con esperanza en los ojos. Sin embargo, el hombre es un veterano: La esperanza le ha traicionado suficientes veces como para saber que no debe confiar en ella. Esta vacilación suya es probablemente una desilusión aprendida. Es algo realmente triste de ver. Esta vez, sin embargo, podía creerle a Tanya. La División de Artillería -en otras palabras, el único dios verdadero digno de alabanza- está allí velando por ellos. El Estado Mayor... o quizás, mejor dicho, el General Zettour, les ha ayudado de verdad esta vez.

“Tenemos un dios verdaderamente benévollo que vela por nosotros en esta ofensiva. Es la deidad benévola de lanzar misiles”.

Su artillería estará donde la necesiten, cuando la necesiten.

“Entonces, ¿Lo que quiere decir es...?”

“Una andanada de misiles está a una llamada de distancia. Nos han dado prioridad para su uso, hasta un general de campo estaría celoso”.

“Estaría más que dispuesto a vender mi alma a ese dios del que habla si todo eso es cierto”.

A Tanya le hace gracia el chiste, pero se guarda la risa al ver la cara que pone el hombre. Para una liberal⁶² lógica como yo, no puedo entender cómo habla en términos tan definidos. Sin embargo, está claro que el hombre habla en serio. La ausencia de color en sus ojos y en su voz lo deja muy claro.

“Yo no te mentiría. Tendremos una densa cortina de brillantes misiles asignados para apoyar nuestro empuje. Incluso han enviado artillería autopropulsada y camiones para asegurarse de que todo pueda seguir el ritmo”.

A pesar de la escasez de este tipo de recursos en nuestra nación, una planificación inteligente y un gran esfuerzo hicieron posible conseguir lo que necesitábamos para esta operación. Gracias a su tiempo como director de operaciones y a su experiencia en el este, la pericia del General Zettour como líder ha alcanzado alturas magistrales. Sabe dónde necesita que estén sus recursos y los lleva allí, y ejecuta su logística con un liderazgo increíble.

Casi hace que Tanya se arrepienta de su decisión de buscar un nuevo trabajo. Si hubiera estado al mando cuando empezó esta guerra...

Estoy segura de que la mayoría de los trabajadores sienten este peso cuando encuentran una mejor gestión a su salida.

El respaldo de su sobresaliente superior hace posible que Tanya le ofrezca al Capitán Meybert su garantía con una gran sonrisa.

⁶² El liberalismo es una doctrina política social y económica. En lo social defiende la libertad individual, la igualdad ante la ley y la limitación de los poderes del Estado. En lo económico propugna la iniciativa privada y el libre mercado. Como actitud vital propone la tolerancia.

“La operación puede hacerse si lo único que hay que hacer es transportar el equipo, ¿No?”.

“¿Por las carreteras? Eso debería ser bastante fácil...”.

“A cambio de eso, asegúrate de cumplir estrictamente el horario. ¿Me copias?”.

La firme inclinación de cabeza del Capitán Meybert sugiere que ni siquiera hacía falta decirlo. Estoy segura de que es de los que prefieren cargarse en una artillería y lanzarse a donde tienen que llegar antes que llegar tarde. Sé que es una analogía tonta, pero sinceramente, no me extrañaría. Así de eufórico está este hombre por la noticia y enloquecido por la guerra. Un personal que disfruta haciendo su trabajo siempre rinde más que aquellos a los que no les gusta. Es lo que tiene ser humano. Por mucho que a Tanya le disguste la guerra, tener un grupo de compañeros trabajadores que con gusto saldrán a luchar por ella es algo agradable.

El último oficial que visita no es otro que su fiel primer oficial.

“Ahora, Mayor Weiss. Dividiremos el batallón de magos en dos. Usted defenderá nuestras tropas principales. Lo siento, pero tendrás que llevar la mayor parte de la carga en el frente con Grantz”.

“Entendido. ¿Y en qué punto crucial estará estacionada, Teniente coronel?”.

“¿Yo? Te estaré empujando por detrás. ¿Eso te pone celoso?”.

Tanya muestra una actitud arrogante, pero sabe que sus subordinados no son tan tontos como para dejarse engañar por sus vagas alusiones.

Sin duda, el comandante Weiss hace patente su comprensión con un enérgico movimiento de cabeza.

“Lo estoy. Estar de apoyo táctico debe ser agradable”.

“Eso es correcto. Trabajaré directamente con el general. Mi única preocupación es lo celosos que se pueden poner”.

Tanya va a ser un peón que se envía donde se la necesita. Piensa que, como mínimo, tendrá tiempo extra para descansar hasta que la destinen. Pero... dónde y para qué se la necesita depende totalmente de quién la necesite.

El Teniente primero Grantz no puede ocultar su incredulidad.

“¿Para el General Zettour...?”.

“¿Qué es esto, Teniente primero Grantz? ¿Está interesado en volver a trabajar con el general? Si quiere, podría hacer que su compañía luchara junto a la mía”.

“¡Deje que nos quedemos donde estamos! ¡Alguien más adecuado que nosotros, los subalternos, debería ocuparse de los de arriba!”.

Esta es una respuesta ejemplar. El Teniente primero Grantz sacude la cabeza a lo que quizá sea la máxima velocidad humanamente alcanzable para demostrar que prefiere no tratar con el general. Decir que no es un poco exagerado sería mentir. Sintiendo una punzada de sospecha, Tanya decide interrogar la reacción del teniente primero.

“Vamos. No hay necesidad de contenerse. Es totalmente comprensible que un teniente primero de la academia militar tenga interés en ascender en el escalafón. Desde luego, yo no querría frenar a ninguno de mis soldados”.

“Le agradezco su amabilidad, pero no tiene por qué preocuparse por mí ni por mi carrera”.

“¿No tiene interés en construir una relación con el general? Le sugiero que reconsideré el valor de una relación sólida con él”.

Puede que el Ejército Imperial sea una estricta meritocracia carente de favoritismos flagrantes, pero el respaldo de un superior sigue siendo algo poderoso. Sin las buenas palabras del General Zettour, por ejemplo, Tanya nunca estaría donde está a pesar de ser la más joven de los presentes.

Su autoconciencia objetiva le hace saber a Tanya que, en este sentido, ha sido bendecida con buenos superiores.

“Valoró mucho su capacidad, Teniente primero Grantz. Sé que podrías hacer un buen trabajo para el general si se te diera la oportunidad”.

Siempre hay que ser sincero con el manejo de la carrera de otro. Aunque el propósito de sus subordinados sea ser escudos de carne en el campo de batalla, siguen siendo personas. Siendo Tanya la persona sincera que es, nunca haría algo tan vergonzoso como mantenerlos abajo, en cuanto a su carrera.

“¿Hay algo que pueda hacer como tu superior? Con mucho gusto le escribiría una carta de recomendación”.

“¡Por favor, tenga piedad! No sé si el general me enviará al fuego de la artillería enemiga o me lanzará contra sus unidades panzer; sea lo que sea, una cosa es segura, ¡Sus misiones son siempre un viaje de ida al acero y al fuego del infierno!”.

“¿Qué?”.

Parece tan desesperado, como si un millón de francotiradores de la Federación estuvieran vigilando todos sus movimientos. El Teniente primero Grantz rechaza la oferta de Tanya con rostro rígido y voz alta.

“¡Simplemente deseo dejar que aquellos aptos para la grandeza se conviertan en grandes!”.

Como ciudadana racional que es, Tanya no puede entender por qué los belicistas declaran en voz alta su odio por trabajar en la retaguardia. Dicho esto, es consciente de que existen personas que piensan así. Si tengo que añadir algo a esto, es que Tanya también acepta que la gente tiene valores diferentes y tiene el sentido común de no imponerles su propia sensibilidad. Está segura de que esto forma parte de lo que la convierte en una buena persona.

Así entendió ella su sentimiento y, para demostrárselo, agitó la mano con una mueca.

“¿Ha oído eso, primer oficial? Los jóvenes de hoy en día parecen carecer de ambición”.

¿No debería permitírseles a los humanos ser más honestos con sus deseos? Con esta pregunta fundamental en la cabeza, Tanya pronto descubriría que su incomprendición deriva de su estrecha perspectiva.

“He visto cómo el General Zettour la ha utilizado en el campo de batalla. Lamentablemente, deseo mantenerme fuera de esa posición si es posible”.

Las palabras de su primer oficial llegan a su cerebro y las medita un momento.

“¿Oh?”.

Tanya se cruza de brazos y piensa... *Tiene razón; desde luego, no lo he tenido fácil.*

Aunque el General Zettour ha apoyado a Tanya, aún no le ha compensado adecuadamente por su trabajo. Si su salario no aumenta en consonancia con sus responsabilidades, no puede justificar su actual carga de trabajo. Sus soldados lógicos, más jóvenes, sólo saben hacer la cantidad de trabajo por la que se les paga. Tiene sentido que no vayan a hacer más trabajo por sí mismos.

“Tienes razón... Ahora que lo mencionas, me han puesto a prueba”.

Al fin y al cabo, por eso quiere cambiar de trabajo. Pensándolo bien, es bastante sencillo. La inimaginable psicología de esta generación que no desea avanzar en su carrera se hace más palpable cuando se mira a través de esta lente de rentabilidad. El coste del estatus social es lo que cuesta mantener ese prestigio.

Debe ser eso.

Con esta constatación que confirma una vez más la grandeza del mercado, Tanya se ve envuelta en una inquebrantable sensación de alivio.

“Oírlle decir eso me dice que entrené a mis subordinados para tener principios claros. Le extiendo mi agradecimiento, Teniente primero Grantz”.

Con estas palabras, la tensión que había en la sala se disipa rápidamente. Con la risa bulliciosa llenando el aire, me enorgullezco del trabajo que he hecho para alejar la mente de todos de la batalla que se avecina.

Sin embargo, en cuanto la tensión abandona los hombros de mi primer oficial, rápidamente vuelve a hablar de trabajo.

“Me pregunto, sin embargo, si esta es una asignación adecuada de nuestra mano de obra. No quiero decir que sus tropas sean suplementarias, pero tener al Teniente primero Wüstemann como reserva...”.

Mi primer oficial señala muy acertadamente que hay mucho de qué preocuparse si las unidades más inexpertas se quedan atrás para actuar como apoyo de emergencia. Cuanto más difícil sea la emergencia, más difícil les resultará ejecutar eficazmente el apoyo necesario. Aunque su preocupación no es injustificada, se trata de una cuestión de equilibrio.

“Es un poco complicado, pero las reservas se utilizan a menudo para tapar huecos en la guerra de maniobras. No podemos permitirnos retirar del frente a nuestras unidades más fuertes”.

Aunque es vital prepararse para las emergencias, la misión en sí requerirá el personal adecuado para poder llevarse a cabo con eficacia en primer lugar. La colocación de soldados competentes es una decisión difícil que incumbe a una división escasa en recursos humanos. Utilizar eficazmente lo que tenemos significa aceptar un cierto nivel de riesgo y compromiso.

“Mantendremos a todos donde están. Tú y el Teniente primero Grantz liderarán la carga, y el Teniente primero Wüstemann y yo esponjaremos nuestras almohadas en la retaguardia”.

Voy a dormir lo que me merezco. Tanya les sonríe a sus subordinados... aunque es plenamente consciente de que no es la posición ideal. La Teniente primero Serebryakov, que también conoce

las dificultades de las reacciones rápidas en un campo de batalla caliente, no hace ningún esfuerzo por ocultar un enorme suspiro.

“E inevitablemente nos despertaremos al primer sonido de alarma...”.

La tristeza de su tono es fruto de la experiencia. Lo que habla más de este punto es el casi honrado nivel de derrota en su expresión. La mueca de dolor de su ayudante demuestra que ella no quiere hacer esto.

“Parece que sabe lo que hace, ayudante. Es exactamente como en el Rin”.

“Sí, Teniente coronel... No me apetece trabajar las veinticuatro horas del día”.

“Lo sé, lo sé. Yo tampoco estoy muy animada al respecto”.

Una cosa que un superior nunca debe hacer es exponer sus objeciones a sus subordinados. Sin embargo, debo decir que estoy totalmente de acuerdo con las quejas de la Teniente primero Serebryakov.

Si estuviéramos de guardia, podríamos tomarnos un descanso por turnos. Pero como toda la compañía estará de guardia las veinticuatro horas del día, no importa si estamos durmiendo, comiendo o bañándonos – tendremos que responder a la alarma de forma instantánea. No tendremos tiempo para descansar.

Peor aún es el hecho de que no hay suficientes tropas de reserva para apoyar en esta batalla. En el peor de los casos, puede que tengamos que desplegarnos a diario durante veinticuatro horas seguidas.

“Bueno, de todos modos, Mayor Weiss. Asegúrese de cargar sin descanso, pase lo que pase. Espero que despejes al enemigo bien y rápido”.

“¡Sí, Teniente coronel! ¡Pienso asegurarme de que tenga el sueño reparador que necesita!”.

“No espero menos de ti. Lo último que quieras es que tenga que salir volando y darte una patada en el trasero para que te muevas”.

“No soy el mismo que era en Dacia. Puede contar conmigo”.

Los historiadores llevaron un registro detallado de cómo empezaron las cosas. El primer ataque se produjo exactamente al mismo tiempo que su declaración de guerra. A este respecto, el Ministerio de Asuntos Exteriores Imperial, que hasta entonces se había dormido en los laureles, no escatimó esfuerzos. Sin un segundo de retraso, entregaron su declaración de guerra a la embajada ildoana en el Imperio.

Para cuando los atónitos embajadores ildoanos salieron de su estupor y buscaron a sus homólogos imperiales para confirmar la situación, los misiles ya estaban cayendo sobre la frontera de su nación, iluminando el cielo matutino ildoano.

El asalto aéreo también comenzó alrededor de la misma hora. Cada división se cercioró de que no había órdenes de esperar, sobrevolaron la frontera ildoana y atacaron a sus respectivos objetivos.

La habilidad del General Zettour para enfocar con pericia un asalto aéreo le había sido inculcada en el este, y era minucioso con su práctica.

Lo había apostado todo al primer ataque total. Avanzar el aeródromo hasta la línea del frente era sólo el principio. Además de reunir piezas, munición y combustible, el ejército reunió a personal de mantenimiento de todo el Imperio -incluso del departamento de educación- para maximizar sus salidas.

Para hacer posible la repetición de las salidas, los controladores aéreos que habían experimentado una *guerra aérea* agresiva durante la Batalla Aérea del Oeste fueron desplegados a propósito en lugar del personal habitual que sólo se ocupaba de las interceptaciones.

Todas estas medidas se tomaron para asegurar el control del cielo. Los esfuerzos por asegurar una ventaja localizada en Ildoa a costa de la división de educación, la defensa aérea de la zona industrial occidental y el apoyo aéreo sobre toda la línea defensiva oriental y la capital imperial darían sus frutos.

Las botas sobre el terreno avanzaron con la flota aérea controlando los cielos.

Con un nivel de supremacía aérea sin precedentes para el moderno Ejército Imperial, podrían incluso enviar sus cañones ferroviarios para pulverizar la línea defensiva ildoana.

El acero y la sangre sacudieron el territorio de Ildoa como una onda expansiva que rápidamente se abrió paso hasta el aparato político de la nación. Todos los afectados por la guerra entraron rápidamente en pánico y, antes de que se dieran cuenta, el pánico colectivo se acumuló en un torbellino de agitación.

Lo mismo le ocurría al Coronel Calandro, que llevaba toda la noche esperando más información del Imperio o del control fronterizo de su país. Al fin y al cabo, fue él quien dio la voz de alarma. Su intención era prepararse para lo que pudiera venir, así que no se sorprendió cuando un oficial presa del pánico entró dando tumbos en su despacho.

“¡C-C-Coronel!”.

El oficial histérico era un joven teniente primero. La forma en la que tropezó al entrar precipitadamente en la habitación alertó al Coronel Calandro de la gravedad de la situación.

El Coronel Calandro respiró hondo y, preparado para cualquier conspiración, interrogó al oficial con tono firme.

“¿Es un golpe de Estado? ¿O el Gobierno está reprimiendo a su pueblo? ¿Una purga política? No importa lo que sea. ¡Sólo dime lo que sabes!”

“E-El Imperio, ellos...”.

“¿El Imperio?”.

Supuso que eso significaba que algo había ocurrido en el Imperio. Aunque la vacilación del hombre era inquietante, esperó a que continuara.

“¡Se han movilizado! ¡Se han movilizado!”.

El Coronel Calandro no entendía muy bien lo que su subordinado intentaba transmitirle.

“¡Ya vienen!”.

Su discurso no tenía sentido. Fuera lo que fuera lo que el oficial intentaba decir, estaba demasiado nervioso como para comunicarlo. El hombre estaba completamente histérico, y este joven oficial, en particular, no era de los que perdían la compostura... Después de todo, era un oficial encargado de transmitir mensajes del mando. ¿Qué había pasado con su habitual compostura? ¿Qué le pasaba?

“Teniente primero, respire hondo. ¿Qué quiere decir con que *el Imperio se ha movilizado?*”.

“¡El Imperio, el Imperio! ¡Han comenzado! ¡Su ataque! ¡Han declarado la guerra!”.

“¿Otra vez?”.

¿Qué intentaba decir aquel hombre? El coronel captó palabras clave que no tardó en asimilar. Podía adivinar lo que el hombre intentaba decir, pero, incapaz de procesarlo, se limitó a repetir como un loro las palabras del hombre.

“¿Han... declarado la guerra...? ¡Absurdo! ¿¡Nos han declarado la guerra...!?”.

El coronel no pudo terminar su frase con *a nosotros*, no tenía tiempo. Rápidamente se dio la vuelta, dejando atrás al oficial mientras echaba a correr. Atravesó el campamento militar, presa del pánico y la confusión, y corrió directamente al control principal, donde pronto se encontró con sus compañeros.

Todos tenían la misma opinión sin expresar en sus rostros inexpresivos. Su sentimiento: *¿Cómo puede ser?*

A lo lejos, al otro lado del país, la capital de Ildoa fue golpeada por las mismas ondas de choque. La distancia de la línea defensiva no hizo que los temblores fueran menos fuertes. De hecho, era ecuánime decir que las ondas de choque se habían hecho aún más fuertes cuando llegaron a la capital.

Los escupitajos volaron por el aire mientras cada uno de los oficiales de alto rango se gritaba.

“¿Por qué haría esto el Imperio!?”.

No era un sueño. No era una pesadilla de la que pudieran despertarse con un pellizco en la mejilla. Aunque eso no impidió que algunos de ellos lo intentaran. El dolor que les recorría las mejillas les decía que aquello era la realidad, y que la realidad que creían conocer no estaba dictada por la misma lógica con la que ellos vivían.

Quizá si hubieran desempeñado un papel más activo en la guerra, habrían tenido una mejor perspectiva. La lógica a la que se adhería el Estado Mayor Imperial era diferente a la de Ildoa. Era una perspectiva bestial y monstruosa que conducía a la acción racional.

Es triste -o afortunado, según se mire- que los ildoanos nunca comprendieran del todo el concepto de guerra total. Incluso su ejército consideraba la guerra como una excepción y la paz como la norma.

El consenso militar y diplomático del Ejército Real de Ildoa era maximizar sus propias ganancias bajo la bandera de la neutralidad y manteniéndose al margen de la guerra. Creían que era la mejor manera de mantener las buenas relaciones con todos sus países vecinos. Para los países en guerra con el Imperio, esta postura era una victoria en sí misma, ya que creaba espacio para colocar una traba en la Alianza Ildoa-Imperio.

También podían actuar como mediadores entre el Imperio y el resto del mundo. Aunque no fuera más que una formalidad, era una vía diplomática adecuada para el Imperio. Para el Imperio, que llevaba mucho tiempo soportando una guerra sin cuartel, Ildoa podía guiarles hacia el fin de las hostilidades que tanto deseaba. Los ildoanos podían enviarle al Imperio recursos estratégicos en secreto y crear líneas de suministro útiles, aunque limitadas, para el país.

La alianza de neutralidad armada de la nación con los Estados Unificados se había firmado tras vislumbrarse el final de la guerra. Este raro punto de apoyo estratégico que Ildoa había creado para su

neutralidad parecía inviolable, y sus líderes pensaron que podrían ganarse el favor de ambos bandos. Incluso si fracasaban en la mediación, no habría sido perjudicial para su propia nación. Cualquier interés que perdieran podría ser reclamado lentamente al Imperio después de la guerra. Además, aún quedaba mucho margen para conseguir nuevos logros con otros países que buscaran alianzas con Ildoa.

En su mayor parte, Ildoa debería haber sido capaz de lograr todo esto sin jugarse la vida entrando en guerra. Al fin y al cabo, eran un valioso canal de comunicación entre los países de ambos bandos. No había ni una sola nación que albergara mala voluntad hacia Ildoa, desde luego no hasta el punto de arriesgarse a perder el canal diplomático que proporcionaba. Si algún país hubiera pasado a la ofensiva entre Ildoa y el Imperio, seguramente habría sido Ildoa. Incluso entonces, esta decisión sólo se tomaría cuando la derrota del Imperio estuviera claramente en el horizonte, y su participación en la guerra sería sólo de nombre. Se suponía que la frontera de la nación nunca vería acción alguna de esta guerra.

Al menos eso pensaban los ildoanos. Era lo que se suponía en aquel momento. Sin embargo, los conmocionados generales ahora sabían que esto era ingenuo.

La noticia de que el Ejército Imperial había cruzado su frontera golpeó a los oficiales del Ejército de Ildoa como un rayo salido de la nada.

Aunque estupefactos por la incomprendible situación... esto, en cierto modo, significaba que compartirían algo nuevo con su viejo aliado: La realidad de la guerra total.

Ahora ambos eran compañeros en este maldito mundo de guerra.

Bajo el mantra de la necesidad, el Imperio le dio la bienvenida a su vecino a este nuevo mundo con un brillante despliegue de fanfarronada que iluminó su frontera.

La historia, en ocasiones, nos habla de coincidencias imprevistas que provocan cambios imprevistos en la narrativa de la época. Lo que se conocería como la *lucha por la carretera* fue una de esas ocasiones.

Los alumnos que conocieran más tarde este extraño logro militar tendrían tantas dificultades para comprender el suceso como sus profesores para explicarlo. Para resumirlo brevemente, podría describirse como un inesperado ejemplo de liderazgo. Esto, por supuesto, haría referencia a la carga liderada por el Coronel Lergen y el Octavo Regimiento Panzer.

Nadie preveía que ocurriría algo así. Al fin y al cabo, el General Zettour quería que se lograra la superioridad aérea antes de la carga, cuyos resultados fueron la imagen de la perfección. Después de que las unidades panzer rompieran las defensas fronterizas en un solo punto, siguió inmediatamente la segunda fase del plan: Contener a las tropas ildanas.

El hecho era que, con la mayoría de las fuerzas enemigas situadas a bastante distancia de la frontera, la unidad de tanques podía avanzar con facilidad. Los tanques avanzaron rápidamente por la zona indefensa, y todo iba según el plan del Imperio.

Por lo tanto, era natural que incluso el gran General Zettour supusiera que el Octavo Regimiento Panzer avanzaría según lo previsto. Sin embargo, por muy perfecto que fuera el plan, las personas nunca estaban exentas de defectos.

Incluso con el mejor apoyo aéreo que un ejército pudiera pedir, era imposible proteger completamente a las fuerzas sobre el terreno de los aviones enemigos. La primera parte de la coincidencia comenzó con la suavidad del avance del Octavo Regimiento Panzer. El regimiento rompía la frontera y seguía avanzando a través de la nación según lo previsto. Las fuerzas del Teniente general Jörg avanzaban con gran velocidad, incluso en comparación con otras tropas amigas. El teniente general estaba hacinado en un tanque con los demás oficiales al mando, que tomaron todos la iniciativa de liderar la carga. La moral era alta tanto entre él como entre sus oficiales.

La velocidad del avance tenía al Coronel Lergen -que, como jefe del Estado Mayor, actuaba de intermediario entre el Teniente general Jörg y cada una de sus unidades- en vilo. Avanzaban todo lo rápido que podían sin romper la formación.

Justo cuando alcanzaron su velocidad máxima, el enemigo se dejó ver en los cielos.

“¡Aviones enemigos!”.

El Coronel Lergen supo lo que tenía que hacer cuando se oyó el aviso a través de su radio.

“¡Abandonen todos los vehículos! ¡Salgan de la carretera!”.

El coronel se encontraba a medio salto del vehículo de comunicaciones cuando dio estas órdenes. Aunque los camiones circulaban a una velocidad que los soldados de a pie podían seguir, la fuerza con la que golpeó el suelo le sirvió para recordar la fuerza de la gravedad. Aunque el impacto fue doloroso, no le impidió moverse.

Su cuerpo había aprendido la tremenda amenaza que podía suponer un ataque aéreo. Era algo que cualquiera que luchara en la guerra aprendería inevitablemente, le gustara o no. En cualquier caso, los caminos abiertos planteaban el mayor riesgo. Tanto si los bandidos enemigos eran magos como aviones, cualquier cosa al aire libre sería un blanco perfecto.

“¡Cúbranse! ¡Salgan de las carreteras! ¡Muévanse, muévanse, muévanse!”.

Mientras el conductor hacía lo que podía para ocultar su vehículo, el Coronel Lergen seguía gritándoles a sus hombres que se pusieran a cubierto.

La altitud ya era de por sí un arma peligrosa. Tanto que el coronel y sus hombres se vieron obligados a esconderse en el barro. Presionando a sus hombres para que se dieran prisa, dejó de preocuparse por su formación y les exigió que se pusieran a cubierto.

“¡Dispérsense y agáchense! ¡No se amontonen!”.

Lo más que podían hacer era encontrar una modesta cobertura y protección. Incluso las ametralladoras más básicas montadas en los aviones enemigos eran más que suficientes para destrozar a una persona. Los soldados se agacharon y se escondieron, y luego rezaron para que las balas no los encontraran.

Lo más exasperante para las fuerzas imperiales al encontrarse bajo fuego enemigo fue que el encuentro fue una total y absoluta coincidencia.

Los aviones eran una unidad rebelde que, al enterarse de que estaban siendo invadidos, tomó la decisión rápida de emprender el vuelo en un intento de investigar la situación. Pensaron que era mejor que quedarse de brazos cruzados y esperar a que sus aviones fueran destruidos en los aeródromos sin llegar a despegar.

La rápida toma de decisiones del malvado comandante les permitió eludir el riesgo de cruzarse con los aviones imperiales que pronto destruirían sus aeronaves y pistas. Sin saber siquiera lo afortunados que habían sido, los aviones volaron hacia el norte, con la intención de llevar a cabo un reconocimiento.

Fue entonces cuando vieron una vanguardia de infantería mecanizada abriéndose paso por la carretera. Tras su descubrimiento, el primer curso natural de acción fue que los pilotos intentaran enviar un informe urgente al ejército ildoano. Sin embargo, la mala acogida les hizo tomar una decisión.

Aunque con un momento de vacilación, los pilotos que inicialmente habían salido a realizar un reconocimiento decidieron dar media vuelta. Si eso hubiera sido todo lo que ocurrió, los soldados imperiales habrían terminado el encuentro con las únicas bajas de sus uniformes embarrados.

Sin embargo, los soldados ildoanos no habían llegado con las manos vacías, y darían rienda suelta a su carga. Sus aviones iban equipados con bombas de ochenta kilos fabricadas en Ildoa, cohetes aire-

superficie⁶³ fabricados en la Mancomunidad y cañones automáticos fabricados con licencias globales.

Para los soldados ildoanos, el uso de estas armas equivalía esencialmente a un fuego de prueba.

Se dirigieron directamente a la cabeza de la división y arrojaron sus municiones antes de regresar a su base. El alcance del ataque dejó claro que se trataba de un encuentro menor. Para las unidades panzer que recibieron la onda expansiva, fue, como mucho, una molestia decente, nada más que fuego de supresión, con sólo unos pocos tanques perdidos cerca del frente.

Sin embargo, la guerra estaba llena de caos impredecible.

La mayoría de los oficiales y soldados imperiales levantaron solemnemente la cabeza del barro para observar el regreso de los aviones, sólo para descubrir que su operación, tan fluida hasta hacía un momento, se había convertido rápidamente en un caos.

“¡El comandante ha sido asesinado!”.

Al darse cuenta de lo que había ocurrido, los oficiales del Octavo Regimiento Panzer corrieron al frente de la vanguardia para encontrar al Comandante Jörg y a la mayoría de los demás oficiales de Estado Mayor con los que había viajado en el camión blindado completamente destrozados. Era un ejemplo flagrante del principal problema de los oficiales al mando que dirigen cargas.

Con el Coronel Lergen como intermediario del comandante, tuvo que aceptar que ahora era el siguiente oficial de mayor rango que quedaba tras el desconcertante encuentro fortuito.

⁶³ Un misil aire-superficie o misil aire-tierra es un misil diseñado para ser lanzado desde una aeronave militar (bombardero, avión de ataque, cazabombardero, helicóptero de ataque u otros tipos) y atacar objetivos en tierra, en mar, o ambos. Son similares a las bombas guiadas, pero para ser considerados como misiles deben contener de alguna forma un sistema de propulsión. Los dos sistemas de propulsión más comunes para los misiles aire-superficie son los motores cohete y los motores a reacción. Estos también tienden a corresponderse con el alcance de los misiles, corto o largo respectivamente.

Utilizó el vehículo de comunicaciones, que había quedado intacto, para ponerse en contacto con cada una de las otras divisiones, y le confirmaron que, efectivamente, era el oficial de más alto rango sobre el terreno.

Todos los oficiales superiores que acompañaban al Teniente general Jörg ascendieron dos grados. Lamentablemente, los únicos oficiales que quedaban eran él mismo y un joven Mayor. Esta escasa alineación casi le hizo pensar en pedir prestados algunos comandantes del regimiento o del batallón.

“Parece que sólo quedamos usted y yo, Mayor Joachim”.

“... ¿Cuáles son sus órdenes, Coronel Lergen?”.

La expresión de preocupación del mayor era a la vez trágica y valiente.

Hm. El Coronel Lergen mostró una sonrisa irónica.

Sé que soy joven para ser coronel, pero ¿Cuántos años han pasado desde que el Mayor Joachim se graduó en la academia militar?

El mayor era prácticamente un niño, apenas tenía edad para ser capitán. Esto hizo que el coronel se diera cuenta de que él mismo era uno de los miembros más viejos del ejército actual. También hizo que el coronel fuera aún más consciente de la guerra que habían estado librando durante demasiado tiempo.

“...Ejerceré el derecho de mando. Señor todopoderoso, pensar que un simple coronel tendría que comandar una división entera”.

Dejó escapar un suspiro antes de avisarle al resto de la división de que se haría cargo del vehículo de comunicaciones. Afortunadamente, el ataque no había dañado demasiado sus equipos ni su capacidad para enviar órdenes.

La cuestión era quién daría las órdenes.

El Coronel Lergen trazó un mapa para discutir su próximo curso de acción, pero pronto se sintió decepcionado al saber que el mayor no tenía mucho que aconsejar.

“Todavía tenemos superioridad aérea hasta cierto punto, pero no es perfecto. Creo que puede ser demasiado arriesgado para nosotros continuar nuestro ataque a plena luz del día”.

“¿Qué está sugiriendo?”.

“Creo que deberíamos esperar al amparo de la noche antes de seguir avanzando”.

El Coronel Lergen, dubitativo, miró para ver si el comandante estaba bromeando, pero se encontró con una mirada inexpresiva y severa. Al parecer, hablaba en serio. Sabía lo que el mayor quería decir, por supuesto. Las aves rapaces dormían de noche. Por lo tanto, la sugerencia del joven mayor no carecía de lógica. Sin embargo, dado que el tiempo apremiaba, era imposible. El Coronel Lergen mostró una expresión sombría mientras negaba en silencio con la cabeza.

“No llegaremos a tiempo si esperamos hasta el anochecer”.

Sería mejor que el regimiento avanzara durante el día en lugar de perder su precioso tiempo mirando el reloj. Sí, sería arriesgado, pero era lo poco que podían permitirse perder más tiempo. Era imperativo que su carga tuviera éxito.

Esta era la carretera del sur de la que Ildoa estaba tan orgullosa. Aunque de vez en cuando aparecía algún vehículo o caballo, en comparación con el cenagal del este, nada se interponía entre ellos y su objetivo. No sólo eso, sino que el enemigo aún no había establecido una línea defensiva. Aunque el tiempo que podían usar esta carretera era limitado, era un camino directo a la capital ildoana que estaba ahí, esperando a que lo usaran.

“Estamos en una carrera contrarreloj. No podemos darle al enemigo el tiempo que necesita para reaccionar”.

“Pero, ¿Y si hay otro...?”.

“Mayor Joachim, si nos detenemos ahora, la muerte del General Jörg habrá sido en vano”.

Como consecuencia de la eficacia de su emboscada, los ataques enemigos seguían siendo esporádicos.

La división contaba con superioridad aérea y fuertes refuerzos que les seguían. Sólo tuvo que cerrar los ojos para recordar las dificultades sufridas en el este, y se le presentó un *camino*.

Mientras pudieran continuar su carga, podrían romper la línea enemiga, por ahora.

Cualquier tiempo que se le diera al enemigo era tiempo para que reaccionara. En cualquier momento podrían levantar un muro. Si no daban el gran salto adelante antes de que el enemigo pudiera crear una línea defensiva, les mandarían de vuelta a la mesa de dibujo.

“Por eso el General Zettour era tan riguroso con el tiempo...”.

Era la misma razón por la que el Teniente general Jörg estaba obsesionado con encabezar la carga: Conocía la importancia de la velocidad para esta operación. El coronel no podía en su sano juicio suceder al hombre sólo para tirar por la borda aquello por lo que se había esforzado.

Con un suspiro, el Coronel Lergen cogió el tabaco que se había aplastado al saltar del camión momentos antes. Fumó un cigarrillo aplastado mientras echaba un buen vistazo al mapa. A juzgar por los movimientos del enemigo, estaba claro lo que tenían que hacer.

Mientras siguieran avanzando, había un camino para ellos. El punto que buscaban atravesar seguía abierto. ¿Pero si permanecían inactivos? Podría cerrarse en cualquier momento.

Así que tenían que aprovechar esta oportunidad.

Continuaron su carga siguiendo el camino predeterminado. Era una decisión difícil de tomar, ya que su ubicación exacta había llegado a manos enemigas.

“Mayor Joachim, apuesto a que se sentiría más cómodo si tuviéramos un paraguas sobre nuestras cabezas, ¿No?”.

“Si pueden cubrir los cielos sobre nosotros, sería ciertamente agradable...”.

Si iban a tener que detenerse cada vez que un avión se cruzara esporádicamente en su camino, el Coronel Lergen pensó que podría tener un serio impacto en su velocidad. Quería que alguien cubriera los cielos directamente sobre ellos.

El problema era que sus fuerzas aéreas ya estaban en una estricta rotación para mantener a raya al grueso de los aviones enemigos. Si las cosas se movían incluso al 80% según el plan, entonces no les quedaba personal para cubrirlos.

El plan del General Zettour era una obra maestra finamente afinada. Sin duda, recortó toda la porquería de su orquesta para que pudiera tocar su canción de batalla. Su máquina de guerra se movía con todas sus piezas al unísono perfecto. Había, sin embargo, alguien a quien el coronel sabía que podía llamar. Alguien que podría considerarse una *pieza de repuesto*.

El conocimiento fue y siempre será poder.

“Supongo que debo reconocer el poder de la amistad”.

Había que utilizar las conexiones donde las hubiera. Mientras el Coronel Lergen caminaba junto a un oficial de comunicaciones, esbozó una leve sonrisa. El joven oficial del Estado Mayor que seguía al nuevo comandante le dirigió una mirada de preocupación.

El coronel podía entender sus dudas sobre la vanguardia, y tener en cuenta todos los riesgos era algo importante. Sin embargo, el Mayor Joachim era un oficial de campo como Dios manda. No podía permitirse mostrar ansiedad a los oficiales y soldados que le rodeaban.

Al darse cuenta de las carencias del joven oficial, el coronel decidió ofrecerle unas palabras para calmarle.

“Voy a enviar una solicitud de refuerzos. Creo que dos compañías de magos deberían ser más que suficientes para el trabajo. ¿Qué piensas?”.

“¿En dónde va a encontrar dos compañías de magos?”.

“No puedo permitir que dudes así de mí. Cuando has sido oficial del Estado Mayor tanto tiempo como yo, aprendes sobre una o dos divisiones de reserva que siempre están listas para la acción”.

“Mis disculpas, Coronel. Gracias, por todo...”.

Debería corregirme, refunfuñó internamente el Coronel Lergen. El comandante Joachim está absolutamente angustiado. ¿Pero de qué hay que preocuparse exactamente? Teniendo en cuenta lo sencilla que es esta batalla y lo clara que es nuestra misión... ¿Por qué hay que preocuparse tanto...? Casi puedo sentir que mi cuello quiere inclinar la cabeza por el desconcierto.

“...Ahora que lo pienso, la chica a la que voy a llamar a menudo también ladea la cabeza”.

Su repentina comprensión fue o un gran descubrimiento o una progresión en su comprensión de la chica. No era la primera vez que la Teniente coronel Degurechaff aparecía en su mente aquel día. Aunque era reacio a llamarla, uno no debe desperdiciar sus cartas.

“Dame tu radio”.

En cuanto cogió el transceptor del oficial de comunicaciones, el Coronel Lergen envió un mensaje a larga distancia. Definitivamente no quería enviar un mensaje sin cifrar... Pensó por un momento en lo que podía hacer.

“Si voy a enviar esto con un cifrado, tengo que pensar en algo”.

Sin embargo, era Degurechaff con quien estaba tratando. Una oficial en la que se podía confiar era algo realmente maravilloso.

“Dirigir el Kampfgruppe al Comandante Asistente, solicitando despliegue”.

Aunque el mayor probablemente no comprendería este mensaje, era más que suficiente. Decidió aprovechar este momento para ordenar un breve descanso para el regimiento.

El regimiento estaba terminando de despejar las carreteras y de recoger los restos de los que habían fallecido en el ataque cuando el Coronel Lergen vio a un sorprendido Mayor Joachim que corría hacia él.

“¡H-Hay un informe para usted, señor! ¡Las tropas de magos están aquí! ¡Dos compañías del 203vo Batallón de Magos Aéreos han venido a apoyarnos! ¡Dijeron que podían empezar a cubrirnos inmediatamente!”.

“¿Ah, sí? Hagamos buen uso de ellos”.

“Lo siento, pero tengo que preguntar. ¿Cómo consiguió que vinieran aquí?”.

Con reverencia en los ojos, el mayor miró fijamente al Coronel Lergen. El coronel le golpeó despreocupadamente con un misil de los suyos.

“Los tomé prestados del bolsillo del General Zettour”.

“No puedo creer que se los prestara”.

“Lo hizo en secreto”.

Era difícil describir la expresión inexpresiva del mayor al oír esto. Quizá por eso los veteranos tendían a meterse con la sangre fresca – para ver una cara así. El deber de los veteranos era formar a los jóvenes oficiales despreocupados... y también servía como soplo de aire fresco, por lo que el coronel complacía al Mayor Joachim con amabilidad.

Aunque, por desgracia para ambos, después de sobrevivir en esta guerra desde la batalla en el norte, el Coronel Lergen era de lo más veterano que había.

Un oficial tan joven estaba a punto de luchar bajo las órdenes de un comandante de división suplente que no era mucho mayor. Hasta hace poco, una combinación así sería inconcebible.

“Soy bastante amigo de su comandante”.

En ese sentido, esa niña del cielo también se considera adulta. No, en cuanto a la edad sigue siendo una niña pequeña. Supongo que debería ser una colegiala... aunque, hay mucho de lo que la Teniente coronel Degurechaff carece cuando se trata de ser una jovencita amable.

Con eso, el Coronel Lergen puso freno a su mente, que se desviaba con facilidad. Dio unos pasos hacia delante y se encontró mirando el cielo de Ildoa. Era tan azul como siempre, pero algo en su color le hizo

dudar de su cordura. El coronel sintió entonces una repentina sensación de vértigo. Por un momento, se sintió abrumado por su fatiga física y la tensión mental que conllevaba la pesada responsabilidad.

No se trata de un perro de juguete. He llamado a un perro de caza...

“¿Coronel?”.

“Vaya, parece que estoy un poco más cansado de lo que suponía”.

“¿E-Esto va a ser un problema...? Q-Quiero decir, está usando las reservas de la Oficina del Estado Mayor sin permiso, ¿Verdad?”.

Las palabras de preocupación del joven oficial fueron una señal para el coronel de que se encontraba mal. Para un comandante era más importante adoptar una postura correcta cuando estaba cansado que cuando no lo estaba. Aflojó los hombros y sonrió como si no pasara nada.

Consciente de los oficiales y soldados que le rodeaban, dejó claro lo que pensaba.

“No hay reglas en contra de pedir refuerzos, ¿Verdad? Con eso fuera del camino...”.

El Coronel Lergen se detuvo un momento para atraer la atención de los que le rodeaban. Aunque él personalmente nunca había sido director de orquesta, se preguntó si sería así para ellos antes de un gran concierto.

Ahuyentando el pensamiento fugaz que cruzó por su mente, el Coronel Lergen declaró sus órdenes con tono resuelto.

“¡Vamos a avanzar!”

Síganme hasta la victoria.

Les mostró a sus soldados un claro y sencillo faro de esperanza. Un comandante debía demostrar en todo momento que era consciente de sus circunstancias. Esto era especialmente cierto cuando dicho comandante había heredado su mando temporalmente.

Sin una sólida red de confianza entre él y los soldados, tenía que actuar de forma que éstos no perdieran la esperanza. Aunque era un

oficial cuyo trabajo era principalmente interno, no dejaba de ser un oficial del Estado Mayor. Era un tipo de monstruosidad que tenía una de las mayores experiencias como parte del aparato de guerra en el Imperio, en su ejército y en el mundo. Aunque fuera un buen individuo, un oficial del Estado Mayor no era más que un engranaje de la máquina, y uno de los grandes.

Cuanto mayor era el engranaje, más esperaban que funcionaran también los que les rodeaban.

“Teniente coronel Degurechaff, por favor, haga como siempre. Necesitamos que nos abra camino, mantenga nuestros cielos a salvo y, si puede, guíe el tráfico de delante”.

“Como desee el Estado Mayor”.

Tal y como esperaba el Coronel Lergen, el 203vo Batallón de Magos Aéreos demostró su versatilidad respaldada por su amplia experiencia. Podían hacer de todo: Vigilar el cielo, permanecer atentos al fuego enemigo, apoyar a los soldados en tierra, hacer reconocimientos, transmitir órdenes e incluso despejar el tráfico. La experiencia que habían acumulado en el este era auténtica. Estas dos compañías, en particular, podían realizar prácticamente cualquier tarea gracias al tiempo que llevaban trabajando a las órdenes del General Zettour. Para el Coronel Lergen, actuar como su superior era muy eficaz para la situación en la que se encontraban.

Como siempre, la Teniente coronel Degurechaff tendría que tragarse cualquier exigencia que le hicieran. Alejando esos pensamientos, el Coronel Lergen bramó continuamente sus órdenes de avanzar.

“¡Necesitamos cruzar este sector! ¡Ordena a la división que avance a toda velocidad!”.

“¿Q-Qué pasa con los caballos?”.

El Coronel Lergen le gritó a su ayudante que lo hiciera funcionar mientras le decía a su hombre que avanzara.

“¡Necesitamos priorizar la velocidad sobre todo lo demás! ¡Que el comando de división se mueva al frente de inmediato!”.

Aunque su experiencia en el este era limitada, esto era elemental. Un comandante debe situarse al frente y tener siempre plena conciencia del frente de guerra. Era el mismo liderazgo que mostraba el gran General Zettour. El mero hecho de hacerlo era más que suficiente para tomar la vaga autoridad que llevaba implícita la noción de ser *comandante* y convertirla en algo que hiciera avanzar a sus tropas. El Teniente general Jörg había empleado la misma táctica, pero con el prematuro fallecimiento de su noble comandante de regimiento, la responsabilidad recayó en el coronel para tomar el control.

El Coronel Lergen sabía lo que podía hacer y sabía que no podía hacerlo solo. No había forma de atravesar la línea enemiga si iba a hacerlo solo, por lo que necesitaba hacer todo lo posible para mantener a su división cerca de él.

Esto implicaba asumir el papel de rechazar los deseos de los oficiales más jóvenes que le rodeaban de hacerle cambiar de opinión.

“¡A-A este paso vamos a dejar nuestro flanco completamente abierto! ¡Tenemos que esperar a que las tropas detrás de nosotros nos alcancen! Una vez que estén aquí, podemos...”.

“Usaremos el océano como protección”.

Apartando al Mayor Joachim, siguió dejando claro que la división debía avanzar. Tenían que avanzar mientras pudieran; no había razón para que se quedaran estancados. Después de todo, los magos aéreos ya habían despejado el río que tenían delante. El Coronel Lergen señaló su nueva protección mientras seguía caminando hacia delante.

“¿E-El mar, Coronel!? ¿Qué haremos con el lado que es tierra abierta!?”.

“Vamos a priorizar nuestra velocidad. ¿Alguna pregunta más?”.

“¡Nuestra división ya va por delante de lo previsto!”.

“No se preocupe, Mayor. El Kampfgruppe nos protegerá por tierra. Pueden ganar tiempo más que suficiente para que las otras divisiones nos alcancen”.

“¿Pero, Comandante?”

“El Kampfgruppe Salamandra está a nuestro lado”.

Se podía confiar en ellos. Con la Teniente coronel Degurechaff al mando y los soldados que había criado desde su nacimiento a su lado, la formación del Kampfgruppe era de lo más sólida. Una unidad panzer de la Federación completamente armada podría venir a la carga y no supondría ningún problema.

Sabía que podían dominar todo lo que se cruzara en su camino y continuó su carga. Sus hazañas militares en el este le infundieron al Coronel Lergen un increíble nivel de confianza en su Kampfgruppe.

“Ahora, oficiales, tomen sus cosas. No querrán que se mojen”.

Lo que más le preocupaba era tener que atravesar el río a toda prisa. Todavía nuevo en la división, pasaba el testigo a cada comandante a sus órdenes para que ejecutaran sus órdenes. Su deber natural como su comandante en jefe era tratar de proporcionarles el apoyo y las herramientas que necesitaban para cumplir sus órdenes. Tenía que averiguar cómo cruzarían el río, dada la situación en la que se encontraban. No había puente, y no podían permitirse perder tiempo esperando las máquinas que necesitaban para cruzar el río. Las unidades Panzer eran pesadas.

“Mayor, los ingenieros de campo de esta división están a la altura, ¿No?”

“Sí, coronel”.

Ya veo. El Coronel Lergen asintió y ordenó sus ideas. Los ingenieros de campo llevaban siempre encima equipos para cruzar masas de agua, pero no eran más que embarcaciones básicas.

Estos barcos eran limitados en número y lentos. Su plan era tomar un puente, pero sin tiempo para encontrar el más cercano, necesitaban priorizar lo que les faltaba. Tendrían que procurarse las herramientas

necesarias, y si no había forma de cumplir su misión con lo que tenían, entonces simplemente tendrían que quitárselo a sus enemigos. Aprendió este principio durante su etapa bajo las órdenes del General Zettour.

Entonces, ¿cómo iba a hacerlo? El coronel echó mano de su radio y decidió dar una orden un poco irracional.

“Teniente coronel Degurechaff, ¿Espera que haya alguna maquinaria que podamos usar al otro lado del río?”.

“Estoy segura de que hay algunas naves de pequeño tamaño en los alrededores”.

El coronel negó con la cabeza. No era un mal comienzo, pero no sería suficiente. Hizo una nueva petición por radio.

“Idealmente, queremos algo que pueda moverse rápido”.

“¿Algo con motor, quizás? Puede que necesitemos ampliar el área de nuestra búsqueda si esperamos encontrar algo adecuado”.

Lo último que quería era perder el tiempo y dispersar a sus hombres. Debido a la prisa que tenían por ponerse en marcha, no eran condiciones que pudiera aceptar.

“...Entonces tendremos que conformarnos con barcos más pequeños. Quiero que los magos remolquen los botes por nosotros”.

Se dio cuenta de que la Teniente coronel Degurechaff estaba probablemente sorprendida por la petición por la rara vacilación que mostró. El enfado en su voz se podía oír en la respuesta que daría un momento después.

“... ¡No somos remolcadores! ¡Somos magos!”.

“Puedes hacerlo, ¿Verdad?”.

El breve momento de reticencia que siguió fue casi simpático. Al poco tiempo, la Teniente coronel Degurechaff cedía e izaba una bandera blanca ante sus exigencias.

“Se puede hacer...”.

Eso era todo lo que necesitaba oír. “Bien”, dijo el Coronel Lergen con una sonrisa y un movimiento de cabeza mientras guardaba su radio. Era cuestión de ver qué *se podía hacer*. El descontento de los magos podría tratarse más tarde. En este momento, la división necesitaba avanzar más que cualquier otra cosa. Porque no era una cuestión de capacidad, sino de tiempo.

Así era siempre.

“Esta sensación de estar apurado...”.

Tiempo, tiempo, tiempo. ¿Cuánto tiempo llevaban así las cosas? ¿Por qué el Imperio siempre se veía sometido a limitaciones temporales tan estrictas?

“Esto no es algo en lo que deba pensar”.

¿Qué pensaban los superiores, el General Zettour? No era una cuestión que los que estaban sobre el terreno pudieran plantearse, así que no tenía sentido preocuparse por ello. Como el oficial al mando de más alto rango sobre el terreno, su única tarea era asegurarse de que sus panzer llegaran a la capital enemiga.

“Ah, tal vez por eso...”.

No, esto es definitivamente el por qué. De repente se dio cuenta de por qué la Teniente coronel Degurechaff, en ocasiones, expresaba su opinión de forma aparentemente irritada.

“¿Por qué nunca se dan cuenta?”.

Sin pensarlo, lo dijo en voz alta. Por un momento le preocupó que alguien cerca de él pudiera haber oído lo que decía, pero se serenó respirando hondo.

Hablaban de cómo los que estaban en la retaguardia no podían ver lo que ocurría sobre el terreno. De cómo la mirada ocasional no era suficiente para hacerles entender. ¿Por qué?

¿Quizás era algo que un comandante sólo podía comprender a duras penas después de toser sangre en el campo de batalla? Si esta experiencia era la única forma de llegar a comprender... entonces, por

desgracia para el General Rudersdorf, nunca podría haber conocido el funcionamiento interno de la mente del General Zettour.

“Y eso es lo que nos trae aquí...” .

Su victoria en Ildoa estaba garantizada. Como mínimo, cumplirían con casi total seguridad sus objetivos militares. Era una estrategia creada por el General Zettour tras su regreso del frente.

Dicho esto, no había nada que decir sobre los factores no relacionados con el plan. Sin embargo, el oficial del Estado Mayor en Lergen tenía un deseo instintivo de mantenerse al margen de todo lo no relacionado con la operación. No quería pensar en las implicaciones políticas de llevar a cabo esta operación.

Su deber era llevar a cabo la operación a la que había sido asignado. Si se trataba de una operación militar creada por un hombre que conocía a fondo los inconvenientes del campo de batalla, lo único que tenía que hacer era cumplir su función.

“Estoy aquí de vacaciones, después de todo... deberían permitirme salirme con la mía” .



EL MISMO DÍA, EL KAMPFGRUPPE SALAMANDRA

Los Salamandras nunca pensaron en preguntarse por qué lideraban la carga hacia el sur por la carretera de Ildoa. Siempre encabezaban la vanguardia, y también siempre la seguían de cerca. En otras palabras, siempre estaban por todo el campo de batalla.

Al convertirse esto en la norma, los Salamandras veían a las otras ramas del ejército como sus eternos refuerzos. Mientras lideraban la carga, el oficial al mando, el Mayor Weiss, hacía uso del *derecho especial* que le otorgaba hacerlo sin dudarlo.

“¡Vamos a recoger naves para cruzar el río! Encuentren todo lo que puedan antes de que lleguen nuestros aliados. Teniente primero Grantz,

lo siento, pero necesito que te dirijas al otro lado del río y me traigas lo que encuentres”.

Las órdenes del Mayor Weiss resultarían ser una tontería. Después de todo, el Octavo Regimiento Panzer ya había robado todos los barcos a sus enemigos. Sin embargo, la idea de que se habían quedado rezagados era inconcebible para el Kampfgruppe Salamandra. Ni al Mayor Weiss ni a sus soldados se les pasó por la cabeza.

Siempre estaban ahí para adelantarse a sus aliados. Utilizar todo lo que el enemigo dejaba atrás era una práctica habitual para ellos.

El Teniente primero Grantz y sus hombres seguramente traerían lo que necesitaban en poco tiempo mientras volaban sin vacilar. Su confianza en ellos era precisamente la razón por la que iban a intentar cruzar el río en primer lugar.

Así, al Mayor Weiss le pillaría totalmente desprevenido el informe que le entregó el Teniente primero Grantz.

“Mayor. Parece que nuestros aliados se nos adelantaron”.

“¿Qué? ¿Nuestros aliados?”.

Los ojos del mayor Weiss se abrieron de forma total como para demostrar que no tenía ni idea de lo que estaba diciendo el teniente primero. El teniente primero Grantz -que también en estado de conmoción- daba su informe con voz chillona.

“Por el amor de todos los santos, pensé que éramos la vanguardia, pero las unidades panzer se han adelantado. Es el Octavo Regimiento Panzer; ya han cruzado el río”.

“¿Nos han adelantado? ¿Seguro que estamos hablando de soldados amistosos?”.

Al Mayor Weiss le costaba procesar esta información. Estaba acostumbrado a ser siempre la punta de la lanza en el este. Habían llegado a Ildoa orgullosos de su velocidad sin igual y de lo que habían logrado hasta entonces.

El Kampfgruppe estaba lleno de magos Nombrados. Sus tanquistas, artilleros e infantería eran igual de hábiles. Todos destacaban en comparación con cualquier otro regimiento. Todos los soldados habían sido educados estrictamente bajo la aguda mirada de la Teniente coronel Degurechaff.

Había otra razón por la que los aguerridos soldados se lanzaban continuamente a la refriega de la batalla. Estar siempre en vanguardia significaba que el regimiento se ganaba el derecho a saquear cualquier equipo abandonado por sus enemigos. El Mayor estaba plenamente convencido de que tanto él como las demás tropas de magos se empleaban a fondo donde más se les necesitaba.

Y, sin embargo, ¿Estos mismos magos se habían quedado atrás? Si fuera cierto, sería toda una sorpresa. El Octavo Regimiento Panzer debe haber desarrollado su propia unidad de magos de élite.

“Pensar que alguien más llegaría primero a nuestra presa... Parece que hay personal que aún no conozco en el Imperio. ¿Era el Octavo Regimiento Panzer? ¿Quién lidera sus tropas de magos?”.

“Bueno, la cosa es...”.

“¿Trajeron al General Romel hasta aquí para esto?”.

“No, no del todo. Pero no estás muy lejos... ja, ja, ja”.

En la mente del comandante saltaron banderas rojas. Su instinto le dijo lo que no quería oír.

“Es la Teniente coronel. Está...”.

Oh. Aunque esto tenía todo el sentido para él, el Mayor Weiss cortaría al teniente primero. Uno siempre podía esperar que estuviera equivocado, después de todo.

“Sí, hay mucho personal que aún no conozco en el Imperio. Seguro que hay muchas tenientes coroneles, teniente primero”.

“Pero, Mayor Weiss. Seguro que sabe de qué teniente coronel estoy hablando, ¿Verdad?”.

“Así que supongo que estamos hablando de la misma querido comandante de batallón nuestra, la misma oficial de Magia Aérea de la Oficina del Estado Mayor”.

El Mayor Weiss, seguro de que no había nadie más que pudiera serlo, vio confirmada su creencia por el Teniente primero Grantz con un asentimiento de todo corazón.

“¿Quién más podría ser?”.

El mundo era un lugar pequeño. ¿O tal vez eran los campos de batalla los que eran pequeños?

Hablando de vivir en el campo de batalla.

“Deberías haber visto la cara de la Teniente coronel mientras remolcaba un montón de barquitos por el río. Parece que llegó a todos los botes primero”.

Hm. El Mayor se cruzó de brazos y suspiró.

Al oír que el Octavo Regimiento Panzer utilizaba magos para remolcar barcos a través de un río, tuvo claro que utilizarían cualquier medio necesario para llevar a cabo su objetivo.

“Parece que llegó primero a la mercancía”.

Ciertamente no fueron lentos en su avance, pero quizás no debieron bajar la guardia.

“No pensé que nos enfrentaríamos a la Teniente coronel...”.

Soltó la queja ociosa con un suspiro que pudo oírse a través de su radio.

“Esto no es una broma”.

“Seguro que no”.

Tal y como señaló el Teniente primero Grantz, las cosas no serían fáciles si estuvieran compitiendo con la Teniente coronel. Era natural que uno quisiera soltar alguna que otra queja. Pero, como era el comandante en funciones, tenía que tomar una decisión: Había que tomar medidas correctivas.

“Siento tener que pedírselo, teniente primero, pero tendrá que salir a buscar lo que pueda”.

Le dio las órdenes al Teniente primero Grantz antes de reunir a su Kampfgruppe y compartir la situación.

“Esto se ha complicado”.

El apresurado Capitán Ahrens respondió primero con una sonrisa intrépida.

“¿Han avistado al enemigo?”

“No, Capitán. Es un aliado”.

No era la respuesta que buscaba. El mayor vio lo que probablemente era la expresión que había mostrado momentos antes. Incapaz de soportar ver sus caras, el mayor se repetía.

“Capitán, son aliados. Las tropas que nos preceden son amigas”.

El oficial de tanques, que tenía la mirada perdida, dio una palmada en señal de comprensión.

“¿Le ha pasado algo a las tropas que nos siguen en la carga? ¿Quizás los soldados de infantería se están retrasando?”.

El comandante pudo ver lo que el hombre estaba pensando. Lo llevaba escrito en la cara: *¿En qué se diferencia esto de cómo son las cosas normalmente?* También estaba claro que el hecho de que las tropas se hubieran adelantado a ellos no estaba siendo comprendido. Hacía mucho tiempo que ninguno de sus hombres confiaba en sus camaradas. Todo esto también era doloroso para el mayor, ya que compartía el mismo sentimiento. Era la norma para el Kampfgruppe, después de todo.

No obstante, tanto si la extraña situación debía calificarse de giro inimaginable de los acontecimientos como de giro de la trama, pensó para sí lo peculiar que podía ser a veces el destino.

Reconociendo que tales ideas preconcebidas podían nublar su visión de la realidad, el Mayor Weiss decidió informarles a sus hombres de las circunstancias que se estaban produciendo.

“Hay tropas amigas que se nos han adelantado”.

El hombre que dirigía las unidades mecanizadas tendría algo que decir al respecto. Con la mirada perdida, el Capitán Ahrens pidió al comandante que lo repitiera.

“Lo siento, creo que le he oído mal. ¿Qué acaba de decir?”.

“Hablo de nuestros camaradas de otra división. Nos han adelantado”.

Al ver que todos los miembros de su batallón se encogían de hombros y tomaban el comentario a broma, el Mayor Weiss tomó la iniciativa de dar más explicaciones. Quizá todos habían sido demasiado arrogantes.

“Es la verdad. Una unidad panzer aliada ha avanzado. El Octavo Regimiento Panzer... Sólo están por delante por un pequeño margen, pero, sin embargo, actualmente están liderando la carga”.

Era difícil de creer para cualquiera de ellos.

Pudo ver el desconcierto en sus ojos mientras asentía con simpatía y continuaba su explicación.

“Debo mencionar que nuestra querida teniente coronel está actuando como su apoyo aéreo cercano personal”.

La noticia bastó para que la banda de soldados, imperturbable incluso ante un ataque enemigo, se mareara. Para bien o para mal, los hombres quedaron sorprendidos por este acontecimiento imprevisto.

“Bueno, eso no es justo... Eso explica por qué estamos rezagados”.

El comentario infantil del Capitán Meybert resonó profundamente en todo el batallón. Todos compartían el mismo pensamiento.

Esto no es justo.

Aunque esto les sirvió para reajustar su proceso de pensamiento colectivo. Todos pensaron en las circunstancias en las que se encontraban.

Y sabían que, con la Teniente coronel en primera línea, ellos ya no iban a la cabeza. Atrapados por el pensamiento, todos los oficiales empezaron a pensar en lo que significaba para ellos quedarse rezagados. Aunque no podían decirlo en voz alta, liderar la carga tenía cierto mérito que todos tenían en mente: El mejor botín siempre estaba esperando a los primeros soldados.

En un sentido muy literal, los primeros en llegar podían requisar cualquier mercancía que quisieran. Los primeros de la vanguardia siempre conseguían lo que querían. Con su posición al frente efectivamente robada, sería poca cosa para ellos cuando tuvieran que competir con las otras divisiones.

El combustible, los alimentos y otros equipos que podían saquear de su enemigo abatido eran un importante incentivo que alimentaba su carga. De este modo, cualquier recurso que pudieran arrebatarle a sus enemigos era muy importante. Esto era especialmente cierto en el este, donde conseguir provisiones de su propio país era siempre difícil.

Sin embargo, sólo había una cantidad de equipamiento que el enemigo abandonaría inevitablemente, y necesitaban competir con sus propios aliados por él.

Llegar primero era necesario según el momento y las circunstancias, pero la falta de recompensas podía hacer que su carga se estancara.

Con las cosas así, fue el Teniente primero Tospan quien, a falta de vacilaciones, planteó la cuestión en la mente de todos.

“Tal vez no deberíamos presionarnos demasiado esta vez”.

“Sí”, dijo mecánicamente el Mayor Weiss, y empezó a asentir. Aunque conectar la vanguardia con los refuerzos era una función militar importante, era difícil estar de acuerdo con su sugerencia. La razón estaba clara.

“Hmm, cómo decirlo... Eso tampoco me gusta”.

El oficial mago que había en el Mayor Weiss le hizo sacudir la cabeza. El mayor tuvo claro que necesitaba decir algo más cuando vio que sus subordinados le devolvían la mirada perdida.

Como oficial mago experimentado, captar las señales de maná era algo natural para el mayor.

“Creo que la Teniente coronel Degurechaff puede estar esperando por nosotros. Puedo sentir el flujo constante de su señal. Si llegamos tarde mientras nos vigila...”.

Un pensamiento horrible. Era casi alarmante cómo ya podían verla reprendiéndolos en sus mentes. El grupo de oficiales adultos tembló al unísono. El miedo a ser reprendidos provocó una sensación casi extraña de excitación en sus mentes.

“No lo crees, ¿Verdad? Pero, no...”.

Gritó uno de los hombres con cara de asombro. El Capitán Ahrens, que hasta hacía un momento se había cruzado de brazos en silencio, empezó a perder la compostura.

“Para que un mago cree una corriente de maná, eso significa... que quiere que sepamos que está ahí, ¿No?”.

El capitán quiso volver inmediatamente al vehículo de mando. Lo llevaba escrito en la cara, y sus compañeros comprendieron perfectamente su aprensión.

“¡Tiene razón, Capitán Ahrens! ¡Tiene toda la razón!”.

Era como si tuvieran un fuego encendido bajo sus traseros. Una intensa sensación de urgencia se apoderó del Mayor Weiss, que prácticamente gritó sus órdenes.

“¡Es tal como dijo el Mayor!”.

El Mayor Weiss no iba a olvidar la advertencia que tan diligentemente le había hecho la Teniente coronel Degurechaff.

“¡No sé las otras divisiones, pero tenemos órdenes específicas de liderar la vanguardia! No podemos permitirnos quedarnos atrás de

ninguna de las otras divisiones, ¡Aunque nos enfrentemos a la teniente coronel!".

No había manera de que ella les perdonara después de darles órdenes tan directas. Sus órdenes eran casi demasiado simples, y no era de las que admitían excepciones. El hecho de que la Teniente coronel Degurechaff estuviera en primera línea no cambiaba sus órdenes en lo más mínimo. Eso era obvio, ni siquiera valía la pena discutirlo.

Las órdenes eran órdenes. Esto era cierto incluso en un cataclismo en el que, por ejemplo, el sol dejara de salir de repente. Tenían que llevar a cabo su misión. Los hombres no tardaron en darse cuenta de que no tenían tiempo para quedarse parados y charlar ociosamente, y menos aún para aminorar el paso.

Se les dijo que lideraran la vanguardia. Eso era todo. Esas eran sus órdenes. Por lo tanto, era imperativo que el Kampfgruppe se esforzara precisamente por eso.

“Deberíamos haber pensado mejor por qué insistió tanto en que lideráramos la carga cuando nos dio las órdenes”.

Con una mirada de comprensión, el Mayor Weiss se cruzó de brazos y asintió profundamente.

“Ella sabía que las fuerzas amigas se adelantarían. Por eso nos dio órdenes tan específicas”.

No importaba lo que Tanya quisiera decir realmente; así era como sus subordinados interpretaban sus órdenes.

Su experiencia y proceso de pensamiento centrado en lo militar los llevó a una conclusión que puede haber sido diferente de lo que Tanya realmente pretendía. Dicho esto, al no estar ella, los soldados de Tanya actuarían de acuerdo con la respuesta que se les ocurriera.

Fue el Teniente primero Tospan quien habló en nombre de todos por segunda vez.

“A este paso... el Kampfgruppe Salamandra puede ser tachado de perezoso la próxima vez que trabajemos con las otras ramas del ejército”.

El Capitán Meybert asintió con un gesto hosco.

“Puedo oírlos ahora, hablando de cómo lo mejor de lo mejor de cada una de las divisiones del ejército se quedó atrás en la carga...”.

No era la reputación que querían para el Kampfgruppe. La simple noción de tardanza se les escapaba. Siempre se movían de acuerdo al plan y de acuerdo al horario.

Era un pequeño motivo de orgullo para ellos, un orgullo respaldado por sus numerosos logros. Si había siquiera un atisbo de arrogancia... entonces necesitaban hacer todo lo que estuviera en su mano para acabar con ella.

“Podemos pensar en el combustible y otras cosas más tarde”.

El grupo de oficiales asintió al comentario del Mayor Weiss. Hasta que terminaron de asentir, todos se movieron en tandem. A partir de ahí, sus hábitos variaban dependiendo de la rama del ejército a la que pertenecieran.

El Capitán Ahrens, de la unidad panzer, se mostró ansioso por regresar a su panzer lo antes posible.

El Capitán Meybert estaba inquieto mientras pensaba en cómo preparar el traslado de los cañones.

Todos los soldados de infantería mostraron una mirada profunda y pensativa, señal de su firme resolución.

Aunque sus expresiones variaban, compartían el mismo objetivo. Ni un solo soldado se opuso a la opinión del Mayor Weiss de que debían cargar. Después de todo, tenían a la Teniente coronel Degurechaff agitando su bandera para que *se pusieran en marcha* a lo lejos.

Tenían que recuperar su puesto de vanguardia a toda costa. Los oficiales del Kampfgruppe reafirmaron sus claras órdenes de mantener la concentración y fijaron sus prioridades.

“Vamos a avanzar. Dejando a un lado las órdenes de la teniente coronel, no podemos permitir que la División Lergen nos adelante demasiado”.

El Mayor Weiss dio las órdenes que debía dar. Continuó con una sonrisa irónica.

“Capitán Meybert, mis disculpas, pero necesitaré que haga algo difícil. Puede que necesitemos que nos apoye con fuego directo de cañón después de todo”.

Con la división de artillería muy rezagada en la carga, iban a tener que utilizar todos sus recursos para concentrarse en avanzar lo más rápidamente posible.

“Sabía que esta vez no habría nada que hacer. Es el mismo escurridor de siempre”.

El oficial de artillería hizo una mueca antes de proceder con prontitud a realizar las tareas que se habían convertido en una segunda naturaleza para él.

“Probablemente pueda hacer que las cosas funcionen con caballos y vehículos de remolque. Nos estamos quedando sin combustible. Será mejor que prepare algo de vino para mis hombres cuando todo esto acabe”.

El Capitán Meybert compartió su deseo con un gruñido, al que Johann-Mattäus Weiss respondió sin vacilar.

“Puedes esperar con impaciencia”.

“¿Oh? ¿Y dónde va a encontrar vino?”.

El astuto oficial de tanques lo pidió en nombre de sus hombres. El estado de las provisiones del Kampfgruppe era de dominio público. Con su principal objetivo de avanzar lo más rápido posible, tenían que dejar atrás todo lo superfluo, y así, no había vino que encontrar en todo el Kampfgruppe.

El Mayor Weiss no se avergonzaba de la respuesta que daría a esta pregunta.

“Conseguiremos lo que necesitamos de los enemigos. Y si ellos no tienen, habrá amigos que fueron lo suficientemente tontos como para

traer algunos con ellos detrás de nosotros en la carga que podremos tomar”.

Suena sencillo, ¿Verdad? El Mayor Weiss confiaba en sus palabras. Su sugerencia provocó un extraño giro del destino cuando el normalmente complaciente oficial de los panzer se echó atrás.

“Aunque probablemente no deberíamos aceptarlo de los aliados, ¿Verdad?”.

Se sorprendió un poco al formular su pregunta, pero el Teniente primero Tospan y el Capitán Meybert hacía tiempo que habían perdido la costumbre de considerar las normas como sagradas e inviolables.

“Qué sofisticado de su parte, Capitán Ahrens”.

“Pero el mayor tiene razón. Todo depende de tu enfoque y de arreglártelas con lo que tienes”.

Los dos oficiales estaban dispuestos a utilizar su imaginación y cantaban alabanzas a su capacidad de adaptación. Para bien o para mal, habían aprendido a pensar por sí mismos durante su estancia en la marina. La formación de los que trabajaban en los muelles podía cambiar a un hombre.

“¿Teniente primero Tospan?”.

El teniente primero soldado de infantería soltó una breve risita ante el sorprendido oficial de los panzer.

“La necesidad es la madre de la invención. Lo aprendimos en los muelles por las malas. No quiero morir en la guerra cumpliendo las normas”.

Con una expresión de lo más seria posible, compartió sus verdaderos sentimientos.

“Una cosa es segura; definitivamente no quiero ser el que tenga que explicarle por qué llegamos tarde a la teniente coronel. Si has experimentado el deseo de dispararle a alguien por su incompetencia, lo último que quieras es convertirte tú mismo en un incompetente”.

El Capitán Meybert, harto, interviene al ver las caras inexpresivas de sus hombres.

“Saben que tuvimos una discusión con la marina por defender el puerto, ¿Verdad? Se nos echaron encima con su mierda reglamentaria, exigiendo que les diéramos la documentación adecuada. Gracias a esos idiotas, no tuvimos tiempo suficiente para darle la bienvenida al Mando de la Mancomunidad cuando se presentaron en nuestra puerta sin avisar”.

El Teniente primero Tospan también compartió su desdén por la incompetencia con un feroz movimiento de cabeza.

“¡Esa vez sí que nos jodieron! Odio a los que ignoran la realidad en aras de normas y reglamentos. Qué panda de inútiles”.

La líder de los increíblemente racionales y lógicos oficiales que componían el Kampfgruppe Salamandra les había inculcado una regla de oro: Enfrentarse siempre a la realidad.

Se vieron obligados a ser realistas durante su estancia en el este luchando contra la Federación. Lo mismo ocurrió con sus enemigos. En el caso de la Federación -a la que inicialmente veían como un puñado de comunistas-, los soldados imperiales dejaron a un lado su ideología ignorante y empezaron a ver a sus tropas como nada más que una forma de que la máquina de guerra imperial afilara sus cuchillas.

Laantidad de la burocracia no les servía de nada cuando estaban bajo el fuego de la artillería enemiga. Estos hombres, todos completamente bautizados por la sangre y el acero, aceptaron e incluso resonaron con la ira del Teniente primero Tospan. Para bien o para mal, así se adaptaban a esta guerra. La necesidad les proporcionó a los hombres la premisa que necesitaban para aceptar el sentimiento del teniente primero. El grupo empezaba a llegar al extremo de justificar que saquearan a sus aliados. Tales pensamientos no se tenían sin vacilación, por supuesto.

Sin embargo, todos pensaban lo mismo. Después de todo, ¿A quién preferirían excusarse? ¿A la oficial al mando de su Kampfgruppe, la Teniente coronel Degurechaff? ¿O a alguna otra rama del ejército?

Sus órdenes eran cargar con todas sus fuerzas para empezar. Así, todos los hombres conspiraron juntos.

“Si tenemos que elegir entre los burócratas y la Teniente coronel, debería estar claro a quién debemos darle prioridad. ¡Definitivamente no quiero tener que llorar delante de la Teniente coronel!”.

El Mayor Weiss tomó la decisión por todo el grupo y ninguno de los oficiales presentes discrepó. Todos asintieron, dispuestos a cumplir con su parte. El deber y la necesidad les obligaban a hacerlo, por lo que estaban seguros de su decisión. Temían más convertirse en soldados incompetentes y atraer la ira de su superior que a cualquier enemigo.

A veces, las cosas podían acelerarse por sinergias involuntarias. Lo que se conocería como la División Lergen encabezó la vanguardia de la invasión a Ildoa por el ejército imperial.

Para el Coronel Lergen, cuyo mando era sólo temporal, el placer que sentía al arrasar las fuerzas enemigas utilizando la guerra de maniobras se convirtió en ansiedad por la posibilidad de estar aislando a sus fuerzas. Quedarse varados en territorio enemigo era una posibilidad aterradora.

Como cualquier contacto con la retaguardia estaba peligrosamente expuesto a cualquiera que escuchara, los refuerzos que le seguían a pie no fueron alertados del nuevo paso de la vanguardia. Justo cuando estaba pensando en cómo podría esperar algún apoyo de tropas amigas... recibió nueva información de la Teniente coronel Degurechaff que estaba de reconocimiento.

Sorprendentemente, el informe se había organizado en documentos para que él pudiera leerlos. Se preguntó si los habría escrito mientras volaba. Sería bastante astuto y hábil.

“Sabía que las tropas de magos eran convenientes de usar, pero pensar que llegarían tan lejos...”.

La conveniencia de los magos no tenía límites. No sólo realizaban tareas de reconocimiento y fuego de cobertura, sino que incluso servían de enlace entre las distintas partes de la división. Un oficial de Magia Aérea experimentado podía hacer casi cualquier cosa.

Por desgracia, eran demasiado convenientes. El hecho lamentable de que su conveniencia fuera lo que les hizo tan sobre utilizados en cada uno de los frentes de guerra dificultó la reposición del personal que perdían.

Era aún peor para una maga tan preciada, una maga con la Insignia de Asalto de Alas de Plata, y además varias de ellas. No sólo había encontrado información sobre las fuerzas enemigas, sino que también incluía el reconocimiento de sus propias tropas. Incluso había información sobre la brecha en la línea defensiva enemiga. El magnífico informe incluía todo lo que un oficial al mando querría saber.

Aunque el coronel dejó escapar una risita irónica al ver qué división seguía a la suya.

“Pensar que Kampfgruppe Salamandra nos estaría siguiendo. Esa Teniente coronel Degurechaff es una bribona”.

Desde luego, nunca la consideró una simple perro de caza que sólo supiera librar batallas, más, sin embargo, siempre conseguía superar su imaginación.

Quizá la gente con sentido común como yo tenga el cráneo demasiado grueso.

El coronel dejó escapar unas palabras que podrían haber sido interpretadas como admiración o sorpresa.

“Seguro que tiene a sus tropas bien encadenadas”.

Al principio cuestionó la decisión de mantener a la teniente coronel en la reserva... pero parecía que sus soldados estaban lo bastante bien entrenados como para defenderse.

Si tuvieran docenas de oficiales del Estado Mayor que también fueran magos con talento, sin duda la guerra de maniobras sería mucho más fácil.

No. El Coronel Lergen negó con la cabeza.

“¿Alguna vez llegaremos a producir en masa y desplegar a soldados como ella...?”.

Era una idea descabellada, incluso para él mismo. Casi lo suficiente como para cuestionarse por qué había jugado con la idea en primer lugar. Sería un desastre gigantesco si tuvieran tantas Tenientes coroneles Degurechaff volando por ahí.

“Realmente debe haber algo malo en mí hoy”.

El coronel refunfuñó para sus adentros mientras agarraba sus cigarrillos y un encendedor. Aspiró la nicotina y exhaló una columna de humo oscuro en un suspiro desgradable, pero no fue suficiente para desviar su atención del tema.

Poco antes había pensado en una Teniente coronel Degurechaff más amable. Ahora jugaba con la idea de producirla en serie tal y como era.

“La guerra es terrible...”.

Fue suficiente para hacerle pensar, aunque sólo fuera por un momento, en una horda de pequeñas bestias racionales Degurechaff. Si fuera el mismo hombre que era el primer día que la vio en la academia militar, seguramente habría dudado de su propia cordura.

“¿Me he vuelto loco?”.

La velocidad a la que cambiaba la realidad era increíble. Mientras las cenizas caían de su cigarrillo hasta el suelo, el coronel decidió adoptar un punto de vista más divertido para la insalvable realidad en la que se encontraba.

La guerra se tragaría todos sus lloriqueos, sus refunfuños y su sentido común. Sólo le quedaría su lógica.

Era cruel, claro y bastante fácil de entender si uno tenía la desgracia de comprenderlo.

Por eso me envió aquí el General Zettour.

¿Necesitaba el general a alguien que conociera las peores zonas del este? O tal vez el General Zettour buscaba un oficial con un comportamiento totalmente distinto al suyo. Sea como fuere, su decisión sobre el personal no era normal.

Lergen pensó en lo desagradable que era la idea. Era la reacción humana que había que tener, pero a partir de ahí la cosa no hizo más que empeorar...

“Puedo entender su proceso de pensamiento...”.

El ataque que estaban realizando era la primera parte de lo que sería el mejor movimiento a realizar.

Los buenos sentidos del coronel gritaron: “No puede ser”. A lo que su lógica se subió al escritorio de su mente y respondió: “Puedes apostar tu culo a que lo es”. Se preguntó qué pensarían soldados como la Teniente coronel Degurechaff de un conflicto como éste.

“¡Coronel! ¡Espere, Coronel!”.

Cuando el Coronel Lergen se disponía a subir al vehículo de mando, puso una expresión ligeramente contrariada al oír la voz del Mayor Joachim llamándole mientras corría hacia él.

“¿Qué pasa esta vez, Mayor?”.

“Coronel... las cosas están empeorando”.

A diferencia de sus ojos en el cielo, los hombres con los que tenía que tratar en tierra podían ser una molestia. El Coronel Lergen empezaba a enfadarse, pero se tomó su tiempo para escuchar las quejas del mayor.

“L-Los soldados están llegando a sus límites. Estamos empezando a perder el control sobre nuestra formación principal, Coronel Lergen. Creo que deberíamos descansar para darles tiempo a cada una de nuestras unidades a reagruparse”.

“No podemos hacer eso”.

“¡P-Pero, señor!”.

La voz del joven oficial del Estado Mayor era exasperada cuando hizo su súplica. El Coronel Lergen respondió sin mirarlo, como hacía siempre su superior.

Todo el tiempo que el funcionario tenía para presentar quejas debía dedicarlo a hacer su trabajo.

“No podemos darles tiempo a las tropas enemigas para fortificar su formación. Es más, si dejamos de movernos ahora, el flanco del Kampfgruppe Salamandra quedará totalmente abierto”.

Lo que tenían que hacer era evidente siempre y cuando ambos compartieran la comprensión de la situación. No había segundas veces cuando se trataba de *tiempo y oportunidades* en la guerra. Una vez en la cuerda floja, debían cruzarla o caerse. Sin un salvavidas que los devolviera a su patria, caerse significaba precipitarse a la muerte. Su única esperanza era seguir adelante con todas sus fuerzas.

“Nuestra mejor opción es seguir avanzando mientras el enemigo sigue confundido. Podríamos acabar fácilmente con una brigada entera con lo que tenemos ahora”.

“Nuestras tropas no pueden soportar mucho más abuso...”.

El joven oficial decía la verdad. El Coronel Lergen reconoció el cansancio en la voz del hombre. Todo lo que decía era un hecho. Aunque mostraba su simpatía por las tropas, el coronel compartía su razonamiento.

“Todo está bien mientras sigan vivos”.

Al parecer, su compañero aún no había captado lo que intentaba decir, ya que le devolvió una mirada perdida. Sin embargo, si tenían la suerte de salir de esta... seguramente llegaría a conocer la verdad. Una verdad que todos los oficiales deberían aprender, no sólo el Mayor Joachim.

“Hay que avanzar cuando se puede. Es una verdad fundamental cuando se lucha en una guerra”.

En ese momento, recordó una ridícula excursión que hizo con el Estado Mayor durante su estancia en la Universidad de Guerra. Recordaba a los profesores gritándole preguntas tácticas difíciles e insultos cuando estaba más agotado. Tenía que azotar su agotado cerebro para tomar las rápidas decisiones que le exigían.

Era la educación que le resultaría más útil en su carrera. Incluso con su agotamiento físico mermando su capacidad de decisión, aquel día supo que debía avanzar según dictara la necesidad.

“Ahora mismo, nuestros cansados soldados sólo tienen que vivir con insatisfacción”.

Sin embargo, el Coronel Lergen habló con gran convicción de la insensatez de desperdiciar su ventaja en movilidad.

“Mañana será probablemente un día horrible para todos. Los soldados tendrán que oír los gritos de sus amigos muriendo en las trincheras”.

El enemigo podría establecer fácilmente una simple base de operaciones si le dieran tiempo. No sabía qué tipo de fortificaciones levantarían los ildoanos, pero incluso la más endeble de las trincheras sería un dolor de muelas.

Al diablo con luchar contra cualquiera que se esconda en sus trincheras.

¿Cuánto tiempo y cuántas vidas se perdieron eliminando esos inútiles intentos de resistencia? Desperdiciar recursos humanos y tiempo para fracasar en una operación era impensable. Ni siquiera quería jugar con la idea.

“Los sacrificios que pueden ahorrarse no tienen sentido. Los rencores que guardan hoy los soldados no serán nada comparados con los rencores que guardarán sus desconsoladas familias si esperamos a mañana. Los familiares viven para guardar rencor, después de todo”.

Si la amabilidad iba a hacer que asesinaran a sus hombres, entonces no necesitaba amabilidad. Al formar parte de una organización

malvada, necesitaba utilizar a sus hombres hasta la médula basándose en la lógica y la necesidad para poder enviarlos de vuelta a casa con vida.

El Coronel Lergen le hizo evidente este triste hecho al inmaduro oficial.

“Utilizamos nuestra velocidad para ganar tiempo. Si nos detenemos porque estamos cansados, tendremos que recuperar ese tiempo con vidas humanas”.

“¡Los enemigos pueden rodearnos a este ritmo! ¡Si avanzamos demasiado, la unidad panzer...!”.

Tenía razón al dudarlo. Avanzar demasiado siempre conllevaba el peligro de quedar aislado en territorios enemigos. Antes de la guerra, su opinión habría sido alabada como sensata. Sin embargo, esto era la guerra total, y con el Imperio sin opciones, ya no tenían el lujo de sopesar los riesgos frente a los méritos.

La respuesta correcta no siempre lo era.

“Puede que tenga razón en eso, si detenemos nuestro avance. Ahora, vamos hacia el sur”.

“¿Coronel!?”.

El Mayor Joachim puso en duda la cordura del Coronel Lergen, a lo que éste respondió con una risita osada.

“La velocidad es nuestro único amigo en este momento, así que deja de quejarte. Podrá hacerlo todo lo que quiera cuando haya llegado al Valhalla⁶⁴”.

“... ¿Habla en serio?”.

“Soy el oficial al mando y pienso seguir las órdenes de la Oficina del Estado Mayor. ¿Qué más quiere de mí? Ahora mismo, tiene que avanzar. Ahora ponga sus tanques en movimiento”.

⁶⁴ En la mitología nórdica, Valhalla es un enorme y majestuoso salón ubicado en la ciudad de Asgard gobernada por Odín. La mitad de los muertos en combate son elegidos por Odín y viajan al Valhalla guiados por las valquirias, mientras que la otra mitad van al Fólkvangr de la diosa Freyja ([Imagen](#)).

El avance de la División Lergen, presenciado por sus compañeros, fue descrito sucintamente como una carga suicida. Algunos de los otros oficiales de la división cuestionaron el estado mental del comandante. Sin embargo, no pasaría a la historia como un fracaso por parte del Ejército Imperial o un problema con su liderazgo.

“El Gran Avance”.

Pasaría a la historia militar como un caso raro y excepcional.

Aunque siempre iba acompañado de la advertencia de que el avance no era algo que pudiera reproducirse o convertirse en un modelo de mando sensato, los expertos siempre se resistían a aceptar la grandeza del avance. Mientras lo hacían, se preguntaban si realmente había sucedido. Los historiadores, en cambio, se limitaron a elogiarlo como un gran milagro.

Cualquiera con un poco de conocimiento superficial sobre el tema explicaría a menudo, con aire de sabelotodo, cómo era una técnica probada y verdadera aprendida en el este y aplicada a su cargo en el sur. Ese Coronel Lergen, buen conocedor de los asuntos geopolíticos y la topografía de Ildoa, había regresado del este.

Con las tropas amigas que formaban el Kampfgruppe Lergen en su flanco, el experimentado oficial del Estado Mayor tomó la *decisión correcta* de cargar con éxito con las unidades panzer con las que estaba tan acostumbrado a luchar.

Desde el punto de vista militar, mereció todos los elogios, ya que su decisión contribuyó enormemente a la capacidad del Imperio para luchar en Ildoa.

Se apoderaron de todos los puntos militares importantes, aseguraron una línea defensiva horizontal y eliminaron una amenaza para el Imperio.

Y así, se desarrolló un nuevo y trágico lodazal en los territorios norteños de Ildoa. Al mismo tiempo, las fuerzas aliadas de Ildoa llevarían a cabo diversas estrategias de respuesta.

Este era el lugar donde el delirante Imperio intentaría recuperar su razón de ser y luchar por la supervivencia. El conflicto allí llegaría a llamarse “La caja de juguetes de Zettour”. Estaba lleno de muerte y balas. Los cadáveres que se amontonaban eran o bien patriotas que luchaban por dicha *raison d'état*, o bien víctimas inocentes del estafador que jugaba sus cartas para salir victorioso.

El mundo cerró la boca y sacudió la cabeza, negándose a discutir el asunto.

El detestable estafador que era, el arte de la guerra del General Zettour equivalía al caos y la confusión. Por eso, todos los oficiales y soldados que lucharon en su guerra expresaban de mala gana el mismo sentimiento.

Que existía un hombre al que temer.

Se enterarían de su presencia cada día en el campo de batalla.

Hans von Zettour.

Un Junker⁶⁵. Un viejo y apacible soldado con una poco atractiva inclinación académica.

Creó una caja de juguetes. Una caja de juguetes con una sola palabra grabada con sangre: *Necesidad*.

En gran parte por eso Ildoa nunca olvidaría el conflicto en el que se vieron envueltos. Maldijeron todo lo ocurrido, incluido el nombre de *Lergen*.

Su desdén hacia él estuvo por encima de todo cuando se enteraron de su papel en el atentado. Nadie sabía de él en ese momento, pero lo

⁶⁵ Junker es un noble honorífico, derivado del alto alemán medio Juncherre, que significa “joven noble” o de otra manera “joven señor”. Junker (y sus cognados) se usaba tradicionalmente como un noble honorífico en todas las partes de habla alemana de Europa.

aprenderían. Que sus frecuentes visitas diplomáticas eran una pantalla para clavar la daga de Zettour en el corazón de Ildoa.

Además, aunque el Coronel Lergen describiría en sus memorias la serie de acontecimientos que le llevaron a participar en la campaña de Ildoa, consideraría que su papel en la carga no fue más que *el cumplimiento de su deber como soldado imperial en una guerra en la que no deseaba luchar*.

[Capítulo]

VII

IMPACTO

Esta es la generación en la que vivimos.

La gente necesita orientación para sus almas perdidas. ¡Por eso creé los misiles guiados! ¡No encontrarás nada que se dispare más recto que estos! ¡Ellos no fallan!

Ingeniero en Jefe
Schugel

[Capítulo] VI Impacto



12 DE NOVIEMBRE, AÑO UNIFICADO DE 1927, EN EL COMANDO FRONTERIZO DE ILDOA

La maquinaria bélica del Ejército Imperial era una imagen de la perfección al comienzo de la campaña del Imperio en Ildoa. Bautizado por años de intensos combates, el ejército imperial de antes de la guerra ya era historia. No es que el Ejército de Ildoa no hubiera actualizado su entrenamiento y educación con técnicas de combate modernas. Cualquier afirmación en sentido contrario era falsa.

Desgraciadamente, el ejército de Ildoa fue superado en todos los sentidos del término.

El Ejército Imperial había aprendido a librar una guerra moderna pagando la sangrienta matrícula en el campo de batalla. La indiscutible disparidad entre el Imperio, que había sido bautizado por un continuo torrente de sangre y acero, y el siempre neutral Ejército Ildoano no tardó en hacerse evidente. Una nación en guerra desde hacía mucho tiempo, su ejército entendía implícitamente lo que significaba luchar. Esto suponía una diferencia tan brutal como despiadada a la hora de entender la guerra moderna. Cualquier esfuerzo o intento de resistir una invasión enemiga no significaba nada sin saber realmente lo que significaba luchar contra un enemigo.

El Ejército de Ildoa, que conocía la paz, fue empujado hacia atrás por el Ejército Imperial, que conocía la guerra. Atrapadas en la vorágine del caos, la situación de las tropas estacionadas en las montañas alpinas encargadas de defender el Mando Fronterizo de Ildoa era tan terrible como la de todo el Ejército de Ildoa. Al no estar las fuerzas preparadas para movilizarse al comienzo de las hostilidades en sus fronteras, las

tropas ildoanas tuvieron que enfrentarse al Ejército Imperial sin estar preparadas y estando escasas de efectivos.

Esto equivalía a una pesadilla militar. Había una diferencia increíble entre las tropas acostumbradas a la guerra y las que disfrutaban de una paz prolongada. Para cuando estas últimas habían despertado a la realidad de la guerra, sus flamas ya estaban llamando a la puerta de su nación, junto con el ariete de la artillería pesada imperial y los cañones de ferrocarril de larga distancia.

A una valiente resistencia, y nada más, era lo máximo a lo que podía aspirar el ejército ildoano.

El primero en llegar rápidamente a esta desafortunada conclusión no fue otro que el propio Coronel Calandro.

Para bien o para mal, el Coronel Calandro conocía de primera mano cómo solía desarrollarse todo esto, ya que una vez se había unido al Kampfgruppe Lergen en el este para estudiar sus tácticas junto a los expertos que las coordinaban.

“Hijo de puta...”.

Cuando los vio, pensó que sus métodos eran demenciales; su insistencia en darle prioridad a la penetración por encima de todo lo demás le dejó estupefacto. Había visto de primera mano el torrente de violencia con el que golpeaban al Ejército de la Federación.

“Todo esto no es más que un espectáculo. Su verdadero objetivo es penetrar nuestra línea defensiva. Mierda, mierda, mierda”.

Su refinada conducta habitual desapareció mientras su mente se apresuraba a crear una imagen precisa del frente de guerra. Las fuerzas enemigas eran una lanza que había atravesado su frontera y viajaba hacia su corazón.

La punta de una lanza puede estar afilada, pero no ocurre lo mismo con su parte plana.

“¿Deberíamos flanquearlos?”.

No, no podían organizar un ataque así en medio del caos que se había desatado. Aunque lo intentara, no podría... ¡Él no era su oficial al mando!

Necesitaban ordenar una retirada, una retirada inmediata y organizada. Lo ideal sería hacer como la Federación y emplear una táctica de tierra quemada⁶⁶ para quemar todo lo que pudiera ser útil a sus enemigos. Había que tomar medidas decisivas rápidamente para tener alguna posibilidad de desafilar la espada del Imperio.

Rápidamente formuló el consejo que daría, sólo para encogerse de hombros y reírse de sí mismo cuando se dio cuenta de que probablemente no sería aceptado.

“Es una estrategia terrible para adoptar...”.

Ya sabía la respuesta que obtendría si aconsejaba al oficial al mando, cuya responsabilidad era *defender el país*, que lo quemara todo y escapara lo antes posible.

“Lo único que puedo hacer es dar consejos sobre la situación... Qué frustrante”.

Sus consejos eran inútiles si sabía que no serían aceptados. Conocía formas de luchar contra las fuerzas imperiales, pero era un humilde oficial del Estado Mayor al que simplemente habían colocado en la frontera. Lo que necesitaba era autoridad.

Aunque irritado por su falta de poder, cumplió fielmente con su deber. Fue lo bastante patriota como para exponer su caso directamente al oficial al mando.

Sabía que acabaría así.

⁶⁶ La política de tierra quemada o de tierra arrasada es una táctica militar que consiste en destruir absolutamente todo lo que pueda ser de utilidad al enemigo cuando una fuerza avanza a través de un territorio o se retira de él. El origen histórico de la locución “tierra quemada” proviene seguramente de la práctica de quemar los campos de cereales durante las guerras y conflictos en la antigüedad. Sin embargo, no se limita en absoluto a cosechas o víveres, sino que incluye cualquier tipo de refugio, transporte o posibilidad de suministro al enemigo ([Imagen](#)).

Aunque su sugerencia era apropiada para las extrañas circunstancias de la guerra que se les había impuesto, también chocaba con la respetable sensibilidad de su comandante.

“¡Debes estar loco!? ¡Quieres que nos retiremos!?”.

“¡Es lo que hay que hacer, General!”.

“¡Elija sus palabras sabiamente, Coronel Calandro! ¡Su vergüenza debería impedirle siquiera sugerir algo así!”.

Su intento de persuadir al general fue infructuoso.

El general se enrojeció de rabia ante la sugerencia. Negó rotundamente con la cabeza. El general del mando fronterizo dejaría claro que era una buena persona con lo siguiente que dijera.

“¡Coronel Calandro! ¡El Ejército Real Ildoano necesita defender su territorio!”.

“¡No podemos tirar todo por la borda por una sola posición! ¡Debe dar la orden de retirada!”.

“¡Esto es Ildoa! ¡No abandonaremos ninguna parte de Ildoa sin luchar! ¡Somos ildoanos, maldita sea!”.

El general reprendió al Coronel Calandro con un grito que helaba la sangre. Cualquier miembro sensato de una organización se encogería ante semejante furia de un superior, pero el deber del coronel seguía siendo su deber. Como su sentido del deber profesional pesaba más que su sentido común, compartiría los perversos principios de la guerra con su superior.

“¡General! ¡Nuestro enemigo es un instrumento de violencia cuidadosamente afinado y construido para librar esta guerra! Son un Estado militar bárbaro que ha perdido toda concepción de la política y la diplomacia, pero hay una cosa en la que sobresalen, ¡Y es la guerra!”.

“¡Así que quieras que entreguemos nuestra frontera!?”.

“¡Ya no estamos en condiciones de mantenerla! Ahora mismo, ¡Tenemos que salvar lo que podamos!”.

“¡Nuestras fuerzas están resistiendo por toda la frontera! ¡Hemos logrado hacer retroceder a la mayoría de ellos donde los hemos enfrentado!”.

El comandante golpeó con el puño un mapa que mostraba que estaba parcialmente en lo cierto. *La mayoría* de las fuerzas imperiales estaban enfrentadas con varias divisiones de defensa fronteriza.

Pero no significaba nada – el general estaba equivocado.

“¡General! ¡Estos enfrentamientos no son más que una distracción de su objetivo principal! Mientras tienen a nuestras fuerzas enfangadas en combate, ¡Intentarán destruir nuestra cadena de mando!”.

“¡Necesitamos defender nuestros puestos y encontrar una manera de contraatacar! ¿¡Cómo pudo olvidar principios de defensa tan básicos en un momento como éste, Coronel!?”.

“¡Esa no es la cuestión aquí!”, gritó el Coronel Calandro. Todo su cuerpo temblaba de frustración por su incapacidad para transmitirle su punto de vista al comandante. Se le notaba en la voz mientras se enfrascaban en un apasionado griterío.

Justo cuando las cosas se estaban calentando, un intruso entró corriendo en la habitación, forzando la puerta con un fuerte golpe.

“¿¡Qué demonios!?”.

El coronel Calandro se interpuso reflexivamente entre el general y el *intruso* mientras se preguntaba quién era. Sin embargo, no tardó en darse cuenta de que ya lo había visto antes.

“Teniente primero, ¿Qué pasa esta vez?”.

Es el mensajero de antes... Este hombre realmente necesita aprender a mantener la compostura.

Cada vez era más evidente que el hombre no era adecuado para un trabajo tan estresante.

“¡G-General! ¡No hay tiempo, General!”.

Tan aterrado que sus palabras no tenían ningún sentido. El Coronel Calandro le ofreció asiento para calmarlo, pero el oficial sacudió

la cabeza con furia y siguió hablando como si estuviera en una carrera contrarreloj.

“L-Las fuerzas panzer enemigas están...”.

“¿Rompieron nuestra línea? Cálmate y explica la situación al general”.

El Coronel Calandro miró el mapa que había sobre la mesa, esperando que las fuerzas que esperaban estuvieran en camino. Era exactamente igual que en el este.

Las unidades panzer del Ejército Imperial eran iguales que el Kampfgruppe Lergen que había visto una vez antes. Iban a encontrar un punto débil en su línea defensiva y utilizarlo en su contra para sacar una victoria táctica de una sola batalla.

“¡Sea más preciso con sus informes! ¿En dónde están?”.

En respuesta a las peticiones de que se aclarara, lo único que hizo el oficial fue señalar hacia abajo en una dirección general.

“...E-Están aquí”.

¿Dónde es aquí? ¿Adónde apunta este hombre? ¿Tiene idea de lo valioso que es nuestro tiempo!?

“Señala el mapa, hombre, ¡El mapa!”.

Las airadas demandas del Coronel Calandro fueron respondidas con palabras que brotaron del hombre como una presa rota.

“¡Están justo aquí! ¡Justo al lado del centro de mando!”.

“¿Qué? ¡Están aquí!?”.

“Un m-miembro de la policía militar los vio venir... Estarán-”.

-*Aquí pronto.* Sus siguientes palabras fueron amortiguadas por el sonido de un cañonazo. Era el rugido de un proyectil que zumbaba en el aire cercano.

El atronador sonido no era algo que pudiera confundirse. ¿Era fuego de tanque? ¿O un cañón de campaña? No importaba.

Comprendiendo plenamente la situación, el Coronel Calandro casi gritó las siguientes palabras.

“¡Están aquí para un golpe de decapitación!”.

Un ataque contra su centro de mando era una técnica compleja empleada con frecuencia por el General Zettour en el este. Mediante una minuciosa guerra de maniobras, acababan con la cúpula de mando enemiga y sembraban la confusión en todo el campo de batalla. Como resultado, su enemigo perdería antes de que pudiera volver a orientarse en la situación. Ya era demasiado tarde para ellos cuando maldijeron la táctica.

El Coronel Calandro no tardó en gritar su nueva sugerencia.

“¡Comandante! ¡Tiene que escapar y mover la sección de mando inmediatamente!”.

“Usted es el que necesita escapar, Coronel. Yo necesito quedarme atrás y comandar mi...”.

“¡No queda nada que mandar! ¡Tenemos que irnos antes de que nos subyuguen!”.

Si no protegían su cabeza, su cuerpo se desmoronaría.

El Coronel Calandro siguió gritándole al comandante lo que la guerra necesitaba de ellos.

“¡Necesitamos ceder tierras para ganar tiempo! ¡Perderemos nuestras fuerzas en el norte junto con todo el territorio si no actuamos rápido para organizar nuestra línea defensiva!”.

El llamamiento desesperado del coronel, junto con la segunda ronda de fuego de artillería, fue suficiente para que el comandante empezara a cambiar de opinión.

“Trasladaremos nuestro cuartel general. Sin embargo...”.

El enemigo ya estaba en la puerta de su casa. Al comandante le costaba dejar su puesto, pero eso no merecía ni un momento de consideración para el Coronel Calandro.

“Me quedaré aquí y mantendré el fuerte tanto como pueda”.

“Espere, ¿Lo hará?”.

“Sé que no soy miembro de la patrulla fronteriza, pero conservo mi autoridad del Estado Mayor. Creo que debería bastarme para actuar como comandante de campo en esta batalla...”.

Al menos había un precedente para que él tomara el control. No iba a ser un trabajo agradable, pero necesitaban gente que pudiera hacer las cosas, y él no podía permitirse dejar su puesto como alguien que sí podía.

El general miró a los ojos del coronel de guardia y negó con la cabeza.

“Lo siento... Coronel... estaba...”.

-Equivocado sobre usted.

El coronel interrumpió al general antes de que pudiera terminar.

“El enemigo tiene una capacidad limitada para avanzar. Asegúrese de que nuestras fuerzas puedan reagruparse lejos de aquí”.

Se preocuparía por sí mismo.

El Coronel Calandro se preparó para la huida del comandante y para trasladar su cuartel general mientras reunía a todos los militares que podía para contraatacar.

Aunque no era mucha gente.

“Lo mejor que pudimos reunir fueron dos batallones”.

Eran todos los de la base, incluido su propio enviado de la guardia. En tiempos de guerra, una división entera debería haber estado defendiendo su base en su frontera.

Dicho esto, el lado positivo de sus desalentadoras cifras era el hecho de que tenían todas las armas que podían necesitar. No podían pedir más armas y equipamiento con su arsenal de reserva al alcance de la mano. Pero eso no importaba: No tenían ni de lejos personal suficiente para manejar el armamento, ya que sus hombres aún no se habían movilizado adecuadamente.

Era un grupo de unidades desparejadas, armadas hasta los dientes.

“Así que nos enfrentaremos a un Kampfgruppe”.

El Coronel Calandro mostró una sonrisa irónica mientras fumaba los puros que se distribuían a los oficiales al mando del ejército. Era un regalito olvidado por el general. Seguramente no le importaría que el coronel se sirviera un puro, teniendo en cuenta por lo que estaba a punto de pasar.

Un descanso para fumar podía proporcionarle una breve terapia para su mente atormentada. O, al menos, actuaba como una pequeña ceremonia para los hombres a punto de enfrentarse a su dura realidad.

“... Vamos a tener que ocupar una página del libro del Imperio en este caso”.

Se refería al método del Imperio de arreglárselas con lo que tenían, una táctica nacida del ensayo y error en el campo de batalla. Reunirse, ver de qué disponían y dispersarse era su forma de luchar con recursos limitados. Se dio cuenta de que esa era su doctrina para mantener el rápido ritmo con el que libraban la guerra.

Era fácil entender el mérito de esto una vez que se vio obligado a copiar sus tácticas. Le costaba creer que este estilo hubiera funcionado hasta ahora.

“Puede ser un suicidio intentar usar sus propias técnicas contra ellos...”.

Su desventaja quedó clara de inmediato para el Coronel Calandro; no hacía falta ser un experto para darse cuenta de ello. Los enemigos estaban llenos hasta los topes de espíritu de lucha, y él apenas tenía tropas suficientes para establecer una formación adecuada.

Sólo podían hacer lo que les era posible. El coronel se lo pensó antes de darse cuenta de que *su única victoria sería impedir que el enemigo se apoderara de su amplio armamento*.

“¡Vamos a llevar a cabo una retirada de combate! ¡No podremos llevar con nosotros ninguno de los cañones más lentos! ¡Asegúrense de volarlos en pedazos! ¡Quemen todo lo que no necesitemos!”.

Se daría cuenta de otra cosa mientras les ordenaba a sus hombres preparar los explosivos. Del mismo modo que el Coronel Calandro sabía que no podían permitirse que todo lo que tenían cayera en las garras del enemigo, también recordaba la importancia del flujo logístico. Aunque no sin antes... el coronel respiraría hondo antes de dar sus órdenes.

“Vamos a volar el puente”.

Esa era la única opción que les quedaba a las fuerzas ildoanas en la frontera. Era una opción bárbara que los historiadores de la época despreciaban, pero también la única que se les ofrecía por razones militares básicas – una estrategia de tierra quemada.

El despliegue de operaciones retrógradas⁶⁷, al borde de lo exagerado, llegaría a conocerse como “el espectáculo pirotécnico de Calandro”. Sin embargo, logró detener al Ejército Imperial en un momento decisivo.

Fue una decisión terriblemente impopular, incluso en aquella época. Incluso se encontró con la resistencia del ingeniero de campo que recibió las órdenes de volar todo por los aires.

“¿¡Casi t-todo aquí es un objeto h-histórico...!?”.

La respuesta que le dio el Coronel Calandro pasaría a ser conocida por todos los ildoanos como un dilema militar de libro de texto.

El coronel, con la misma expresión sombría que había tenido todo este tiempo, murmuró sus famosas palabras:

“No quiero que el Reino de Ildoa se convierta en un objeto histórico”.

Aunque no sin considerables reticencias, la decisión acabaría siendo reconocida -*de vez en cuando*- por la mayoría de los historiadores como una decisión apropiada dadas las circunstancias. Incluso, en ocasiones, terceros se referirían a ella como una buena decisión.

⁶⁷ Una operación retrógrada es un movimiento organizado ejecutado por un comando en dirección hacia la retaguardia, o para alejarse del enemigo. En las operaciones retrógradas se abandona el control del terreno, cediéndolo al enemigo.

El Coronel Calandro, que recibió tanto críticas como elogios por su elección, podría ver lo que hizo con más calma.

Para él, era un recuerdo terrible de una lucha de la que nunca podría sentirse orgulloso.



16 DE NOVIEMBRE, AÑO UNIFICADO DE 1927, TERRITORIO DE ILDOA DEL NORTE

Con el Octavo Regimiento Panzer, la vanguardia de élite encabezada por el Kampfgruppe Salamandra, empujando tan al sur como se podía llegar, era hora de pasar a la siguiente fase del plan y reunirse con los refuerzos que seguían el avance y reclamar todo el territorio que pudieran, permitiendo que Tanya y su compañía sean relevados de apoyar al Coronel Lergen en nombre de la conveniencia.

Tanya se mueve rápidamente de camino a su *objetivo*. Es un punto que marcó para procurarse comida y otras provisiones. Añade jamón y queso, café, pan blanco y otros alimentos y bienes de lujo -comprados con moneda de curso legal, por supuesto- a su botín de guerra.

Las dos compañías del 203vo Batallón de Magos Aéreos regresan triunfantes con un surtido de mercancías tan rápido como pueden. Ni que decir tiene que, a su regreso, la base militar les da una gran bienvenida. Traen consigo sus logros, su botín y deliciosa comida.

La gente puede perderse a veces. Pierden el rumbo, pierden quiénes son y pueden volverse codiciosos.

Dicho esto, también hay momentos en los que está claro lo que hay que hacer. Este es uno de esos momentos para Tanya y sus tropas: Necesitan celebrar su victoria. Porque preocuparse demasiado por la guerra puede causar una gran angustia emocional. Es terrible sobrepasar los propios límites mentales.

Lo que los soldados de Tanya necesitan es espacio para disfrutar de la abundante cultura de la que hace gala Ildoa. Por eso hace tanto hincapié en los valores sociales y culturales. Cree que lo que ella y sus tropas hacen en el frente mientras están en guerra -cómo tienen que despojarse de su humanidad- podría dificultarles el regreso a la sociedad después de la guerra. Es necesario minimizar la diferencia entre el estrés mental en el frente y en la retaguardia.

En cuanto al medio ambiente, Tanya ama a Ildoa de todo corazón. Le encanta por el sol y su abundante agricultura. Es todo lo contrario del este: Es un lugar agradable para estar.

Eso también se aplica al pueblo. Aún no manchados por la guerra total sin fin, son diferentes a los federalistas. Realmente ama la tranquilidad aquí en el sur.

Sin embargo, lo que más le gusta es *una buena taza de café después de un trabajo bien hecho*.

Es una mezcla maravillosa. Tiene un sabor increíble. Incluso el breve descanso que se tomó antes de esta celebración era suficiente para tenerla muy excitada.

“Todo es tan maravilloso aquí. Sólo mira la luz; podría sentarme aquí y tomar el sol todo el día”.

El café que embargó del ejército ildoano es incluso mejor que los manjares que encontró entre las provisiones personales distribuidas a los soldados de la República de François.

Oh, qué maravillosa debe saber la neutralidad.

“Es casi demasiado estimulante para mí, ya que estoy acostumbrada a esa bebida que llaman café allá en el Imperio”.

Saca su reserva personal de chocolate para disfrutar del excelente café. Dicen que el tiempo vuela cuando te diviertes... Como la gran celebración de esta noche empieza pronto, tiene que darse prisa para terminar su almuerzo.

En cuanto termina la hora de comer, ya es casi de noche. A lo que resultó ser un fantástico almuerzo le seguirá un sumptuoso festín para la

cena. En la mesa que Tanya y sus tropas tienen ante sí hay un smörgåsbord⁶⁸ como el que los soldados imperiales sólo podrían soñar con lo difícil que era conseguir comida decente hoy en día.

La comida espontánea es una celebración para conmemorar el gran trabajo de las tropas de Tanya en su operación más reciente.

“¡Han hecho un trabajo increíble, camaradas! ¡Ahora, coman hasta hartarse!”.

Da la orden de que empiecen a comer..., sin embargo, no hay mucha reacción por parte de sus soldados.

Todos los soldados, normalmente alborotados, le muestran una expresión que sugiere que *les falta algo*.

Carne, queso, jamón, pan – todo lo que necesitan para disfrutar...

Su pregunta no tarda en ser despejada por su ayudante, que levanta la mano para expresar qué es lo que desean.

“¿Se nos permite beber esta noche?”.

“Aunque es sólo una formalidad, ¡Podríamos ser llamados a la batalla en cualquier momento! No puedo dejar que se complazcan demasiado”.

Tanya sabe que sus soldados no son tan estúpidos como para emborracharse demasiado para operar, pero no puede permitirse olvidar que parte de su deber como jefa es cuidar de ellos.

¿Quién en su sano juicio aprobaría luchar en una guerra con tropas desafiladas por el alcohol? Es un riesgo innecesario que no tiene intención de correr.

⁶⁸ El smörgåsbord es un bufé elaborado con diferentes ingredientes típicos de la cocina sueca. Consiste de alimentos calientes y fríos, donde los comensales pueden empezar tanto con los platos calientes como con los fríos, o separando las carnes de los pescados. Indispensables son el pan y la mantequilla e incluye queso, albóndigas (*köttbullar*), anguilas, arenque en salazón, salmón, salchichas y paté, además de otras especialidades suecas como el Janssons frestelse. Los comensales se sirven por sí mismos y se hacen hasta cinco rondas. Suele ser acompañado aquavit y cerveza. En los smörgåsbord nunca falta el postre ([Imagen](#)).

“En primer lugar, ¿Hay alguien aquí que necesite limpiar sus sentimientos con alcohol?”.

Lo último que Tanya quiere averiguar es de lo que es capaz esta panda de belicistas bajo los efectos de la bebida.

Les dirige una mirada a sus soldados, pero se encuentra con que le devuelven los ojos llenos de deseo. Algunos incluso se atreven a susurrar quejas entre ellos:

“La teniente coronel no lo entiende”. “¡Ya hemos terminado nuestra parte!”. “Hay que beber después de un trabajo bien hecho”. “No, no debemos esperar que alguien que nunca ha bebido antes nos entienda”. “Al menos deberíamos hacer un brindis, aunque sólo sea para redondear un largo día de trabajo”.

Tanya se sorprende al darse cuenta de las ganas de beber que tienen sus soldados. Permitirles volar ebrios podría crearle un problema a ella como su superior. No quiere que su carrera se resienta por el mal comportamiento de sus subordinados.

Ya se imagina su próxima entrevista de trabajo: *Tiene una extraordinaria carrera a sus espaldas, pero ¿Por qué demonios permite que sus subordinados beban en el trabajo?*

“Bueno, esto es una sorpresa para mí. Pensar que hay soldados en el Ejército Imperial que pueden ignorar normas y reglamentos cuando les conviene”.

Tanya les lanza otra mirada a sus soldados y todos se callan. Decide que es necesario tomar medidas disciplinarias y grita en tono cortante:

“¡Al suelo! ¡Quiero veinte flexiones! ¡Todos, ahora! ¡Sigan mi ritmo!”.

Cómo detesto la corresponsabilidad.

La preferencia de los militares por emplear ese concepto sirve siempre para recordar que el ejército es una organización de males necesarios.

Para colmo, no puedo darles órdenes de hacer flexiones mientras me siento a mirar. Casi me dan ganas de llorar. Hacer veinte flexiones no es tan difícil. Lo que detesto es tener que cargar con los errores de mis subordinados.

Permítanme repetirlo: Detesto la idea de la corresponsabilidad. Un oficial al mando debe asumir la responsabilidad de los errores cometidos por sus subordinados. Tanya lo entiende... pero no quiere que la borrachera de sus soldados recaiga sobre sus hombros. Por eso, después de que sus soldados terminen su castigo con una rápida serie de flexiones sin sudar, Tanya suspira ante todos ellos y dice:

“Nada de beber. ¿Entendido?”.

“Sí, señora”.

Su respuesta rápida y enérgica es satisfactoria. Si están dispuestos a reconocer sus errores en el trabajo, debería bastar. Lo que hagan en su vida privada no le importa a Tanya.

Sin embargo, como su superior, debe tener en cuenta el entorno de trabajo que crea para sus soldados. Siendo la excelente jefa intermedia que es, Tanya es lo bastante cortés como para suavizar el tono del castigo a su capaz grupo de jóvenes soldados con palabras de amabilidad.

“¿Hay algo más que alguno de ustedes deseé...?”.

Es una pregunta sincera para un superior en una situación como ésta. Aunque, por lo general, no pretende ser más que palabrería en vista de que no pueden beber. Nada mejor que una forma rentable de establecer un tono más amable... Tanya elogia su propio e increíble tacto social en su fuero interno. *¡Lo he vuelto a hacer!*

“¿Y el chocolate y el café?”.

“¿Otra vez?”.

Tanya se da cuenta del grave error de juicio que ha cometido cuando oye a su ayudante responder a su pregunta con aire alegre. Las palabras que oye le producen una sensación de incredulidad

desmesurada. Es un fallo enorme por mi parte: Tanya desearía poder rebobinar el mundo unos segundos y cortarle la maldita lengua.

“Sabe, para celebrar la ocasión... Estaría bien si pudiéramos tomar algo de lo suyo...”.

Su ayudante se lo pregunta muy educadamente con una marcada mirada de pena en los ojos. El nuevo deseo revelado por su ayudante es la chispa que enciende la llama de la pasión. Muy a su pesar, Tanya puede ver cómo el fuego crece a su alrededor.

Parece que los alcohólicos de sus tropas no son los únicos hambrientos de lujos. Puede distinguir a cada soldado goloso entre sus filas con solo mirarlos.

¡Mira el fuego en sus ojos! ¡Arden de esperanza mientras esperan que acepte su sugerencia!

El hecho de que mi ayudante sepa perfectamente que soy muy exigente en lo que se refiere a mi café y mis bocadillos se convertiría en un punto de dolor para mí. Para empezar, el hecho de que haga una pregunta tan desatenta me lleva a preguntarme si una persona racional y económica⁶⁹ como yo ha caído al nivel de estupidez del Ser X.

La guerra es la culpable de todo esto.

Ahora, dejando todo eso de lado, puedo confirmar mi estado mental más tarde. Por ahora... debo lidiar con esto.

¿Qué debo hacer? No se gana nada dándole demasiadas vueltas. Debo tomar mi decisión ahora.

“... Maldita sea, está bien. ¡Podemos disfrutar un poco de mi mercancía personal!”.

⁶⁹ El concepto de “Homo economicus” se introdujo por primera vez en el Siglo XVIII en el marco de las enseñanzas de la escuela clásica inglesa, y más tarde migró a las enseñanzas de los marginales y neoclásicos. La esencia del modelo es que una persona busca maximizar para sí misma la utilidad de los bienes adquiridos con recursos limitados, el principal de los cuales es su ingreso. Por lo tanto, en el centro del modelo están el dinero y el deseo de enriquecimiento del individuo. Una persona económica es capaz de apreciar todos los beneficios, asignando a cada uno un valor y una utilidad para sí mismo, porque al elegir se guía solo por sus propios intereses, sin dejar de ser indiferente a las necesidades de otras personas.

Tanya, reticente, lo considera un gasto necesario para mantener sus aires de *buena jefa*.

Por ahora, no olvidará el triunfal “¡Woo-hoo!” de los golosos miembros de su batallón. Tanya toma nota mentalmente de todos los que vitorearon. Se asegurará de que se ganen su chocolate en la próxima operación. *Seguro que se lo pagarán*.

Tanya jura que conseguirá que los hombres y las mujeres trabajen como se merecen, y le lanza una mirada a su ayudante.

“Encontrarás lo que necesitamos en mis pertenencias personales. Trae una cantidad apropiada. No seas avariciosa, ¿Me oyes?”.

“¡Sí, comandante! ¡Ya vuelvo!”.

Mi ayudante no duda en salir corriendo de la habitación. Parece que sabe *exactamente* dónde guardo el chocolate. Me veo obligada a prepararme para perder la mayor parte de lo que me he procurado esta vez. No queda mucho en el Imperio, así que espero poder conseguir más mientras estemos en Ildoa.

De momento, tendré que disfrutar del festín que hemos preparado para esta noche.

Con el cuchillo y el tenedor, mis dos armas favoritas, pruebo el aperitivo, el pescado y el plato principal. Mi corazón se llena de alegría al saborear la exquisita cocina ildoana. *¡Así es como debe saber la cultura!*

Me invade una sensación de vértigo cuando veo a mi ayudante regresar con copiosas cantidades de mi chocolate y mi café, pero mantengo la compostura por fuera con una sonrisa. Gracias a mi calma, mis oídos se agudizan al oír unos pasos ajetreados que supongo se apresuran a servirme mi siguiente plato.

“Teniente coronel Degurechaff, ¿En dónde está la Teniente coronel Degurechaff?”.

“Estoy aquí”.

Con un tenedor en la mano, Tanya mira al atrevido camarero que la ha llamado por su nombre. Qué extraño, el camarero no parece tener nada en las manos.

No, he visto a esta persona antes. Es un oficial del personal de las instalaciones. Quiero preguntar por qué me llamaría sin llevar comida. Parece ser un teniente segundo. ¿Es un oficial?

A juzgar por su edad, es un teniente segundo, recién salido de la Universidad de guerra. Debe estar aquí para suplir nuestra falta de personal. Supongo que su juventud y falta de experiencia no son un problema si se le mantiene en la retaguardia... Sin embargo, el descenso de la edad media⁷⁰ del Ejército Imperial es evidente. Entre esto y el envejecimiento de la población⁷¹, me pregunto qué es peor.

Con esto en la cabeza, Tanya opta por responderle al joven oficial como si hablara con un niño.

“No he oído ninguna alarma. ¿Qué necesitas?”.

Aunque estas palabras pretenden criticar al joven, Tanya se asegura de no ser demasiado estricta. Con una mezcla de disgusto y confusión en su tono, se asegura de respetar el deber del joven oficial.

“Me gustaría que pudiéramos disfrutar de una comida en paz tras completar una misión”.

El teniente segundo muestra una mirada apenada antes de soltar su respuesta, como si de repente recordara para qué está aquí.

“¡Es una llamada del Imperio! Lo siento, ¡Pero tiene que atenderla!”.

“¿Qué? Bueno, supongo que probablemente debería”.

⁷⁰ La media, también conocida como promedio, es el valor que se obtiene al dividir la suma de un conglomerado de números entre la cantidad de ellos.

⁷¹ Se cree que el envejecimiento de la población en Japón superará al del resto de naciones, ya que el país tiene la mayor proporción de población anciana del mundo; más del 20% de la población japonesa tiene 65 años. En 1989 tan sólo el 11,6% pertenecía a ese grupo, pero las predicciones indican que el 25,6% pertenecería a ese grupo en 2030.

Tanya suspira, deja el cuchillo y el tenedor y se levanta de su asiento. Es muy lamentable tener que abandonar la cena, pero no puede ignorar una llamada de la capital.

“Por cierto, teniente segundo. Le agradecería que la próxima vez me dijera quién llama”.

“Mis disculpas. Es una llamada urgente del General Zettour”.

¡Oye! La actitud de Tanya se endurece inmediatamente al oír la palabra *General*. Este nivel de conocimiento es pésimo, incluso para un oficial nuevo. Es peor que un mal entrenamiento.

Tanya se ve obligada a señalarle el problema al joven oficial con un profundo suspiro.

“Recuerde esto: Nunca olvide añadir la palabra *urgente* a su informe inicial cuando sea pertinente. Un informe inadecuado puede tener graves consecuencias”.

¡Tiene en espera a la peor persona de todo el ejército! Tanya se precipita a la habitación donde han dejado el teléfono en espera y, tras forcejear para descolgarlo, se disculpa por su tardanza.

“*¡Esta es la Teniente coronel Degurechaff! ¡Lamento haberle hecho esperar, general!*”.

El tiempo es un recurso precioso. Lo mismo ocurre con el tiempo de un superior, pero no sirve de nada poner excusas cuando se ha metido la pata. Aunque el error haya sido del mensajero, hay que empezar por disculparse sinceramente, y hacerlo lo antes posible – cada segundo cuenta cuando se llega tarde.

“No hay necesidad de preocuparse, teniente coronel. Sólo hay una cosita que necesito que haga”.

Tanya puede oír la sonrisa de su superior a través del teléfono. Una sonrisa no tendría por qué ser algo malo si no estuviera al teléfono el *Director Adjunto Zettour*, conocido por sus astutos trucos.

“*¿Qué es lo que necesitas que haga?*”.

“Sí, bueno, tengo buenas y malas noticias”.

Cuando se le da a elegir, Tanya siempre opta por empezar con las peores noticias.

“¿Puedo escuchar primero las malas noticias?”.

“La Armada Ildoana tiene acorazados posicionados en la costa que pueden suponer una amenaza significativa para nuestros planes. Es muy posible que sean capaces de negarnos por completo el uso de sus carreteras costeras”.

Los acorazados pueden desplegar una potencia de fuego increíble. Los míseros proyectiles de veinte milímetros disparados por la artillería en tierra palidecen en comparación con los proyectiles de cuarenta centímetros que las fortalezas flotantes pueden lanzar uno tras otro.

“¿Van a bombardear sus propias carreteras con acorazados? Qué fastidio”.

“Así es. Nuestras fuerzas en la carretera están perdidas en este momento. Lo máximo que se me ocurre para contraatacar es tratar de mantener su movimiento limitado a través de minas marinas”.

“¿Dijo que también tenía buenas noticias?”.

“Así es. Aunque los acorazados enemigos suponen una clara amenaza... su aparición también nos brinda una nueva oportunidad”.

“¿Una oportunidad?”.

Tanya sospecha de la terminología sugerente del general. El hecho de que el General Zettour suene marcadamente feliz también es un poco inquietante. No sabe si lo que viene a continuación será bueno o malo... pero una cosa es segura - el sentido del peligro que cultivó en el este le dice que algo no va bien.

“La flota enemiga parece vulnerable a un ataque que podría aniquilarla de un solo golpe”.

“...Mis disculpas, pero eso me suena un poco demasiado bueno para ser verdad, general. Si fueran una o dos naves, podría entender acabar con ellas en un solo ataque, ¿Pero una flota entera?”.

¿Está hablando de derribar un portaaviones completamente cargado? Eso no parece factible dado lo limitado que está el Ejército Imperial en este momento. Para empeorar las cosas, la guerra comenzó el 11. Hoy es 16. ¿Deliberaría el enemigo un objetivo tan vulnerable a los cinco días de guerra?

La firme comprensión de Tanya de la lógica militar la tiene confundida por la premisa que se le plantea.

“Apuesto a que no me crees, y no te culparía. Pero es la verdad. Verás”, continúa alegremente el General Zettour, “la flota principal de las fuerzas navales ildoanas está actualmente... en proceso de modernización en un puerto del norte”.

“... ¿Qué?”.

¿Están reconstruyendo sus barcos -preciosos activos nacionales- en la frontera?

“¿Así que esto significa que no son capaces de desplegar ninguna de sus naves en este momento?”.

“Exactamente. Sus behemoths están actualmente inmóviles, y un acorazado atrapado en un puerto es el blanco perfecto”.

“Apenas puedo creerlo. Hay una guerra en marcha. ¿Están cuerdos los ildoanos?”.

Sus objetivos más caros están estacionados en su frontera, a la espera de un ataque imperial. ¿Quién en su sano juicio permitiría que algo así sucediera?

“Los ildoanos siguen una escuela de pensamiento diferente. Es probable que tuvieran la intención de tener sus naves allí como un mensaje de que no tenían intención de iniciar una guerra. Es una elección racional desde su punto de vista”.

Tanya está de acuerdo con este punto. Nunca *iniciarían* una guerra mientras todas sus naves estuvieran en un mismo muelle. Eso sería totalmente inconcebible para un soldado imperial. Parece que los ildoanos pensaban exactamente lo contrario.

Míranos. Somos neutrales. No tenemos intención de atacar al Imperio.

Atracar sus acorazados en su frontera debía ser una señal para el Imperio. Por desgracia para ellos, el Imperio no captó su señal a tiempo.

“Entonces... ¿Toda su flota sigue atracada en la frontera?”.

“No estaban preparados para librarse una guerra, ni tenían preparada ninguna contingencia. En estos momentos se apresuran a sacar sus barcos del puerto. Este es sólo otro de los beneficios imprevistos de nuestra emboscada”.

Aprovechando la increíble oportunidad, Tanya hace su movimiento.

“¡Esto significa que nuestro ejército puede apoderarse de sus barcos!”.

La situación naval del Imperio es desesperada. Si hay alguna posibilidad de mejorarla, deben hacer lo que sea necesario. Incluso si no fuera el caso y su armada estuviera en buena forma, un nuevo acorazado o dos siempre conllevan un impacto significativo. Aunque Tanya no considera necesariamente que los acorazados sean los *reyes de los mares...* el público los adora absolutamente. Casi demasiado. Apoderarse de cualquier número de acorazados sería la mejor forma de propaganda que se podría desear.

Así, en la mente de Tanya florece un sueño de color de rosa.

¡Así que eso es lo que quiere decir con quitarlos todos a la vez! ¡Qué sencillo!

“Eso probablemente no será posible”.

El General Zettour arranca en silencio, pero con firmeza los pétalos de las rosas del sueño de Tanya.

“No creo que debamos dejar escapar esta oportunidad de apoderarnos de nuevas naves...”.

“No es bueno desear lo que no se tiene. El asalto al territorio norte de Ildoa sigue a medio camino. Actualmente caminamos sobre una cuerda floja extremadamente delgada”.

Sus fuerzas principales se encuentran actualmente en la fase en la que se desplazan hacia el sur y abren camino. Es la respuesta natural que debe dar un superior teniendo en cuenta lo impredecible que es el campo de batalla.

Si tan sólo... Tanya no pudo evitar que un sentimiento de lamento brotara de su interior.

“Si tuviéramos más fuerzas...”.

“Nos falta mano de obra y tiempo. Nuestra única esperanza es hundir lo que hay. No podemos dejar que nuestro deseo se interponga en el camino de un ataque exitoso”.

Todo el mundo quiere tantos recursos valiosos como pueda adquirir. Esto es especialmente cierto en tiempos de guerra. La única diferencia entre tiempos de guerra y de paz en este sentido es que los recursos que *no se pueden* tener se convierten en una *molestia*, y si no podemos tenerlos, los destruimos.

Al llegar a esta inevitable conclusión lógica, Tanya renuncia a la idea de adquirir más naves.

“¿Asumo que nuestra flota aérea atacará a la flota naval enemiga?”.

“Nuestra flota aérea lucha actualmente por mantener la superioridad aérea en el norte. No hay garantía de que podamos hundir todos los barcos, incluso si los usamos para atacar el puerto”.

Tanya no le comprende. Tal vez hagamos algo parecido al ataque a Port Arthur en China⁷², es decir, asediar el puerto con artillería pesada que podamos subir o con cañones de ferrocarril. Teniendo en cuenta la

⁷² La Batalla de Port Arthur, del 8 al 9 de febrero de 1904 marcó el comienzo de la Guerra ruso-japonesa (1904-1905). Comenzó con un ataque nocturno sorpresa de un escuadrón de destructores japoneses contra la flota neutral rusa anclada en Port Arthur, Manchuria, y continuó con una batalla a la mañana siguiente; La escaramuza en Port Arthur continuaría hasta mayo de 1904. El ataque terminó sin resultados concluyentes, aunque la guerra acabó en una decisiva victoria japonesa. Lüshunkou, también llamada Lüshun, anteriormente Port Arthur, es una ciudad-distrito bajo la administración directa de la ciudad-subprovincial de Dalian. Se ubica en el extremo sur de la punta de la península de Liaodong en el territorio de la actual República Popular China.

durabilidad de los acorazados, supongo que usaremos los cañones ferroviarios.

“General, creo que entiendo lo que quiere decir”.

El 203vo Batallón de Magos Aéreos actuaría como observadores de artillería durante el asedio al puerto. No puedo evitar notar la ironía si hay una Colina 203⁷³ en Ildoa como la hay en China. Esto será exactamente igual que Port Arthur si utilizamos cañones de ferrocarril para volar en pedazos sus acorazados desde lejos.

“Deje el ataque a mi batallón. Estamos acostumbrados a detectar para los equipos de artillería”.

Tanya lo dice con confianza, pero no es fácil guiar el fuego de artillería en territorio enemigo. Es un obstáculo importante que hay que superar. Dicho esto, debería ser diferente del apoyo que tuvieron que dar a los artilleros solitarios en Norden o en el Rin. Esta vez, se pueden adoptar varios enfoques diferentes.

Mientras Tanya piensa en las tácticas de observación y en el equipo que necesitarán, recibe unas palabras inesperadas.

“Aprecio el entusiasmo, pero no te tendré guiando el ataque”.

“¿Qué?”.

“El Doctor les explicará los detalles. Usted y su batallón atacarán las naves enemigas”.

“¿Dijo Doctor?”.

Una alarma empieza a sonar con fuerza en la mente de Tanya.

Mierda. Estas son peores noticias que las malas noticias originales. Puta mierda.

⁷³ La colina 203 es una colina ubicada en el distrito de Lüshunkou, Dalian, provincia de Liaodong, China. Su nombre se debe a su altitud: 203 metros sobre el nivel del mar. En 1904-1905, una de las batallas más feroces de la Guerra Russo-Japonesa tuvo lugar allí entre los ejércitos japonés y ruso, durante el Asedio de Port Arthur. Muchos observadores notaron la nueva forma de lucha que tuvo lugar allí, anticipación de la violencia de la Primera Guerra Mundial. Después de la batalla, el general japonés Maresuke Nogi usó la pronunciación china de dos ceros para llamarla “La montaña donde yace tu alma”, en un famoso poema de Kanshi, que sin duda alude a la muerte de su hijo durante estas operaciones.

“He hecho los arreglos para usar su maquinaria de aceleración. Quiero que realices más *reconocimientos*”.

¡No! ¡No esos malditos misiles que usamos para visitar la República de François en el frente del Rin!

“G-General. Mis unidades acaban de terminar una larga batalla; no estoy tan segura de que podamos operar a plena capacidad todavía...”.

Tengo que hablar para salir de esta. A pesar de mis desesperados intentos por enumerar cualquier excusa, razón o factor que se me ocurra, el superior de Tanya tiene preparada una réplica implacable.

“Qué extraño. Hace un momento te ofrecías voluntaria para detectar fuego de artillería en la base naval”.

No puede mentir. Ante la posibilidad de que cualquier respuesta falsa sea descubierta, la única opción de Tanya es utilizar la verdad para hacer que su superior malinterprete la situación... Por desgracia, el General Zettour puede ser el hombre con más experiencia en el empleo de esta táctica en todo el mundo.

Por lo tanto, Tanya se da cuenta de que su única opción es izar ya la bandera blanca.

“A-A sus órdenes, señor”.

Lo que se supone que va a ser una alegre fiesta y celebración para los miembros del 203vo se ve inmediatamente interrumpida por el horrible sonido de una *alarma*. No se trata de una alarma real, sino de una interna, activada por el sonido de pasos apresurados que sus sentidos agudizados captan mientras esperan el regreso de su comandante. Las dos compañías de élite del 203vo Batallón de Magos Aéreos escuchan la alarma interna al unísono y comienzan a atiborrarse de comida.

Este atributo hace que sean soldados fuertes que sobrevivirán a la guerra. Necesitan comer cuando hay comida.

Estos veteranos, que están en una liga propia, saben instintivamente que tienen que atrapar cualquier alimento que puedan y metérselo en la garganta cuanto antes.

“Mmnngħ, ¡Oye! ¡Eso es mío!”. “¡Teniente primero! ¡Mira todo el queso que te has comido! ¡Guarda un poco para el resto de nosotros!”. “¡Quería hacerlo sánduche y guardarla para más tarde!”. “¿Quién le ha dado un mordisco a mi chocolate!?” . “Este pan blanco sabe tan condenadamente bien...”.

Hay una extraña armonía entre las manos atareadas que buscan comida, se dan palmadas y agarran cosas que pueden guardarse para más tarde mientras el gran festín desaparece rápidamente en los estómagos y las mochilas de los soldados.

Ser un Mago Aéreo es un puesto que consume muchas calorías, y comer es una parte esencial del mismo. Deben mantener una capacidad técnica para captar cambios sutiles en su entorno. Como, por ejemplo, su comandante caminando por el pasillo frustrada.

Dicho esto, un soldado sólo puede permanecer vigilante hasta cierto punto. En el momento en el que la Teniente coronel Tanya von Degurechaff se percata de lo que ocurre en la sala del banquete, ella -de una manera que explica cómo un poseedor de la Insignia de Plata Blanca puede ganarse el apodo de Plata Oxidada- lanza una mirada despectiva mientras llama a su batallón.

“¡Atención, todas las unidades! ¡Reúnanse de inmediato!”.

A pesar de ser una maga veterana y una heroína de guerra, Viktoriya Ivanovna Serebryakov casi se atraganta con el enorme bocado de sándwich de jamón que se ha metido en la garganta.

“¡Mrgh!? Mmm, *tos*, ¿Eh? ¡Qué!?”.

El tono de Tanya, su presencia y sus palabras – un veterano en medio de una batalla encarnizada no necesita ser capaz de ver el futuro para saber lo que se avecina con una probabilidad cercana al cien por cien. Sea lo que sea esta vez, lo más seguro es que sea malo.

Todos saben que están a punto de verse envueltos en algo problemático. Para ser una veterana con la amplia experiencia de la Teniente primero Serebryakov, supone lo peor e inmediatamente se pone en marcha. El único problema es que son sus manos y su boca las que se mueven.

“¡Todas las unidades del 203vo Batallón de Magos Aéreos! ¡Prepárense para desplegarse!”.

“¿¡Pero si acabamos de terminar nuestra última misión!?”.

Mi subordinada protesta por mis órdenes mientras engulle lo que probablemente sea el pan blanco más delicioso que haya probado nunca. No es que nuestro pan de centeno habitual no sepa bien, pero el pan blanco de grano fino está en una liga propia.

“¡Ya me has oído!”.

“¡E-Espere, espere! ¡Déjeme terminar esto primero!-”

Uno de mis soldados lo grita mientras se come más pan blanco con un poco de mi café.

Es difícil incluso imaginar beber café de este calibre de una manera tan burda. Pensar en lo que cuesta el café es casi suficiente para hacerme desmayar. Dicho esto, parece que la mayoría de mis subordinados están más interesados en el pan que en el café.

Parte del pan lleva deliciosa carne intercalada. Aunque no hay tiempo suficiente para disfrutar del sabor, sigue siendo mucho mejor que las provisiones a las que están acostumbrados.



Debe tener un sabor maravilloso. Comerlo así es un verdadero perjuicio para su calidad, pero es mejor que dejar que se desperdicie. Mis subordinados siguen comiendo y comiendo, pidiendo más comida mientras yo espero.

“¡Dejen de comer la comida de Ildoa de una vez! ¡Necesito que se reúnan en este instante! ¡Saben lo que pasará si no lo hacen!”.

Para ellos está claro que me estoy acercando a mis límites, ya que termino mi demanda con un evidente tono de frustración. Todos llevan ya mucho tiempo en el 203vo Batallón de Magos Aéreos, así que saben dónde está la línea que no deben cruzar. Sin embargo, la Teniente primero Serebryakov intenta resistirse una vez más.

“¡P-Por favor, déjenos tener las calorías que necesitamos para nuestra próxima operación...!”.

Le lanza la más fría de las miradas al tiempo que le digo, en un tono casi amable...

“Teniente primero Serebryakov. ¿Está afirmando que su necesidad de comer tiene prioridad sobre las órdenes de su comandante?”.

Este es el límite. Pueden oír mi rabia a fuego lento sobre el punto de ebullición.

Al darse cuenta de que ha metido la pata, la Teniente primero Serebryakov se apresura a apagar las llamas que ha avivado sin darse cuenta.

“¡Oh, no! ¡No, no, no, no! ¡Estoy lista para desplegarme en este mismo instante!”.

Se levanta de la silla y empieza a coger cosas de la mesa, provocando otra mirada de incredulidad de Tanya.

“Oye, Visha”.

“¡Sí!”.

“Deja las galletas”.

En el colmo de la desesperación, la Teniente primero Serebryakov replica:

“¡Son raciones de emergencia!”.

Su expresión está llena de confianza. Esta afirmación podría haber funcionado con un superior diferente si no fuera por la duración de su relación.

“Tienes un montón de mi chocolate en ti también, ¿No?”.

“¡El chocolate y estas galletas son cuestiones completamente separadas!”.

“¡Bien! Está bien. Sólo asegúrate de disfrutar el sabor de mi café mientras lo bebes”.

“¡S-S-Sí, comandante!”.

La Teniente primero Serebryakov se acerca arrastrando los pies a donde están comiendo el resto de los magos y enseguida coge café suficiente para que ella y Tanya lo tomen más tarde. Es obvio para qué es esto. Van a disfrutarlo mientras tienen su próxima reunión.

Así, en consonancia con el deseo de la Teniente coronel Degurechaff de celebrar una reunión con comodidad, la sala de reuniones que utilizan está bien provista de chocolate y café. El fragante aroma de los granos de café inunda la sala de reuniones, donde reciben una apasionada explicación del Dr. Schugel sobre sus nuevos y mejorados V-1.

Los miembros del batallón de magos ignoran la fragancia mientras su oficial al mando comienza su propia explicación de la operación que están a punto de ejecutar. Una simple explicación sería más que suficiente para las aguerridas tropas de magos, que ya han ejecutado con éxito operaciones utilizando los V-1 y los V-2.

“Nuestro objetivo es un grupo de acorazados enemigos. Eso es todo”.

Con clara comprensión, todas las tropas de magos se acercan para abordar los artilugios del científico loco. Estamos abordando la última versión de los V-1 del Doctor desde una instalación de lanzamiento preparada a toda prisa. Aunque, el único que profesa las mejoras a una característica central de los misiles es el propio Dr. Schugel. Desde el

punto de vista de Tanya, un V-1 que ahora puede girar un poco más sobre su eje sigue siendo el mismo V-1 al que están acostumbrados.

Los doce pilotos se impulsan a través de los cielos azules de Ildoa montados en un chorro de combustible de hidracina⁷⁴. Dentro de la trampa mortal de acero, Tanya y sus veteranos realizan pequeños ajustes en sus trayectorias mientras surcan el aire.

La velocidad de los V-1 es más intensa que nunca mientras surcan el cielo rumbo a su objetivo. A este ritmo, sus enemigos no tendrán tiempo de reaccionar antes de que completen su misión. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que el Ejército de Ildoa no es el Ejército de François. En otras palabras, el primero no se encuentra en una posición en la que vaya a esperar de brazos cruzados a que le llegue el ataque.

Ildoa es un contendiente tardío para unirse a esta guerra. Para bien o para mal, tienen un amplio conocimiento de la capacidad del Ejército Imperial para llevar a cabo ataques de decapitación después de observar desde la distancia durante todo este tiempo. Esto puede ser una ventaja para la neutralidad. Aún disponen de los recursos y el presupuesto necesarios para estar al tanto de los puntos fuertes de su enemigo. Los militares ildoanos destinados en el Imperio y la Mancomunidad están incluso en posición de explorar tácticas desde ambas perspectivas a la hora de luchar contra el Imperio.

Aunque ambas perspectivas son incompletas, son más que adecuadas para elaborar un plan en el que puedan basar sus *escenarios*. Sin embargo, aún está por determinar si sus planes serán eficaces en un combate real. No obstante, lo cierto es que dispondrán de un plan de contingencia.

⁷⁴ La hidrazina o hidracina es un compuesto químico cuya fórmula química condensada es N₂H₄. Se trata de un líquido incoloro y oleoso, con un olor similar al del amoníaco y que libera vapores cuando está expuesto al aire. Quema con llama apenas visible. Comercialmente se suministra en disolución acuosa o como hidrato de hidrazina (H₂N-NH₂ · H₂O). Se utiliza principalmente como espumante para la preparación de espumas poliméricas, así como precursor de catalizadores de polimerización y fármacos. Adicionalmente se emplea como combustible para aviones, misiles, cohetes espaciales y satélites. El comburente utilizado en estos casos, habitualmente es el tetrahidruro de dinitrógeno. También se conoce como hidrazinas a los compuestos derivados de esta.

En consecuencia, está claro lo que deben hacer los soldados de la base naval. Su guarnición no debe dudar. En cuanto la noticia del ataque llegue desde la frontera, la guarnición naval tomará rápidamente posiciones para defender la base.

Tienen el equipo y la gente, y se enfrentan a un enemigo para el que se habían preparado. La Armada ildoana se mueve lo más rápidamente posible según los planes de contingencia que había establecido para un ataque como éste. Evidentemente, esto implica desplegar todo el fuego antiaéreo que puedan reunir – una táctica tan eficaz como sencilla.

Una densa cortina de fuego enemigo que se dirige hacia ellos se presenta ante Tanya, dejándola en estado de commoción.

“¿Ni siquiera estamos cerca todavía?”.

Lo que más le sorprende es la distancia desde la que disparan. No es una distancia desde la que se puedan disparar misiles antiaéreos con eficacia. Normalmente, Tanya se reiría de esto con histeria. Sin embargo, no hay nada en la situación que se desarolla ante ella de lo que reírse.

“Ya veo... Están tratando de bloquear nuestra visión”.

La densidad del fuego de su cortina antiaérea es lo suficientemente baja como para que Tanya y sus tropas puedan penetrarla. Sin embargo, esto es exactamente lo que espera el enemigo, ya que el humo negro desatado por sus misiles antiaéreos está haciendo exponencialmente más difícil ver más allá de ellos.

Por frustrante que sea, el humo negro hace evidente que los soldados que defienden el puerto nos golpearán con todo lo que tienen.

Los destructores también parecen estar levantando una cortina de humo. No estoy segura de cuánto pretenden presionar las calderas de sus barcos, pero su táctica es terriblemente eficaz.

A este paso, no podremos ver nada.

“¡Esos malditos ildoanos! ¡Son unos bastardos inteligentes!”.

Es difícil hacer ligeros ajustes en la trayectoria final de los V-1. Cualquier pequeño cambio tiene un enorme impacto en el lugar donde caerá un misil como éste. La táctica empleada por la Marina Ildoana es la forma perfecta de defenderse contra ellos. Esto es exactamente lo que el Imperio haría en las mismas circunstancias.

“Quizá subestimamos a nuestro oponente debido a sus muchos años de paz...”.

Una parte de ella no esperaba un gran desafío para esta operación debido a su falta de experiencia. Tal vez la forma en la que aniquilaron a su ejército en la carga inicial influyó en su juicio erróneo.

Tanya tiene que aceptar que ha cometido un error. Pensándolo bien, la nación de Ildoa es, después de todo, una nación marítima. Al igual que la marina de la Mancomunidad es una gran amenaza a pesar de su pésimo ejército, los oficiales navales que viven de su marinería son de lo más astutos.

Siempre siento envidia de lo que no puedo tener.

“Mierda, esto es por lo que desprecio a la marina”.

La armada del Imperio es tan poco fiable en comparación con todos sus enemigos. Es un desequilibrio desagradable con el que trabajar. Es totalmente injusto.

Ojalá la marina de mi país reflexionara más sobre sus propias prácticas. Todos menos nuestros submarinos son un derroche de combustible. Casi me dan ganas de arrancar a esas focas de sus barcos y enviarlas al este como soldados rasos. Tal vez así se pondrían un poco en forma.

Tanya se traga su agitación y empieza a pensar en el asunto que tiene entre manos.

“Debería preocuparme más por mí que por los demás...”.

Esta cortina de humo es inesperada. Sólo hay doce V-1 en nuestro lado. Nuestro número es demasiado bajo para dispersarnos y esperar alcanzar nuestros objetivos a través de su cortina de fuego. Si mis

unidades no pueden disparar, no hay mucho que ganar con esta operación.

Espera. ¿Por qué tenemos que destruirlos todos? Para empezar, es una expectativa absurda. No somos tan tontos como para creer en una realidad en la que un ataque tan conveniente pudiera tener éxito.

Somos una compañía de veteranos; no hay forma de esperar que todos nuestros disparos sean perfectos... Dudo que seamos capaces de hundir sus cinco barcos. Incluso si nuestros misiles aciertan, existe la posibilidad de que sean demasiado resistentes para ser hundidos.

En ese sentido, una nueva idea cruza la mente de Tanya: El 203vo bien podría apuntar a uno o dos por ahora.

La cortina de humo no les permitirá esperar mucho más. Con el muro antiaéreo y la cortina de humo, es evidente que deberíamos haber considerado algunas opciones más antes de desplegarnos.

Dicho esto, nuestro plan actual ya está en marcha.

“¿Serían malos los cambios de última hora en el plan?”.

Hay momentos en la vida en los que hay que optar por el segundo mejor plan si es más fiable, dada cualquier confusión que pueda impedir la ejecución óptima del plan original.

Al mismo tiempo, las órdenes no son algo que deba cambiarse por capricho. Si metemos la pata lanzándonos a una cortina de confusión absoluta, los daños que sufriremos serán demasiado grandes.

¿Qué pasará si metemos la pata? ¿Habrá una próxima vez? No es que quiera volver a utilizar estos V-1, pero es algo que hay que tener en cuenta desde el punto de vista laboral.

Lo que tengo claro ahora es lo limitada que es esta oportunidad. Si los barcos enemigos consiguen salir al mar, los V-1 no tendrán ningún efecto. Tal vez podríamos intentarlo de nuevo con los V-2, pero dudo que nada funcione si saben que vamos a por ellos.

“La respuesta a todo esto es simple, supongo”.

Es suficiente para que Tanya esboce una sonrisa irónica. Tenemos que eliminar a nuestros enemigos mientras tengamos la oportunidad. Eso es lo único que importa. Así que no pueden dejar pasar esta oportunidad.

En lugar de intentar cambiar nuestro rumbo, nos aseguraremos de hundir al menos uno o dos acorazados.

“Sólo hay un problema”.

Y es un gran problema. Estos V-1 son creaciones de ese científico loco. ¿Está bien que Tanya y sus soldados arriesguen sus vidas en estas trampas mortales?

Sin embargo, para bien o para mal, la respuesta a sus preocupaciones ya le ha sido impuesta.

“No hay vuelta atrás ahora que hemos llegado tan lejos”.

Tanya nunca quiso utilizar estos artilugios, por supuesto. Pero su superior tomó la decisión de arriesgar su vida por ella. Con órdenes tan claras, no hay más remedio que confiar en ese maldito científico loco.

Nunca fue decisión de Tanya desde el principio.

Las órdenes son órdenes.

“Vaya situación de mierda”.

Es terrible tener que trabajar para otra persona. Ahora que ha decidido cambiar de trabajo, definitivamente no puede hacer nada que la ponga frente a un pelotón de fusilamiento.

“Estoy segura de que nunca pensé que me pondrían de nuevo en uno de estos, aunque ...”.

Sacude la cabeza para librarse de cualquier pensamiento que la distraiga. En este momento, necesita concentrarse en estrellar este montón de metal volador contra uno de los montones de metal flotantes del enemigo. Dejando a un lado lo peligrosos que son los V-1, una cosa es segura: Sin duda son potentes.

Con nuestra visión obstaculizada, el 203vo tendrá que centrarse en conducirlos manualmente.

“01 a todas las unidades. Vamos a movernos según el plan”.

Por eso Tanya les habla a sus subordinados cuando se acercan a su objetivo en la mira.

“Lo ideal es atacarles directamente, pero intenten acercarse todo lo que puedan. Si es posible, apunten a sus hélices”.

Un acorazado sigue siendo muy peligroso, aunque no pueda moverse. Dicho esto, ciertamente no es tan peligroso como un acorazado que *puede* moverse. El Imperio necesita que la Marina Ildoana pierda sus activos hoy.

“Camaradas, confío mucho en todos ustedes. ¡Obtengan resultados como siempre lo hacen! ¡Eso es todo!”.

El discurso de un superior siempre debe ser rápido y directo. Tras enviarle un breve mensaje a sus soldados, Tanya pone la radio en el canal de su ayudante.

“¡Ayudante! Seguiremos la formación inicial. ¡Tú y yo nos encargaremos del acorazado más alejado de la retaguardia!”.

“¡Entendido!”.

Debería comprobar los impulsores de hidracina. Parece que funcionan perfectamente. Manteniendo nuestra asombrosa velocidad, surcamos el aire hacia nuestro objetivo. Caemos como esferas voladoras de destrucción que pronto visitarán a los acorazados estacionados en el puerto.

Nuestro enemigo, por otra parte, está haciendo todo lo posible para ponerle fin rápidamente a nuestra visita. Las fuerzas enemigas en tierra lanzan literalmente todo lo que tienen contra nuestros V-1 que se acercan rápidamente. Comienzan a añadir disparos dirigidos a la cortina inicial de fuego antiaéreo que impide el paso del 203vo.

“La Marina Ildoana es buena... Aunque está claro que les falta experiencia, son capaces de moverse como un equipo”.

Tanya asiente ante el comentario de su ayudante.

“Me da envidia”.

Su marina está concienzudamente entrenada y formada. Las fuerzas que están por debajo de ellos son probablemente las mejor equipadas de todas las potencias beligerantes en este momento. Si las tropas de abajo están tan bien entrenadas como armadas, son algo que desearían todas las ramas del ejército imperial.

El Imperio no quiere enfrentarse a una potencia que no funcione como él, como una fábrica de explotación. Es terrible cómo las empresas que funcionan correctamente pueden extender su eficiencia incluso al personal de los niveles más bajos. Tanya debe reconocer la ventaja de su enemigo. Dicho esto, también se asegurará de que su experiencia se imponga por encima de todo en esta batalla. Esta ventaja suya es algo que tendrán que aprovechar al máximo.

“No es necesario que les demos a estos soldados la experiencia que les falta”.

“Estoy de acuerdo”.

Tanya empieza a hacer los últimos ajustes en su trayectoria de vuelo mientras escucha la respuesta de su ayudante. El humo que bloquea su visión es muy molesto, pero es una táctica a la que está acostumbrada.

“Sus acorazados son nuestros”.

Nuestro objetivo: Toda la flota naval de Ildoa.

Tras los últimos ajustes, mis soldados y yo salimos de nuestras cabinas de los V-1. Mientras los misiles se precipitan hacia el profundo mar azul de Ildoa, Tanya y sus magos consiguen distanciarse de la explosión alzando el vuelo. Vuelven su atención a los cielos sobre el puerto naval, que siguen tan llenos de proyectiles como momentos antes. La Marina Ildoana sigue lanzando todo lo que tiene contra el 203vo en forma de fuego antiaéreo.

Para empeorar las cosas, parece que algunos de sus enemigos han hecho una confirmación visual de ellos.

“¡Qué fastidio!”.

Llegan incluso a centrar la línea de su fuego antiaéreo en magos individuales. Por supuesto, no es suficiente para poner en peligro a ninguno de mis magos gracias a nuestras películas protectoras y proyectiles defensivos. Sin embargo, nunca es una experiencia agradable estar bajo tanto fuego fulminante. Salvo un puñado de soldados con una especial predilección por quedar atrapados en las miras enemigas, esto es lo más estresante que puede haber en una guerra.

“No negaré los deseos de otra persona, pero desde luego no comparto esos intereses tan peculiares... ¿Oh?”.

Por el rabillo del ojo, Tanya ve el destello de un arma delirante, el loco producto de la disparatada pasión de un científico loco.

Sus misiles vehiculares, con su diseño altamente penetrante, amplio empuje y decente potencia explosiva, muestran tan poca contención como su creador al dirigirse directamente hacia sus objetivos.

Al fin y al cabo, para eso los hizo, y hacen bien aquello para lo que están hechos.

Los V-1 de fabricación imperial atraviesan el cielo azul de Ildoa, el mar azul y los acorazados grises que corren a partir del puerto en doce líneas rectas.

El espectáculo resultante es una calamidad total. Ninguna cantidad de humo podría ocultar lo que sucede. Seis de los V-1 impactan directamente. Cuatro más están a punto de impactar.

Las secuelas del atentado son excepcionales.

Como los barcos aún no han salido del puerto, no pueden realizar ninguna maniobra evasiva real. Un buque atrapado en el puerto es un blanco perfecto. Esto es aún más cierto para el 203vo de élite – es el entorno ideal para obtener resultados.

La única compañía de magos da en el blanco en dos acorazados e incluso consigue volcar un tercero. La explosión es increíble. El sonido de la explosión retumba en el cielo, cuya onda expansiva es suficiente como para sacudir la formación de los magos aéreos. Miro la bahía con satisfacción. Es fácil ver el impacto de la explosión.

De la flota naval ildoana sólo quedan dos de sus barcos de élite, e incluso éstos apenas se mantienen a flote...

“Creo que es razonable decir que los hemos incapacitado”.

Les hemos quitado la movilidad. Los barcos van camino del fondo del mar o están a punto de volcarse.

Nadie puede predecir el futuro, pero una cosa es segura.

“No irán a ninguna parte con sus barcos en ese estado”.

De un solo golpe, hemos eliminado la flota naval de la que presumían los ildoanos. Sus barcos ciertamente no verán ninguna batalla en esta guerra.

El espeso humo negro que emana de las llamas le dice a Tanya todo esto.

Tres barcos se han hundido y dos han quedado destruidos. Las masas de acero se pudrirán en el océano azul de Ildoa, ahora teñido de negro por el gasóleo. El humo negro que bloqueaba su visión hasta hace unos momentos es ahora un brillante despliegue de varios colores cuando el humo atrapa la luz de las magníficas deflagraciones de los barcos enemigos.

En poco tiempo, la compañía ha terminado rápidamente de reagruparse en los cielos. El hecho de que no haya habido problemas para eyectarse de los V-1 es una gran noticia.

Se trata de una victoria impecable, conseguida sin sufrir ninguna pérdida.

“¿Debemos capitalizar nuestros resultados?”.

Desde mi lado, oigo a mi ayudante dar su opinión. Últimamente, tiene tendencia a querer meterse con nuestros enemigos más débiles. En momentos así, Tanya se preocupa un poco por el futuro de la mujer.

“Teniente primero, es en momentos como estos cuando siento la necesidad de recordarle... que no olvide que estamos en guerra”.

Saber cuándo abandonar es una parte esencial de ser un soldado profesional.

¿Por qué no se da cuenta de que la debilidad que está mostrando el enemigo en estos momentos es la oportunidad perfecta para volver a casa a tiempo? ¿Será que la Teniente primero Serebryakov encuentra su trabajo tan satisfactorio que puede continuar sin límites?

“Teniente primero, ¿Encuentra nuestro trabajo satisfactorio?”.

“¿Eh? ¿Está hablando de cumplir con nuestro deber?”.

Mi subordinada adopta una postura defensiva. Es la reacción correcta. Un superior que cuestiona los deseos de su subordinado no suele ser bien recibido. Por mucho que me gustaría que relajara la tensión de sus hombros, no es tan fácil, ni siquiera para alguien tan buena en comunicación como yo.

“Hm...”. Tras pensarla un momento, vuelvo a preguntarle con indiferencia. “Oh, no. Sólo me preguntaba si eres de las que desean encontrar satisfacción en su trabajo. Eso es todo”.

Me preocupa un poco saber si esto se entenderá como yo deseo. Sin embargo, por la expresión de mi subordinada, sé que las palabras de Tanya le llegan.

“Bueno, eh, supongo que es mejor si hay algo de eso...”.

“Gracias, Visha.”

Parece normal. Quizá su tendencia a buscar la plenitud sea leve, como mucho. Es probable que sea una persona normal. Tanya, por ejemplo, disfruta mucho más de un trabajo satisfactorio que de uno infructuoso. Esto forma parte de la vida.

“¡Todas las unidades, retírense! ¡Hemos completado nuestra misión a la perfección! ¡Terminémosla sin sufrir ninguna pérdida!”.

Es hora de nuestra gran huida. No hay muchas fuerzas que puedan escapar tan rápido como los veteranos del 203vo Batallón de Magos Aéreos. Salimos de allí tan rápido que cualquiera que esté en tierra se da cuenta de que no somos de los que merodean por los cielos enemigos más tiempo del necesario.

La compañía aérea participa en ingeniosas burlas mientras volamos de vuelta a nuestra base, aunque nunca bajamos la guardia. Sin hacer ningún movimiento innecesario hasta el final, Tanya asiente con satisfacción al regresar a la base.

“Buen trabajo a todos. Pueden retirarse”, dice Tanya antes de girarse hacia su ayudante y darse cuenta de que probablemente también debería expresarle su agradecimiento personal.

“Lo mismo digo de usted, ayudante. Lo has hecho bien hoy”.

“Gracias. Entonces... Teniente coronel, ¿Adónde iremos después?”.

“¿Hm? Ah, vamos a cambiar nuestra ubicación”.

“¿Hacia dónde?”.

Esto es evidente.

Al frente, obviamente.

Tanya ya está sonriendo.

“Ya es hora de que nos dirijamos al frente para hacer de retaguardia de Weiss y los demás”.

“¿Vamos a ir al frente a pesar de que acabamos de volar todos esos destructores?”.

¿Aún no hemos terminado? Aunque la ayudante de Tanya apenas consigue tragarse sus palabras, está claro adónde quiere llegar.

Limpieron el campo de batalla para el Coronel Lergen y destruyeron toda una flota naval enemiga. Viendo cómo se han movido estos últimos días, está claro que se les está exigiendo demasiado.

Cómo echo de menos el Departamento de Normas Laborales. No hay que lamentarse por lo que no se tiene. De todos modos, ninguna norma laboral protegería a un soldado imperial.

Por eso tenemos que seguir adelante, por nuestro propio bien. Cuanto más tiempo permanezcamos en la reserva, más probable será que nos toque otra misión peligrosa.

Permanecer en la retaguardia supone un alto riesgo y un alto rendimiento. Tanya prefiere arriesgarse en la retaguardia del frente. Por no mencionar que no hay un alma en el Imperio que se atreva a llamar a ir al frente “huir de la batalla”. Por lo tanto, desde el punto de vista del riesgo, no hay razón para que no se dirijan al frente.

“Entiendo sus preocupaciones, ayudante, pero el Kampfgruppe necesita de todo el apoyo posible”.

“Considerando las circunstancias, no puedo estar en desacuerdo...”.

“Como no deberías. No hay tiempo que perder comiendo gratis en la retaguardia”.

Las palabras de Tanya suscitan una reacción inesperada.

“¿Podría ser que aún esté...?”.

“¿Qué dices, ayudante?”.

“¿Sigue enfadada?”.

¿Enfadada? ¿Yo? Esto inquieta a Tanya, que da una respuesta sincera.

“¿Enfadado por qué?”

“Sobre el jamón antes de desplegarnos...”.

“¿El jamón que te metiste entre las mejillas? No soy tan mezquina como para guardar rencor por un jamón que no me pude comer porque alguien llegó primero”.



19 DE NOVIEMBRE, AÑO UNIFICADO DE 1927, TERRITORIO IMPERIAL OCUPADO

Dejando a un lado las implicaciones políticas y militares de la campaña ildoana, el frente de Ildoa es un lugar delicioso para luchar.

No me refiero sólo al jamón o al queso.

El ojo avizor de Tanya capta todos los granos de café importados que se pueden encontrar. Incluso hay algunas máquinas divertidas para que nos llevemos a casa, como este aparato para moler café. Estoy deseando poder disfrutar de un espresso⁷⁵ siempre que quiera. Sería más fácil trabajar con una cafetera exprés, pero en este mundo aún no las hay.

Creo que me daré una vuelta por nuestro nuevo territorio y compraré lo que necesite.

Legalmente, por supuesto.

Tanya insiste en que sus subordinados también sigan esta política, ya que es mucho más racional -y seguro- que se apropien sistemáticamente de sus bienes en lugar de saquearlos. También es legal que lo hagan así.

“Teniente primero Serebryakov, prepare algo de moneda de la Mancomunidad para que la use más tarde”.

“¿Va a comprar algo?”.

“Así es”.

La moneda extranjera es un activo fuerte en territorios enemigos. La gente confía mucho más en ella que en la moneda militar. Debo mencionar que adquirimos toda la moneda que utilizamos para las compras de las arcas enemigas. Es bastante fácil de conseguir al asaltar una base enemiga (aunque dudo que mis colegas de otras ramas del ejército intentaran hacer lo mismo). Dejando a un lado los momentos en los que libraremos combates encarnizados, siempre es una herramienta poderosa para adquirir bienes en el frente.

⁷⁵ El café expreso (también denominado café espresso, café exprés, café express o café solo) es una forma de preparación de café originada en Italia. Debe su término a la obtención de esta bebida a través de una cafetera expreso. Se caracteriza por su rápida preparación a una alta presión y por un sabor y textura más concentrados ([Imagen](#)).

Sun Tzu⁷⁶ lo expresó mejor que nadie. Un general sabio obtiene lo que necesita de su enemigo. *Una carreta de provisiones del enemigo vale por veinte de las propias.* Probablemente era un genio de la gestión. Mucho mejor que Marx⁷⁷ en cuanto a su conciencia de los costes.

“Empezaremos con el reconocimiento. Vamos”.

“Iré con usted”.

“De acuerdo”.

Mientras las dos caminamos por territorio ocupado, parte del paisaje sobresale como un pulgar dolorido. Lo notaríamos, aunque no estuviéramos de reconocimiento.

“Todo aquí es tan bonito, a diferencia del Imperio”.

“Excluyendo las partes que destruimos”.

Como señala mi ayudante, la mancha del paisaje son los restos de edificios y casas demolidos. Es justo concluir que el Imperio tiene la culpa de la mayor parte de los destrozos.

Al fin y al cabo, los daños más recientes tienden a producirse por las balas.

“Nuestras tropas de tierra realmente no se contienen ahora, ¿Verdad? Quizá los ildoanos sean demasiado sofisticados en este sentido”.

La mayoría de las fuerzas enemigas se retiraron sin siquiera volar un puente a sus espaldas. Aunque, se dice que hubo una excepción que tenía lo necesario para hacerlo. Dicen que hay un punto concreto que

⁷⁶ Sun Tzu fue un general, estratega militar y filósofo de la antigua China. El nombre por el que lo conocemos es en realidad un título honorífico que significa “Maestro Sun”. Su nombre de nacimiento era Sun Wu y fuera de su familia era conocido por su nombre de cortesía Changqing.

Tradicionalmente se le considera como el autor de *El arte de la guerra*, un influyente tratado sobre estrategia militar. Sun Tzu ha tenido un impacto significativo en la historia y culturas china y asiática, tanto por escribir *El arte de la guerra* como por ser una figura histórica legendaria.

⁷⁷ Karl Heinrich Marx fue un filósofo, economista, sociólogo, periodista, intelectual y político comunista alemán de origen judío. En su vasta e influyente obra abarca diferentes campos del pensamiento en la filosofía, la historia, la ciencia política, la sociología y la economía. Junto a Friedrich Engels, es el padre del socialismo científico, comunismo moderno, marxismo y materialismo histórico. Sus obras más conocidas son el Manifiesto del Partido Comunista y *El capital*.

quedó tan chamuscado que parece que fue obra de la Federación. Afortunadamente para nosotros, una acción tan decisiva es todavía limitada. La mayoría de los ildoanos incluso parecen operar como si las cosas siguieran como siempre.

No les importa si es el Imperio, la Federación o la Mancomunidad quien les ataca. No se me ocurre ni un solo país que permita que tomen sus carreteras indemnes. En este sentido, Ildoa sigue siendo bastante pacífica.

“El hecho de que duden en destruir sus carreteras demuestra que no están hechos para la guerra”.

“No es como si...”.

Mi ayudante hace un tímido gesto para compartir su opinión conmigo.

“...Destruimos lo que se interpone en nuestro camino porque queremos”.

Tanya está de acuerdo con ella en esto.

“Así es. Se nos ordena hacerlo por necesidad”.

Hay una pregunta que sigue sin respuesta. Me pregunto si la Diosa de la Necesidad es realmente una diosa⁷⁸. Es una perspectiva importante y una pregunta profunda de Tanya.

Según Tanya, el hecho de que personas como el Ser X hayan abandonado este mundo a su suerte es el origen de muchos de sus problemas. Es demasiado difícil de entender incluso con la hipótesis del mundo justo⁷⁹.

⁷⁸ Ananké es la diosa griega de la Necesidad y la Compulsión, y sin embargo es una diosa que a menudo se pasa por alto. La razón principal de la falta de reconocimiento de Ananké es que aparece principalmente en la tradición órfica de la genealogía de los dioses, mientras que hoy en día, el conocimiento de la mayoría de la gente de la línea temporal de los dioses proviene de Hesíodo, y su trabajo en la Teogonía ([Imagen](#)).

⁷⁹ La hipótesis del mundo justo o la falacia del mundo justo fue desarrollada por Lerner (1965), y plantea que “los individuos necesitan creer que el mundo es un lugar justo para enfrentar su ambiente físico y social como algo ordenado y controlado”. Supone que “las personas obtienen lo que se merecen”, es decir, las acciones tendrán consecuencias moralmente justas y apropiadas para el individuo que las realiza.

A pesar de lo mucho que debo sufrir, ¿Por qué recibo tan poco a cambio?
Mientras esta pregunta siga sin respuesta, no habrá salvación para el género humano.

Tanya busca despreocupadamente algo en su bolsillo.

“Visha, échale un vistazo a esto”.

“¿Oh? ¿Qué es eso?”.

“Es una patata. Una sola patata”.

Es demasiado pequeña y deforme para llamarla patata. Sin embargo, es una patata.

Lo más básico para un soldado es atrapar lo que pueda y metérselo en el bolsillo antes de desplegarse en otra misión. Esto se debe a que nunca se sabe cuándo será la próxima vez que podrá conseguir las provisiones que necesita.

Al ver la expresión de sospecha en el rostro de la Teniente primero Serebryakov, Tanya asiente.

“Supongo que es extraño que lleve una patata, ¿No?”.

“Bueno, esperaba que tuviera una barra de chocolate. Considerando lo mucho que le gustan”.

“Eso no es incorrecto”.

Tanya hace rodar la patata en la palma de la mano y muestra una sonrisa irónica.

“Pensé que era una buena oportunidad para comparar el tamaño de nuestras patatas con las de Ildoa. Elegí una al azar de nuestra base”.

Probablemente no debería sorprenderme que tuviera que usar mi autoridad como comandante del Batallón de Magia Aérea del Estado Mayor para conseguir una patata tan insignificante como ésta. No vale la pena mencionárselo a mi ayudante, pero esta teniente coronel -célebre Nombrada, oficial de Magia Aérea y miembro de la Oficina del Estado Mayor- tuvo que negociar seriamente por esta mísera patata.

No obstante, opto por no comparar el diminuto vegetal con su homólogo ildoano.

“Quería compararlo con las patatas de aquí, pero decidí detenerme”.

“¿Por qué decidió hacer eso?”.

Esto es obvio. ¿Cómo puede no darse cuenta? Tanya suspira antes de compartir su desagradable realidad con su ayudante.

“Porque sabía que sólo me entristecería, ayudante”.

Las patatas que encontré en Ildoa son realmente magníficas. Es como para preguntarse si se trata de la misma hortaliza. Su color, tamaño y peso son completamente diferentes. Se puede sentir la cantidad de nutrientes que contienen sus patatas con sólo palparlas. En comparación, las patatas del Imperio son muy finas y están con mal olor.

Y pensar que esto se considera un alimento básico imperial. El veneno de la guerra total ha carcomido los cimientos del Imperio.

“La Diosa de la Necesidad nos ordenó venir aquí”.

Al Imperio no le queda más que destruirse a sí mismo mientras recorre el sombrío camino que se le ha trazado. El destino es siempre tan cruel. Como tal, el General Zettour decidió intentar echarle mierda al destino que le había tocado y apartarse de él.

Por lo que Tanya sabe, el hombre conocido como Zettour es, como individuo, probablemente un hombre de fe tan bueno y piadoso como cualquier otro... pero como parte de esta organización, es un realista perverso. Probablemente iría tan lejos como para no dejar que lo que la mayoría consideraría un dios se interponga en su camino. Todo lo que se cruza en su camino y se interpone en su camino se encuentra con la destrucción. Esto significa que, si la Diosa de la Necesidad decidiera abandonar al Imperio, el Subdirector del Cuerpo de Servicios del Estado Mayor respondería con un gigantesco dedo corazón.

No tendrá piedad, ni siquiera con un dios.

Irónicamente, si eso le permitiera al Imperio evitar el *camino hacia nuestra propia destrucción*, el General von Zettour se inclinaría ante cualquier dios, sardina o incluso Monstruo de Espagueti Volador⁸⁰.

Así es, nos acercamos al final. Este es el camino que el General von Zettour está tomando, un camino para terminar la guerra. Sin rodeos, nuestra operación actual es un intento de desembarco duro para obtener la *mejor pérdida que podamos*.

En otras palabras, es el fin para el Imperio. Todo lo que hacemos ahora es en busca de un medio para nuestro fin.

Las medidas que hemos tomado en Ildoa no nos proporcionan más que un poco de tiempo. Es probable que el General von Zettour intente utilizar esto para ponerle fin a las hostilidades en el este. Se deshará de los recursos restantes del Imperio o los descartará como forma de ajustar nuestras deudas. Es decir, suponiendo que haya alguna lógica en lo que está haciendo...

En cualquier caso, Tanya no puede decir si su presunción es correcta o no. Una parte de Tanya está un poco en conflicto con todo esto. Sus instintos le dicen que el General Zettour tiene más intenciones detrás de la campaña de Ildoa de lo que está dejando ver como una *operación militar*.

Si se trata de una campaña política, es difícil saber exactamente cuáles son sus objetivos. Estoy segura de que hay algo político aquí, algo en todo esto apesta a disfraz. No estoy segura basándome en pruebas físicas, pero la intuición de Tanya está captando *algo*.

Tiene que haber algo que el Imperio gane atacando Ildoa. Hasta que no sepa qué es, no seré más que un peón para que el general juegue con él⁸¹. Debo seguir desempeñando el papel de un peón capaz, pero un peón también necesita pensar por sí mismo. Si no soy capaz de decidir

⁸⁰ El Monstruo de Espagueti Volador (MSV) es la deidad satírica de la Iglesia del Monstruo de Espagueti Volador, o Pastafarista. Esta deidad se describió por primera vez en una carta abierta satírica escrita en 2005 por Bobby Henderson para protestar contra la decisión de la Junta de Educación del Estado de Kansas de permitir la enseñanza del diseño inteligente como una alternativa a la evolución en las clases de ciencias de las escuelas públicas ([Imagen](#)).

⁸¹ El peón es una pieza del ajedrez.

mi propio precio, es muy probable que me *empeñen* en contra de mi voluntad. Tengo que tomar medidas para permanecer atenta a cualquier ajuste de este tipo. Mi red y mis conexiones personales seguirán siendo importantes de aquí en adelante.

Miro a mi ayudante. También quiero tener en cuenta la carrera de mis subordinados en la medida de mis posibilidades. Si puedo, me gustaría venderlos a todos a la vez, conmigo como su jefa para darles valor añadido, como un conjunto... pero me pregunto quién compraría semejante paquete.

Definitivamente no vamos a convertirnos en comunistas, lo que supongo que nos deja con los capitalistas. A los capitalistas se les puede convencer con beneficios, aunque eso no quiere decir que los comunistas no tengan intereses políticos propios. Al fin y al cabo, un comunista sigue siendo un comunista. Para una ciudadana muy civilizada y culta como Tanya, no habrá mucho respiro sin un mercado adecuado.

Si va a venderse a sí misma y a sus soldados, será mejor que el comprador tenga mucho dinero. Con suerte, cuando los Estados Unificados lleguen a Ildoa, podrán ofrecerle un trato.

“... ¿Hm?”.

De repente, Tanya se siente invadida por una extraña sensación. Se deshace de la conspiración que le viene a la mente con una sonrisa.

“Probablemente no debería pensar demasiado las cosas”.

Si *ese* es el final de todo esto, entonces Tanya está definitivamente leyendo demasiado en las cosas. Debe estar cansada por las últimas semanas.

Tanya vuelve a caminar en silencio por el territorio imperial recientemente ocupado. Su ayudante le lanza miradas de duda mientras la sigue, pero, por suerte, sabe cuándo no es bueno entrometerse.

Ahora mismo, nosotros, el Imperio, estamos invadiendo Ildoa.

Una cosa puede verse claramente en su nuevo territorio. Incluso las ruinas de Ildoa están hechas de piedras de colores. La gente de aquí

está bien alimentada en comparación con los del campamento Imperial, que sólo pueden describirse como hambrientos.

La diferencia en el poder de nuestras naciones es abismal.

Si el Imperio fuera tan fuerte como Atila cuando invadió Roma⁸², nuestra historia podría haber sido diferente. Por desgracia, no somos hunos.

“Un país sin poder, qué triste...”.

“¿Teniente coronel?”.

“Sólo estoy refunfuñando para mis adentros, Teniente primero. No me haga caso”.

Despide a su ayudante con la mano y contempla el cielo de Ildoa.

Está tan claro, tan azul, tan hermoso.

Hace tanto sol aquí, un mundo lleno de sol.

Aquí hay tanta luz que los uniformes militares que vestimos los invasores mientras avanzamos hacia el sur resaltan como un pulgar dolorido.

Este no es un lugar donde el Imperio debería estar.

El poderoso sistema que una vez tuvo el Imperio ha sido desgastado por la guerra, y nuestros beneficios prácticamente se han agotado. Para colmo, nuestro sistema de valores también está siendo desgastado por la guerra.

⁸² Atila fue el último y el más poderoso caudillo de los hunos, tribu procedente probablemente de Asia, aunque sus orígenes exactos son desconocidos. Atila gobernó el mayor imperio europeo de su tiempo, desde el 434 hasta su muerte en 453. Conocido en Occidente como El azote de Dios, sus posesiones se extendían desde la Europa central hasta el mar Negro, y desde el río Danubio hasta el mar Báltico. Durante su reinado fue uno de los peores enemigos del Imperio romano, que en su etapa final estaba dividido en dos: el Imperio Oriental, con capital en Constantinopla; y el Imperio Occidental, con capital en Rávena, puesto que Roma había dejado de ser el centro político del imperio. Atila invadió dos veces los Balcanes, estuvo a punto de tomar la ciudad de Roma y llegó a sitiar Constantinopla. Marchó a través de la Galia y llegó incluso a Cenabum, la actual Orleans, hasta que el general romano Aecio lo obligó a retroceder en la batalla de los Campos Cataláunicos en el 451. Logró hacer huir al emperador de Occidente Valentiniano III de su capital, Rávena, en el 452.

No podemos esperar recuperar nuestra antigua gloria de antes de esta guerra. Nos guste o no, el Reich y su Imperio están en un camino irreversible hacia su propia destrucción. Pensando en esto, Tanya jueguesa con una patata de tamaño insuficiente y muestra una sonrisa irónica mientras observa unas ruinas.

Puede que Tanya no sea César⁸³, pero sabe exactamente cómo debe haberse sentido él. Tiene que cruzar el Rubicón⁸⁴, pero si lo cruza, el mundo será diferente de lo que era ayer.

Tanya no niega la posibilidad de cambiar de trabajo. Es una parte importante para avanzar en su carrera. La gente no debería negarse el derecho a elegir por voluntad propia.

Y, sin embargo, incluso entonces.

Ahora que las cosas han llegado a esto, no nos queda más remedio que correr hasta el final.

No se puede decir que ninguno de nosotros lo deseara.

Pero una cosa es segura. Sé que el General von Zettour está librando una lucha infructuosa con la derrota como pretexto. La suerte ya está echada; sólo queda esperar los resultados, algo que no sabremos hasta que el dado deje de rodar.

Pero estamos hablando del General Zettour. Es seguro asumir que ha cargado el dado de alguna forma o manera.

¿Va a engañar al Imperio, al mundo, o a todas las personas para ese propósito?

Tanya no tiene forma de saberlo.

Mi única opción es intentar imaginar cuál puede ser nuestro destino. Si me contribuirá a mí, o si será el comienzo de una nueva era.

⁸³ Cayo o Gayo Julio César fue un político y militar romano del siglo I a. C. miembro de los patricios Julios Césares que alcanzó las más altas magistraturas del Estado romano y dominó la política de la República tras vencer en la guerra civil que le enfrentó al sector más conservador del Senado.

⁸⁴ Tras el triunfo de César en la Guerra de las Galias (58 a. C.-51 a. C.), el Senado y Pompeyo, su antiguo aliado, recelosos de su ambición, quisieron frenarlo. Pero en 49 a.C., César pasó el río Rubicón dando inicio a una cruenta guerra civil.

Todo lo que sé es que las ruedas ya están en movimiento.

No queda nada por decir. El Imperio es tan delgado como esta patata escuálida.

Sólo nos queda un camino: Cruzar el Rubicón y correr a través de lo que nos aguarde.

“Los dados han sido lanzados...”.

Y no hay vuelta atrás.

(La saga de Tanya la Malvada 11, Alea Iacta Est, The End)

Apéndices

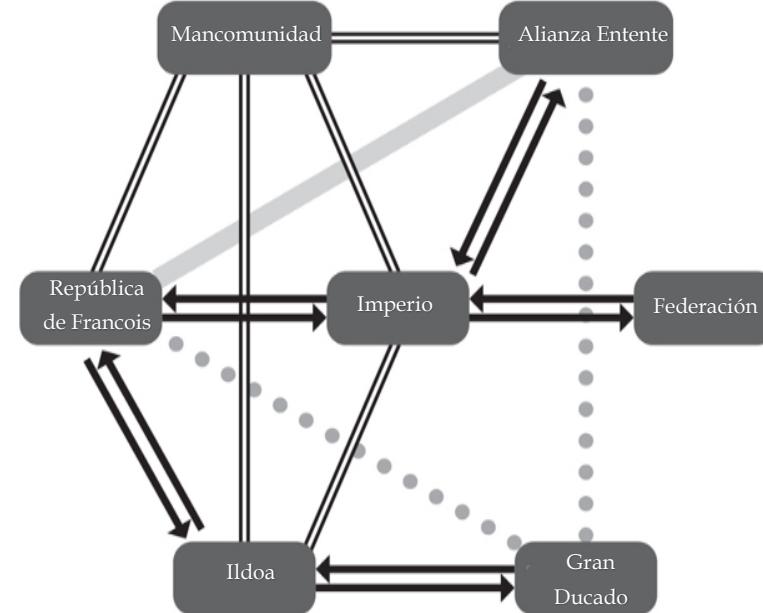
Esquemas de relaciones diplomáticas

¡Atención!
¡Achtung!



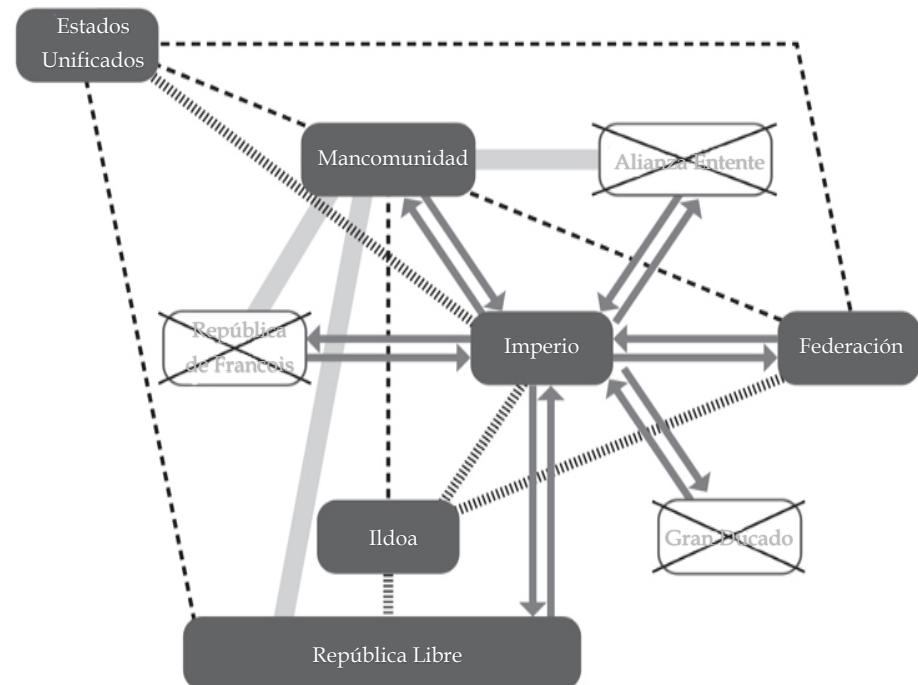
Relaciones diplomáticas

① Antes de la guerra



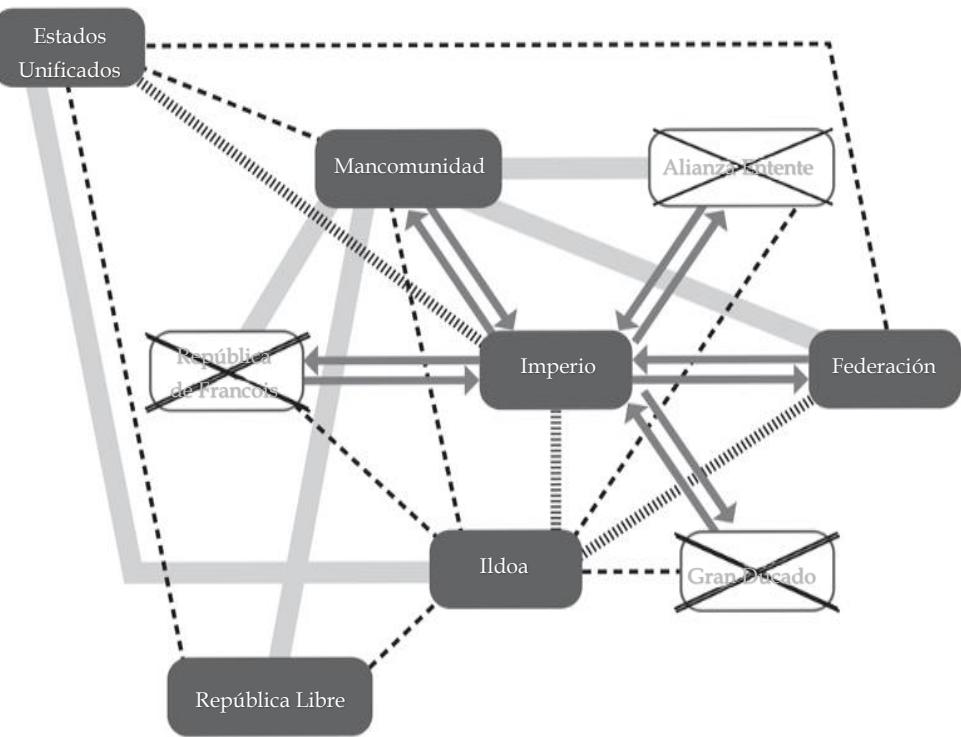
Los países que rodean al Imperio forman lazos laxos entre sí tanto para reclamar territorios disputados como para contener a la potencia emergente. Era el ocaso de los tiempos de paz.

② En medio de la Gran Guerra



El apogeo del poder imperial. El Imperio es capaz de derrotar cualquier intento de contenerlo. Reclamando la República de Francois, la Alianza Entente, y el Gran Ducado como sus territorios, el Imperio mantiene una ventaja militar en todas las direcciones. Durante este tiempo, las potencias contendientes profundizan sus lazos laxos de antes de la guerra.

③ La época de Ildoa



 En guerra

Relaciones diplomáticas

----- Relaciones diplomáticas proactivas

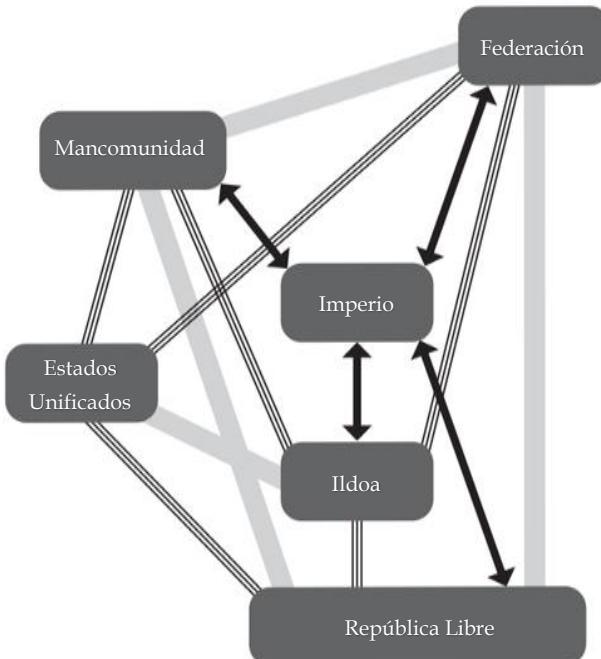
Aliados

 Ocupado

La importancia estratégica de la neutralidad de Ildoa aumenta exponencialmente.

El país se posiciona hábilmente como un mediador potencial para la paz en nombre del Imperio, y como una daga apuntando al corazón del Imperio. Como potencia ni a favor ni en contra del Imperio que se mantiene fiel a la neutralidad, el país disfruta de una paz prolongada.

4 Ahora



↔ En guerra

Aliados

Vínculo diplomático profundo

El Imperio hace
del mundo entero
su enemigo.



Visión general

El Imperio, que no ha invertido casi nada en esfuerzos diplomáticos, sigue intentando imponer sus exigencias a sus enemigos mediante su amplia fuerza militar, todo en nombre de una teórica paz al final de su esfuerzo bélico. Sin embargo, el futuro que le espera es muy distinto del que se había imaginado. Tras convertirse en el enemigo del mundo, las llamas de la guerra total siguen extendiéndose por todo el Imperio.



Volumen 11
Shinobu
Shinotsuki



Palabras del Autor

Hola, soy Carlo. Sé que es tarde para esto, pero ¡Feliz Año Nuevo! ¿Está bien si terminamos los saludos esta vez? Quiero ahorrar en el número de letras y frases.

Esto no es malo, pero... puede que haya algún valiente por ahí que haya comprado los once volúmenes de golpe.

Pensé que, estadísticamente hablando, existe al menos la posibilidad de que alguien lo haga. Eso es lo que quiero creer, de todos modos. Debe haber al menos una persona que lo hace.

Por eso enviaré un mensaje para cualquier héroe dispuesto a aceptarlo:

Hola, soy Carlo. Escribo novelas y la historia para el manga que las acompaña.

Me gusta comer ramen y beber café, y últimamente he intentado arreglar mi dieta. Es fácil ponerse a dieta. ¡Ya he hecho tres!

Es broma; terminemos aquí mi autopresentación.

Aunque al final conseguí mantener a mis editores en vilo, me las arreglé para publicar el volumen 11. Se publicará junto con la nueva película en febrero. Espero que todos los disfruten.

La película está llena de cosas increíbles, como una escena de lucha entre Tanya y Mary, la voz de Loria e incluso los guapos hombres maduros que componen el Estado Mayor.

(Debo mencionar que, mientras escribo este epílogo, aún no está terminado, pero *debería estarlo* para cuando el undécimo volumen llegue a las tiendas, y espero que todos puedan disfrutarlo en la fecha prevista).

Creo que debería estar bien, en cuanto al horario. Probablemente lo esté. Eso espero.

Aquí hay algo de información sobre este volumen que por cierto escribí mientras trabajaba en la película.

Puede que esto acabe siendo un spoiler, pero Zettour es un personaje muy difícil de escribir. Era mucho más fácil trabajar con él en los primeros volúmenes. Al fin y al cabo, al principio era lo bastante conservador como para tener reservas sobre utilizar a una joven para la guerra.

No sé qué pasó, pero realmente empezó a brillar como personaje a medida que se adaptaba a la guerra. Me costó mucho en la versión en línea, pero a medida que intento llevar esta guerra a buen puerto, él se vuelve cada vez más delirante.

Es raro que me divierta tanto escribiendo un personaje.

Admito que, sí, me gusta cómo presiona a Tanya. Pero, ¿Quizá me gustan los zorros cenicientos con un fuerte sentido del deber? Es a la vez divertido y aterrador ver cómo los personajes deciden su propio camino mientras yo escribo... Sólo tengo que hacer lo que pueda para asegurarme de que puedo seguirles el ritmo.

Siento que el final está en el horizonte, y espero poder hacer lo que pueda como escritor para evitar que sea demasiado predecible para mis lectores, a la vez que incluyo en él la mayor cantidad posible de mis propios gustos.

Son muchas las personas a las que debo darles las gracias por haberme permitido llegar hasta aquí. Quiero dar las gracias a mi diseñador, Next Door Design; al centro de servicios de mi editorial en Tokio; a mis editores, Fujita y Tamai; y a mi ilustrador, Shinotsuki.

Esta vez también me desmarcaré de las personas a las que suelo dar las gracias para hacerlo también a Nut Inc.

Su primer trabajo de animación fue en *Tanya la Malvada*, y actualmente son los que están trabajando en la nueva película. Sé lo difíciles que podemos ser los guionistas. Me siento mal por las molestias que les he hecho pasar. Quiero darles las gracias a todos y cada uno de ellos por el gran trabajo que han hecho en este proyecto.

Y, como siempre, permítanme extender también mi agradecimiento a todos mis lectores.

Cuando pienso en todo lo que he conseguido hasta ahora, sé que nada de eso habría sido posible sin ustedes.

Espero que esperen con impaciencia lo próximo que produzca.

Hasta la próxima.

Febrero de 2019,

Carlo Zen